Josefina Carabias

CRONICAS DE LA REPUBLICA

Lectulandia

De inconfundible estilo, innovador, fresco, directo y a menudo irónico, Josefina Carabias es una de las personalidades más destacadas del periodismo español.

En esta obra se recoge una antología de los trabajos de su primera época (1931-1936). En sus páginas encontramos brillantes entrevistas a las más destacadas personalidades de la época —Largo Caballero, Pío Baroja, Fernando de los Ríos, Lerroux, Valle-Inclán…— junto a reportajes de un extraordinario interés histórico, como los que se refieren al fallido alzamiento republicano en Jaca, o artículos de actualidad que dan idea de lo que era la vida en la España de aquellos años, a la vez esperanzada y sumida en la crisis económica.

Se trata, pues, de la obligada recuperación de unos textos de gran valor documental que permiten al lector de hoy revivir la evolución de la sociedad española, desde el optimismo prácticamente sin sombra de 1931 hasta la inquietud por la cada vez más deteriorada y amenazante situación política de 1936.

Lectulandia

Josefina Carabias

Crónicas de la República

Del optimismo de 1931 a las vísperas de 1936

ePub r1.0
Titivillus 19.11.15

Título original: *Crónicas de la República*
Josefina Carabias, 1997
Agustín Cerezales es el compilador de los 36 artículos
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La familia de Josefina Carabias
dedica este libro a Luis González de Linares,
compañero desde los tiempos de *Estampa* y *Crónica*
y fiel amigo durante toda su vida.

Prólogo

El recuerdo de Josefina Carabias (1908-1980), una de las personalidades más interesantes y atractivas del periodismo español de este siglo, está aún vivo en muchos lectores de hoy; pero salvo los más veteranos, recuerdan sobre todo las columnas diarias que, bajo el título «Escribe Josefina Carabias», se publicaron durante los doce últimos años de su vida en el *Ya* de Madrid, *El Noticiero Universal* de Barcelona, *La Gaceta del Norte* de Bilbao, el *Heraldo de Aragón* y la docena de periódicos de capitales de provincia a los que surtía la Agencia Logos. Algunos recordarán también sus celebradas crónicas como corresponsal en Washington y París en los años cincuenta y sesenta.

Son pocos los que saben que la carrera profesional de Josefina Carabias había empezado mucho antes, en abril de 1931 —casi simultáneamente a la proclamación de la Segunda República— en el semanario *Estampa*, el más dinámico y de mayor difusión de la época[1]. Con sus reportajes sobre la vivísima y cambiante actualidad del día, sus crónicas y encuestas sobre los grandes debates abiertos por el nuevo régimen —la reforma agraria, la abolición de la pena de muerte, el voto femenino, el estatuto catalán— y sus entrevistas a los personajes del momento, como Miguel Maura, Álvaro de Albornoz, Victoria Kent, Valle-Inclán, Lerroux, Largo Caballero o Margarita Xirgu, Josefina Carabias obtuvo, en muy pocos meses, un notable éxito. Comenzó enseguida a publicar artículos en el diario de la misma empresa, *Ahora*, y dos años después entró como redactora en el popular vespertino *La Voz* (lo que, en sus propias palabras, «supuso una revolución, no solo en aquel periódico sino en la profesión»[2]), con el que los Urgoiti habían tratado de equilibrar las pérdidas de *El Sol*. Tras una breve experiencia en Unión Radio —donde se encargó del diario hablado de las ocho de la mañana, *La palabra*, que abandonó por no poder soportar los madrugones— Carabias volvió a la prensa escrita, ampliando sus colaboraciones a los semanarios ilustrados *Crónica* y *Mundo Gráfico*.

Es una selección de aquellos artículos de juventud, que cubren exactamente, casi día por día, el período de la Segunda República, lo que se ha querido hacer accesible al lector de hoy. Ante todo por su valor documental como reflejo contemporáneo de una España que pocas veces aún se evoca con naturalidad. Pero también porque en esta primera etapa de su obra periodística —la más desconocida y, en muchos aspectos, sorprendente— la prosa de Josefina Carabias muestra ya plenamente todas las características que conformarán, a lo largo de las cuatro décadas siguientes, su inconfundible estilo y, más de sesenta años después, mantiene toda su vigencia, unida al irremplazable aroma de una época a la vez tan cercana y tan alejada de la nuestra.

Un perfil biográfico y humano de la autora, así como una bibliografía completa, han sido ya publicados por su hija, Carmen Rico-Godoy, como prólogo a la reedición de su libro *Los alemanes en Francia vistos por una española* (Editorial Castalia,

Madrid, 1989). Y una visión personal del ambiente intelectual y político de los años de la República quedó reflejada en el libro (póstumo) de Josefina Carabias *Azaña, los que le llamábamos don Manuel* (Plaza y Janés, Barcelona, 1980). Por ello nos limitaremos aquí a destacar algunas de las características más sobresalientes de su obra periodística, dispersa a lo largo de casi cincuenta años de trabajo en una docena de publicaciones —la mayoría de las cuales, de *Estampa* y *La Voz* a *Informaciones* y el antiguo *Ya*, han desaparecido— que ocupa un lugar singular dentro del periodismo español contemporáneo.

Ante todo por el carácter innovador de su lenguaje periodístico —directo, vivo, sintético, a menudo irónico y un punto distanciado, a veces «de inmersión total», siempre funcional y escrito en una prosa castellana correcta y límpida— que se manifiesta desde los inicios de su carrera en la prensa republicana. Aunque tanto la parsimonia retórica como el subjetivismo lamentoso, ambos herederos del mejor periodismo decimonónico, estaban ya caducos cuando ella empezó a publicar, aún abundaban en la prensa una cierta solemnidad y una tendencia a la floritura literaria, sin duda alimentadas por la censura que había desaparecido solo pocos meses antes. Había por supuesto grandes periodistas que habían transformado el periodismo en las primeras décadas del siglo, como Manuel Chaves Nogales, Enrique Fajardo «Fabián Vidal», Vicente Sánchez-Ocaña o Julio Camba, por citar solo a aquellos con los que Carabias trabajó y que siempre consideró sus maestros.

Pero Josefina Carabias tuvo la suerte de comenzar su carrera periodística, a los veintitrés años, en un momento crucial, cuando el país y la sociedad se abrían esperanzados y entusiastas a toda clase de cambios y cuando la prensa, aumentando espectacularmente sus tiradas, se había convertido realmente en un medio de comunicación de masas y en un vehículo privilegiado de la nueva manera de enfocar las cosas. Al nacer como periodista en esta situación, Carabias, que compartía los ideales republicanos («todos creíamos que había sido la salvación de España y el triunfo de las nuevas generaciones. Lo viejo, lo caduco, lo reaccionario estaban muertos y enterrados para siempre», escribiría años después), llevó consigo la mirada de la nueva generación que emergía con la República y su lenguaje pudo fraguar, con toda naturalidad, como parte del afán, mucho más general, de comunicar sin artificios, dejar de lado todo sermón y contribuir a la tarea de modernización con la que estaba comprometida aquella juventud. Esta es sin duda la explicación de su celebridad casi instantánea, aparte el hecho, obvio para quien lea ahora estos artículos, de su notable gracia y amenidad.

Este carácter innovador de su lenguaje periodístico, que da a la primera etapa de su obra —la que cubre el presente volumen— una insuperable frescura, se hace aún más patente durante la segunda fase de su carrera, después de la guerra civil, cuando bajo el manto de la censura y el retroceso de la sociedad en general y de la prensa escrita en particular, florece de nuevo la hipérbole (en sus vertientes literaria y política), decaen la observación social y la información objetiva (en paralelo al

número de páginas de los periódicos y al número de lectores) y el periodismo se convierte en una víctima más de la ola de intransigencia, retórica y afectación que sumerge al país.

La prosa de Josefina Carabias, que no ha perdido nada de su naturalidad inicial, aparece entonces aún más límpida, más brillante que nunca en su exquisita sencillez y corrección. Y el contenido de sus artículos, siempre pegado a la realidad diaria, se realza con la agudización del ingenio y el desarrollo de los recursos de humor y distanciamiento que imponen las circunstancias. Josefina Carabias —que se ha convertido en un «bicho raro», uno de los pocos periodistas que ha conseguido sobrevivir profesionalmente a la catástrofe sin adherirse al nuevo régimen ni caer en la amargura, aunque por supuesto, no sin dificultades (volvió de Francia en 1942, pero no pudo firmar con su nombre hasta 1948 y no obtuvo el carnet de prensa hasta 1951)— inicia, partiendo de cero y gracias a Francisco Lucientes que la acogió en *Informaciones*, una nueva carrera y el público lector, que ya empieza a cambiar y a sacudirse la depresión de la inmediata posguerra, responde masivamente de nuevo. El reconocimiento profesional viene al año siguiente, cuando el *ABC* le otorga el premio Luca de Tena por un delicioso artículo, «El congreso se divierte», publicado en *Informaciones*, donde pronto se integrará como redactora.

Poco después, Carabias se inicia en un nuevo género, la columna diaria, que —como ocurrió con casi todo lo que hizo en el periodismo— contribuyó a renovar. Su columna «Madrid 53» era una mirada personal sobre la realidad, a veces la muy inmediata del Madrid cotidiano, a veces la que ya se atisba de fuera. En ella, Josefina Carabias va mostrando una rara capacidad para dialogar con el lector, un afán didáctico siempre disfrazado de ligereza y amenidad y una forma absolutamente personal de rozar todo lo difícil y espinoso de esa realidad (que era mucho) a base de humor o «guasa» como ella prefería decir, «porque aquí eso del humor siempre se ha tomado muy en serio». Junto con otras cosas que hizo aquel año, como el gran reportaje sobre la reconstrucción de Alemania que se publicó, también en *Informaciones*, en veinte entregas, la sitúan, ya en plena madurez creativa, a los cuarenta y cinco años, en el grupo de cabeza de su profesión.

Será sin embargo al año siguiente cuando inaugure la etapa profesionalmente más importante de su carrera y aborde el género periodístico en el que dejó una impronta más indeleble, el de corresponsal en el extranjero: cuatro años largos en Washington (1954-1959) y ocho en París (1959-1967), que cubren respectivamente buena parte de la era Eisenhower y casi todo el período gaullista. A Washington la envió un consorcio de tres grandes diarios —*Informaciones* de Madrid, *El Noticiero Universal* de Barcelona y *La Gaceta del Norte* de Bilbao—, que se unieron para pagarle el insólito sueldo de mil dólares al mes que ella había pedido. No se arrepintieron. Lejos de las redacciones y de los directores, sabiendo el ansia y la curiosidad que hay en el país —recién firmados los acuerdos con los americanos pero aún marginado internacionalmente— por abrirse al mundo y respirar otros aires, Carabias aprovecha

hasta el fondo la libertad de que disfruta y, junto a la obligada crónica política (muchas veces estremecedora, porque la guerra fría daba tremendos sustos que nos ponían al borde de la guerra caliente nuclear una vez al mes) posa su ojo crítico, curioso y guasón sobre aquella América que había salvado al mundo y pretendía imponerle su conformismo optimista de hamburguesa y disneyvisión.

Josefina Carabias no es solo la primera española corresponsal[3], es quizás el primer corresponsal (en tiempo de paz) que el público lee con avidez, lo que tiene bastante más mérito. Según Pilar Narvión, en aquellas crónicas de Washington Carabias «impuso el nuevo periodismo antes de que los anglosajones [que lo patentaron] hubieran escrito su primer artículo». Según Luis Blanco Villa, «cuando los jóvenes periodistas salíamos al extranjero, nuestras crónicas tenían la pretensión de parecerse a las de Josefina».

A Francia va —escribiendo ya para la cadena de la Editorial Católica, además de para *El Noticiero* y *La Gaceta*— con un ánimo bien distinto: es un país que conoce bien, que culturalmente le sigue pareciendo modélico, pero respecto del cual, políticamente, alberga ya pocas ilusiones, después de haber vivido allí la ocupación alemana. Llega en un momento de gran confusión política, cuando la IV República acaba de desmoronarse bajo las tensiones provocadas por la guerra de Argelia y toda Francia aclama como salvador —de la patria y del Imperio— al mismo general De Gaulle al que, dieciocho años antes, tachaba de loco y de bolchevique por llamar a la resistencia frente al entreguismo de Pétain. Y esa Francia paradójica y cambiante, donde «hasta las porteras manejan bien el subjuntivo», pero donde ahora hablan más las bombas y los generales golpistas que los diputados y los filósofos, la atrapa de nuevo. La actualidad política le dejará aquí menos tiempo para el reportaje pintoresco o la observación social, pero seguirá posando su mirada personal sobre los acontecimientos, aprovechando cada resquicio que le deja la censura para «barrer» para la libertad y manteniendo su fiel, heterogéneo, pacífico y siempre creciente ejército de lectores.

Volverá a Madrid a tiempo para disfrutar de los cambios políticos de los años setenta y comentarlos desde su columna diaria del *Ya*, pero ni la abolición total de la censura ni la profunda transformación de la prensa escrita, ni tampoco los años, que se le iban echando encima, alteraron su estilo, que en su sobriedad, su concisión y su corrección de siempre —unido a su eterno buen humor— de nuevo se destacaba del entorno, que se había vuelto con frecuencia chillón y «neobarroco».

El conjunto de la obra periodística de Josefina Carabias adquiere ahora, con la perspectiva que nos da la proximidad del fin de siglo, todo su valor, como una forma totalmente personal y propia de entender y ejercer el periodismo de calidad que, como se ha dicho a menudo, se diferencia muy poco de la buena literatura.

En cuanto a los ideales republicanos, quedaron, quizás inesperadamente para ella y para tantos compañeros de anhelos y generación, felizmente subsumidos en la absoluta novedad histórica de una monarquía democrática que había posibilitado,

además, la reconciliación entre los españoles. Nada le molestaba más que el fundamentalismo, la intransigencia y la nostalgia que impedía disfrutar de los nuevos tiempos. Observando los envites del integrismo y del terrorismo en los momentos difíciles de la transición, más de una vez comentó, entre divertida y fastidiada: «No, ¡si todavía tendremos *nosotros* que echarnos a la calle a defender a *esta* monarquía!» Por pocos meses —murió de un infarto el 20 de septiembre de 1980— no tuvo que hacerlo.

Agustín Cerezales ha seleccionado los treinta y seis artículos —reportajes, entrevistas y crónicas de actualidad— que forman esta pequeña antología, de un volumen mucho mayor de piezas publicadas entre 1931 y 1936, atendiendo a varios criterios. Ante todo por su valor documental, como testimonio de unos personajes, unas actitudes, un sabor de época que no suelen aparecer así en los libros de historia. Se ha optado, además, por un orden cronológico que permite palpar la evolución desde el optimismo prácticamente sin sombra de las primeras entrevistas a los protagonistas del nuevo régimen hasta la naciente inquietud por la cada vez más deteriorada situación política y económica y la difícil aplicación de las reformas republicanas. En este sentido, por destacar un ejemplo, el reportaje en tres partes sobre la creación de la primera Comunidad de Campesinos tras la reforma agraria en el latifundio de Valdepusa, titulado «Del feudalismo al colectivismo sin transición», resulta apasionante (además de divertido): pese al entusiasmo colectivizador —que la autora comparte plenamente— se intuye que aquel cuento de hadas puede no terminar bien. En otras crónicas el deterioro de la situación se anuncia desde la primera línea: «Mucho han cambiado las cosas en cuatro años…» («Los hombres de la Generalidad, en el banquillo»).

Hay también algunos reportajes de interés histórico de primera mano, como los dos que se refieren al fallido alzamiento de los militares republicanos en Jaca (en el que participó como «esquiador» su ya entonces novio y, a partir de 1936, marido, José Rico Godoy), aunque en ellos no se cuente toda la verdad[9].

En la recopilación se han incluido muchas entrevistas. En unos casos es el interés del personaje, y su tratamiento, lo que ha movido a incluirlas, como las de Largo Caballero, Álvaro de Albornoz, Fernando de los Ríos, Pío Baroja o Valle-Inclán. En este sentido, la de Lerroux en su casa de San Rafael es realmente antológica en su aparente inocencia, que en realidad constituye un despiadado desplume del personaje. Algunas se han recogido sobre todo por el puro virtuosismo entrevistador de la autora, como la de Pastora Pavón, la «Niña de los Peines» o la que hace a Valle-Inclán con motivo de su nombramiento como conservador del Patrimonio Artístico, en la que consigue (sin grabadora ni taquigrafía, que como la mayoría de los periodistas no consiguió dominar jamás) reflejar asombrosamente el preciso y preciosista lenguaje valleinclanesco; otras, sin gran valor intrínseco, se han incluido por su valor simbólico dentro de la obra de la autora (la de Victoria Kent, que

encabeza esta recopilación, única firmada «Pepita Carabias» —como todos sus amigos la llamaron siempre— que fue su primer trabajo periodístico) o por su significación histórica, como la entrevista a la viuda del capitán Galán, que Azaña le pidió que hiciera para ir «ablandando» a la opinión pública más recalcitrante hacia el indulto de Sanjurjo.

Se han recogido también, junto con algunas encuestas sobre temas de actualidad, que a veces permanecen sobrecogedoramente vivas, como las respuestas que recibe en Bilbao de las señoritas nacionalistas antes de las elecciones de 1933 en que se refieren al gobernador como «el cónsul de Maquetania», varios reportajes y apuntes de ambiente («Lo que se ve y lo que se oye en las terrazas de los cinematógrafos de Madrid», «El desahucio y sus consecuencias», «Lo que cuesta tener novia en La Solana», etc.) que dan idea, no solo de la vida en aquel Madrid a la vez esperanzado y sumido en la crisis económica, sino también del profundo contraste de ese mismo Madrid con la España rural, atrasada y pintoresca, hoy total y completamente desaparecida.

Hay veces en que los temas tratados en estas crónicas de juventud de Josefina Carabias son intrascendentes: el periodismo, y sobre todo las revistas ilustradas, tenía en aquella época una función de entretenimiento que hoy ha sido casi totalmente asumida por la televisión. Sin embargo, incluso en estos casos, el contenido nunca es banal y a veces la forma, el lenguaje periodístico es tan nuevo que justifica con creces su inclusión en una antología. Por ejemplo el reportaje en cuatro partes, titulado «Ocho días de camarera en un hotel de Madrid», una de las primeras muestras de periodismo «de inmersión» en España que, además, no tiene desperdicio como puro ejercicio de gracia costumbrista de la mejor ley.

Deseamos manifestar nuestro agradecimiento a Agustín Cerezales y a la Hemeroteca Municipal, así como a la empresa Ribadeneyra —editora entonces de *Estampa* y ahora de *Semana* y *As*—, por las facilidades dadas para la consulta de sus fondos y archivos, y muy en particular a Luis González de Linares, hasta hace unos años director de ambos semanarios, a quien, además, va dedicado este libro.

Carmen Rico-Godoy Carabias
Mercedes Rico Carabias

1931
Estampa
Ahora

Victoria Kent, Director General de Prisiones

La primera mujer española que ocupa un cargo público

Victoria Kent fue la primera mujer española que tuvo bufete en Madrid. Ingresó en el Colegio de Abogados, hace, relativamente, pocos años, y muy pronto demostró, a los graves señores del Palacio de Justicia, que *eso del feminismo,* no era ninguna broma.

Todavía no hace un mes que recayó sobre Victoria Kent la atención de España. Fue con motivo del último Consejo de Guerra celebrado en Madrid. En el banquillo se sentaban, entonces, los actuales gobernantes de la República, y Victoria Kent estaba encargada de la defensa del que hoy desempeña la cartera de Fomento.

Todo el mundo conoce la brillante defensa que del procesado hizo la señorita Kent. Esta mujer trabajadora y valiente no sospechaba que, pasadas unas semanas, ocuparía uno de los más altos cargos de la Segunda República española. Por el contrario, al leer su brillante informe, esperaba, serena y tranquila, la cárcel o el destierro.

La noticia ha sido muy bien acogida en Madrid. Al comentar los altos cargos, todo el mundo tiene una frase de elogio para el ministro, que, tras de conocer muy bien las cárceles, por haber invernado en sus celdas, se ha dado cuenta de que allí, una mujer inteligente tendría muchas cosas buenas que hacer. ¡Ya era hora de que los gobernantes se acordaran de las mujeres, para algo más que para piropearnos! Claro, que tampoco las mujeres nos hemos ocupado de dar importancia a los gobiernos anteriores.

[Josefina —Pepita— Carabias debuta en el periodismo entrevistando a la célebre abogada Victoria Kent, recién nombrada Director general de Prisiones]

He corrido a casa de Victoria Kent. El antedespacho está lleno de gente; es la hora de la consulta, y el teléfono suena sin cesar. Para mí, los antedespachos son una cosa abrumadora. No hay nada tan violento como encontrarse entre diez o doce personas que no se conocen, y que están impacientes en una habitación de reducidas dimensiones. Me marcharía si no me lo impidieran los deseos que tengo de estrechar la mano de esta compañera[4], a quien tanto admiro. Llegan más clientes, que se van quedando de pie, y que miran a los que hemos llegado antes con ojos terribles.

Por fin, Victoria aparece en la puerta, y me llama. Entro, imaginándome que me he ganado las antipatías de mis compañeros de espera. Casi todos esperaban ya cuando yo llegué; sin embargo, paso, porque solo van a ser diez minutos.

El despacho está lleno de sol y de libros, con títulos abrumadores: «Código de Comercio», «Ley Hipotecaria», «Código de Justicia Militar»… Estoy en presencia de un director general nada menos, y, además, un director general que es amiga mía.

—¿Muy contenta, Victoria?

—Sí, mucho; pero, más que por mí, por lo que esto representa para todas las mujeres españolas. ¡Hemos vivido en un atraso tan lamentable!… Afortunadamente, ya se ha roto el hielo. Las mujeres hemos trabajado por la República, y esté usted segura de que la República no ha de negarnos uno solo de los derechos que ya han conquistado las mujeres de todos los países.

—¿Usted ha sido siempre republicana?

—Siempre; pero, aunque hubiese sido monárquica o indiferente, habría comprendido que España no podía salvarse más que así.

—¿Militaba en el republicanismo?

—Sí. Pertenezco al partido Republicano Radical Socialista, desde que se fundó, por estar totalmente de acuerdo con su programa.

—Cuénteme algo de lo que piensa hacer en su nuevo cargo, que me imagino que será mucho y bueno.

—Me parece un poco prematuro, porque aún no he tomado posesión; pero, desde luego, tengo muchos planes.

—Dígame…

—Lo primero, seguir trabajando desde mi puesto, y, cada día con más entusiasmo, por España, por la República y por las mujeres. La mujer, en general, delinque poco, pero sufre un castigo mil veces más duro que el del hombre. Yo he visto algunas cárceles de mujeres, y son un espectáculo que llena de horror. No es posible que un país civilizado soporte esta vergüenza más tiempo. Trataré, lo primero, de arreglar las cárceles de mujeres, no por ser mujeres, sino por ser más urgente. Mi criterio es de absoluta igualdad.

—¿Y de las mujeres delincuentes políticos?

—También pienso ocuparme. Sin duda, el caso no estaba previsto, porque aquí, las mujeres no hemos intervenido en política hasta ahora. Pero los Gobiernos han

debido ocuparse ya. Sin duda, recordará usted cuando estuvieron en la cárcel sus compañeras de la FUE.

—Sí, no se me olvida; ni a ellas tampoco, seguramente, a pesar del éxito logrado los días que pasaron las estudiantes en la calle de Quiñones.

—Pienso ocuparme, además, del problema higiénico de las prisiones. Ya es bastante privar de la libertad a los delincuentes, y no hay razón para hacerlos vivir en la inmundicia. Las cárceles de partido son una cosa horrenda. Y, desde luego, nada de prohibir lecturas a los presos, ni obligarles a cumplir deberes de una religión, que algunos no sienten. A los católicos se les procurarán todos los medios para que cumplan sus deberes religiosos, ¡no faltaría más!, pero de ningún modo se obligará, como ahora, a oír misa a los que no lo sean. Libertad y justicia para todos, ¿no le parece?

—Todo lo que usted dice me parece muy bien.

Me despido. Victoria Kent está muy contenta, y todos debemos estarlo. Yo sé que esta mujer hará muchas cosas de las que me ha dicho. Su cerebro está lleno de nobles proyectos, y su corazón de deseos humanitarios. Cada preso puede estar seguro de que, desde ahora, hay una mujer, una nueva Concepción Arenal, que vela por él.

Estampa
25-IV-1931

Habla el capitán Salinas

Recuerdos de la sublevación de Jaca

Por la carretera adelante marchan dos capitanes con bandera blanca. Van en busca de unos soldados que tienen enfrente, ignorando si, al llegar, estos les harán fuego o les recibirán con un abrazo. Sin embargo, van tranquilos, y confían en el compañero leal y valiente que les ha enviado a parlamentar.

—Son las siete —ha dicho Galán al despedirlos—; si a las ocho no estáis de vuelta, subiré a buscaros. Yo estoy seguro de que aquellos no dispararán sobre nosotros si conseguís llegar a tiempo.

García Hernández y Salinas llegan junto a los llamados leales. Bajan del coche y se dirigen al primer comandante que encuentran.

—Somos dos capitanes de la columna rebelde y venimos a parlamentar. El jefe nos envía.

El comandante se queda atónito; no sabe qué decir…; al fin titubea…, y después dice:

—No sé… Ahora viene el general…

Ha llegado efectivamente el general, y una mirada expresiva se cruza entre él y los capitanes.

Están tranquilos y desafían la mirada del jefe, el cual ve en ellos un no sé qué molesto y desagradable para él. Irritado por la serenidad de los hombres de la bandera blanca, se vuelve hacia los oficiales de su columna y ordena con voz terrible al citado general:

—A esos, que los fusilen inmediatamente.

No han temblado ninguno de los dos capitanes ante la idea de la muerte próxima. Abajo ha quedado Galán, el compañero en quien todos creen, y a ese no le han cogido; lo demás, no importa. Pero al ser conducidos a Huesca, ya prisioneros, se dan cuenta de que los leales están ametrallando a la columna sublevada.

A pesar del terminante mandato del general, no fueron fusilados inmediatamente los capitanes parlamentarios. Hubo de celebrarse antes el juicio sumarísimo, y el capitán Salinas, por no tener mando en la plaza de Jaca, se libró de ser ejecutado como sus compañeros.

Él mismo me ha contado todo esto y me sigue contando muchas cosas más. Está satisfecho por el triunfo de sus ideales de siempre, pero… su voz, al nombrar a Galán y a García Hernández, tiene un dejo triste.

—Cuando nos llevaban prisioneros —dice Salinas—, estábamos seguros de nuestro fusilamiento; pero nos quedaba la esperanza de que Galán y sus hombres habían de hacerse dueños de la situación, y de que al día siguiente toda España secundaría ya el movimiento. Al llegar a Huesca notábamos que los leales disparaban

menos, y los nuestros apenas nada. Esto nos desanimó un poco.

—En Huesca, ¿qué hicieron con ustedes?

—Primero, tomarnos declaración, e inmediatamente encerrarnos.

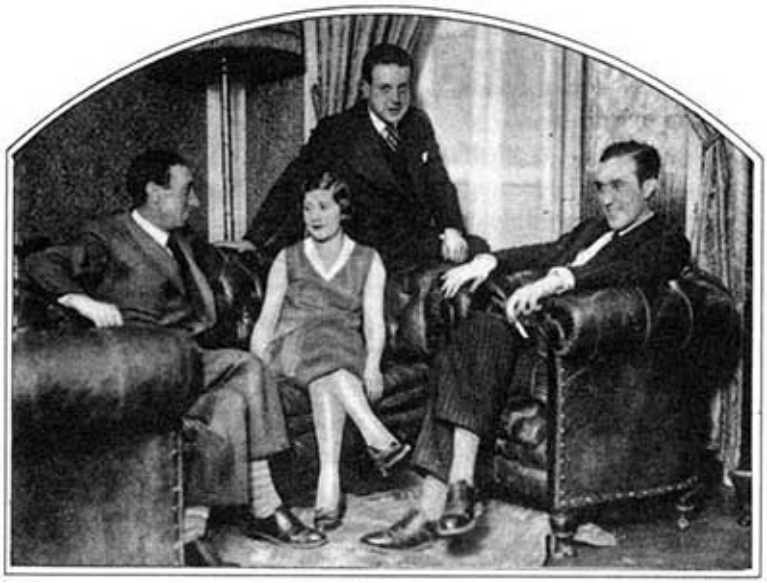
—¿Juntos?

—Sí. Lo mismo García Hernández que yo comprendimos que de un momento a otro nos buscarían para fusilarnos, y decidimos charlar un rato y fumar unos pitillos hasta que tal ocurriese. Lo que más nos preocupaba era la suerte que habría corrido Galán, pues, a nuestro juicio, de esto dependía todo lo demás. Pero no había manera de enterarse de nada. Estábamos rigurosamente incomunicados. Por la tarde empezamos a ver desde la ventana caras conocidas. Eran compañeros nuestros que venían presos también. Al anochecer, me dijo García Hernández:

«—Ya no es fácil que nos fusilen hoy; es muy tarde.»

«—Lo dejarán para mañana o quién sabe si no nos fusilarán —contesté yo—. Es posible que esperen a recibir órdenes del Gobierno.»

A pesar de que nuestra incomunicación era rigurosa, en aquel momento llegaron a decirme que un comandante quería hablar conmigo de parte de mi padre. Entonces me sacaron de la celda, porque la entrevista había de celebrarse en presencia del Juez instructor. Encontré al comandante visiblemente emocionado. Apenas podía hablar, y por fin me dijo en un tono estremecedor y solemne:



[La autora con tres de los sublevados en Jaca: Salinas, Sediles y Gallo.]

«—Capitán Salinas. Su padre me ha encargado dos cosas: decirle, primero, que le perdona de todo corazón, y después, que muera como un buen cristiano.»

Ya no cabía duda: nos fusilarían al día siguiente a García Hernández y a mí. Volví a la celda dispuesto a pasar durmiendo la última noche de mi vida.

—¿Durmiendo, capitán Salinas?

—¡Ya lo creo! Llevábamos dos noches sin acostarnos, y había estado todo el día cayéndome de sueño. Precisamente lo que más me contrariaba aquella tarde era

pensar que iba a morir sin liquidar mi cuentecita con Morfeo.

—¿Durmió efectivamente?

—Dormí, como pocas veces en mi vida, hasta que me despertaron por la mañana para asistir a la lectura de cargos. Cuando estábamos en esta diligencia, se presentó Galán.

Salinas calla un instante, y por sus ojos pasa una sombra. Después continúa en un tono más grave:

—Venía pálido, desfiguradísimo. García Hernández y yo nos miramos, comprendiendo. Todo estaba perdido. Pero lo que no comprendí en aquel momento es que aquella mirada era la última que cruzaba con García Hernández. Minutos después se llevaron al que había sido mi compañero de celda, y ya no volví a verle más. Galán y yo pedimos que nos dejaran pasar juntos las últimas horas que nos quedaban de vida. Nos llevaron a una habitación y nos sentamos a desayunar. Entonces me lo contó todo. De nosotros no hablamos apenas; lo interesante era lo otro… ¿Estaría perdido definitivamente? Sospechábamos que sí. La mañana, charlando, se nos pasó en un vuelo. Decidimos no asistir al juicio, y a las doce almorzamos los dos con un apetito extraordinario. Poco después vinieron a buscarnos para ver si teníamos algo que alegar. Yo dije que nada. Galán salió, pero a los cinco minutos estaba de vuelta.

«—No me han dejado hablar —me dijo, sentándose en la cama—, y lo siento porque quería haber dicho algunas cosas.»

—A las dos llegaron a comunicarnos la sentencia. Pena de muerte para Galán y García Hernández, cadena perpetua para mí solamente.

—¡La emoción de aquel momento dramático sería enorme!…

—Yo sentí, de pronto, como si acabara de nacer; pero reaccioné y sentí una tristeza infinita, como no la había sentido hasta entonces. Iban a morir en seguida mis dos compañeros… Galán era además el amigo a quien yo más quería. ¡Era triste, muy triste!…

—¿Qué dijo Galán al conocer la sentencia?

—No se alteró lo más mínimo, porque lo esperaba. Al cabo de un momento, exclamó, con acento triste: «Lo mío no me importa…, es natural…, pero yo supuse que al entregarme os salvaba a vosotros. Solo debían matarme a mí… Lo de García Hernández es intolerable…»

Salinas calla de nuevo y se queda aún más triste que antes. Yo no me atrevo a preguntarle nada, pero adivino, sin que él me lo diga, lo que está pensando. Vive de nuevo las dos de la tarde del 14 de diciembre, y hasta me parece que se estremece un poco recordando el último abrazo de Fermín después de conocida la sentencia. Yo querría preguntarle qué le dijo Galán al despedirse, pero no me atrevo. El dolor desinteresado del amigo leal, me ha conmovido a mí también profundamente, y no quiero importunarle más. Pero él, como si hablase consigo mismo, continúa:

—Aquellos minutos fueron angustiosos, pero yo temía que pasasen, porque detrás estaba la hora trágica de nuestra separación definitiva. Galán me abrazó tranquilo,

sereno, como nos habíamos abrazado otras muchas veces, y me dijo: «No te preocupes, que no se preocupe nadie por mí; estos me matan, pero yo voy a tener la satisfacción de enseñarles cómo muere un hombre.» Estas fueron las últimas palabras que le oí.

—Usted, Salinas, se quedaría muy apenado.

—Tanto, que he estado después mucho tiempo muy triste. Estaba seguro de que no llegaría a estar un año en la prisión. Claro que no podía pensar que saldría tan pronto.

Han llegado más capitanes sublevados: Gallo, Sediles, Marín y otros.

Estampa
2-V-1931

Álvaro de Albornoz, ahora Ministro de Fomento, recuerda sus días de cárcel

Ya no hay policías a la puerta de Albornoz y resulta raro. Desde hace mucho tiempo gozaba don Álvaro de una semidiscreta vigilancia a la puerta de su casa, vigilancia que desaparecía algunas veces y esto era señal evidente de que el ministro actual de Fomento estaba pasando una temporada en la cárcel. Ahora custodian la puerta una pareja de guardias de Seguridad. ¡Los tiempos cambian! Pero la alegría del reciente triunfo no impide que don Álvaro de Albornoz recuerde con simpatía sus recientes tiempos de perseguido. Yo, que lo sé, llego hasta él, no para interesarme por la vida que hace el ministro de Fomento, sino para conocer detalles de cuando estaba fichado y vigilado como peligroso.

—¿Cuántas veces ha estado usted en la cárcel?

—Tres. Pero he estado a punto de ingresar en aquella casa otras muchas. Desde el año 1923 he vivido en continua persecución, porque, naturalmente, manifestaba mis ideas contrarias al régimen siempre que me era posible. Una vez, poco después de instaurada la Dictadura de Primo de Rivera, fui conducido desde los estrados del Supremo al Juzgado de guardia.

—Es realmente curioso. ¿Y por qué fue?

—Pues verá usted. Me encontraba yo informando con ocasión de un supuesto delito de imprenta, y el presidente, estimando que me expresaba con cierta libertad, ordenó a los ordenanzas que me detuviesen allí mismo. Como no se atrevieron a hacerlo, yo, voluntariamente, me constituí detenido en el Colegio de Abogados, al terminar el informe. Se me siguió proceso, pero no llegué a ingresar en la cárcel.

—Entonces ¿cuándo fue la primera vez?

—Pocos días después, con motivo de un banquete en honor de Sainz Rodríguez. No se pronunciaron discursos, pero fui llevado a la cárcel desde allí por gritar: «¡Viva la República!» La misma suerte que yo corrieron otros de los asistentes. Incluso el general Berenguer, el cual fue llevado a un castillo por el mismo motivo. Todo esto ocurrió el año 24.

—Y el año 29, con motivo de los sucesos de Valencia, creo recordar que también estuvo usted en la cárcel.

—Efectivamente, entonces estuve tres meses y sufrí veintidós días de rigurosa incomunicación. Se encontraban también allí algunos de los que hoy son mis compañeros de Gobierno y gran cantidad de estudiantes. Aquella etapa de reclusión la invertí en preparar mi libro, titulado *El Gobierno de los caudillos militares*.

—¿Y la última?

—No puede estar más reciente. Solo hace un mes, o poco más, que fuimos

puestos en libertad condicional.

—Cuénteme algo de su reciente encierro.

—Lo más curioso, aparte de lo que ya conoce todo el mundo, es cómo pudimos poner en circulación el manifiesto revolucionario, después de tenerlo en sus manos la Policía y estando ya nosotros encarcelados.

—¿Cómo pudo ser eso?

—Muy sencillo. Llegamos a Alicante Galarza y yo e inmediatamente nos avisaron que el gobernador quería hablar con nosotros. Abandonamos el equipaje en casa de un correligionario y marchamos al Gobierno Civil, desde donde fuimos llevados a la cárcel. Poco después nos entregaron las maletas, que ya habían sido examinadas por la Policía y de ellas sacamos el manifiesto revolucionario y otro papelito con las firmas auténticas.

—Pero ¿cómo es posible que la Policía no viera estos papeles al hacer el registro?

—Muy sencillo; el manifiesto iba dentro de una pitillera llena de cigarros, y las firmas en un papel de fumar, convenientemente enrollado dentro de una boquilla. Asimismo se lo entregamos, sin inspirar sospechas de nuestros vigilantes a la persona que había de hacerlo circular.

—¡Pasarían unos días angustiosos!

—Figúrese usted… Además, una vez patente el fracaso del movimiento, se nos trató, no ya sin consideraciones, sino con ensañamiento. Fuimos conducidos Galarza y yo a pie hasta la estación, e hicimos el viaje a Madrid en un tren mixto y esposados. Tratamos de conseguir que nuestra conducción fuese más cómoda, abonando nosotros lo que importasen nuestros billetes y los de la Guardia civil; pero no fue posible. Pero nada de esto tiene importancia. Además, es conveniente pasar de todo en la vida. La cárcel no es tan terrible como la gente cree.

—¡A que va usted a acabar diciéndonos que ahora que es usted ministro siente nostalgia de la cárcel!

—No tanto, pero algunas veces, al encontrarme abrumado de trabajo y de visitas, echo un poco de menos aquella tranquilidad. Además, había cosas simpáticas.

—Cuénteme alguna…

—Entre los recuerdos más gratos, ya ve usted, está el de un perro que hay en la cárcel y que nos acompañaba constantemente. Por la mañana, al toque de salida de los presos, saltaba, y sus ladridos revelaban un gran regocijo. Al tocar a retirarnos, por las tardes, nuestro perrito ladraba tristemente y se marchaba, el pobre, más cabizbajo que nosotros. Le tomamos un gran cariño. Se lo merecía.

Albornoz sonríe.

—He preguntado por él —agrega—. Ahora sigue haciendo lo mismo con los otros presos. No se puede decir que fuera un perro republicano. Siente una simpatía difusa por todos los encarcelados.

Seguimos hablando un rato más. Yo me encuentro muy a gusto en esta casa, que no parece la de un ministro; es decir, que no responde a la idea que yo tenía de la casa

de un ministro.

Ahora
7-V-1931

Eduardo Ortega y Gasset, el hombre que fue procesado treinta y seis veces en el transcurso de un año

Al gobernador no le molesta recordar en medio del aparato burocrático sus tiempos de perseguido.

—Yo —dice— me expatrié voluntariamente el año 24. Aquí no había manera de hacer nada, y en cambio, en Hendaya era un poco más fácil al menos hablar y escribir sobre la situación. Allí estuve acompañado del glorioso don Miguel de Unamuno. Quisieron echarnos varias veces, sobre todo cuando vieron el éxito de nuestras «Hojas Libres». Por medio de ellas pudimos enterarnos de que nuestra España no estaba tan caída como pensamos al principio y que no tardaría mucho en ponerse de pie.

—¿Se difundían con rapidez los ejemplares de «Hojas Libres»?

—El público las devoraba, y a diario recibíamos un número incontable de cartas que nos alentaban muchísimo y que nos impulsaban a intensificar nuestra campaña todo lo que nos era posible.

—¿Y no sentía usted deseos de volver?

—Muchos, pero hubiera sido imposible. Volví cuando cambió un poco el estado de cosas: a la caída de la primera Dictadura. Había llegado el momento de dar la batalla y era necesario ponerse frente al enemigo. Regresé con Unamuno pocos días después de formado el Gabinete Berenguer.

—Gran emoción al llegar de nuevo a España, ¿no?

—Sí, y una indescriptible alegría al comprobar de qué modo tan maravilloso había subido la marea revolucionaria. Esto me animó y alentó de tal forma que a los pocos días me encontré en la cárcel.

—¿Tan pronto?

Sí, con ocasión de un banquete a Marcelino Domingo, que pudo terminar en tragedia. La fuerza pública invadió el local y a mí me llevaron a la cárcel. Fue esta la vez, que mayor disgusto me produjo el ser encerrado.

—¿Por qué?

—Pues sencillamente por encontrarse aquellos días en Madrid una personalidad extranjera a quien admiro de verdad: el profesor francés Víctor Bach, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre. Organizamos un banquete en su honor y se nos prohibió. Imagínese el sonrojo que suponía para nosotros, y especialmente para mí, por ser amigo suyo, tener que decir a Víctor Bach: «Querido profesor, el Gobierno, nuestro Gobierno, no nos permite rendirle un pequeño homenaje de admiración.»

—Durante el último año, creo recordar que le procesaron a usted muchas veces.

—Muchísimas. Tantas, que, aunque soy hombre modesto, siento la vanidad de

haber batido este «récord». Nadie ha sido procesado más veces en menos tiempo que yo. ¡Treinta y seis procesos en un año!, o sea, tres procesos al mes. De haber permanecido en España los siete años anteriores, los jueces civiles y militares hubieran fallecido por mi culpa de *surmenage*.

—¿A usted, naturalmente, ya no le preocuparían los procesos a fuerza de ser tantos?

—Al contrario. Tenía capricho de llegar a los cincuenta, lo cual equivaldría a unas bodas de oro con el papel de oficio.

—¿La última vez que ha estado en la cárcel?

—Fue con motivo del movimiento de diciembre. Ingresé en la cárcel de los primeros, aunque no había cargos contra mí; pero según vi, se me encarcelaba por un discurso pronunciado dos o tres meses antes. Por fin fui puesto en libertad provisional, mucho antes que los firmantes del manifiesto.

Calla un momento el gobernador, recordando sin duda por un momento sus andanzas por los Juzgados y las tribunas de propaganda. Después sigue hablando de la República, por la que tanto ha luchado y por la que está dispuesto a sacrificarlo todo si de ello se presentara ocasión nuevamente.

—El 14 de abril sería uno de los días más felices para usted.

—Sí, desde luego, y tal era mi entusiasmo, que el único dolor que sentía era no poder gritar por las calles, confundido con el pueblo. Sentí el peso del cargo y envidié con toda mi alma a los chicos y chicas que rebosando juventud y alegría paseaban por la ciudad la bandera tricolor.

Ahora
20-V-1931

Don Fernando de los Ríos descansa cuatro horas al día

Cómo trabajan los ministros de la República

Los visitantes contumaces

Si el lector ha sentido alguna vez en su vida ambiciones políticas y sueña, no ya con la casaca, porque esto es anacrónico, pero sí con la democrática americana ministerial, yo voy a desilusionarle. La vida de un ministro de la República es algo tan pesado y desagradable como no podemos imaginar quienes malgastamos o, mejor dicho, bien-gastamos la mayor parte de nuestro tiempo en agradables pláticas de café.

Además del tiempo que les ocupan los Consejos, las Cortes y el trabajo particular de cada departamento, todos los días hay pululando por los antedespachos un término medio de cien personas —no exagero— que pretenden ver al ministro y explicarle su caso particular.

Después de grandes esfuerzos oratorios por parte del personal interior, se logra convencer a unos veinticinco de que lo que pretenden es imposible, y se marchan a probar fortuna a otro ministerio. Otros veinticinco se van no muy convencidos, y vuelven al día siguiente, y, por último, quedan cincuenta irreductibles, a los que el ministro no tiene más remedio que recibir. ¿Se da idea el lector de lo que es esto? Por si acaso aún sigue pensando en llegar a estadista, voy a tratar de explicarle lo que es el antedespacho de don Fernando de los Ríos de una a dos de la tarde.

El ministro no recibe

Desde la puerta oigo decir al personal subalterno continuamente la frase que encabeza estas líneas. A pesar de ello y de la poca amabilidad con que nos lo dicen, sigo alimentando una ilusión. Puesto que el ministro no recibe, es posible que me lo tropiece por algún pasillo, y allí le atraco. Mi desconocimiento del aparato burocrático me hace suponer que los ministros circulan aquí por los pasillos como circulaban por el Ateneo. Desgraciadamente no es así, y para llegar frente a frente de don Fernando de los Ríos hay que pasar antes por un despacho abarrotado de gente que llevan la misma pretensión. Los secretarios se vuelven locos diciendo una y otra vez:

—Hoy no recibe; vuelvan ustedes mañana.

Pero nadie se mueve. Todos llevan la seguridad de que si el ministro se entera de que están allí les hará pasar inmediatamente.

—Pase usted —dice un señor gordo con acento andaluz dirigiéndose a un secretario— y entréguele la tarjeta; no solo me recibe, sino que se va a poner contentísimo. ¡Ah! Y si la tarjeta fuera poco, dígale que soy el padre de aquel chico que sacó ocho matrículas de honor en Granada el año veinticuatro.

Un chico joven atraca a otro secretario.

—Tenga mi tarjeta, y dígale por si acaso que soy el que se sentaba en el pupitre más próximo al suyo en la biblioteca del Ateneo, y con el que una tarde estuvo hablando de psicoanálisis y de Berenguer.

Estas o parecidas razones alegan todos los que pretenden ver a don Fernando de los Ríos un día que no está visible.

El día del ministro

Por fin al cabo de tres días —ni uno menos— me encuentro conversando con el ministro de Justicia; pero apenas me atrevo a preguntarle nada. Está fatigado y aún le esperan muchas horas de trabajo.

—Nadie tiene idea de lo que es esto —me dice don Fernando sonriente, a pesar de todo—; es no tener un minuto libre, y créame que más que el trabajo me agota esto de las visitas diarias.

—¿Diarias?

—Sí; siempre hay alguien a quien no hay más remedio que recibir. Además, que el día señalado para las audiencias no basta para atenderlos a todos, y me da pena dejar que esperen una semana más algunas mujeres y hombres humildísimos que se pasan horas y horas en ese antedespacho.

—¿Le vendrá corto el día?

—Cortísimo, y eso que no pierdo un momento. A las ocho de la mañana entro en este despacho, donde permanezco hasta las dos y media o las tres. Yo querría estar trabajando todo ese tiempo; pero en seguida empiezan las llamadas, las visitas, toda la serie de pequeñas cosas. Después de almorzar tengo que salir de casa a toda prisa, casi siempre para ir al Parlamento. Los días que hay Consejo de ministros ya no puedo volver al ministerio por la tarde, y, naturalmente, tengo que trabajar en casa hasta la madrugada. Y así un día y otro. Mis libros, mis papeles, mis asuntos particulares, hasta mi cátedra, están completamente abandonados.

Al llegar aquí la voz de don Fernando tiene un dejo triste. Se ve que añora los tiempos en que pasaba las horas leyendo y explicaba todos los días su clase de Derecho político.

Mientras habla acaricia una carpeta de cartón llena de papeles que hay sobre la mesa. Sobre la cubierta se leen estas palabras: «Concordato y Convenio». Antes de que yo le pregunte nada me explica con su característica amabilidad:

—Estos son unos papeles que yo conservo como oro en paño. Me pertenecen por disposición testamentaria. Pertenecieron a mi tío don Antonio de los Ríos Rosas, y son notas y copias de documentos relacionados con el concordato. Lo había traído hoy precisamente para entregárselo a la Comisión encargada de estudiar el asunto. Son interesantísimos estos papeles, y creo que pueden arrojar alguna luz sobre esta delicada materia.

Don Fernando me alarga los documentos. Son, efectivamente, un montón de preciosos papeles, valiosísimos en estos momentos. Diseminados entre los trabajos se ven grabados de la época.

Siguen entrando los secretarios con más tarjetas y consultas. Yo tenía que preguntarle muchas cosas; pero no puedo. Me han desarmado el excesivo trabajo del ministro y esta amabilidad suya que nada niega, aunque se le ve extraordinariamente fatigado.

Me despide con su eterna amabilidad, a pesar de que sostiene que se le está agriando el carácter. Yo me sonrío. ¿Habrá algo en el mundo capaz de hacer encolerizarse a don Fernando?

Ahora
13-VIII-1931

Lerroux, terrateniente y ganadero

Una tarde en San Rafael, con el ministro de Estado

¿Quién lo hubiera imaginado?… Y, sin embargo, no es un extravío mental que yo padezco, sino la realidad plasmada en estas fotos que todo el mundo puede examinar.

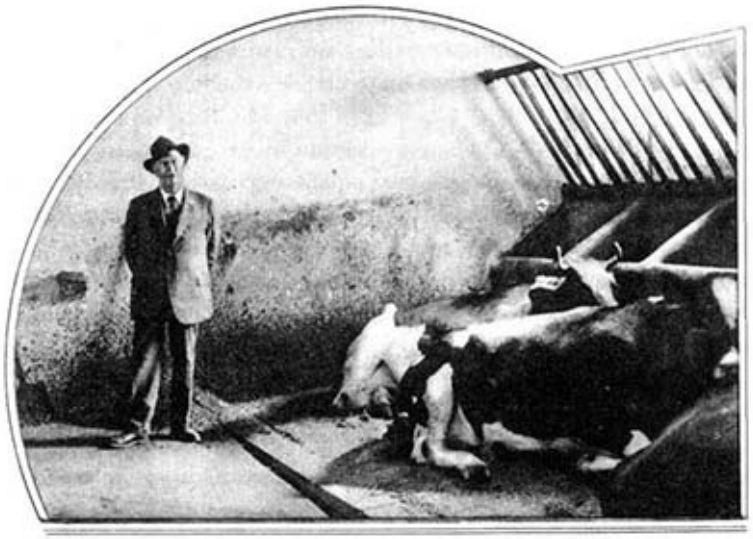
Don Alejandro Lerroux, el estadista insigne, lleva dentro de sí, y no obstante su presencia física y su aire de emperador, un alma bucólica capaz de eclipsar a Garcilaso. Pasar un día con don Alejandro en su finca de San Rafael, supone estar recordando a cada instante versos de Gabriel y Galán. Solo falta, para que sea completa la ilusión de que estamos hablando con el poeta extremeño, la aparición del «hosco pastor de sus ganados», llamando «amo» a don Alejandro y soplando el caramillo. Pero el pastor no aparece, entre otras razones, porque da la casualidad de que lo único que no tiene Lerroux, entre la variada fauna de su finca, son borregos.

Primero me enseña la casa. Es un hotelito alegre y, aunque sencillo, lo suficientemente cómodo para no echar mucho de menos, dentro de él, los refinamientos de Madrid.

—Esta casa la tengo desde el año 12, y aquí he pasado grandes temporadas. Yo me encuentro muy bien en el campo.

—No me extraña, con esta casa tan cómoda y tan bonita.

—La casa… Sí, no está mal, pero es lo de menos. A mí lo que me entusiasma es la finca. Esta finquita que tengo alrededor. Ahora la verá usted conmigo. Le gustará muchísimo. Todas las mujeres, por muy modernistas que sean ustedes o que pretendan ser, aman el campo y han soñado alguna vez con una casita donde poder tener palomas y gallinas, ¿no es verdad?



[El ministro de Estado Alejandro Lerroux en su papel de terrateniente y ganadero]

Yo, sinceramente, iba a decir a don Alejandro que, aunque reconozco y admiro los encantos de la Naturaleza, prefiero permanecer en locales cerrados y contemplar las gallinas en el plato, pero decido callármelo para que no forme mal concepto de mí. Además, Lerroux es tan jovial, y me enseña su finca con una amabilidad tan sincera, que, por un momento, doy de lado a mis arraigadas convicciones y me dejo ganar por la bucólica.

—Primero va usted a ver los faisanes; todos los que tengo ahora han nacido aquí. Los hay de dos clases. ¡Mírelos! ¡Mírelos!…

Estamos frente a dos grandes jaulas, dentro de las que picotean unas aves elegantísimas. Todas acuden a la alambrada, buscando las migas de pan que les brinda don Alejandro en la palma de la mano. Mientras los faisanes picotean las migas, sentimos batir las alas sobre nuestras cabezas. Una bandada de palomas desciende buscando también el pan. Entre las palomas, Lerroux presenta un aspecto completamente virgiliano. Yo intento acercarme, y, en ese momento, todas levantan el vuelo, asustadísimas.

—Es que la extrañan, y, naturalmente, huyen. A mí ya me conocen y saben que les traigo miguitas de pan. Por eso bajan. Además tengo gallinas, Verá cómo acuden también buscando la comida: «Pitas…, pitas…, pi, pi, pi» —dice don Alejandro, claro que en un tono completamente distinto al que ha empleado siempre al dirigir alocuciones a las masas, Pero también en este tono es afortunado. Las gallinas acuden, presurosas, a la llamada, y, confundidas con las palomas, devoran las miguitas. De vez en cuando, agradecidas, levantan la cabeza y cacarean mirando a su amo—. Bueno; ya ha visto usted las aves. Ahora nos internaremos un poco más en la finca, hasta el establo, y conocerá usted a la simpática «Pascuala».

—¿«Pascuala»? ¿Quién es? ¿Alguna antigua criada?

—No; «Pascuala» es una burra que tengo hace años. Desde que nació, porque su madre estaba también en casa. Es popularísima en San Rafael, por ser el vehículo más ligero de la comarca. Aquí la tiene usted. ¿Qué hay, «Pascuala»? —dice Lerroux en tono jovialísimo, dando palmaditas a la burra—, ¿verdad que no le tienes envidia a ningún «40 HP»?

Intentamos sacar una foto, pero «Pascuala» hace unas cosas tan raras que no es posible. Se ve que no es una burra exhibicionista. Nosotros, naturalmente, respetamos su determinación, y, siempre siguiendo a don Alejandro, nos encaminamos hacia las vacas, que están echadas, rumiando su comida tranquilamente.

Se trata de tres hermosos ejemplares, también nacidos en la finca y capaces de surtir de leche a toda la comarca. Al contrario que «Pascuala», no parecen molestarse con el fotógrafo. Al intentar tirar la segunda placa, las tres se ponen en pie, ignoramos si en señal de agradecimiento por inmortalizarlas en compañía de un amo tan ilustre, o para que podamos admirarles la línea. Puede que por las dos cosas.

Seguimos recorriendo la finca, y Lerroux, al mismo tiempo que la fauna, nos

muestra la flora.

—¿Ve cuántos árboles frutales? Pues todos, absolutamente todos, están plantados por mí. Cuando tenía más tiempo disponible me ocupaba mucho de ellos, pero desde la proclamación de la República tengo esto un poco abandonado. Apenas he podido venir dos o tres veces. ¿Quiere usted ver los conejos?

Yo le sigo hasta un lugar que me parece demasiado grande para estar destinado al alojamiento de esta clase de animales. Efectivamente, se trata de una broma que ha querido gastarme. Los que me anunció como conejos son dos cerdos, blancos y adolescentes, que gruñen dentro de las respectivas cochiqueras.

—Como puede usted observar, esto es una especie de Arca de Noé. Aún quedan por ver algunos más: los pavos, las perdices, los patos que nadan en el estanque, cerca del «As de Copas».

—¿Qué es eso del «As de Copas»?

—Es verdad. Se me había olvidado decirle que, en esta finca, cada cosa tiene un nombre que nosotros le hemos puesto. Me refería a un palomar que tiene una forma parecida al as de copas precisamente. ¡Hombre, a propósito! Hemos llegado al «Palacio de la hierba». Esta casa que usted ve es para guardar la hierba que comen las vacas, y algunas cosas más. Lleva este pomposo nombre porque, cuando pensé hacerla, se lo comuniqué a mi mujer, diciéndole que serían solo cuatro paredes, para que la hierba no se estropease. Cuando vino, después de terminada y la vio tan grande y hasta con ventanas, me dijo: «¿Pero esto es para la hierba? ¡Si parece un palacio!» De ahí surgió el nombrecito.

Yo estoy encantada de la simpatía y amabilidad con que este hombre, desprovisto de toda «pose», propia de su cargo y su categoría, nos enseña su finca, que es maravillosa.

Sin embargo, hay que marcharse.

Al salir me fijo en un detalle, en el que no reparé a mi llegada. Junto a la verja que da acceso al jardín hay dos leones. Claro que no son auténticos como las vacas, etc., etc., sino de mármol o algo parecido. Lo curioso es que uno está dormido mansamente y el otro tiene erguida la cabeza y los ojos abiertos. El primero representa la España que Lerroux veía el año 12, cuando construyó el hotel, y el segundo, la España que ya entonces soñaba y que ha visto convertida en realidad en 1931.

Estampa
12-IX-1931

¡Queremos votar! ¡Queremos votar!

Las sufragistas españolas no están dispuestas a que se les retrase el ejercicio de su derecho al voto
¿A quién vas a votar las mujeres y por qué?
Lo que opinan las tres diputadas de las Constituyentes

Algunas tienen prisa

No bien se había apaciguado un tanto el revuelo producido a raíz de la concesión del voto femenino, cuando ya tenemos otra vez el asunto sobre el tapete.

Se trata, según parece, de una cosa gravísima.

La Cámara lo aprobó demasiado deprisa y quiere volver sobre ello mediante una disposición transitoria. Están en su perfecto derecho los legisladores, ¿pero se van a conformar las mujeres? Probablemente algunas no solo se mostrarán de acuerdo con esta enmienda, sino que les parecerá de perlas. Pero hay un sector de mujeres que no están dispuestas a transigir en ningún caso. Estas señoras están en pie de guerra, según parece, hasta el punto de que el miércoles por la tarde y no bien se había presentado a la Cámara la enmienda firmada por los señores Castro, Abeytúa, Peñalba, etc., etc., por medio de la cual se restringe por ahora el sufragio femenino, irrumpió violentamente en los pasillos del Congreso gran cantidad de señoras. Iban muchas. Algún periódico ha dicho que más de cien. Lo cierto es que en un momento se hicieron dueñas del Congreso.

—¡Queremos votar… y en seguida. Es preciso impedir que las Cortes vuelvan sobre lo que ya tienen acordado! ¡Queremos ver al señor Besteiro!…

Los ujieres corrían de un lado para otro sin saber qué hacer ante aquella invasión. Los diputados no se mostraban tan alarmados, y, en general, oponían galantes sonrisas a la actitud bélica de las señoras mientras comentaban en voz baja:

—¡Pues las hay muy guapas! ¡Verdaderamente no sabe uno para qué quieren el voto!

Mientras esperaban al señor Besteiro un diputado se acercó a interpelarlas.

—¿Pero, de verdad tienen ustedes tanta prisa por votar?

—¡Ya lo creo! La mujer no puede perder semejante conquista.

—Si no la pierden. Se trata sencillamente de que empiecen por ejercer su derecho en las elecciones municipales. Hay que empezar despacio… otra cosa sería quizá un peligro…

Todas se volvieron airadas contra él, ¡pobre hombre!, y claro, lo achicaron.

—Todo eso son habilidades, ¿sabe usted? Lo que quieren ustedes es que no votemos en tres o cuatro años y, ¡eso no!

—¡La enmienda es un pastel!

—¡No lo consentiremos!

Lo que opinan las tres diputadas

No se sabe qué decisión tomarán los señores diputados ante esta campaña sufragista que parece han iniciado las mujeres españolas. Probablemente prosperará la enmienda calificada por ellas de pastel.

¿Pero de verdad la mayoría de las mujeres tienen esta prisa por votar?

Con objeto de orientar un poco a los lectores sobre este asunto, he querido conocer la opinión de algunas mujeres representativas. Para empezar nadie mejor que las tres diputadas.

No están unidas; cada una pertenece a un partido distinto y cada una piensa de distinta manera.

Victoria Kent (radical-socialista), cree que el voto debe retrasarse. A este fin presenta también al Parlamento una proposición igual en el fondo que la de los señores mencionados al principio, pero expresada con más claridad.

Esto no quiere decir que yo sea contraria a la concesión del voto. En este momento lo estimo un poco peligroso. La prueba la tiene usted en que las derechas están encantadas de que voten las mujeres. Esas mismas derechas se oponían al sufragio universal en tiempos, alegando que la masa no estaba preparada. ¿Por qué no se oponen ahora, sabiendo como saben que la inmensa mayoría de las mujeres tampoco lo están?… Ese es el peligro.

Así opina Victoria Kent, pero Clara Campoamor (radical) opina de modo distinto.

—Las mujeres pueden, quieren y deben votar. No le quepa a usted duda, y la prueba está en que contra el voto no se han esgrimido aún argumentos serios. Todos dicen lo mismo: «que no le interesa la política»…, «que no está preparada»…, «que votará al cura»…, «que es un peligro»… Nada de esto es cierto, y si lo fuera, nadie más que los hombres serían los culpables. ¿Por qué las han tenido sin enterarlas de nada? ¿Por qué no las han apartado de la influencia religiosa? Aquí —continúa la señorita Campoamor— hay un dilema. O la mujer es capaz de ejercitar este derecho como los hombres, o no es capaz. En el primer caso, hay que respetárselo, igual si se inclina a la derecha que si se inclina a la izquierda. Me parece que democraticamente no hay otra solución. En el segundo caso, o sea en el de los que creen que la mujer no es capaz para el voto y que se aprovecharán de él los enemigos de la República, todavía la tesis es más absurda. Sería tanto como conceder a los reaccionarios más habilidad para captarse el voto de la mujer que la que pueden tener los republicanos

de veras.

—¿Pero usted cree que las mujeres tienen mucho interés en votar?

—Yo solo sé que, desde hace dos meses, no dejo de recibir cartas y telegramas de mujeres de todas partes felicitándome por esta campaña.

—¿Pero usted no cree, como muchos diputados, que el voto femenino puede constituir un peligro para la República?

—Yo no creo que la mujer española se muestre ingrata con esta República, que le concede todo cuanto se le negó antes.

Todavía falta una diputada a quien preguntar. ¿Como cuál de estas dos pensará? Véanlo ustedes. La señorita Nelken es también sufragista «templada», como la señorita Kent.

—En principio, la concesión del voto a la mujer, acompañada del disfrute de todos los derechos civiles, me parece un avance muy estimable. Pero… hay que buscar el momento oportuno, porque si no puede resultar todo lo contrario.

Lo que opina una joven católico-monárquica

No importa el nombre. Se trata sencillamente de una joven como hay muchas. Respetuosa con la religión, admiradora del ex rey personalmente, entusiasta de la Corte y de las fiestas aristocráticas…

—¿Usted cree que debemos votar las mujeres?

—No faltaba más. Debemos votar y votaremos. ¡Y qué triunfo va a ser el nuestro! Pero aún llegaremos a tiempo para evitar que se cometan estos atropellos contra la religión. Ya verá usted cómo nosotras tendremos más valor que los hombres y nos impondremos acabando con todo esto.

Cuánto me alegro ahora de no haber dado el nombre. Y más con este Casares Quiroga, que manda a la gente a esos sitios tan raros…

Lo que opina una joven marxista

Tampoco doy el nombre, por si acaso. Bromitas con esa Ley de Defensa de la República… ¡en ningún caso!

—Yo no creo que sea ningún disparate la concesión del voto a la mujer. Es más, creo que todas las mujeres conscientes están deseando votar. ¿Que muchas son reaccionarias? Es verdad. Pero ¿no van a poder más los cientos de miles de obreras y mujeres de obreros que hay en España? Pero todo esto es secundario; lo interesante, no le quepa a usted duda, es que, con voto o sin él, en España hay ya una nueva

generación de mujeres dispuestas a trabajar por la revolución social, que es lo interesante.

—Pero usted, concretamente usted, ¿a quién votaría?

—No lo sé. A todos los políticos, nuevos y viejos, los encuentro demasiado burgueses.

Lo que opina una cacharrera

Sí, no cabe duda, las mujeres quieren votar. Lo que no se sabe, lo que no se puede adelantar, es el resultado, no obstante haber tratado de tomarles el pulso político.

Al terminar de recoger esta información he pasado por una cacharrería de barrio. La dueña y su hija están dentro. ¿Por qué no preguntarles? También ellas van a volar.

Con no sé qué pretexto les he hecho la pregunta y, enseguida, contesta la madre:

—Pues, verá usted, no sé lo que decirla. Yo siempre he sido republicana, lo cual que a mi hombre le «mandé» que votara a la República en el mes de abril. Pero es que ahora me han dicho que no sé qué me van a hacer con la tienda.

—Oye, tú —dice dirigiéndose a la chica—, ¿qué es eso que ha dicho padre que harán con la tienda?

—Nacionalizarla, madre; pero eso no es malo —contesta la muchacha en tono de bachillera.

—Pues eso, francamente, no me gusta, aunque no sé lo que es. Pero mientras no me lo pongan en claro, ni mi hombre ni yo volvemos a votar la República.

—Diga usted que no —interviene la chica rápidamente—. Es que mi madre está muy anticuada, pero ya la convenceré yo para que vote a Largo Caballero.

Ahora
29-XI-1931

1932
Estampa
Ahora

La niñez madrileña y calleja de Luis de Tapia

«Cuando yo era chico…»

Todavía me acuerdo…

¿Que yo cuente algo de mi niñez? —dice Luis de Tapia, en tono festivo—. Pues no sé si voy a poder acordarme. Sin embargo, lo procuraré, para deshacer los errores cronológicos que han lanzado por ahí mis amigos, envidiosos de lo bien que me conservo. Han llegado a decir que es mentira eso de que soy madrileño, puesto que no existía esta capital en la fecha de mi nacimiento. ¡Calumnias!… Así que vamos a hacer un esfuerzo mental, y ya verá como «parece que fue ayer».

—Bueno; ¿entonces puedo afirmar que es usted madrileño?

—Madrileñísimo. Nacido en la calle del Pez, esquina a Jesús del Valle. Pero de este barrio no recuerdo nada, porque cuando yo tenía pocos meses murió mi padre, y nos trasladamos a una casa más modesta, donde vivimos mucho tiempo. Estaba situada en un barrio castizamente popular: Puerta Cerrada. Yo me pasaba el día en la calle, jugando con otros chicos de mi edad. Mi casa estaba al lado del palacio del Nuncio, y recuerdo cómo mis amigos y yo nos asomábamos al portal, produciendo la indignación del portero. Nos parecía una casa misteriosa, y no podíamos dominar la curiosidad que sentíamos de visitar el interior.

—¿No consiguieron entrar nunca?

—Sí; un día. Pero es uno de mis recuerdos más desagradables. Al portero se le había muerto una niña, y, con este motivo, no había quien nos prohibiera el paso. No sin algunas precauciones nos colamos, mis amigos y yo, con tan mala fortuna, que lo primero que vimos fue a la niña del portero, ya metida en la caja. Yo era un chico bastante alegre, y nunca se me había ocurrido pensar en la muerte. Sin embargo, esto me tuvo preocupado varios días.

—¿Cuándo nació en usted la afición a hacer versos?

—Siendo muy pequeño. Mi padrastro, a quien yo quería como si fuera mi padre, puesto que a este no lo conocí, como le dije antes, era poeta. Él me puso a estudiar, y muchas veces me decía: «Tú tienes que ser abogado, para ganar mucho dinero.» A mí aquello no me disgustaba, porque siempre fui un buen estudiante; pero iba notando que mis inclinaciones no eran científicas, sino artísticas, y un día le dije: «Mira: yo, de verdad, lo que quiero ser es poeta, como tú; ¿dónde se estudia eso?» Don Nicanor Zuricalday, que así se llamaba mi padrastro, me explicó que la Poesía no se estudiaba, y que podía seguir estudiando el bachillerato, como cosa práctica, y hacer versos en los ratos perdidos. Por fin, me decidí a colaborar con un amigo mío, que, como yo, sentía angustias poéticas hacía tiempo, y juntos compusimos un soneto, que fue leído

como prólogo de una representación teatral que dimos en el pasillo de mi casa.

[El escritor Luis de Tapia a los tres años, disfrazado de diablillo.]

Luis de Tapia ríe, recordando aquel teatro. Formaban la compañía media docena de chicas y chicos de los que jugaban con él en la calle. El escenario se improvisaba después de haber entrado el «público». Antes, era imposible, puesto que la sábana que hacía las veces de bastidores, había que colocarla tapando la puerta, dadas las reducidas dimensiones del local. A veces, la representación era interrumpida con motivo de un fuerte campanillazo y una voz desagradable que decía, desde fuera: «¡El lechero!» Aquello era terrible; «la actriz» tenía que esconderse rápidamente; los «tramoyistas», vuelta a quitar y a poner la sábana, hasta que sonaba otro campanillazo, y otra voz: «¡El panadero!» Un día que estas llamadas llegaron a cinco, el «distinguido público» se marchó, no sin decir antes muchas groserías. En una de estas representaciones fue cuando el pequeño vate Luis de Tapia y su íntimo amigo leyeron la siguiente composición, dedicada a la señorita Lola Solá, que presenciaba el espectáculo, mientras sus amigos se morían de envidia:

Dos autores amigos, casi hermanos,
son, ¡oh Dolores!, los que aquesto escriben,
dichosos, cual ninguno, si perciben
grandes aplausos de tus blancas manos.
Que tú no aplaudas son temores vanos,
pues estos infelices que se exhiben,
por tu primer aplauso se aperciben
de ser gigantes, cuando son enanos.
Debiéramos tirar lejos la lira,
y pensando tan solo en tu figura
decirte ensueños desde nuestra cama,

que así como en el mundo que te admira
va tu faz pregonando tu hermosura,
vaya tu voz diciendo nuestra fama.

—Tuvimos que leerlos varias veces, en vista del entusiasmo del «público», que no cesaba de aclamarnos, porque a todos les parecía imposible que «aquello» hubiera salido de nuestra cabeza. En cuanto a la «favorecida» con la dedicatoria, no cabía en sí de alegría, y hubo que estárselo repitiendo hasta que pudo aprenderlo de memoria, porque la pobre no sabía aún leer de corrido.

—Total, que tuvieron un exitazo.

—Enorme, y eso que nos lo amargó algo un chico mayor que nosotros, metido allí sin invitación previa por nuestra parte, y solo con la idea de aguarnos la fiesta. Figúrese usted que, mediado el soneto y cuando el «público» estaba con el alma en un hilo escuchando aquello de *pues estos infelices que se exhiben,* el «amiguito» de referencia interrumpió nuestra lectura diciendo a gritos: «¡Mentira! Esos versos no los han inventado ellos. El verdadero autor es el duque de Rivas.»

—¿Ustedes que dijeron ante aquella «calumnia»?

—Yo, en medio de todo, me puse bastante contento, aunque, «por quedar bien», tuve que lanzarme sobre el interruptor y pegarle, Pero, repito, que me halagó. Visto el asunto con serenidad, allí el único calumniado era el duque de Rivas, naturalmente.

Los cuadros de honor

—En vista de que ya hacía versos capaces de confundirse con los del duque de Rivas, ¿usted abandonaría sus estudios?

—No, ni mucho menos; aquel año saqué mejores notas que nunca. Recuerdo, como una de las mayores emociones de mi vida, la que me produjo descubrir mi nombre escrito en los cuadros de honor del instituto. Después pensé, no sin alguna tristeza, que quizá aquellas listas no las mirasen más que los propios interesados; pero, a pesar de esta consideración, me fui a casa contentísimo. Aquellas letras de molde que decían «Luis de Tapia Romero» estuvieron bailando en mi cabeza durante toda la noche.

La calle…

—Mi diversión favorita, cuando niño, y aún sigue siéndola, es la calle. Andar por ella recogiendo el aliento popular es lo que ahora, consciente, y de pequeño,

inconscientemente, me ha atraído con más fuerza. Por algunos detalles podrá formarse un juicio exacto de cómo he sido en esto del callejeo.

A pesar de que mi familia era muy modesta, yo, como le he dicho, estudiaba el bachillerato. Fácil es comprender que en el Instituto hice amistad con chicos de familias más o menos acomodadas, y que mil veces me invitaron a merendar en sus casas. Yo rehuía, porque me gustaba más merendar en plena calle el pan y la manzana que me daba mi madre, mientras jugaba con mis amigos que no iban al Instituto, sucios y desharrapados en general. Un día que la mamá de un niño acomodado insistió muchísimo para llevarnos a su casa, accedí, bajo la condición de que irían conmigo unos «compañeros». Cuando me presenté en la casa con tres ejemplares castizos de mi barrio, la señora me dijo: «Mira, Luisito; estos niños no pueden pasar, están algo sucios…» Figúrese usted las cosas que le diríamos a la señora al abandonar los cuatro violentamente el local, y si no llegamos a ser tan pequeños…; pero, bueno; en cuanto a dialéctica, aquello era Versalles puro.

Desde entonces prometimos no entrar en más casa que en la mía, donde, gracias a la bondad de mi madre, se toleraba al estado llano todo.

Republicano desde chico

El pequeño Tapia vivía ilusionado por dos cosas: ser mayor, para poder usar capa, y ver proclamada la República.

—Esto constituía mis dos grandes ilusiones. Por las noches soñaba que era ya un hombrecito, y que, al salir de la sastrería, en donde había adquirido una capa, me encontraba a la gente cantando el «Himno de Riego», o que, embozado en ella, conspiraba para traer la República. Tanto han vivido estas dos ideas en mi imaginación, que la única amargura del 14 de abril, no obstante ser uno de los más felices de mi vida, fue que el calor me impidiera ir envuelto en la pañosa, mientras me quedaba ronco aclamando a «la Niña».

Estampa
5-III-1932

¿Se debe suprimir la pena de muerte?

Lo que dicen de la pena de muerte un ministro, un abogado y tres profesores

Albornoz: «No se debe quitar la vida a nadie.»

El señor Albornoz[5] es de todo punto contrario a la pena de muerte.

—Tal respeto me merece la vida de mis semejantes —dice al formularle la pregunta— que no creo se le deba quitar a nadie, por muy grande que sea su crimen.

—¿Entonces usted verá con alegría que la pena de muerte se borre del Código penal español?

—Desde luego.

—¿Y no cree usted posible un aumento de criminalidad al suprimirse la pena de muerte?

—De ningún modo. Tal y como se viene practicando la pena de muerte, no creo que sea medio suficiente para intimidar a nadie.

—Sin embargo, las estadísticas demuestran que en aquellos países en los que se suprimió la pena de muerte ha aumentado considerablemente el número de crímenes.

—Sí; eso aseguran y tratan de confirmarlo, mediante la estadística, los partidarios de la pena capital. Pero no hay que fiarse. También los abolicionistas se apoyan en la estadística para hacer ver que la pena de muerte es inútil. Yo, por mi parte, creo que el asunto está suficientemente debatido y resuelto a favor de los que queremos borrar de los códigos tan terrible pena. La pena de muerte, por tanto, ya no se discute, se suprime.

Jiménez Asúa: «La pena de muerte es incompatible con la sensibilidad actual»

—Muchas son las razones que nos han inclinado a suprimir la última pena en el anteproyecto de reforma del Código penal presentado a las Cortes —me ha dicho el señor Jiménez Asúa—, y se haría interminable esta charla si pretendiera enunciarlas todas.

—¿Su opinión personal?

—Yo creo que la pena de muerte para delitos comunes, incluida en los códigos como sanción normal, es de todo punto incompatible con el progreso jurídico y con la sensibilidad pública de la hora en que vivimos. Prueba de ello es el número de instancias de indulto y las muestras de duelo colectivo que se producen cuando ocurre

una ejecución. De ningún modo puede creerse que la pena de muerte sea eficaz e intimidante, dado el escaso número de veces que se ejecuta. Por otra parte, el indulto suprime la intimidación, pues los delincuentes confían en él y no es del todo humano, puesto que a unos se les concede y a otros no. El padre Montes, agustino, ilustre tratadista, decía en una ocasión, hablando de este tema: «Los que, en cumplimiento de una misión piadosa y cristiana, hemos tenido que asistir a un reo en capilla, sabemos lo difícil que es llevar consuelo y resignación al alma del desgraciado a quien no llega la gracia del indulto, cuando sabe que ha llegado a tantos otros, quizá menos merecedores de ella.»

—¿Cree usted que llegará a imponerse el abolicionismo?

—Estoy seguro. Aunque últimamente ha retrocedido un poco. En los años que precedieron a la Gran Guerra, el abolicionismo se había impuesto en la doctrina, y poco a poco se iba imponiendo en la realidad legislativa. En casi todos los proyectos de códigos que se componían en Europa y América, quedaba borrada la pena de muerte y no era aventurado predecir su ocaso total. Pero surgió la guerra, entenebreciendo el panorama del mundo, y soplan sobre los pueblos vendavales de reacción. Italia, el país de más fino abolengo jurídico penal, que había borrado de sus códigos la pena de muerte, la ha restablecido.

—¿Cree usted que estos países evolucionarán de nuevo?

—Sin duda, porque la sensibilidad colectiva de nuestro siglo, afortunadamente, repele la crueldad. Las mismas apasionadas muchedumbres que ante un crimen horrendo claman por escarmientos ejemplares, se entenebrecen de espanto el día que se levanta el cadalso y corren presurosas a implorar el indulto. De esto tenemos muchos ejemplos en España. Todas estas, y muchas más, son las razones que nos han impulsado a suprimir la pena de muerte en la nueva legislación republicana.

—¿No hubo discrepancias en el seno de la Comisión al adoptar este acuerdo?

—Todos votamos a favor, exceptuando a don Angel Ossorio y Gallardo, entonces presidente, por entender este ilustre abogado que la pena de muerte, aunque no se practique de ordinario, debía ser conservada para evitar mayores males.

Ruiz Funes: «La pena de muerte me repugna me parece inútil.»

También al profesor Ruiz Funes le repugna la pena de muerte, y su voto, como miembro de la Comisión Jurídica Asesora, ha sido, por tanto, favorable a la supresión de esta pena en la reforma del Código penal.

—Yo creo —añade— que este problema ya debía estar resuelto. La Comisión parlamentaria encargada de confeccionar el proyecto de Constitución, y de la cual formé parte, entendió que la pena de muerte para los delitos comunes debió quedar suprimida en la Constitución para mayor garantía. La Cámara no pensó como

nosotros y suprimió el artículo, por estimar que no era materia apropiada para figurar en la Constitución. Por esto se aplazó hasta que se discutiera la reforma del Código penal. Por mi parte, estimo un gran error esta postura de la Cámara. Un asunto tan importante, forzosamente ha de ser materia constitucional. Así lo han entendido, al menos, otros muchos países.

—¿Usted es contrario a la pena de muerte por una razón de humanidad o porque la estima inútil?

—Por las dos cosas. Como hombre, siento una gran repugnancia por este tipo de pena. El castigo legal es superior al crimen. No hay proporción entre los sufrimientos de la víctima de un asesinato y los de un reo que va a ser estrangulado. Como penalista me parece inútil e ineficaz, puesto que no cumple ni el fin de selección ni el de intimidación. Para suprimir a todos los individuos peligrosos habría que aplicarla en gran escala, llevando a cabo verdaderas hecatombes. Por otra parte, la pena de muerte, tal y como se aplica hoy día, no puede intimidar a nadie. Para eso sería preciso rodearla de todo el aparato teatral con que antiguamente la ejecutaban.

—¿Está usted seguro de que se suprimirá en España?

—Si se interpreta el sentir del pueblo, desde luego. ¡Si casi está suprimida! De todos los países que aún la conservan, es el nuestro el que hace de ella un uso más exiguo. Casi se podría decir nulo.

Saldaña: «La pena de muerte suprime un delincuente y engendra mil.»

Don Quintiliano Saldaña, catedrático de Antropología Criminal, hombre que ha dedicado toda su vida a estos estudios, me dice, al acercarme a él en demanda de su opinión sobre la pena de muerte.

—Soy un secuaz resuelto del abolicionismo, y mi cruzada contra la pena de muerte data de una vida entera de apostolado.

—¿Cree usted que el ser o no abolicionista depende de las ideas políticas de cada uno?

—No creo. Por mi parte, aunque muy sinceramente republicano y liberal, esta convicción mía no radica en principios políticos. La ciencia penal no concluye tampoco nada rotundo en pro ni en contra de este tipo de pena. Penalistas ilustres de todos los tiempos, principalmente después de Beccaria, han combatido la pena de muerte. Otros no menos ilustres la han defendido.

—¿Entonces sus convicciones nacen de un principio humanitario?

—Y de un principio filosófico, pragmático. Rechazo la pena de muerte por inútil, por creer que ya no sirve a la causa de la defensa social.

—¿Qué opina usted de la supresión de la pena de muerte en nuestro país?

—Creo que la República debe suprimirla, y estoy conforme con la Comisión

Jurídica Asesora que ha dictaminado en este sentido. Hace ya mucho tiempo, en el año 1917, ante el prestigio nacional que gozaba entonces la última pena, yo propuse a los gobernadores solo un ensayo de abolición. Fui desgraciado en mi intento. No desmayé, sin embargo, y cuando el Gobierno nacional, en el año 1921, me encargó redactar una ley de bases para el futuro Código, les propuse una transacción. Yo pasaría por aceptar el indulto en el Código, a cambio de que ellos me permitiesen rayar la pena de muerte en la tabla de las penas. Seis años después —cuando la Comisión de Códigos elaboró el proyecto del año 1927— voté contra la pena capital.

—¿En la Asamblea tuvieron votos los abolicionistas?

—Solamente cuatro —agrega Saldaña—; la mayoría «cavernícola» nos arrolló. Como un estigma, el presidente denunció que yo era «republicano».

—¿Cree usted que desaparecerá por completo la pena de muerte en todos los países?

—Sin duda. Tan pronto se convenzan de que produce efectos «negativos». No es posible escindir la idea y el hecho sociales de la muerte como pena del motivo psicológico y tendencias individuales a matar. La fobia homicida es, a veces, corriente inducida de una ejecución capital. La última pena suprime a un delincuente efectivo, pero engendra virtualmente a mil. Esta es la doctrina de un libro mío, *Criminologie Nouvelle*, que está de texto en la Universidad de París. Yo creo que no hay que matar al hombre; hay que matar al delincuente en el hombre.

Ossorio: «… Pero es la única intimidativa de veras…»

—Supongo —dice don Angel Ossorio— que no quedará en el mundo ningún «partidario» de la pena de muerte. Solo por excepción se encuentra un hombre a quien le guste matar. Y el ejemplar es más propio de la Psiquiatría que del Derecho. La cuestión está en determinar cuándo y dónde debe prescindirse de esa herramienta intimidativa. La única intimidativa de veras, digan lo que quieran respetabilísimos hombres de ciencia. Hechos recientes —del tiempo de la dictadura— abonan mi afirmación. Refiriéndome a España, pienso que, dentro de un par de años, cuando sea redactado un nuevo Código penal, quizá se pueda borrar de él la pena terrible. Ojalá sea así. Veremos lo que para entonces han hecho los demás pueblos. Pero que la República se precipite «en estos» a suprimir una pena que ella no ha inventado, sino que se ha encontrado establecida…, me parece un caso de suicidio político.

Hacia la abolición

No es este el primer intento de abolición de la pena de muerte que se hace en España.

En el año 1854 se alzó en las Cortes la voz de un diputado, el señor Seoane, que pedía fuese suprimida la última pena. No prosperó su intento, y, pasados cinco años, insistió, en compañía de otro diputado, sin que prosperarse la proposición.

Don Nicolás Salmerón trató también de suprimirla, y este era el proyecto de la primera República española, pero los acontecimientos se precipitaron y no fue posible cumplir el deseo largamente manifestado por el ilustre repúblico, en armonía con la opinión española de aquel período.

La República de 1931 parece decidida a suprimir la pena capital, empresa que no le fue posible acometer a la República del siglo pasado.

El primer país que suprimió la pena de muerte en los códigos fue Grecia, en el año 1863. Italia, país de tradición abolicionista, venía, desde el siglo XVIII, tratando de hacerla desaparecer, pero, legalmente, no lo consiguió hasta 1889. Bajo la dictadura de Mussolini se ha restablecido, con el asenso de los profesores que toda la vida habían luchado contra ella. Rusia la mantiene, a pesar de los muchos intentos de abolición.

Suprimida por completo, y sin que se note peligro de restablecimiento, lo está en Suecia, Rumanía, Portugal, Holanda, San Marino, Honduras, Nicaragua, Brasil, Ecuador, Perú. En Bélgica se conserva en el código, pero está sin aplicación desde 1863.

No obstante los nuevos brotes de la pena de muerte, los Estados, al parecer, caminan hacia la abolición. En Inglaterra, país tradicionalista por excelencia, hay una gran corriente de opinión favorable a que desaparezca este tipo de pena para los delitos comunes.

Alemania llevaba muchos años sin aplicarla. No hace mucho se quebrantó la costumbre, por tratarse de un caso excepcional, el vampiro de Dusseldorf, que fue ejecutado, pero no es fácil que vuelva a ocurrir un acontecimiento análogo.

Todos los indicios hacen suponer que la muerte, como pena, va, poco a poco, perdiendo terreno, y que si no sufre retroceso el movimiento en pro de la abolición, dentro de nada habrá desaparecido por completo del mundo lo que Ferri llamó «estúpido modo de hacer justicia».

Estampa
1-IV-1932

Valle-Inclán Conservador General del Patrimonio Artístico

«La República podría preparar una ruta turística sin igual en el mundo»

Don Ramón del Valle-Inclán, nombrado conservador general del Patrimonio Artístico de España, sueña con hacer de los Reales Sitios una ruta turística sin igual en el mundo. Con su palabra cálida y maravillosa nos va descubriendo lo que él cree que debe hacer la República en el aspecto estético.

—El Palacio de Oriente y los antiguos Sitios Reales —El Escorial, El Pardo, Aranjuez y La Granja— requieren una dirección atenta, no solo a conservarlos en su ser natural, sino a depurar y resaltar su significación histórica y artística. El Palacio de Oriente, repito, los Reales Sitios y los Alcázares de Toledo y Segovia pudieran constituir el núcleo turístico más significativo de España. ¡Y todo ello en un radio que no pasaría de 80 kilómetros!

—¿No seguirían adscritos los Alcázares de Toledo y Segovia a la función que hoy tienen?

—¡Claro! —responde don Ramón—. Pero rescatados algunos salones, para decorarlos con tapicería, armas, muebles y cerámica de la época de los trastamaras.

—¿Un poco en forma de museo?

—Sí; pero bien entendido que en ningún caso habían de colocarse los objetos hacinados, dando la impresión de Exposición, sino procurando una impresión emocionada de lo que fueron nuestras artes suntuarias en aquella hora singular del genio español que cifró la trina influencia: cristiana, arábiga y caldea. A esta evocación que asigno a los Alcázares se une la máxima evocación de los ámbitos de Segovia y Toledo. El Escorial, calificada prenda de aquella jactancia imperial y austera con que se agigantó el alma nacional durante los Austrias, daría constancia de otro de los más significados momentos de la Historia de España, cuando la piedra berroqueña —la materia propia y germina de la arquitectura nacional— se define colmada de eternidad y de belleza hispánica. Paralelamente, la lengua de Castilla lograba su más alta expresión en el libro de «Los nombres de Dios».

—Y, naturalmente, ¿El Pardo…?

—Con su severa arquitectura —ataja don Ramón—, en soledades de encinar y olivar, completa la evocación de aquel período austríaco que, con sagaz conocimiento, califica el cultísimo Azaña de «larga digresión». ¡Hora cesárea, enorme y colonial, más extranjera al sentimiento hispano que el imperial Gobierno de Roma!

—¿Y los palacios de La Granja, Oriente y Aranjuez?

—Estos, con sus perfiles de afrancesamiento y cortesana ceremonia, tan

reveladores del cambio que nos trajeron los últimos reyes extranjeros, completarían la alta lección de lo que han sido las tres dinastías: Trastamaras, Austrias y Borbones. En La Granja culmina el máximo afrancesamiento, que representa el reinado de Felipe V. En el Palacio de Oriente, la conjunción de las influencias italiana y francesa, trascendidas a unidad por las sugerencias que fatalmente impuso el medio nacional. En Aranjuez habría de procurarse colmar de sentido histórico su gracia romántica, creando un museo evocador de aquel período que corre desde la abdicación de Carlos IV hasta el destierro de la Reina Gobernadora. Pudieran llevarse a este museo los cuadros de Bayeu, de López, de Esquivel, de Villamil, de Lucas y de tantos otros, repartidos en la actualidad sin discernimiento por las oficinas de Intendencia y oscuridades de sótanos y corredores.

—¿Le parece a usted bien que en Riofrío se disponga alojamiento para colonias escolares?

—No, de ningún modo. Sería echar a perder el Patrimonio, sin provecho para nadie. Pues ni aun los niños se encontrarían bien, ya que esos palacios se construyeron para un fin completamente distinto. Convertir los que fueron Sitios Reales en asilos, cantinas escolares, reformatorios y hospicios constituiría una barbaridad, solo comparable con la que se cometió en tiempos de Mendizábal convirtiendo las iglesias en cuarteles. ¡Se cubriría de oprobio el régimen republicano! En Riofrío se puede y se debe hacer un museo de cacerías. Sobra material y quedaría maravilloso solo con reunir allí una colección de armas —que la hay variada y numerosa—, tapices alusivos, trajes, etc., etc.

Don Ramón queda un momento pensativo, sin dejar de acariciarse la barba, y poco después añade:

—Sería de un efecto magnífico que dentro de poco, con motivo del aniversario de la Constitución, por ejemplo, se invitase a venir a España a algunos representantes de los pueblos de habla española. Para entonces ya debería estar dispuesta esta gran ruta turística que yo imagino, y estos pueblos quedarían maravillados al conocer el tesoro del país que les dio su lengua, su espíritu y su civilización. Pero si los que fueron Reales Sitios están llamados a convertirse en instituciones de caridad, mi ánimo se consterna, porque esto me parece un utilitarismo más repugnante que la furia destructora de Atila. Atila, llorón y humanitario, dedicado a las obras de misericordia.

Ahora
5-VI-1932

Entre los guardias de asalto

Los guardias, por la calle

Cuatro camiones repletos de guardias de Asalto corren por la calle Mayor, a las ocho de la mañana, a poca distancia unos de otros. Los escasos transeúntes de la Puerta del Sol se miran un poco inquietos.

—¿Qué pasará a estas horas? —oímos decir a una modistilla.

—¡Vaya usted a saber! —le contesta un pacífico y comunicativo oficinista.

—Pues como «esos» lleven ganas de pegar… se han lucido los perturbadores. Después dirán que «al que madruga Dios le ayuda…».

—No pasa «na», hombre…, «asolutamente na» —añade un barrendero pacífico —. Lo que hay es que los de Asalto van todas las mañanas al campo a hacer… «ginasia»… y hasta creo que los hacen jugar al «furbol».

La modistilla interviene otra vez, burlona:

—Y eso, ¿«pa» qué? Porque «pa» que crezcan digo yo que no será… Pues así que no están desarrollados los angelitos.

—No; es «pa» que se pongan «bronceaos»; ¿no es eso ahora lo que gusta? —interroga el barrendero, mientras dirige a la muchacha una mirada insinuante.

—¡Miren el de la escoba, y qué buen humor tiene desde por la mañana! Pero conmigo…, ¡no hay de qué! Eso se lo cuenta usted a un guardia…, pero de Seguridad, ¿eh?, que los de Asalto son muy simpáticos… y no se tratan con el personal subalterno.

Tenía razón el barrendero. En la calle no pasa nada, y los camiones de Asalto, que un momento han alarmado a los transeúntes, van a la Casa de Campo. En el patio del Ministerio apenas quedan veinte guardias como medida preventiva.

[Josefina Carabias flanqueada por dos imponentes defensores del orden republicano]

—De día y de noche hay aquí una compañía —dice el jefe, comandante Anguiano —. Vea usted dónde duermen, o, mejor dicho, dónde descansan por las noches —y me muestra una habitación con una especie de anaquelería que sirve para que se tiendan estos hombres tan grandes—. Resulta un poco estrecho, porque esto se hizo para personas de tamaño normal. Pero ya se arreglará todo.

Pasamos a otra habitación, donde está instalado el botiquín de urgencia.

—En caso de que ocurra alguna contrariedad aquí se les cura provisionalmente. Hay un médico de guardia por cada compañía. Cuando se trata de reprimir desórdenes de alguna importancia, sale el médico con ellos y va al lugar de los sucesos.

—¿En el mismo camión?

—Hasta ahora, sí; porque no había otro remedio. Pero en lo sucesivo, el médico irá detrás, con el capitán, en un coche ligero.

Cuando volvemos al patio sale otro camión, que lleva a los oficiales de Asalto también a la Casa de Campo.

—¿Vamos? —me dice el comandante.

Todos obedecen a unos oficiales pequeñitos

A medida que nuestro coche se acerca a la explanada donde los guardias hacen instrucción, se oyen claramente unos silbidos agudísimos, que deben de ser conminatorios, porque inmediatamente después se percibe un taconeo atronador, que recuerda mucho a los noticiarios sonoros. Un poco después se desarrolla ante nosotros un espectáculo por demás paradójico. Más de cien guardias, de estatura imponente, ejecutan, con una rapidez vertiginosa y una unanimidad sorprendente, las

órdenes que reciben de un oficial pequeñito, que al lado de estos hombres parece un niño vestido de soldado.

—Piii… —dice el silbato. Sigue un silencio profundo, en medio del cual suena la voz opaca del oficial.

—¡A los camiones!

Otro silbido más fuerte que el primero, y segundos después vemos a los guardias encaramados en las plataformas.

—Piii… ¡A tierra!… Piii…

Ya están otra vez en el suelo, en espera de un nuevo silbido, mediante el cual, todos, como un solo hombre, apoyan la mano derecha sobre el lado izquierdo del cinturón, dispuestos a manejar lo que en términos técnicos se llama «la defensa», y en lenguaje vulgar recibe la denominación de porra.

No; de verdad que no resultan mal los vistosos uniformes en el ambiente bucólico de la Casa de Campo. Solo hay un momento capaz de alarmar al hombre de acción más valeroso, y es cuando, respondiendo a la orden de ataque que acaba de darles el oficial, vemos que la masa enorme de «conjuntistas» avanza hacia nosotros en actitud nada tranquilizadora.

Se les ve aumentar por momentos, y, francamente, asustan un poco, a pesar del gesto desenfadado y de la sonrisa que asoma a los labios de muchos.

—¿Eh? ¿Qué tal? —me pregunta el comandante Anguiano, en tono de broma al advertir la cara de susto que he debido poner.

—¡Magnífico! Pero…, en fin…, ¿sabe usted? Hay cosas… que ni de mentirijillas…

Los guardias, galantes y sentimentales

Ahora están en un momento de descanso, que aprovecho para charlar con estos hombrones, que, en el fondo, son unos buenos chicos. Al azar me acerco a una especie de mole inmensa, que sonríe beatíficamente mientras juguetea con las ramas de los árboles, y observo que me dice algo desde las alturas donde está enclavada la boca de esta «criaturita».

—¿Quéee? —le contesto, haciéndome oír con dificultad a causa de la enorme distancia que me separa de su oreja derecha.

Por fin, se sienta en el suelo, y de este modo podemos llegar a una inteligencia.

—Decía que no hay que asustarse. Aquí no hacemos nada.

—Pero ¿y en la calle?

—Tampoco. Apenas un golpecillo con la defensa o un coscorrón, pero eso no tiene importancia.

—Pero es que un golpecillo de ustedes…

—Siempre será mejor que un balazo. ¿No le parece?

—Pero es que ustedes no se imaginan lo que impone verles avanzar con esa desenvoltura con que lo hacen.

—Ya lo creo que lo sabemos, y esa, precisamente, es nuestra fuerza. Si nos hubiera usted visto hace poco tiempo, cuando estuvimos en Sevilla. Bastaba nuestra sola presencia para que los más esforzados enemigos de la República se lanzaran furiosamente a refugiarse donde buenamente podían.

—«Josú»… —interviene un andaluz—, si hasta había algunos que se tiraban de «cabesa ar Guadarquivi»… ¿«Sabusté» quiénes tenían menos miedo?… «Pos» las mujeres.

—¡Claro! —contesta mi primer interlocutor—. Porque saben que nos da «aquel» de pegarlas. A mí no hay cosa que más rabia me dé que el que las mujeres se metan en líos de esos de alborotar.

El andaluz sonríe ante estas manifestaciones de un compañero y trata de explicarme.

—Diga usted que eso son algunas nada más. En mi tierra mismo, que es donde hay más lío, nos hemos «tropesao» con muchas «mositas pasíficas» y republicanas…, y… que, vamos…, no nos miran «der to» mal…

—¿Sí?…

—«Naturá»… Lo que pasa es que este viene un poco «despechao»… ¿Lo digo? … Pues allá va. Diga usted que aquí «er» compañero, en sus ratos de «osio», le dio por «cortejá» a una muchachita como las propias rosas.

—Y le resultó comunista.

—No; era de la UGT. Pero después que este le «hiso» la declaración «mu formá», ella le contestó que «pa» casarse necesitaba un hombre, y no la «Girarda» vestida de uniforme.

—Es que no puede usted imaginarse la guasa que se traen las paisanas de este amigo. Otra me dijo que para resultar elegante de todo no me faltaba más que un letrerito que dijera: «gas en cada piso»…

Aquí no hay analfabetos

El pito del oficial corta la charla. Ahora los llaman a instrucción teórica, y acuden todos sentándose tranquilamente bajo unos árboles. Desde que sonó el pito hasta que cada uno logra acomodar su metro y pico de piernas de forma que no moleste a los demás, transcurren unos minutos.

Cuando, por fin, han logrado acomodarse, el oficial reclama silencio, y de pie, junto al grupo, empieza su charla diaria.

—Esto —me dice el comandante—, cada día lo hace un oficial distinto. Son

pequeñas conferencias sobre diversos temas. En general, a los guardias les interesa mucho, porque hay que tener en cuenta que casi todos son muchachos que tienen alguna instrucción. Ya ve usted; hay cerca de dos mil y puede decirse que aquí no existe el tipo de analfabeto, tan corriente entre los soldados. Gracias a esto creo que conseguiremos formar un cuerpo de guardia que esté a la altura de los mejores del mundo.

—¿Qué región de España es la que ha dado más guardias de Asalto?

Hasta ahora, Galicia. No tiene usted idea la cantidad de gallegos que se han presentado en esta última convocatoria. Después, Castilla. Aragoneses también hay bastantes. Andaluces, pocos. También de aquí, de Madrid, hay un buen número.

—¿Qué edad se exige para ser guardia de Asalto?

—Para ingresar deben tener de veinticinco a veintinueve años. Luego, a medida que pase el tiempo, irán pasando a prestar servicio como guardias de Seguridad. De esta manera se conseguirá seleccionar también este Cuerpo, porque no es mala prueba haber estado en Asalto unos cuantos años.

—¿Qué es lo que exigen para ingresar, además de edad, estatura y salud?

—Pues verá usted. Primero, un examen breve de lo que pudiéramos llamar cultura general. Hay muchos a los que esto no les hace falta, porque saben más de lo que se exige, que son las cuatro reglas, leer, escribir y no sé si algo más. Digo que no les hace falta a algunos, porque entre ellos hay varios estudiantes de carrera y un considerable número de bachilleres. Luego, el ejercicio práctico; este es el más importante, y ya le explicará el profesor de Gimnasia en qué consiste. Desde luego, a lo que más se atiende es a las cualidades físicas del individuo. Puede darse el caso de que se presente un joven alto, robusto y de valor acreditado que haga maravillosamente las pruebas prácticas, pero que no conteste a las preguntas de cultura general. En este caso no vamos a privarnos de un magnífico guardia porque no sepa hacer una cuenta de dividir. Ya tendrá tiempo de aprenderlo.

Ya están otra vez sobre los camiones, esperando a que suene el pito que ordena la salida. Una vez que esto ocurre, los «autos» se ponen en marcha.

—¿Ve usted? Ahora van a diez kilómetros por hora, y la distancia entre cada camión es de diez metros. A medida que la velocidad aumenta, aumenta también la distancia. A los veinte kilómetros corresponden veinte metros de separación; a los treinta, treinta metros, y así sucesivamente.

Detrás de los coches sale una motocicleta guiada por un guardia y ocupada, además, por el suboficial.

—Eso es lo que llamamos la camioneta de enlace, que va corriendo la fila y transmite las instrucciones de unos coches a otros.

Cómo se entrenan los «sin vestir»

De la Casa de Campo nos encaminamos a Carabanchel, con objeto de ver entrenarse a los «sin vestir», o sea a los recién ingresados, que todavía no han empezado a prestar servicio y ni siquiera tienen uniforme.

Todos están en traje de futbolista. Ante nuestra vista se desarrolla un espectáculo magnífico, un poco impresionante. Diez o doce hombres, que son diez o doce gigantes, aporrean a compás dos o tres sacos de serrín. Practican este sencillo deporte con mucha marcialidad, pero con un ímpetu, que da la impresión de que aquellos sacos son los más feroces enemigos de la República.

—Lo hacen muy bien —afirma una mujer, que, para no perder su tiempo, ha instalado aquí un puestecito de bocadillos.

Un muchacho que la ayuda y que debe ser su hijo, los mira ensimismado y un poco triste, pero la mujer te dice, zarandeándole:

—Mira, mira. ¿No decías tú que querías ser comunista? Pues atiende…

El muchacho queda un momento pensativo, y luego añade, sin dejar de mirar a aquellos hombres:

—No, madre. Eso era antes… Ahora lo que quiero ser es guardia de Asalto.

Un poco más lejos de nosotros, veinte o veinticinco hacen gimnasia, y más allá, otro grupo ensaya un paso ligero, mientras cantan, con toda la fuerza de sus pulmones:

Marcial, eres el más grande;
se ve que eres madrileño…

—Siempre que se lo permite la clase de ejercicio, cantan —me dice el comandante—. Está mandado así; pero no crea que hay que recordárselo. Como son jóvenes y tienen buen humor, lo hacen de la mejor gana.

Ahora el ejercicio es más lento y a él corresponde una canción más reposada.

Se lo «pues» pedir
a Victoria Kent,
que lo que es a mí,
no ha nacido quién…

De pronto se callan y se sientan en el suelo, formando círculo. En medio del círculo se presentan dos boxeadores, pero dos boxeadores de verdad.

—¿Estos quiénes son?, pregunto al profesor.

—Son guardias —me contesta—. Han ingresado en la última convocatoria.

—Pero esas caras…, esas espaldas…

—Es que, además, son boxeadores profesionales; pero se conoce que, mientras les llega la hora del triunfo, han querido proporcionarse un oficio seguro. De este

modo ganan su vida y no pierden facultades. De vez en cuando los contratan. Algunos domingos han pedido permiso al comandante porque tenían que boxear en público, y, naturalmente, les ha sido concedido.

—¿No son más que estos dos?

—Hay más. Profesionales hay seis y «amateurs», otros tantos.

Ha empezado el espectáculo, y hay que ver con qué fruición se pegan estos dos hombres. Al terminar el primer encuentro, los espectadores aplauden frenéticamente, y los dos, por igual, son felicitados con entusiasmo.

Luego empiezan otros dos, y así hasta que el profesor anuncia que ha llegado la hora de vestirse y marchar cada uno a su domicilio.

Pero como están aquí desde las siete de la mañana, todos, sin excepción, sienten en el estómago un cosquilleo molesto, y, con objeto de reponer fuerzas, se lanzan sobre el puesto de bocadillos con tanta energía como sobre un grupo subversivo.

—A mí, tres de jamón…

—Pronto…; aquí, cuatro de chorizo…

La mujer se hace un lío y no sabé cómo atender a tantos hombres hambrientos.

—Ya no quedan más. Anda, chico, vete a por otro cesto.

—Qué, ¿tienen buen apetito los guardias?

—Fíjese usted, con lo grandes que son, y los tienen toda la mañana haciendo «ginasia»… Mire usted, hace un minuto tenía en el puesto sesenta bocadillos y ya no me queda ninguno.

De vuelta

Cuando emprendemos el regreso a Madrid, el comandante me dice, con el orgullo de un padre bonachón:

—¿Qué le han parecido «mis chicos»?

—Magníficos. Yo creo que después de una de estas visitas no habrá persona amante de su integridad física que no se sienta decididamente partidaria del Poder constituido.

Lo que dice el ministro

—Los guardias de Asalto —dice el ministro de la Gobernación[6]— constituyen la vanguardia del Cuerpo de Seguridad, y es una fuerza exclusivamente de choque. De ahí que se tienda a evitar que actúen individualmente y ni siquiera por parejas, sino siempre en pelotón, tan numeroso como lo exijan las circunstancias.

—¿Cuál es su finalidad principal?

—Evitar las represiones sangrientas. Antes, y a consecuencia del armamento de que están dotados los Cuerpos de Seguridad y Guardia Civil, se producían con frecuencia choques contra la fuerza pública de los que resultaban desgracias irreparables, que, de ordinario, no guardaban relación con el motivo que las provocaba. Al advenir la República, esta se encontró con que no disponía de un Cuerpo apto para reprimir los desórdenes que lógicamente habrían de producirse, y como en modo alguno queríamos llevar la represión más allá de sus justos límites, se creó el Cuerpo de Asalto como ensayo, que, afortunadamente, ha dado los resultados más satisfactorios que pudieran soñarse. En todas partes donde han actuado han conseguido cumplir su misión sin que tuviera que intervenir otra clase de fuerzas. Muchas veces, y en aquellos lugares a los que ahora se les llama puntos neurálgicos, ha bastado la sola presencia de los guardias para que se disolviera cualquier intento de manifestación o conato de rebeldía.

—Entonces, el Gobierno, y particularmente usted, ¿están satisfechos de esta organización?

—Yo, por mi parte, no solo estoy satisfecho, sino, y permítame esta palabra, estoy archisatisfechísimo, hasta el punto de haber aumentado considerablemente el número de guardias, porque creo que esta fuerza está llamada a evitar muchos disgustos a la República y a los mismos alborotadores.

—¿Y no teme usted que estas represiones incruentas resulten poco intimidatorias?

—Al contrario. Y la prueba es que la gente corre más cuando ve a los de Asalto que cuando ve a la Guardia Civil. Y es natural. Los tiros, suponiendo que los haya, y no los hay no tratándose de un caso grave, solo alcanzan a muy pocos afortunadamente, mientras que un golpe o una bofetada de los atletas que tenemos abajo, se la encuentra quien menos lo piensa. Por muy antirrepublicanos que sean los alborotadores, en general, temen bastante a la paliza, aunque sepan que después no les pasa nada. Más, mucho más que a los tiros, créame usted. Claro que también llevan pistolas para el caso de que fuera necesario emplearlas, y hasta se les ha dotado de mosquetones; pero, hasta ahora, se van defendiendo sin tener que emplear estas armas. Les sobra con «la defensa» y la fuerza que tienen.

—Se dice que van a emplear el agua, como en otros países, para disolver manifestaciones.

—Sí. Dentro de muy poco se les dotará de unos tanques con una torreta, que lanza un chorro de agua a dieciocho atmósferas. De este modo no será necesario ni siquiera que se acerquen al lugar del suceso. El tanque lleva además, en la parte inferior, una cortina de agua, que impide la aglomeración de gente a su alrededor.

—¿Cuántos guardias hay ahora?

—En el nuevo presupuesto hay dotación para dos mil quinientos. Aún no prestan todos servicio. Tenemos veinte compañías repartidas por los puntos estratégicos de España.

—¿Cuáles son estos?

—Aquellos desde donde es más fácil distribuir a los guardias en un momento dado.

—¿Y no piensan aumentar el número?

—Por ahora no es posible. Ya veremos cuando se confeccione el nuevo presupuesto; pero yo creo que con dos mil quinientos hombres de ese tamaño ya se pueden reprimir desórdenes. Además, disponen de medios de locomoción muy rápidos, que les permiten desplazarse cómodamente. Dentro de poco llegarán sesenta camiones nuevos y algunos coches ligeros. Disponen también de motos de enlace. En fin, que no les falta nada para poder equipararse con las organizaciones de este tipo que ya existen en otros países.

Como el tiempo del ministro de la Gobernación es oro, y oro de ley a juzgar por lo solicitado que está, me despido para que pase una nutrida comisión que espera en la antesala.

Estampa
9-VII-1932

La primera persona que se acercó al Jefe del Estado para pedir el indulto de Sanjurjo fue la madre del capitán Galán

«No quiero que hagan con nadie, sea quien sea, lo que hicieron con mi hijo»

La doncella me hace pasar a una habitación modestamente decorada y llena de recuerdos emocionados del muerto. Las paredes no tienen más adorno que varios retratos de Galán. Uno de ellos, el más grande, es el mismo que han popularizado los periódicos. Hay otro, pintado al óleo, de cuando Fermín era más joven. Después se ven otros más pequeños y, por último, sobre un piano aparecen juntas las imágenes de Galán y de su desgraciado compañero García Hernández.

No bien he terminado de fijarme en estos detalles, veo dibujarse en el marco de la puerta la venerable figura de la madre de Galán. El pelo completamente blanco presta a su rostro, todavía joven, una serenidad magnífica. Trae los ojos un poco enrojecidos, pero conserva la entereza, que no perdió ni en los momentos más trágicos de su vida. ¡Admirable mujer! Todo cuanto se intente decir en su elogio resulta pálido ante la realidad.

—Estoy pasando unos días muy malos —me dice, momentos después de saludarme—; claro que para mí son malos todos los días, pero estos son peores. Usted lo comprende… Por eso, tan pronto tuve conocimiento de la condena a muerte del general Sanjurjo, me apresuré a entrevistarme con S. E. el Presidente de la República para que le indulten. Ya sé que mi petición no significa nada; pero mi conciencia se ha quedado tranquila. Por lo mucho que yo he sufrido y lo que tengo que sufrir aún, no quiero que nadie se vea en igual situación. Quizá haya personas a quienes les parezca mal…

Doña María Jesús queda un momento pensativa. Después alza los ojos y pasea su mirada por los retratos del hijo. Por cienmillonésima vez han desfilado por su imaginación los negros recuerdos. Yo quisiera decirle muchas cosas, pero no puedo. Su figura me impone un profundo respeto, y cuando intento hablar siento como si me oprimiesen la garganta.

—No sé si a alguien le habrá parecido mal… —repite la santa mujer en voz más baja—; pero yo he tranquilizado mi conciencia. Y conste que no me importa nada el nombre. Por cualquiera hubiera hecho lo mismo. La idea de que un ser humano pueda morir como murió mi pobre Fermín, me atormenta de un modo espantoso.

—¿A qué hora se entrevistó usted con el Presidente?

—Verá. Le pedí audiencia tan pronto conocí la noticia, y me recibió a eso de la una. Como siempre, estuvo muy cariñoso conmigo y me agradeció mucho la visita. Salí con buena impresión. No sé si será esta la última vez que tenga que pedir un

indulto; yo quisiera que fuera así, pero tantas veces como ocurra un caso parecido, haré lo mismo. Yo no quiero que hagan con nadie, sea quien sea, lo que hicieron con mi pobre hijo. Ya ve que no lo deseo ni para los culpables de mi desgracia. Solo hay en él lugar para la pena, que es muy grande, créame usted, y en estos momentos más grande todavía.

Yo no sé de qué hablar, porque cualquier conversación en estos momentos me parece inoportuna. Pero el silencio es también muy penoso… Para no prolongar más esta situación, me intereso por su vida de ahora.

—Pues ya ve usted, no salgo de casa. Mis hijos quieren que me distraiga; pero ¿qué voy a hacer?, ¿dónde ir? Yo estoy mejor aquí, en casa, siempre con mis recuerdos, entre los retratos de mi pobre Fermín. Lo que más me distrae es repasar sus libros y papeles. Leer lo que él escribió. Me sé de memoria las cartas de los tres años que pasó el pobre encerrado en el castillo de Montjuich. Mi único consuelo es esto y mis otros hijos. Vivo con Paco y con José María. Como este último está casado y tiene una niña, estoy algo más distraída.

Háble me de Fermín

Por última vez intento derivar la conversación; pero la madre de Galán, que une a sus virtudes una clarísima inteligencia, me ataja en seguida.

—Es inútil que trate usted de hablarme de otras cosas. Desde hace año y medio no quiero pensar en nada que no sea mi hijo. El dolor mío es de tal magnitud, que no puede aumentar ni disminuir. Está fijo y morirá conmigo. Por eso, el recordar a mi hijo, lejos de entristecerme, me consuela. No tenga reparo y siga preguntándome cosas de Fermín. La gente se acuerda mucho de él en estos días, ¿verdad?

—Mucho, señora. De él y de usted, y no se oyen más que comentarios favorables a las dos conductas.

—Ya lo sé; la gente es buena. A mí me han consolado mucho entre todos. Háble me, háble me de lo que dicen, para que yo pueda hablar de Fermín.

Nuestra conversación se anima desde este momento. Doña María, emocionada, pero serena, empieza a contarme cosas de su hijo. Mil detalles ingenuos de cuando era pequeñito, de cuando era estudiante. La alegría que sintió ella cuando le vio venir a casa con una estrella en la bocamanga… Luego me relata los años de la prisión en Montjuich…, las cartas diarias que ella recibía.

—¡Qué buen hijo era! —añade después—. Desde la prisión no hacía más que animarme. En todas las cartas me decía «No te apures, mamá… Los que me tienen aquí encerrado no saben el favor que me hacen. De otro modo yo no hubiera tenido tiempo de leer y estudiar intensamente, y me habría costado media vida aprender lo que aquí estoy aprendiendo.» Así eran todas sus cartas. ¡Qué hijo más bueno!

Doña María sigue hablándome un rato muy largo de su hijo. El verano de 1930 lo pasó en Jaca, junto a él. Después regresó a Madrid. En noviembre vino Fermín a entrevistarse con el Comité revolucionario, cosa que tuvo buen cuidado de ocultar a su madre. Estuvo con ella dos o tres días, y se marchó para no volver más…

Yo me estaría mucho más tiempo oyendo hablar a la madre de Galán; pero no es posible, y con una emoción sincera y honda me despido de esta santa mujer, purificada en el crisol de todos los dolores, y en cuyo corazón no cabe más que amor para todos, amigos y enemigos, como acaba de demostrar.

Ahora
26-VIII-1932

Parece oportuno reproducir a continuación —para aclarar las razones y explicar el contexto de esta entrevista— lo que la autora relata al respecto en las páginas 126 a 131 de su obra *Azaña, los que le llamábamos don Manuel*, publicada por Plaza y Janes en 1980:

«Aquella tarde el Gobierno estuvo reunido en el despacho de ministros de la Cámara durante largo rato. Después fueron saliendo uno a uno, o de dos en dos, con aire preocupado y se dirigieron al salón sin querer detenerse con nadie. Azaña no había salido. Todos los periodistas despejaron el lugar y se fueron hacia los otros salones o subieron a la tribuna. Si los ministros más locuaces no decían una palabra, qué se podía esperar de un hombre tan hermético cuya costumbre era decir que él solamente hacía declaraciones para la *Gaceta*? (La *Gaceta de Madrid*, todavía, lo que luego se convirtió en *Boletín Oficial del Estado*).

Yo me disponía a marcharme cuando se me acercó uno de los diputados del partido de Azaña, el profesor Palanco Romero, que era de los pocos de su partido que no se mostraban reticentes en la cuestión del Estatuto de Cataluña, puesto que era federal mientras la mayoría de los otros mantenían una postura centralista. Catedrático de Derecho Político en la Universidad de Granada, hombre afable y buen conversador, a mí me caía muy simpático.

Creí que me gastaba una broma cuando me dijo:

—Don Manuel quiere pedirle a usted un favor.

—¿Un favor a mí, don Manuel…? Vamos, vamos… Quien puede hacer favores es él y yo no le he pedido nunca ninguno…

—Hable bajito. De esto no puede enterarse nadie. ¿Me oye? ¡Nadie! Él habría querido decírselo a usted directamente, pero esta tarde no quiere salir por aquí. En

seguida se acercaría alguien. Está ahí dentro encerrado, pendiente del teléfono.

—Bueno, ¡menos guasa, don José! Que yo sé muy bien que el Presidente ni hace ni pide ningún favor a los periodistas.

—No es guasa y corre prisa. ¿Usted sabe que la madre del capitán Galán ha ido a pedir a don Niceto el indulto de Sanjurjo?

—Sí, he visto una foto en la Redacción del periódico. La publicarán mañana. Tal vez la saquen antes los de esta noche.

—Bien, pues don Manuel querría que usted fuese a ver a esa señora, que le haga una interviú.

—Nada más fácil. Está siempre en su casa y yo sé dónde vive. El inconveniente es que tendría que consultar con el periódico. Yo no suelo hacer todavía lo que quiero. Hago lo que me mandan o consulto lo que se me ocurre. No creo que a estas horas haya tiempo de que eso salga mañana por mucha prisa que me dé y suponiendo que me lo acepten y que no lo haya hecho ya otro.

—Usted no se preocupe que ya habrá quien se encargue de que le hagan sitio para ese reportaje. Hágalo como cosa suya o del periódico. Nadie debe saber que ha sido don Manuel el inspirador.

—Pierda cuidado.

Debo decir que la cosa me conmovió mucho por varias razones.

En primer lugar porque siempre me horrorizó la llamada “última pena”. Precisamente, uno de mis trabajos largos en diversos números de *Estampa*, con motivo de la supresión constitucional de ese castigo irreversible, fue una “Historia de la pena de muerte en España”. En mis búsquedas y consultas, para que aquello me saliera lo más completo posible, encontré casos de crímenes escalofriantes, pero también casos de errores judiciales que, cumplida la sentencia, resultaban irreparables. En cualquier caso, mi repugnancia por las ejecuciones capitales era y sigue siendo extrema.

Tuve, además, la suerte de estudiar Derecho Penal con el profesor Jiménez de Asúa quien, además de saber mucho, era capaz de convencer incluso a los alumnos más objetores de que la pena de muerte no vale ni siquiera como ejemplaridad, puesto que todo el que comete un crimen, si fuese capaz de razonar, solo con pensar en los largos años de cárcel ya no lo cometería, a menos que fuese un loco perverso o un fanático, en cuyo caso está siempre dispuesto a jugarse la vida.

Todo esto sin contar con que, en el caso de Sanjurjo, no se trataba de un crimen. Se trataba de un intento de golpe militar fracasado. Si lo hubiera preparado mejor, si la cosa hubiera estado más madura, si la opinión pública, sobre todo la de las clases más favorecidas, hubiera perdido ya toda esperanza de que la República resolviese sus problemas y, en fin, si se hubieran dado una serie de circunstancias que no se dieron, el movimiento podría haber triunfado y en aquellos momentos sería el general Sanjurjo quien estaría perdonando vidas.

También me alegró comprobar que no me había equivocado al presentir que

Azaña —aunque tuviera que disimularlo hasta vencer a fuerza de un gran despliegue de habilidad la resistencia de algunos ministros, de muchos diputados y de una gran parte de la opinión pública— estaba firmemente decidido a salvar una vida, a evitar que se formara un piquete de ejecución.

—La República no puede permitirse el lujo de perdonar al primer general que se subleva —dicen que argüían algunos ministros.

—Mucho menos puede permitirse el de hacer mártires —me dijeron que había respondido don Manuel Azaña, quien lo que de verdad no quería era tener sobre su conciencia un martirio.

Supongo que diría otras muchas cosas porque una habilidad para argumentar como la suya, ha habido pocas. Azaña era uno de los pocos españoles que poseían el don de convencer con la palabra. No seguramente a sus adversarios, porque en nuestro país no ha nacido todavía nadie capaz de conseguir que el adversario desarme por las buenas, pero sí a quienes estando más o menos en su misma orilla, tenían diferencias de criterio y no les hubiera importado que se cayese al agua y se ahogara en un momento de descuido.

Por último, me halagaba que me pidiera un favor que iba en el sentido de mis principios, y no era para mí ninguna molestia sino, al contrario, que me proporcionaba la satisfacción de poner un mínimo granito de arena en el salvamento de la vida de un hombre.

En realidad no llegaba ni a granito de arena. Era solamente un intento de ablandar a la opinión pública republicana, tan propensa como la que no lo era a dejarse arrastrar por las actitudes de dureza exaltada, mostrándoles el caso de generosidad de la madre de un fusilado que no quería que nadie pasara por el mismo trance que había pasado su hijo.

La madre de Galán me recibió muy amablemente, como me había recibido otras veces. Me dijo que, en efecto, ella había ido por propio impulso y sin que nadie se lo indicase a ver al Presidente de la República para pedirle el indulto del general Sanjurjo. Que deseaba que este se concediera. Pero me rogaba que hiciera constar bien claro —si era posible en el título del reportaje— que no admitía que se comparase el caso de su hijo y el del capitán García Hernández, con el que nos preocupaba a todos en aquel momento.

Me permití decirle que un pelotón de ejecución es igual para todo el que tiene la desgracia de estar enfrente y que el dolor de las familias es también el mismo. Cuando no hay madre —creo que ese es el mayor dolor y lo que más diferencia los casos— puede haber viuda, hijos… Y, sobre todo, siempre hay un hombre o dos, como fueron los de Jaca, con un corazón que late, ¡Dios sabe con qué angustia por valiente y sereno que sea!, debajo de la guerrera.

—Sí, sí… por supuesto. Si yo lo deseo tanto como usted. Si a mí estas cosas no hacen más que dañarme más el corazón que ya lo tengo muy delicado. En lo de la comparación me refería a los ideales y, sobre todo, a que el general ha tenido un

juicio público y a que hemos podido ir a pedir el indulto. En el caso de mi hijo no hubo ni tiempo ni permiso para pedirlo. Ya verá como esta vez se arregla todo. El Presidente de la República es un hombre de corazón, que está deseando perdonar, y perdonará si puede…

—¿Quién piensa usted que se lo puede impedir? ¿El Gobierno?

—No sé… A mí Azaña me parece más duro, más enérgico.

Me fue imposible decirle que, si yo estaba con ella a aquella hora, era precisamente porque el hombre duro, enérgico, estaba acongojado.

Fue él mismo quien, en forma seca pero con satisfacción interior mal disimulada, hizo saber que el Presidente de la República, a propuesta del Gobierno, había tenido a bien hacer uso del derecho de gracia.

La calle no tardó en llenarse de periódicos con enormes rótulos que voceaban los vendedores, como era entonces costumbre.

“Sanjurjo indultado”.

Tengo la seguridad de que don Niceto Alcalá Zamora habría dado la batalla con el Gobierno en caso de que este no hubiera estado decidido a proponerle el indulto unánimemente o por mayoría. Esto nunca se llegó a saber.

La verdad es que la actitud de Azaña le allanó considerablemente el camino. Creo que fue una de las pocas veces que estuvieron enteramente de acuerdo aquellos hombres de temperamento tan opuesto.

—¡Cómo pesa la vida de un hombre! —se dijo que Azaña le había dicho a su mujer al llegar a casa, libre ya de la carga.

El jefe del Gobierno no volvió a hablar de ese asunto ni lo discutió con nadie. Por supuesto, yo me guardé muy bien de decir tampoco a nadie que don Manuel me había sugerido lo de la madre de Galán. No solo porque se me había rogado el secreto, sino porque lo más probable es que nadie me hubiera creído.

Es muy probable que ni el propio general Sanjurjo tuviera noticias de que Azaña había hecho tanto como hizo por salvarte. No entraba en su estilo ni en su modo de ser, buscar el agradecimiento de alguien a quien no pensaba dirigir más la palabra en lo que le quedaba de vida. Le hería mucho la ingratitud, pero el agradecimiento no deseado le molestaba. Muy en especial si resultaba humillante para alguien a quien él nunca quiso ni trató de humillar.

Sin embargo, y a pesar de que se habló muy poco de aquel noble empeño de Azaña —el Gobierno se hizo solidario y ninguno de sus miembros cargó sobre el jefe el acierto o el error de aquella acción— los más sagaces adivinaron.»

Con los hombres del estatuto en la hora de su aprobación definitiva

Los diputados de la minoría catalana están muy contentos. No parecen los mismos de hace dos meses, cuando paseaban por los pasillos del Congreso nerviosos y preocupados. El Estatuto que han defendido con toda su alma quedará hoy definitivamente aprobado.

—A veces creía que no iba a llegar nunca este momento —dice el jefe de la minoría, señor Companys—. Tanta y tan grande era mi inquietud y mi preocupación.

—Sin embargo, ustedes tendrían una gran confianza en las Cortes.

—Absoluta. Siempre he dicho que será muy difícil volver a conseguir un Parlamento tan inteligente, tan honrado y de una sensibilidad republicana tan exquisita. Por esto supo darse cuenta en seguida de que la campaña contra el Estatuto estaba dirigida en su mayor parte contra la República misma. Claro que no han faltado impugnadores del Estatuto, de cuyo republicanismo y buena fe nadie puede dudar; pero hay que reconocer que han estado en franca minoría. La mayoría de nuestros enemigos procedían de la extrema derecha reaccionaria, como ha podido comprobarse. Nosotros, ahora hemos de poner un especial cuidado en hacer ver, principalmente a los que nos combatían de buena fe, que Cataluña está capacitada para regir sus destinos, y que el Estatuto, lejos de quebrantar la unidad nacional, servirá para unir más a Cataluña con el resto de España.

—Al fin, se ha resuelto todo y ustedes estarán satisfechísimos.

—Figúrese… Claro que el Estatuto aprobado no es el que Cataluña votó, ni siquiera el que la Constitución de la República permite. Pero nuestra región sabrá darse cuenta de que el texto aprobado es suficiente para demostrar su capacidad y que con él tenemos amplio margen para desenvolvernos y seguir luchando hasta conseguir todo aquello que dentro de la Constitución sea posible conseguir. Nada más… ni nada menos.

—¿Durante el tiempo que ha durado la discusión habrán pasado ustedes malos ratos?

—De todo ha habido. Yo, personalmente, creí que aún los pasaríamos peores. Se trataba de un problema envenenado y falseado por el régimen anterior y era natural que suscitase ofuscaciones y apasionamientos. Por fortuna, la República ha sido comprensiva y aún no nos hemos dado cuenta del enorme bien que significa para ella y para España en general esta comprensión. Sí, efectivamente, la minoría catalana ha soportado contratiempos y situaciones difíciles, pero no son nada si se los compara con la satisfacción que siente ahora.

—¿Cuál ha sido para ustedes el día de mayor emoción?

—Para mí, personalmente, lo fue aquel en que escuché el maravilloso discurso del señor Azaña. Nunca se lo agradeceremos bastante. Al oírle comprendí a Castilla mejor que nunca y vi también cómo Castilla nos había comprendido a nosotros. Es muy grande nuestro afecto y el de toda Cataluña por el hombre extraordinario que está al frente del Gobierno de la República. Y no es menos grande el que sentimos por don Luis Bello, quien desde la cabecera del banco de la Comisión ha realizado una labor meritísima y provechosa no solo para Cataluña, sino para la República española en general.

—Entonces… esto ha terminado…

—Al contrario. Ahora es cuando empieza. Nuestra alegría no nos ciega hasta el punto de impedirnos ver la gran responsabilidad que hemos contraído. De la manera de conducirnos ahora depende no solo el porvenir de Cataluña, sino el de las otras regiones. Yo tengo gran confianza; pero la verdadera lucha comienza ahora… Nuestro entusiasmo es grande y nuestra fe en el pueblo catalán no tiene límites. Yo quisiera que toda España participara de esta fe y se diera cuenta de que Cataluña es hoy precisamente, hoy más que nunca, el más firme baluarte de la República española.

No es posible conversar más tiempo con el señor Companys. Periodistas, fotógrafos, amigos y correligionarios le tienen completamente acaparado. Él, siempre amable y sin ocultar su emoción, atiende a todos, y a cuantos le felicitan diciéndole satisfechos: «Esto ha terminado», contesta él invariablemente… «No, esto es ahora cuando empieza.»

Estampa
9-IX-1932

El segundo aniversario del alzamiento de Jaca

La aventura de los esquiadores del Ateneo

El tiempo de los infundios

Todos los periódicos publicaron el día 13 de diciembre de 1930 una nota oficiosa, dando cuenta a la opinión de un levantamiento militar ocurrido en Jaca el día anterior. No se nombraba en aquella nota a los protagonistas del suceso, pero el Gobierno tenía interés en hacer resaltar que en el movimiento habían tomado parte activa unos jóvenes madrileños que se presentaron en Jaca haciendo creer al vecindario que iban a patinar a los Arañones. Pocos días después, la Prensa monárquica comenzó a ensañarse en los llamados esquiadores. Un periódico dijo que estos muchachos estaban en combinación con el Gobierno de Stalin y que llevaron a Jaca gran cantidad de *oro ruso* para hacer la revolución comunista. Afirmaba también que al despedirse del hotel el mismo día de la revolución, habían abonado el importe de la cuenta en rublos.

Otro diario aseguraba que no eran más que unos *locos del Ateneo*, influidos por las novelas rusas que estaba publicando por entonces una conocida editorial.

Total, que alrededor de los esquiadores, el Gobierno y sus adláteres fantasearon cuanto les vino en gana, sin que a nadie de los que sabíamos la verdad nos fuera posible contestar. Pasó el tiempo, vino la República, y aún no se ha puesto en claro ante la opinión pública qué hicieron y a qué fueron a Jaca aquellos falsos esquiadores que, según la Prensa gubernamental de entonces, eran enviados de la URSS.

Por eso yo, al cabo de dos años, voy a contarles a ustedes aquella historia.

[La última cena de los presos civiles en la cárcel de Jaca, momentos antes de recobrar la libertad. El segundo por

la izquierda, José Rico Godoy, se casaría con Josefina en 1936.]

Gracias a una butaca…

Sí, lectores, gracias a una butaca me enteré de todo… En el Ateneo de Madrid había, y hay, unas magníficas butacas con orejeras que convidan a dormir la siesta. Tan grandes son que cuando están vueltas hacia la pared no es fácil averiguar si permanecen vacías o si hay alguien sentado en ellas.

Gracias a esto yo pude escuchar sin ser vista la conversación que voy a transcribir.

Era el día 6 de diciembre, sábado. No se veía apenas a nadie por los salones del Ateneo. La gente estaba en el salón de actos escuchando a no sé qué orador radical socialista, el cual decía que era menester hacer la revolución. Yo, cansada de oír la misma canción todos los días, me había refugiado junto a un radiador en una de las salas que estaban vacías. De pronto noté que dos ateneístas se sentaban en el sofá colocado a mis espaldas y que empezaban a hablar.

No se si fue el hábito profesional o la curiosidad femenina lo que me hizo quedarme allí escuchando. Más bien creo que sería esto último, puesto que lo que menos me imaginaba yo es que de *aquello* saliera, al cabo de dos años, este reportaje. Al principio no oía bien. Solo llegaron claras a mis oídos las palabras *movimiento, sublevación, pistolas, comité revolucionario*, y otras no menos sugestivas. Los que hablaban eran Ramón Martínez-Pinillos, joven revolucionario, muy popular entonces en el Ateneo, y Fernando Cárdenas, un ingeniero amigo suyo. En seguida apareció otro joven, José Rico, al que habían mandado a buscar[7].

—Oye, Pepe —dijo Pinillos al recién llegado—, es menester que salgamos mañana para Jaca. ¿Tú estás dispuesto?

—¿Pero no habíamos quedado en que el alzamiento no sería hasta el quince?

—Sí. Pero Galán ha escrito dando prisa y tenemos que irnos unos días antes.

—¿Y no llamaremos la atención en aquel pueblo si estamos tantos días?

—No creo, porque en el hotel, y ante la gente, pasaremos por alpinistas. En este tiempo eso es muy corriente en Jaca. Ya hemos hablado de esto con Maura y está conforme en que salgamos mañana. Nos ha dado quinientas pesetas. Con esto sobra para los primeros gastos.

—Entonces, ¿dónde nos reunimos?

—Lo mejor es que tú acudas a las seis de la mañana a casa de Alejo Fernández Flórez, que es quien está en contacto directo con el Comité.

—Perfectamente —contestó Rico.

—Tú, esta tarde te ocuparás de encargar a alguien de mucha confianza para que busque coches y paisanos dispuestos a presentarse en Jaca el mismo día del

alzamiento. Galán opina que debemos ir de aquí los más posibles para que el movimiento no pueda parecer una *militarada*. Es preciso, por tanto, disponer de veinte o treinta paisanos o más para que vayan con el representante del Comité.

—¿Y quién es ese representante? ¿Maura?

—No. Maura es el que se entiende con nosotros, pero el que irá a Jaca es un gallego que forma parte del Comité Revolucionario. Es un hombre muy inteligente, aunque poco conocido aquí. Se llama Casares Quiroga.

Siguieron hablando, y poco después se separaron, sin sospechar que yo les había estado escuchando. Si en vez de ser yo es un policía de los que tanto abundaban entonces en el Ateneo, ¡cómo hubiera cambiado todo!…

A dónde fueron a parar los esquiadores

De todos los paisanos que salieron de Madrid, solo tres lograron pasar la frontera: Fernando Cárdenas, Ramón M. Pinillos y Graco Marsá. A los restantes los encontré sentados alrededor de una chimenea, en la vieja cárcel de Jaca, una noche del mes de enero siguiente, y gracias a la amabilidad del jefe de la prisión logré que me dejara sentarme entre ellos y conseguí que me contaran algo de lo que habían hecho en Jaca los esquiadores, tan traídos y llevados en las notas oficiosas.

—Nosotros salimos de Madrid el día 7 y llegamos a Jaca el día 8 —me dijo Pepe Rico.

—¿Nadie les detuvo en el camino?

—Nadie, ni siquiera para pedirnos la documentación. Eso sí, nos llevamos dos sustos respetables. El primero, a la salida de Zaragoza, cuando observamos que un hombre, con los brazos en alto, trataba de hacer que paráramos el coche. «¡Es un policía!», dijo Pinillos desde dentro. Cárdenas, que iba al volante, aceleró, pero al fin hubo de parar, porque aquel hombre estaba dispuesto a dejarse atropellar.

—¿Y era un policía?

—¡Qué va! Era el capitán Gallo, vestido de paisano, a quien no habíamos conocido, pero que estaba complicado también.

—¿Y el segundo susto?

—El segundo nos lo dio un coche de la Policía de Madrid que se cruzó con el nuestro, ya cerca de Jaca. Al verle, ninguno dudó de que nos *cazaban*, pero no fue así. Por lo visto, iban a otra cosa.

El teniente que quería patinar de veras

¿Y qué hicieron ustedes aquí, en Jaca, los días anteriores al alzamiento?

—Vinimos a parar al hotel donde estaba Galán, y aquí nos presentaron a algunos militares complicados: Salinas, Marín, Mendoza, Sediles, Manzanares…, y a otros a quienes aún no se les había dicho nada, pero que inspiraban confianza. Uno de estos, el teniente Díaz Merry, al enterarse de que habíamos venido a esquiar, se puso contentísimo y se ofreció a acompañarnos, porque también él amaba el deporte. Al día siguiente, muy temprano, se presentó en nuestras habitaciones, dispuesto a llevarnos a patinar por buenas o por malas. Hubo que confesarle todo, y entonces se sumó al grupo revolucionario.

El chófer que no sabía a dónde le llevaban

—El viaje de los primeros esquiadores, es decir, el nuestro —continuó diciéndome mi interlocutor—, fue relativamente feliz, porque veníamos en auto propio y con sobra de tiempo. Lo malo fue el de los otros paisanos que vinieron de Madrid y llegaron aquí el mismo día de la sublevación por la mañana.

—¿Qué les ocurrió?

—Ellos mejor que nosotros pueden decírselo.

—Y ellos, ¿dónde están?

—En la ciudadela, porque aquí, en la cárcel, no hay sitio para tantos.

Abandoné la cárcel y me dirigí a la ciudadela, donde conseguí entrar, no sin grandes trabajos, por ser allí la vigilancia mucho más estrecha. Todo el patio estaba rodeado de ventanas con rejas, por las que asomaban las cabezas de los militares presos.

—¿Y los paisanos de Madrid? —pregunté a un centinela.

—Allí enfrente están, pero solo puede usted hablar un cuarto de hora y por la reja. Aquí no hay tanta manga ancha como en la cárcel.

Llegué al sitio indicado y me costó trabajo reconocer a quienes buscaba. Unos se habían cortado el pelo, otros se habían dejado crecer la barba; todos, en fin, presentaban un aspecto de lo más impresionante.

—A mí —comenzó diciendo Manuel Valseca— me habían dicho que era preciso que estuviera en Jaca en la madrugada del día 12 con algunos otros paisanos de confianza. También me habían dicho que no se podía enterar de esto nadie, absolutamente nadie, más que yo.

¿Usted y los que le acompañaron?

—No, yo solo. Busqué a unos amigos y les dije: «¿Estáis dispuestos a venir conmigo para hacer la revolución?» «Encantados» —me contestaron—. «Pues ni una

palabra más. Mañana, a las diez de la mañana, os espero aquí, en el Ateneo.»

—¿Y acudieron?

—¿Cómo no? Pero yo seguí sin decirles a dónde íbamos. Momentos antes de salir se nos planteó un problema de bastante importancia. ¿Cómo hacer el viaje? Andando no era posible. Mucho era nuestro entusiasmo por la República, pero… ya comprenderá usted…

—¿Y cómo no habían caído en ese detalle?

—Cosas… Entonces, sin pensarlo más, salimos del Ateneo y nos dirigimos a la plaza de las Cortes. Allí hay una parada de taxis. Ocupamos dos, y yo le dije al chófer del primer coche que se dirigiera hacia Alcalá, y al del segundo que siguiera al primero.

—¿Pero en Alcalá…?

—En Alcalá le dije que se me había ocurrido continuar hasta Guadalajara, y en Guadalajara que siguiera otro poquito.

—¿Y el chófer seguía de buena gana?

—¡Quia!… Empezó a escamarse en Alcalá, y cuando estábamos ya cerca de Zaragoza me planteó la cuestión de confianza. Si no le pagábamos por adelantado, nos dejaba en mitad de la carretera. Por fin, no sé qué cara debí ponerle, que siguió, aunque de mala gana. Como nos sobraba tiempo, porque yo no quería llegar a Jaca antes de la madrugada, le hice que nos llevara a Pamplona. Allí estuvimos recorriendo la ciudad el uno pegadito al otro.

—¿Y qué dijo al llegar a Jaca?

—Figúrese. Nos encontramos antes de entrar en el pueblo a todos los militares y a los compañeros que habían venido de Madrid. Lo mismo él que los otros conductores, empezaron a sospechar que se trataba de algo gordo, pero no cesaban de pedir lo que marcaba el taxímetro.

—¿Y ustedes no se lo pagaron?

—Nosotros, a pesar de lo que decían del *oro ruso*, no llevábamos un céntimo. Yo se lo dije así y se fueron a ver al capitán Galán. Cuando este les dijo de lo que se trataba, uno de ellos empezó a dar voces diciendo: «Nos han traído a la guerra. Con lo a gusto que estaba yo en mi punto de la plaza de las Cortes.»

Ustedes, lectores, que tantas cosas han oído y leído de la sublevación de Jaca, sin duda no saben que el primero que dio allí su sangre por la República fue uno de estos esquiadores del Ateneo.

Pues sí, señores. Mientras el capitán Galán arengaba al pueblo de Jaca desde el balcón del Ayuntamiento, los militares y paisanos que estaban dentro trataron de arrancar un retrato colocado en la presidencia del salón de sesiones. El marco se rompió y un trozo de cristal hirió en una mano a Manuel Valseca. Aunque la sangre manaba abundante, todos lo tomaron a broma. El capitán Galán, pálido y sereno como estuvo hasta la hora de su muerte, se acercó a ofrecerle su pañuelo, y le dijo:

—Bravo, chico; eres el primero que da su sangre por la República; ojalá seas el

único.

Los esquiadores siguieron a Galán hasta la derrota de Cillas, donde les dijo:

—Habéis cumplido como unos valientes. Ahora, marchaos. Es menester que los militares no nos mezclemos con vosotros porque acrecentaríamos vuestra responsabilidad.

Se separaron, y ahora, estos muchachos, desde el Ateneo, desde sus puestos de trabajo, que son los mismos de antes, porque ninguno ha medrado con la República, recuerdan con infinita pena aquella última vez que vieron al mártir, pálido, sereno, al parecer impasible, en medio de la carretera…

Estampa
10-XII-1932

1933
Estampa
La Voz

Hablando con Valle-Inclán, nuevo director de la Academia Española de Bellas Artes

Sus planes literarios y artísticos

Las dos horas y media que me he pasado esta mañana buscando afanosamente a don Ramón del Valle-Inclán me han convencido de dos cosas bastante desagradables, a saber: de que en Madrid es dificilísimo, casi imposible, encontrar a la persona que se busca, aunque esta sea tan ilustre y tan conocida como don Ramón, y de que la llamada masa neutra posee una cultura a todas luces deficiente.

He preguntado por Valle-Inclán en el sanatorio donde está desde que le practicaron una intervención quirúrgica. Allí me han dicho que había salido y que lo más seguro sería que estuviera en un café de los Cuatro Caminos, adonde por lo visto va todos los días.

—¿Valle-Inclán?… —me contesta el camarero—. No sé quién es.

Después de darle detalles personales me ha dicho, como quien cae de pronto:

—¡Ah, sí!… Se trata de ese cliente de las barbas. Pues no…, hoy no ha venido.

En el paseo donde suele tomar el sol acompañado de sus hijos pequeños tampoco me han sabido dar razón. Las niñeras y algunas señoras han formado un corro para contestar a mis preguntas.

—¿De modo que ese señor que se pasea por aquí con los niños es de los que escriben novelas? Pues yo creía que era pintor…

—¿Y dice usted que se llama Valle-Inclán?…

—Anda…, y a mí que me habían dicho que se llamaba don Mariano Benlliure…

Por fin he dado con un chófer que no solo conoce a don Ramón, sino que hasta ha leído las *Sonatas, El ruedo ibérico* y *La reina castiza*. Este chófer cultural sabe incluso que don Ramón ha sido hasta hace poco presidente del Ateneo de Madrid. Pero ni con este valioso concurso ni con el no menos valioso que nos presta su coche corriendo vertiginosamente hemos podido dar con el hombre que buscamos. Por fin me he enterado de algo muy interesante, y es de que Valle-Inclán ha avisado que comerá en su casa. No queda, por tanto, más remedio que esperarlo allí hasta que regrese.

Lo que opinan los hijos de Valle-Inclán del nombramiento

Antes de que llegue a su casa el nuevo director de la Escuela de Bellas Artes de Roma han llegado sus hijos pequeños Jaime y Mariquiña. Jaime tiene doce años, y

Mariquiña, trece.

Jaime ha heredado de su padre la vena literaria, según él mismo me ha contado, y Mariquiña, la agudeza e ingenio y el decir gracioso.

—Toda la mañana estamos por ahí con papá. Ahora lo hemos dejado con la «peque» tomando el sol.

—Estaréis muy contentos, ¿verdad?

—Papá lo esperaba —contesta Mariquiña—; pero de todos modos, como no teníamos ninguna noticia, nos hemos llevado una sorpresa muy grande al ver que lo daban como seguro en *El Sol* de esta mañana. Yo estoy muy contenta, pero al mismo tiempo de mal humor.

—¿Por qué?

—Pues porque a papá se le ha metido en la cabeza que yo me tengo que quedar aquí para continuar los estudios. No puedo convencerlo de que es necesario que yo me vaya con él a Roma, no solo porque está delicado y yo quiero cuidarlo, sino porque me gusta mucho viajar y ver tierras nuevas.

—¿Y tú quieres ir? —pregunto a Jaime.

—Yo, no. Yo quiero ir a Méjico. Fíjese usted que lo han invitado a papá a ir allí, y ya estaba casi decidido; pero esto de Roma nos ha deshecho el plan.

—No haga usted caso a Jaime, que no está bien de la cabeza —interrumpe Mariquiña—. Se ha empeñado en ir a Méjico, y todo, porque le han dicho que si va le pondrán un sombrero ancho y le enseñarán a montar a caballo. Esta es la verdad. Él, para justificarse, dice que es que le gustaría escribir cosas de la revolución mejicana.

—¡Ah!, ¿pero eres escritor?…

—Eso dice él. Ya tiene escritos dos actos de una comedia, un libro de versos y ha empezado sus «Memorias». Pero la comedia es lo que le trae loco.

Por fin llega don Ramón

Cuando Jaime se disponía a leerme los dos actos de la comedia y el guión de sus «Memorias» ha llegado el padre. Don Ramón está muy contento y muy emocionado.

—Ha sido una gran sorpresa. Claro que un día de estos tenía que ser, porque ya habían emitido su informe todos los organismos a quienes se había consultado; pero, de todos modos, yo no lo esperaba hoy precisamente. Además me alegra mucho que esto coincida con mi restablecimiento, porque hasta ahora he estado en el sanatorio. Creo que los médicos no tardarán en darme de alta definitivamente y me podré marchar en seguida.

—¿Tiene usted trazado algún plan a seguir en su nuevo cargo?

—De momento, lo que pienso hacer es convivir con los alumnos en íntima compenetración. Nada de separación rígida y jerárquica entre ellos y yo. Seré un

compañero más de aquellos muchachos. Comeré con ellos, estaré con ellos todo el mayor tiempo posible, procurando orientar sus espíritus y enriquecerlos lo mejor que me sea posible. Desde luego, pocas cosas he emprendido en mi vida con el entusiasmo con que voy a emprender esta. Siempre he deseado convivir en Roma con los alumnos de la Escuela de Bellas Artes.

—¿Y escribirá usted algo?

—Sí. Justamente tengo ahora interrumpida la serie de *El ruedo ibérico*, porque el próximo tomo que he de escribir se desarrolla en Italia. De todos modos hubiera tenido que ir allí a documentarme. Habiendo surgido esto, resulta miel sobre hojuelas. En cuanto llegue y me oriente un poco comenzaré a escribir.

La casa se va llenando de periodistas, de fotógrafos y de amigos que vienen a felicitar a Valle-Inclán. En el comedor se ha formado automáticamente la tertulia que se forma siempre alrededor del autor de las *Sonatas*. El gran don Ramón para todos tiene una frase ingeniosa y una sonrisa. Está muy contento, mucho; pero yo pienso que una vez en Roma, y por mucho que se encariñe con los jóvenes artistas de la Escuela, este gallego fino y genial, que es además madrileño honorario, sentirá la nostalgia de sus callejeos por la villa del oso y de sus tertulias y de los amigos que con tanto gusto le oyen, lo mismo cuando dice frases llenas de encendido lirismo que cuando cuenta anécdotas maldicientes que cuando describe, ayudado de su espléndida fantasía, los episodios de que ha sido siempre protagonista.

—Estoy muy agradecido a todos —concluye don Ramón—: a los amigos que desde la Prensa y por todos los medios que estaban a su alcance han defendido mi candidatura, a las personalidades que me han propuesto, a los que dieron su voto favorable y al Gobierno, a quien desde el primer momento se vio decidido a alegrar mi vejez encomendándome a los jóvenes artistas que mañana darán días de gloria a España. No es otra cosa sino esto lo que yo tengo que hacer en Roma. Pondré todo mi entusiasmo en servir a esta juventud, sirviendo al mismo tiempo a la República.

La Voz
9-IV-1933

Se reproducen a continuación las páginas 173 a 177 de *Azaña.…*, ob. cit., que explican las especiales circunstancias de esta «entrevista»:

«Yo entré con gran ilusión en aquel periódico, que leía desde niña porque justamente con el *ABC* era el más difundido en mi pueblo. En muchas casas, recibíamos los dos y, como tenían que hacer un recorrido no muy largo pero sí

engorroso entonces —combinación de tren con auto de línea desde Talavera o Ávila —, los leíamos al revés que en Madrid: *La Voz* por la mañana y el *ABC* a última hora de la tarde.

Me ilusionó también que la primera tarea que me señalaran fuera ir a hablar con Valle-Inclán, al que trataba mucho y creo que me tenía afecto.

Pero ¡ay…! La dificultad fue enorme. Don Ramón había sido trasladado unos días antes a un sanatorio de la Avenida de la Reina Victoria para someterse a un tratamiento. Por esa circunstancia tenía la seguridad de encontrarle y prometí al director que dos horas después estaría de vuelta con las notas tomadas. Normalmente, la cosa me habría resultado difícil. Don Ramón se sentía peripatético o deambulador, sobre todo por las mañanas y por las noches. Era, pues, difícil encontrarle en un sitio fijo a una hora fija. Pero, estando encerrado en un sanatorio, yo pensaba que no habría ningún problema.

Sin embargo, don Ramón no estaba.

—¿Es que ya le han dado de alta? —pregunté.

—No. Lo que pasa es que no hay quien le sujete aquí por las mañanas. En cuanto el médico le hace la visita, se larga al café o de paseo. El reposo lo hace por las tardes.

—Pero cuando él nunca faltaba al café era precisamente después de comer…

—Es que, como está en tratamiento, ha cambiado las costumbres. Por las mañanas hace la tertulia fuera y por las tardes se queda aquí y vienen sus amigos a tomar el café en su cuarto. Lo ponen todo perdido de humo. Si usted conoce a don Ramón ya sabe que con él no hay normas que valgan. Hace lo que le da la gana y nos tiene a todos metidos en el bolsillo. No sé por qué tiene esa fama de terrible. Porque aquí no ha pasado nunca un enfermo tan amable, tan simpático y tan ocurrente. Ahora, eso sí, hay que dejarle hacer lo que quiere.

Había, pues, que echarse a buscar a don Ramón por todos los sitios que frecuentaba por las mañanas. Primero, al Ateneo. Allí había estado, pero se acababa de marchar. Después, a la Granja el Henar. Tampoco estaba.

—Ya sabe usted que antes venía por las tardes. Pero ahora la tertulia se ha trasladado al Sanatorio.

Recorrí la Carrera de San Jerónimo, la calle de Sevilla y algunas otras por donde solía encontrarle paseando con Unamuno. Tampoco. Entonces decidí ir a su casa. Su hija Mariquiña, a quien yo quería y sigo queriendo mucho como a todos los chiquillos de Valle-Inclán, que eran encantadores, me dijo que habían ido ya varios periodistas preguntando.

—Creo que les ha citado a todos a las cuatro en el Sanatorio.

—Sí, pero yo tengo que verle antes. En el periódico me exigen que tenga lista la interviú lo más tarde a las dos.

—¡Pues invéntatela…!

Mariquiña Valle-Inclán tendría entonces doce o trece años. Era y sigue siendo

lista como un rayo, simpatiquísima. La verdad es que los cuatro hijos pequeños de Valle-Inclán que vivían con él —la mayor estaba casada y vivía en Galicia— parecían sus nietos y era un encanto verlos porque cada uno tenía su personalidad propia y bien definida. Carlos, el mayor, era simpático como los otros, pero siempre arregladito y repeinado, parecía el más formal, el antibohemio de la familia. No se le conoció ninguna extravagancia hasta que fue a estudiar Medicina a Salamanca —entonces el bachillerato era más corto y las carreras se empezaban en la adolescencia — y escribió a su padre diciéndole que si le dejaba ser torero. Don Ramón, al que gustaba mucho contar las originalidades de sus chiquillos, nos dijo que le había contestado inmediatamente diciéndole: "Por mí, no hay inconveniente. Te dejo ser torero. Pero me temo que los que no te van a dejar serán los toros".

Jaime, más pequeño que Mariquiña, se consideraba escritor. María Antonia, la más niña, era la más seria. A veces se quedaba pensativa como atormentada. Un día, al salir de uno de sus ensimismamientos, dijo:

Comprendo que es una desgracia, pero no lo puedo remediar. ¡Soy azañista!

Para animarme a que inventara la interviú que tenía que hacer a su padre, después de que tratamos de localizarle inútilmente por teléfono, Mariquiña me puso un ejemplo.

—Fíjate, mi hermano Jaime, con solo siete años ya tiene escrito el guión de sus memorias. Para ti, que tanto has oído hablar a don Ramón (todos los hijos de Valle-Inclán llamaban siempre don Ramón a su padre), la cosa no puede ser más fácil.

No tenía más remedio que hacerlo. Todo menos volver al periódico diciendo que había fracasado, justo el día en que empezaba a trabajar allí. Si esperaba a verle en el Sanatorio a las cuatro de la tarde, tendría que dejar la cosa para el día siguiente y ya habrían publicado lo mismo todos los periódicos de la mañana.

Me fui, pues, a la redacción, me puse a la máquina, escribí como si fueran contestaciones a mis preguntas muchas de las cosas que le había oído a don Ramón sobre la Academia de Bellas Artes de Roma —incluso lo bonito que estaría su entierro bajando por aquellas escalinatas— y se lo di al director. Fabián Vidal lo leyó y, como tal vez le pareció que el final quedaba un poco frío, añadió de su puño y letra: "Y no nos dijo más don Ramón del Valle-Inclán."

Evité decirle que don Ramón no me había dicho nada porque ni siquiera le había visto y, sin tiempo siquiera para ir a comer a casa, me marché al Sanatorio a fin de llegar antes que los otros periodistas y poder contarle a don Ramón la libertad que me había tomado.

Encontré la habitación llena de amigos que habían corrido a felicitarle. Nunca se había visto la habitación de una clínica tan llena de gente y de humo. Don Ramón estaba en el uso de la palabra, enzarzado en una larga digresión sobre no sé qué cosas. Yo estaba volada. Por fin, aprovechando que en el cuarto entró más gente pude hacer un aparte y le dije por lo bajo:

—Don Ramón, estoy apuradísima. Hoy precisamente he entrado a trabajar en *La*

Voz y me encargaron esta mañana que hablara con usted. No pude encontrarle por ninguna parte. Como hubiera sido horrible fracasar en lo primero que me mandaba un director al que acababa de conocer, no he tenido más remedio que hacer la interviú de memoria. Quiero decir que he puesto las cosas que le había oído a usted otras veces. Yo sé que eso no se debe hacer pero no me quedaba otro remedio. No podía esperar a esta reunión que va usted a tener con la Prensa. Hacia las cinco saldrán las ediciones de provincias de mi periódico. Se lo aviso para que no se sorprenda y me perdone el abuso de confianza.

Don Ramón sonrió sin contestar y me señaló un sitio para que me sentara. Yo estaba volada y avergonzada. La situación se agravó cuando fueron llegando los compañeros y los fotógrafos. El humo del magnesio enrareció todavía más la atmósfera creada por el humo del tabaco en aquel recinto pretendidamente aséptico. Antes de que le hiciera ninguna pregunta, don Ramón, en uno de esos gestos de gran señor que eran tan característicos suyos, empezó diciendo:

—Les agradezco que se hayan molestado en venir a este lugar tan incómodo y tan malsano. Supongo el motivo. Así pues, como ya dije esta mañana a su compañera la señorita Carabias, que no sé cómo demonios se las arregló para dar conmigo, antes de enterarse de que yo les iba a citar a todos ustedes juntos, este cargo de Roma, en el que puede que pase el tiempo que me queda de vida aunque tampoco está descartado que lo deje a los tres días, etc., etc.

La verdad era que yo no esperaba tanto. No solo me perdonaba el haberle hecho una interviú sin enterarse, sino que me dejaba bien con los otros compañeros, a quienes no habría gustado que yo me adelantase intencionadamente a la hora de la cita conjunta para darles lo que entonces llamábamos “el pisotón”.»

¡Mujeres, a votar!

Mañana acudirán por primera vez a las urnas las mujeres españolas

[Campaña electoral de 1933: Urraca Pastor, tradicionalista]

A dos kilómetros de un pueblecito de la provincia de Ávila encontramos una mujer que caminaba detrás de un borrico cargado de leña. Al vernos parados en medio de la carretera se detuvo y se dirigió a nosotros con aire jovial.

—¿Qué les pasa a *ustés*? Es *quizás* que se les ha *estropeao* el *atomovil. Velay,* el mío *no marra.*…

La mujer era simpática, y después de haberse pasado la tarde sola en el campo haciendo leña, tenía ganas de conversación.

—Si *ustés* creen que yo les puedo ayudar en algo —continuó—, aquí estoy *pa* todo lo que gusten de mandar, y si la señorita tiene prisa por llegar al pueblo, yo no puedo hacer más que dejar aquí la leña y llevarla en el burro.

—No…, déjelo…, esto va a ser cosa de poco tiempo…

—¿Y eso qué importa? La señorita se viene conmigo en el burro y luego, si el *chaufe* arregla eso pronto y nos ataja, *pos* con *amontarse* otra vez en el auto…, *to arreglao*.

Tal acento de sinceridad puso la pobre mujer en sus palabras que me hizo aceptar, con la condición de que no descargara la leña. Yo iría con ella caminando detrás del burro.

—Este pueblo está muy *revolucionao* —me iba diciendo la mujer por el camino —. Eso que llaman ahora la *cuestión* social nos trae de cabeza. Casualmente yo iba hoy con *priesa*, porque a las ocho tenemos las mujeres una junta en la Casa del Pueblo…

—¿Las mujeres?

—Sí, nosotras solas. Desde que ha venido la República mandamos las mujeres en los pueblos tanto como los hombres. Antes ellos no nos dejaban meter baza en nada, pero ahora, con el *aquel* de que tenemos voto, pues que se han *dao* cuenta de que nos tienen que dejar mangonear.

—¿Y qué es lo que hacen ustedes?

—Pues muchas cosas y mejor que ellos, porque las mujeres tenemos más valentía y más coraje.

—¿Y a usted le parece bien que les hayan concedido el voto?

—Toma, pues no me ha de parecer bien. ¿No *semos* igual que los hombres *pa* trabajar y *pa* pasar penas? Pues así debe ser *pa* todo. *Pa* lo bueno y *pa* lo malo. Deseando estoy que llegue el día de los votos. Aquí va a ser pronto. En este mes creo que hay elecciones aquí, en el pueblo… Lo que no sabemos ahora es quiénes van a ser los que presentemos *pa* concejales. Por eso esta noche nos juntamos *pa desaminarlo*. Va a haber sus más y sus menos, no crea usted, pero si no son del agrado nuestro, de las mujeres, no se presenta ninguno. Ya que votamos que sea a gusto.

—¿Y por qué no se presenta alguna mujer?…

—Eso ya nos parece mucho. Y eso que no crea usted que lo haríamos mal. Yo he leído en la *Estampa* que hay algunos pueblos donde son alcaldes las mujeres, y creo que los vecinos están tan «ricamente» con ellas.

Desde la princesa altiva a la que pasea en ruin barca…

Cuando estábamos a unos pasos del pueblo, yo manifesté a la campesina mi deseo de acudir con ella a la reunión que iban a celebrar las mujeres. Me miró de arriba abajo, entre alegre y agradecida, pero luego, pensándolo mejor, contestó melancólicamente.

—Si hace usted eso aquí, en el pueblo, la mirarán mal…

—¿Por qué?

—Pues porque está mal visto que una señorita entre en la Casa del Pueblo.

—¿Es que aquí ninguna lo hace?

—Claro… Fíjese hay dos señoritas que son republicanas nada más, y todo el señorío del pueblo parece que las mira por encima del hombro.

—¡Ah!, ya comprendo; es que, por lo visto, aquí se ve mal que las señoritas se mezclen en cuestiones políticas.

Mi interlocutora me saca en seguida del error en que estoy. Parece ser que desde el advenimiento de la República, las señoras y señoritas del pueblo que antes solo se dedicaban a hacer jerseys de punto y a otras labores no menos propias de su sexo, se han entregado a la política con un ardor insospechado. No pasa día sin que celebren

un mitin o una reunión, y se pasan la vida hablando de Azaña, de Lerroux, de Gil Robles y de los socialistas. Por las tardes, en lugar de reunirse a jugar a las prendas, acuden todas a casa del médico, que tiene un aparato de radio, y allí se pasan las horas esperando a que el *spiquer* vaya dando noticias de la sesión del Congreso. Lo que pasa, y por lo que la campesina quiere disuadirme de mi propósito de ir a la Casa del Pueblo, es que aquí todas las señoritas pertenecen a la extrema derecha.

—Por eso le digo —continúa— que si usted quiere tratarse con la gente de su clase no venga con nosotras, porque la mirarán mal. Por otra cosa, no. Pues anda que no se meten poco ellas en que si los *menistros* hacen o dejan de hacer. Hasta periódicos leen ya; no le digo a usted más.

—¿Es que antes no los leían?

—Antes de la República no cogían «el papel» en este pueblo ni cinco personas. En cambio, ahora…, hasta los niños saben cómo se llaman los *deputados*. El día de las elecciones se va a armar una… Apuesto cualquier cosa a que más de cuatro se tiran del moño… o de la melena, es lo mismo.

—¿Y quién vencerá?

—Eso no se sabe… Claro que nosotras *semos* más. Pero ya habrá alguna de las nuestras que venda el voto. Después de *to*, está *disculpao*. Hay tanta *necesidá*… Y luego que las señoras, tratándose de política, no les escuece de dar el dinero que haga falta.

Las mujeres del Norte

[Campaña electoral de 1933: H. de Aguirre.]

—*Disen* que Gobierno *haser elesiones* o así ya quiere… Y *disen* que nos pedirán el voto a nosotras…

—Y ustedes, ¿qué van a votar?

—Cada una votar su *conveniensia* tiene o así… Ya veremos.

—Quizá voten lo que les digan sus hombres, ¿no?

—Eso ustedes, las señoritas, que no *hasen* sino lo que ellos quieren, porque ellos son los que las mantienen y compran trajes. Nosotras trabajamos bien y sabemos de todo. Al revés será quizá, que ellos voten lo que nosotras digamos o así…

Tiene razón esta vasca, alta, fuerte, curtida, que escarda la tierra en un pueblecito cercano a Vitoria.

Aquí, en el Norte, la mujer tiene una preponderancia en la vida pública y privada como no la tiene en el resto de España. Particularmente en los pueblos pesqueros ellas han impuesto siempre los candidatos, a quienes luego votaban dócilmente sus maridos, sus hijos, sus hermanos, sus padres. Claro que esta preponderancia no significa una dejación de sus derechos por parte de los hombres, sino que es consecuencia de los méritos de las mujeres del país vasco. Ellas trabajan tanto como los hombres, en el campo, en tas tiendas, en los puertos, en todas partes, y, además, tienen un espíritu mercantil y emprendedor de que ellos carecen. La mujer aquí lleva a casa tanto dinero o más que el hombre. Es natural, pues, que la autoridad esté dividida y en algunos casos monopolizada por la mujer. En Vasconia, una casa sin mujer es casa perdida. Una campesina de Vizcaya me explicó la causa.

—Es que aquí no llegaron los moros, ¿sabe?

Y otra de San Sebastián me aclaró más aún:

—Aquí hombres no *hasernos* tantas fiestas como a vosotras ni tanto enamoramiento, pero respetarnos y darnos más parte en *negosios* ya lo *hasen*.

Dos señoritas salen de la cárcel

Un remolino de gente en plena calle me llamó la atención. En el grupo había más de cien personas, la mayor parte mujeres. Todos miraban hacia un edificio con guardia de soldados a la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Pues no lo sabe?

—No… Soy forastera —dije para justificarme.

—¡Ah, ya comprendo! —contestó mi interlocutor, un vasco cerrado y de pocas palabras—. Si *sería* de aquí, de Bilbao, ya sabría, ya…

—¿Pero qué es lo que sabría?

—Eso…, que van a salir las señoritas ahora mismo de ahí, de la cárcel de Larrinaga…

Quise preguntar más, pero el vasco se desentendió de mí para colocarse en primera fila. Antes de que me diera tiempo a buscar otro informador un poco más expresivo, vi que en lo alto de la escalinata que da acceso al edificio aparecían dos

muchachas que eran acogidas con aplausos. Cada una llevaba en la mano un gran maletín y se tocaban con velos.

Del grupo salieron algunos gritos.

—¡Gora Euzkadi!…

—¡Vivan las mártires de la patria!

—¡Viva Cristo Rey!

Afortunadamente llegaron los guardias de Asalto y la cosa se simplificó mucho.

Cuando se disolvieron los grupos me explicaron que aquellas dos señoritas eran dos propagandistas del partido nacionalista vasco. El gobernador las había encarcelado por verter en un mitin de propaganda electoral conceptos injuriosos.

En Bilbao todas las mujeres llevan insignias de carácter político en la solapa del abrigo o en la cinta del sombrero. Es un detalle curioso, que, sin duda, no se observa en ninguna otra capital española. No es extraño, porque Bilbao es quizá el sitio donde las mujeres se han lanzado a la lucha política de modo más decidido y belicoso.

Hasta llevar dos o tres días aquí no he podido hacerme cargo bien de lo que representan los pequeños esmaltes que llevan en el pecho.

La insignia roja, verde y negra, con dos cruces, quiere decir que su propietaria es una *emakume*; es decir, miembro de las Emakume Abertzale Batza, que, traducido al castellano, significa Institución de Mujeres Patriotas. Las *emakume* son furiosamente nacionalistas y pertenecen al partido que fundó Sabino Arana.

También hay muchas señoritas que llevan sobre el pecho una margarita. Esta es la insignia de las mujeres tradicionalistas, en recuerdo de doña Margarita de Borbón, esposa de don Carlos. Hay otras que llevan un triángulo con la bandera republicana, y encima tres iniciales, UFR. Son las afiliadas a la Unión Femenina Republicana que se ha fundado recientemente en Bilbao.

Y por último, se ven muchas insignias rojas, comunistas y socialistas, que sus propietarias pasean por la ciudad con aire de reto. Cuando pasan estas muchachas con su círculo rojo sobre el pecho, las viejas se santiguan.

Las insignias son, a veces, causa de graves altercados. Yo he visto a una señorita reñir acremente a su hermano en el salón de un hotel elegante durante el *te dansant*, porque el muchacho había sacado a bailar a una chica que lucía el distintivo republicano. Y he visto también a una jovencita que al saludar en la calle a una señora de edad se guardaba con disimulo en el bolso la insignia roja de la hoz y el martillo.

La importancia de llamarse Pazaurtundúa

Mientras una dependienta envuelve mi pequeña compra, otras dos charlan confidencialmente.

—Ayer te vi con un chico muy guapo…

—¡Ah!, ¿sí?… Es un novio que me ha salido; dice que le gusto mucho y que quiere casarse conmigo…

—Enhorabuena, chica. Ya estarás contenta ya.

—No lo creas. Si «sería» de aquí «ya» me casaría con él, pero es extranjero. Es de Madrid.

—Anda ¿y eso qué importa?

—¿Cómo que no? ¿Pero es que te crees que yo puedo casar con un *maqueto*?

—¿Y por qué no?

—Pues porque no. Vamos a ver. ¿Casarías tú con un negro?

—Mujer, no es lo mismo…

A las muchachas no les ha hecho mucha gracia que yo me meta en su conversación, a pesar de que lo he hecho de un modo suave. Al cabo de un rato transigen con la intromisión y una de ellas hasta me da explicaciones.

—Ha sido por decir, ¿sabe? No es que yo compare a los *maquetos* con los negros. Es que, como usted comprenderá, yo, que soy vasca de pies a cabeza, no puedo casarme con un hombre que no tenga por lo menos cuatro apellidos de los de aquí.

—Eso se arregla —dice la otra. Y luego, volviendo a mí, añade—: Es que aquí, el que no se llama Larrinagarrigoitia, Pagazaurtundúa u otra cosa por el estilo no está bien mirado por los nacionalistas. Claro que para todo hay solución, y los apellidos *maquetos* se arreglan poniéndoles detrás el *goitia* de los vascos. Que uno se llama López, pues se pone Lopezgoitia. Que se llama García, pues Garcigoitia, y así sucesivamente. Yo conocía uno que se llamaba Pérez, y como le daba vergüenza llevar ese apellido siendo del partido nacionalista, pues fue y pensó que Pérez era un derivado de «pera», y como pera en vascuence se dice *udaria*, pues Udaria se llama él desde entonces. Por eso le decía yo a esta que eso del apellido es fácil de arreglar.

«Emakume Abertzale Batza»

Todas las muchachas que piensan como esta dependienta, que desdeña a un hombre por ser *maqueto*, están afiliadas a Emakume Abertzale Batza.

Esto es una institución exclusivamente femenina que depende del partido nacionalista vasco. En Bilbao se las conoce solamente por las *emakume*. A mí me dijeron que esto de *emakume*, traducido al castellano, quiere decir «hijas del país», pero después me han aclarado que esta palabra significa sencillamente «mujer».

Un miembro destacado del partido nacionalista vasco me dijo:

—Usted no sabe lo satisfechos que estamos de cómo actúan las *emakumes*. Trabajan sin descanso. Constantemente organizan mítines y conferencias, en las que hablan ellas mismas. Los domingos se van a los lugares más apartados del país. Son

muy valientes, y, además, no se limitan a lo puramente político, sino que realizan una labor social muy útil y provechosa para la gente sin recursos.

«No queremos ser españolas»

En el domicilio social está reunida la Junta Directiva de las *emakume*. La presidenta empieza a hablar.

—Nuestra organización es la más fuerte de Euzkadi, que es nuestra patria. Porque nosotras no somos españolas: somos vascas. Queremos a España como queremos a Francia, a Inglaterra, etc., porque nuestras ideas son de fraternidad entre todos los pueblos. ¿Quiere usted que en líneas generales le explique nuestro programa?

—Sí…, encantada…

—En el orden, que para nosotras es lo primero, las *emakume*, como el partido nacionalista, al que pertenecemos, somos católicas-apostólicas-romanas. Reconocemos la excelencia de los fines de la Iglesia sobre los del Estado y nos oponemos a toda ingerencia cualquiera de los órdenes religioso-políticos en esfera que no les corresponda. Soberanía plena y sin limitaciones de la Iglesia para cumplir su elevada misión. Soberanía plena del Estado en el orden político. En cuanto a la política, ya lo he dicho. Negamos para los vascos toda otra nacionalidad que no sea la nuestra. Aspiramos a la soberanía plena de Euzkadi, nuestra patria, y pretendemos, por tanto, la abolición de la ley del 25 de octubre de 1839 y la reintegración, no solo legal, sino efectiva, de nuestra vida histórica soberana.

—¿Y en el orden social?

—En eso nos sentimos inspiradas por los postulados de la democracia cristiana y tratamos de reconstruir nuestro edificio social informado en el espíritu tradicional de una intensa vida familiar.

—Y caso de conseguir sus aspiraciones, ¿qué forma de gobierno darían ustedes a las provincias vascas? ¿República? ¿Monarquía?

—En primer lugar, no admitimos eso de provincias que usted dice. Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y Navarra para nosotros no son provincias, sino estados. Desde luego, estableceremos una República federal.

—¿Y la Vasconia francesa?

—También está con nosotros. Pero no se llama Vasconia francesa, sino Euzkadi sometido a Francia, como esto se llama Euzkadi sometido a España. Es decir, Euzkadi peninsular, que es este, y Euzkadi continental, que es aquel. En nuestra actuación llevamos a cabo una labor social de profunda fraternidad racial. Hemos establecido comedores para mantener a los obreros en paro forzoso. También hemos montado clases de enfermeras, talleres de costura y de plancha, escuelas, etc., etc.

Las oradoras y el cónsul de Maquetania

Hasta el saloncito donde estamos reunidas llegan fuertes rumores y voces femeninas. Es que el salón de conferencias se ha llenado porque esta, como casi todas, hay mitin.

Ha llegado la oradora. Es una muchachita fina, rubia, agraciada, que ni por asomo parece, si hemos de juzgarla por su aspecto físico, una tremenda agitadora nacionalista.

Yo me marcho porque, después de todo, no creo que mis deberes informativos me obliguen a quedarme a oír a la linda conferenciante, que, sin duda, lo mejor que va a decir de nosotros es que somos tiranos, opresores y *maquetos*. En la puerta me cruzo con dos señoritas que son ovacionadas por las mujeres.

—¿Quiénes son? —pregunto a una.

—Pues dos de esas que van a decir discursos por los pueblos. Propagandistas o así… Hace pocos días salieron de la cárcel. Las metió allí el cónsul.

—¿Qué cónsul?

—¿Cuál va a ser? El de la Maquetania. Ese que le llaman gobernador.

En medio de todo, es divertido pensar que el gobernador de la provincia se ha visto ascendido a diplomático por obra y gracia de las nacionalistas.

¡El cónsul de la Maquetania!…

¿Verdad que esto parece el título de una novela por entregas?

Las internacionalistas de Sestao

Arriba los pobres del mundo
en pie los esclavos sin pan,
alcémonos todos al grito
de ¡Viva la internacional!

Es un pueblo entero el que canta así. Las calles de Sestao se ven a estas horas llenas de gente. Hombres, mujeres y niños, vestidos de día de fiesta, caminan hacia la Casa del Pueblo, donde esta tarde se va a celebrar un mitin. Los altavoces situados en la fachada del edificio proletario repiten sin cesar la música de *La Internacional* y los socialistas de Sestao cantan hasta quedarse roncos.

—Por lo que se ve, en este pueblo hay un gran fervor socialista.

—¡Que si hay!… —me contesta una chica jovencita que también va al mitin—. Sestao y La Arboleda son los dos pueblos más socialistas de toda Vizcaya. Claro que tampoco hay que olvidar a Baracaldo. ¿Ve usted aquel grupo de hombres y mujeres

que caminan por la carretera hacia acá? Pues son «compañeros» y «compañeras» de Baracaldo que vienen al mitin. En este pueblo nuestro no hay lucha política. Todos somos socialistas.

—¿Y también las mujeres?

—Nosotras más que los hombres. En la agrupación socialista de Sestao se da un caso, único seguramente en España.

—¿Y es?

—Que un sesenta por ciento de sus afiliados somos mujeres. Es decir, que hay más mujeres socialistas que hombres. Ahora lo verá usted. Aquí no queda una mujer esta tarde en su casa. Todas van al mitin. Hasta mi abuela, que tiene ochenta y tres años, me ha dicho que vaya a buscarla.

Lolita, Carmen, Angelines…, habéis cambiado mucho

Estuve en la Casa del Pueblo y he estado también en otras Casas del Pueblo de otros muchos lugares de Castilla. El problema está planteado casi en idénticos términos en todos los pueblos pequeños. Lo que es absolutamente igual en todas partes es el desmedido interés que les ha entrado de pronto a todas las mujeres españolas por los asuntos políticos. Hace raro oír a las comedidas y peripuestas señoritas de provincias discutir acaloradamente en los paseos, en los bailes y en los cines, tan acaloradamente como se discute en los pasillos del Congreso o en las redacciones de los periódicos.

Durante mi viaje he visto a todas esas musas azorinianas que se llaman Julitas, Rosarios, Marías del Carmen, Pepitas, Sagrarios, Lolas… Las he visto pasear su aire melancólico y entonado por el Espolón, de Burgos; por el Salón, de Segovia; por el Rastro, de Ávila; por el Miradero, de Toledo; por el Campo Grande, de Valladolid. Las he oído conversar con sus novios tenientes y he percibido cómo, lejos de bajar los ojos, ruborosas, ante los encendidos piropos de ellos, que era lo que hacían sus madres, se volvían airadas para decirles:

—¿Pero de verdad estáis contentos con Azaña?

O bien, si daba la casualidad de que el novio era paisano:

—Desengáñate, Paco: es imprescindible que se retiren del Poder los socialistas.

Si «Azorín» escribiera otro libro como *Los Pueblos…*, ¡qué cosas tan distintas tendría que recoger dentro del mismo marco de las provincias españolas!

¡Cuidado!

A pesar de todo esto, yo sé que en Burgos hay algunas señoritas de la mejor sociedad que, sin perder su empaque y sus buenas costumbres, están conformes con que las cosas sigan como están, y hasta traigo una carta de un personaje de la República para una de estas señoritas. Con la carta en la mano me he presentado en su casa. De la portería ha salido una viejecita tan arrugada, tan encogidica, tan flaca, que parece una momia. Al preguntarle por la señorita en cuestión me ha metido en su cuchitril y con mucho misterio ha comenzado a decirme.

—La señorita no está… De todos modos, si usted quiere subir…; pero no, mejor será que no suba. Yo no sé a qué vendrá usted, pero me lo figuro, sabiendo que es usted de Madrid y que trae una carta.

—¡Señora, qué intuición! —le contesto sin poder contenerme.

—Yo tengo muchos años y pocas veces me equivoco. Le digo que no suba porque los señores, vamos, los padres, no son de las mismas ideas que la señorita. ¿Usted me comprende? Los señores están disgustados porque quisieran que la señorita fuese como su prima, de esas que…, vamos, de esas que…, en fin, una es vieja y no sabe explicarse. A la señorita, ¿sabe usted?, le gusta poco de ir a la iglesia. Va a misa, eso sí, pero no como la prima, que se pasa la vida entre curas y monjas. El tío, en cambio, es de las mismas ideas que la señorita y a casa del tío es donde le escriben para todas esas cosas. Ese es el que la defiende cuando le riñen los papás, ¡y si viera usted cómo le riñen…! Pero ella, duro con que sus ideas son las mejores y no hay quien la haga volverse atrás. Es muy lista, y ¡cómo se explica! *Talmente* como un *abogao*. A casa de su tío sí que podía usted ir, porque ya le he dicho que ese es quien le ayuda. Pero el caso es que yo no sé dónde vive. Si estuviera aquí mi nieta, ella sabe muy bien todas esas cosas y podía acompañarla a usted. Mi nieta también es de las ideas de la señorita y de su tío…

Media hora larga se ha pasado la vieja contándome en voz muy queda el hondo drama familiar producido a causa de la disparidad de criterios políticos de los vecinos del principal. Pero parece ser que no es solo en ese piso donde hay discrepancias. Los del segundo también arman cada pelea que estremece a toda la casa. Aquí los choques son entre el matrimonio. Parece que el señor es un republicano de los llamados históricos, pero no obstante la remota fecha de que datan sus sentimientos políticos, el matrimonio habría vivido feliz, porque la señora jamás se había ocupado de esos asuntos. Ahora es otra cosa. La señora se ha hecho militante y ya no hay paz posible, porque así como el hombre pasó diez, veinte, quizá treinta años sin intentar siquiera hacer de su esposa una correligionaria, la esposa, que ya tiene opinión y hasta voto, no se resigna en modo alguno a que su marido no piense como ella.

—Esto de que las mujeres se metan en las cosas de los hombres y «echen» discursos como ellos, va a traer muchos disgustos, créame usted —concluye, filosóficamente, la vieja portera que me ha puesto al corriente de estos dramas

domésticos.

En Valladolid

—En el último piso de esta casa —me dice mi acompañante— vive una señora que es miembro directivo de la Unión Femenina Republicana. Suba usted. Se trata de una mujer muy inteligente y muy simpática. Ella le facilitará todos los detalles que usted desea conocer.

He subido resueltamente, pero al llegar al último piso me he sentido perpleja un momento. Las dos puertas que dan al descansillo de la escalera y que pertenecen a otros tantos inquilinos de la casa, ostentan sobre sí sendas placas del Corazón de Jesús. Yo bien sé que no es ni debe ser incompatible el fervor místico con el entusiasmo republicano, pero durante este viaje que estoy haciendo por los pueblos de España me he convencido de que la mayoría de las señoras de provincias están firmes en el error de que ambas cosas no pueden compaginarse. Por eso he vacilado un poco antes de llamar a la puerta que se me había indicado.

La señora de la casa acude amabilísima a mi requerimiento. Es una mujer de gran empaque señoril, y, además, muy guapa. Respira serenidad y su conversación es extremadamente amena y agradable.

—Mire usted —me dice—, una de las cosas que más me entristecen es que se empequeñezca la religión hasta el punto de mezclarla con las cosas políticas. Yo soy profundamente religiosa, y a la gente le extraña que esto sea compatible con la devoción que, lo mismo mis hijos que yo, sentimos por la República. En casa somos republicanos, y lo hemos sido siempre, sin que estas ideas hayan perturbado lo más mínimo nuestros sentimientos católicos.

La viuda de G. Santelices, tesorera de Unión Republicana Femenina, que es quien me habla, tiene muchísima razón en esto y en otras muchas cosas que me ha dicho. En Valladolid todo el mundo la quiere y la respeta. Desde los diecisiete años viene ejerciendo el magisterio en la capital. Aquí han nacido sus hijos y se han hecho hombres y ella ha educado a varias generaciones de muchachos, a quienes ha sabido inculcar las ideas profundamente humanas y profundamente democráticas que son producto de su claro talento.

—¿Y cómo se les ocurrió a ustedes fundar la Unión Republicana Femenina?

—Pues muy sencillo. En Valladolid hay muchas señoras y señoritas de ideas liberales y demócratas. Al empezar la mujer a intervenir en política, cada una, como es lógico, pensó en incorporarse al partido que le resultase más afín, pero poco después entendimos que era mejor unirnos todas y fundar una agrupación en la que teníamos un sentimiento común: el amor a la República, que está por encima de los matices de partido. Por eso fundamos la Unión Republicana Femenina de Valladolid,

federada con la que en Madrid preside Clara Campoamor. En nuestra Unión hay mujeres de todos los matices, dentro del republicanismo se entiende. Al principio solo éramos unas pocas, pero después hemos ido aumentando y hoy pasamos de doscientas. Para una capital como Valladolid creo es bastante.

—¿Y qué tipo de mujeres es el que más abunda dentro de la Unión?

—Hay muchas señoras casadas, esposas de profesores, de funcionarios. Estas señoras nunca se hubieran decidido a militar en los partidos; en cambio, aquí están tan contentas. Hay también chicas jóvenes, estudiantas, profesoras, obreras… Puede decirse que casi todas las mujeres de Valladolid son militantes. Las que no están con nosotras están en Acción Popular o en el Grupo Femenino del Partido Socialista, fundado recientemente y bastante numeroso. Todavía no tenemos domicilio social propio, pero la generosidad de los socios del Ateneo de Valladolid ha suplido esta deficiencia. En el Ateneo nos reunimos y allí celebramos nuestras conferencias y los cursillos de divulgación.

Las mujeres del barrio de San Andrés

Es un barrio obrero. Por la mañana temprano las calles están llenas de mujeres que entran y salen en las pequeñas tiendas. A la entrada del barrio, cerca de la Normal de Maestros, está establecido el mercado.

—¿Que si tenemos ganas de votar? —me dice una mujer que lleva al brazo su capacho repleto de coles—. Pues ya lo creo. El otro día se metieron aquí, en nuestro barrio, a repartir unas hojas que decían cosas malas de la República. No creo que les hayan quedado ganas de volver. A poco más los linchamos. Los hombres estaban al trabajo, pero nosotras solas y los muchachos fuimos bastantes para hacerlos salir de aquí con viento fresco… Yo no sé lo que votarán las mujeres de otros sitios, pero le aseguro que aquí no se pierde la República.

Es cierto; la viejecita de las ochenta y tres primaveras está en la ventana con cara de Pascuas esperando a la nieta para acudir al mitin.

—Me gusta mucho oír esas cosas, porque yo soy socialista de verdad. Tengo que ponerme siempre en primera fila, porque si no, no oigo bien. Si esto del socialismo se hubiera inventado siendo yo más joven, ya «echaría» yo discursos, como esos «compañeros» que vienen de Madrid y de Bilbao. Y menos mal que no me voy a morir sin votar a los de mi partido. Vieja y todo, yo iré el domingo con mi papeleta, más contenta que unas castañuelas.

Mucho trabajo nos cuesta llegar hasta el salón donde se va a celebrar el mitin. La calle, el portal, las escaleras de la Casa del Pueblo están invadidas por la gente. Una vez arriba me quedo asombrada. El salón de conferencias está ocupado totalmente por mujeres. Ni un solo hombre se ve allí.

—Los hombres se quedan en la calle y escuchan por los altavoces. Aquí, en el salón, solo cabemos las mujeres.

Las hay de todas edades y tipos. A pesar de llevar dos horas largas de espera envueltas en una atmósfera irrespirable, las socialistas de Sestao están contentísimas y esperan con ansiedad el momento de oír a los oradores. Van a hablar dos. Una muchacha de Bilbao y un «compañero» de Madrid, nuevo entre ellos.

—¿Qué tal habla? —pregunta una.

—Yo le he oído esta mañana en Baracaldo. Ha estado bien.

Luego, volviéndose hacia mí, me explica:

—Es el tercer mitin que oigo hoy. Siete oradores llevo en lo que va del día. Los domingos voy a todos los actos que hay en estos pueblos de por aquí.

—¿Y no se cansa usted?

—Cansarme… Me pasaría la vida así… Y luego, que se adquiere mucha cultura, que es lo que hoy día nos hace falta a las mujeres proletarias.

La «compañera» Aurora Arnáiz

[Campaña electoral de 1933: Aurora Arnáiz, socialista.]

Cuando termina el mitin, el pueblo en masa aplaude a la señorita Aurora Arnáiz y reclama su presencia en el balcón de la Casa del Pueblo.

La «compañera» Arnáiz, no obstante sus veinte años escasos, lleva camino de ser tan famosa en Vizcaya como Indalecio Prieto. Raro es el día en que la «compañera» Arnáiz no pronuncia un fogoso discurso en las Casas del Pueblo de la provincia. Aparte de sus estudios, la carrera de comercio, no tiene más afán que ganar adeptos para la causa. Después de hacernos amigas me acompañó un día de excursión a los pueblos costeros. A la vuelta hacia Bilbao venía muy contenta y me mostró su cuaderno de notas.

—No he perdido el viaje, vea usted. Siete nombres nuevos traigo para la Agrupación.

—Vaya…, pues que sea enhorabuena…

—Gracias…, y si no le molesta, vamos a detenernos aquí, en Guernica, donde hay tres mujeres que están al caer…

Mientras se desaloja la Casa del Pueblo, asunto bastante laborioso, las mujeres me muestran las listas de afiliadas para convencerme de que no me han engañado. Después recorremos la casa. Toda está llena de símbolos. Banderas, estandartes, retratos, muchos retratos: de Galán, de García Hernández, de Ferrer. De Pablo Iglesias solamente he contado hasta docena y media.

—Aquel sí que era un hombre, ¿eh? Si viviera habría llegado a presidente de la República…

—¿Y ve usted aquel señor de la melena? —me dice una jovencita señalando hacia una litografía de Carlos Marx—. Ese fue el que se sacó de la cabeza todo esto del socialismo. ¡Qué talento!, ¿eh?

Más de mil republicanas militantes

A las siete de la tarde, el domicilio social de las republicanas bilbaínas empieza a animarse y a las ocho está completamente lleno. Unas charlan en el salón grande bajo la mirada serena de don Niceto Alcalá Zamora, que les sonríe desde un gran retrato colocado en el testero principal. Otras se entretienen haciendo chalecos de punto, y las más pacíficas se van a leer a la biblioteca. Como la mayoría son señoras casadas y con niños, se los llevan allí, y mientras ellas discuten los problemas nacionales, los chiquillos juegan en una habitación decorada para el caso con muñecos y cretonas de vivos colores.

La Junta Directiva se reúne también en su despachito. La secretaria, señorita Luisa de Fatrás, me pone al corriente.

—Esto aumenta de día en día. Primero fuimos unas pocas; ni siquiera teníamos casa y nos reuníamos en la sociedad El Sitio. Después tomamos esta, que nos pareció muy grande, y ahora resulta insuficiente. El día que vino Victoria Kent a hablar seríamos unas quinientas y ya pasamos de mil. Todo esto en el espacio de un mes. A este paso no sé adonde llegaremos.

—¿Y qué matiz tiene este partido?

—Matiz, ninguno. Es una Agrupación de mujeres republicanas y nada más, por ahora. Aquí las hay desde radicales hasta socialistas, pero todas nos llevamos maravillosamente, porque estamos unidas por un ideal común, que es el amor a la República. La gente creía que en Bilbao no sería posible conseguir una organización de este tipo, sobre todo tratándose de mujeres de la clase media. Nuestros mismos

amigos nos auguraron que tendríamos que desistir en el empeño. Afortunadamente no ha sido así.

Cuando vuelvo al salón donde conversan animadamente las señoras, una de ellas me dice, confidencial:

—En Madrid, la gente pensará que todas las mujeres vascas, a excepción de las obreras, somos ultraconservadoras y ultraclericales, ¿verdad?

—Algo de eso se piensa, sí.

—Pues ya puede usted decir que no es cierto. Claro que tenemos que luchar mucho y que tenemos muchos enemigos o, mejor dicho, enemigas; pero somos las suficientes para que los diputados se convenzan de que no hicieron ninguna tontería al darnos el voto. Entre nosotras y las socialistas, es seguro que doblamos los votos que puedan tener las de la acera de enfrente.

—¿Usted cree?

—Yo sí. Y faltan muy pocos días para que crea igual toda España.

El extremismo

—Los que ganan con los votos de las mujeres son los de la extrema derecha y los de la extrema izquierda. La mujer no conoce el término medio. Los comunistas y los monárquicos van a tener un éxito enorme…

Esto lo vengo oyendo y lo viene oyendo todo el mundo desde aquel día en que casi inopinadamente las Cortes concedieron el voto femenino. Lo hemos oído en los pasillos del Congreso y en los vagones del ferrocarril, y en los «círculos» de provincia, y en los casinos de pueblo. Lo repite todo el mundo con un convencimiento triste. ¿Es esto verdad?… Yo, rotunda y categóricamente, no puedo afirmar que no. Pero lo que afirmo, desde luego, es que durante mi viaje a través de España he visto mujeres de todos los matices republicanos, desde la extrema derecha a la extrema izquierda. He hablado con mujeres nacionalistas, socialistas, anarcosindicalistas, pero en honor a la verdad tengo que declarar que de lo que menos he visto han sido monárquicas y comunistas. No me refiero a las señoritas que más o menos sienten vagos anhelos restauratorios ni a las que verían con agrado una dictadura roja, sino a las monárquicas y comunistas militantes. De estas he visto muy pocas.

La Pasionaria

[Campaña electoral de 1933: Dolores Ibárruri, la Pasionaria*]*

En Somorrostro vive Dolores *la Pasionaria*. Dolores es comunista.

El día que fui a Somorrostro, *la Pasionaria* había ido a Madrid a unos asuntos del partido.

—Esa mujer es la más grande de España —me dijo una vecina de Dolores—. Si usted la viera…, si la oyera hablar, de seguro que se convencía…

—¿Usted también es comunista?…

—¿Y quién no lo sería al lado de *la Pasionaria*?… Ella nos ha convencido a todos, hombres y mujeres. Pero no con discursos, sino aquí, sentadas tranquilamente, cosiendo al sol. Dolores sabe mucho. En los ratos libres no hace más que leer libros, que luego nos los da a nosotras para que tengamos instrucción, que buena falta nos hace.

—¿Y qué vida hace Dolores aquí?…

—Pues la de una obrera honrada y trabajadora como pocas. Ella y su marido son muy buena gente y muy buenos padres de familia, y luego que no pueden ver una necesidad, porque en seguida dan su pobreza al que lo necesite.

—¿Sacarán ustedes diputada a Dolores?…

—Votos sí que tenemos bastantes, porque en esta zona todos somos comunistas. Pero temo que Dolores no quiera ir al Parlamento. Lo que ella quiere es vivir aquí, entre los obreros, siendo una trabajadora más. El día que hagamos nuestra revolución…, entonces sí que será lo que nosotras pidamos. Créame usted, Dolores va a ser la *Lenina* de España…

A nosotras nos da igual

Por toda España hay repartidos muchos millares de mujeres afiliadas a la

organización política que se llama Acción Popular. La gente las cree monárquicas, pero lo cierto es que no actúan como tales. El partido de Acción Popular es conservador, pero no le preocupa mucho la forma de Gobierno. Si la República les garantizara que cumpliría los postulados fundamentales de su programa, serían republicanas. En Extremadura, una señora de las que más han trabajado por el partido me dijo:

—Nosotras comprendemos que la restauración sería una calamidad.

—¿Entonces son ustedes republicanas?

—Le diré a usted. Republicanas de esta República, desde luego que no. Ahora bien, si se respetase la religión, el clero, la propiedad privada y se nos asegurase el orden tal y como nosotras lo entendernos, nos daría igual que el señor que habita en Palacio se llamase rey o presidente de la República.

Las Margaritas

Las mujeres monárquicas de verdad, las que ponen su esfuerzo al servicio de la restauración, son las afiliadas al partido tradicionalista. Las margaritas, como se les llama en Vasconia.

—¿Por qué ese nombre? —pregunté a la presidenta.

—Sencillamente, en recuerdo de doña Margarita de Borbón, esposa de don Carlos I. Hace años se fundó en Bilbao una agrupación de mujeres solamente para fines benéficos que se llamó La Margarita, por lo que antes he dicho. Hoy subsiste nuestra organización, ya con carácter político e incorporada al partido tradicionalista.

—¿Son ustedes muchas?

—Muchísimas. Más en Vizcaya que en ninguna parte. Sin embargo, ahora se están constituyendo grupos de margaritas en toda España.

—Para usted, lo principal es la restauración, ¿verdad?

—Sí, pero en ningún caso restauraremos a la familia destronada. Nuestro rey es don Alfonso Carlos, que ha heredado de don Jaime el derecho a la corona de España. Nosotras, mejor dicho, el político tradicíonalista, es el heredero del antiguo carlismo con idéntico programa.

Estos son, lectores, los partidos y las mujeres que mañana van a intervenir por vez primera en la contienda política.

Estampa
22-IV-1933

Las mil estudiantes de la Universidad de Madrid

Entrevista con María de Maeztu

Lo que podrán ser las mujeres

Desde los tiempos más remotos hasta finales del siglo XIX, la Humanidad femenina se dividía en dos grandes grupos, a saber:

1.° Mujeres que se casaban.

2.° Mujeres que se quedaban solteras.

Las que por su desgracia pertenecían a este último grupo, recibían la denominación de *solteronas*, y sus soluciones eran las siguientes:

Solución A. Meterse monjas.

Solución B. Poner un estanco.

Todo esto podían hacer, o al menos intentar, las mujeres. Tampoco estaba mal visto que se dedicaran a la literatura, en su casa, naturalmente. Mas si examinamos detenidamente la cuestión, veremos que solo una mujer entre cada veinte o treinta millones de ellas elegía este camino. No faltaban tampoco las que se dedicaban al arte (comediantas, bailarinas y similares). Estas eran excluidas de la buena sociedad.

Y, por último, también podían las mujeres ser reinas, pero hay que decir que se les presentaban muy pocas ocasiones.

Las únicas salidas claras que tenía la mujer eran, por tanto, las tres indicadas. El matrimonio, el estanco y el convento.

[Estudiantes de la Residencia de Señoritas preparan los exámenes de junio de 1933.]

Pero he aquí que, hacia el año 1850, una mujer tuvo la ocurrencia de estudiar la carrera de Medicina.

Aquella mujer se llamaba Isabel Blackwey, y era norteamericana, residente en Inglaterra.

Esta mujer se presentó una mañana en la Facultad de Medicina de Londres con los papeles debajo del brazo, dispuesta a matricularse como un alumno más. El revuelo que se armó a consecuencia de esta extraña solicitud fue colosal. ¿Ustedes se imaginan lo que pasaría si mañana don Miguel de Unamuno, por ejemplo, manifestase que quería torear en Vista-Alegre, alternando con el *Niño de Haro*? ¿Sí? Pues si se imaginan eso, y todavía les sobra imaginación, es fácil que se hagan cargo de la actitud de la Universidad británica y del mundo en general ante la resolución de Isabel Blackwey.

No se admitió su matrícula, y, además, no solo la Universidad de Londres sino otras de muchos países aprovecharon aquella ocasión para ponerse a salvo de peticiones semejantes y manifestaron «legalmente» que las Universidades eran unos lugares «solo para hombres».

El rey sabio y… relativamente feminista

Sin embargo, había un país en el mundo que desde hacía siglos conservaba abiertas las puertas de la Universidad a la mujer. Este país era el nuestro.

Alfonso *el Sabio* dejó consignado en el código de las *Siete Partidas* que la mujer podía estudiar todo cuanto quisiese, menos la carrera de Leyes.

Jurisconsultas…, en ningún caso, pensó y escribió don Alfonso. Por lo visto, no quería que le salieran competidoras.

Como a partir del Rey Sabio nunca el legislador se ocupó de este asunto, queda sentado que las mujeres no tenían cerradas más puertas que las de la Facultad de Derecho[8].

Otro trueno

Sería el año noventa y tres cuando una joven llamada María Goyri quiso estudiar la carrera de Filosofía y Letras en Madrid. Al ir a matricularse, el secretario le advirtió:

—Cierto que no existe ninguna disposición que le impida a usted conseguir su deseo. Ahora bien, yo no me hago responsable de lo que pueda ocurrir, y, por tanto, solo la matricularé en el caso de que traiga una autorización especial.

El claustro de profesores deliberó ampliamente. Por fin, cuando los graves varones llevaban ya dos o tres días acariciándose incesantemente las barbas en señal

de duda, acordaron oficiar en sentido favorable, pero dispuestos a revocar esta disposición si la presencia de la muchacha *provocaba disturbios entre los escolares o producía alteraciones del orden en las clases*.

Luego la Facultad tomó medidas. Tan pronto llegaba la chica a la Universidad, los bedeles la conducían al Decanato y la encerraban hasta que llegaba el catedrático encargado de dar la primera clase. Este la acompañaba al aula, y, una vez allí, le hacía sentarse, no en los bancos de los alumnos, sino en una sillita traída al efecto y convenientemente separada de todos. Luego este mismo profesor la volvía a dejar en el Decanato, y allí esperaba ella la llegada de la clase siguiente, y así hasta la hora de marcharse en que con las mismas precauciones que al entrar volvía a ser conducida por los bedeles hasta la puerta.

Esta muchacha terminó brillantemente sus estudios, y poco después se casaba con uno de los hombres más ilustres que hoy tiene España. Con don Ramón Menéndez Pidal.

La tempestad

Pero desde el año 1893 han cambiado mucho las cosas. Poco a poco han ido acudiendo las muchachas a la Universidad. Primero, a las Facultades de Farmacia y Filosofía y Letras; después, entraron tímidamente en las de Ciencias y Medicina. Por último, han invadido la de Derecho. Hace tres o cuatro años no estudiaban esta carrera más de tres o cuatro muchachas. Hoy acuden a la Facultad de Derecho más muchachas que a la de Medicina.

Durante el curso de 1900 a 1901 estudiaban en la Universidad de Madrid solamente dos mujeres. No nos han dicho a qué Facultad pertenecían, pero no es aventurado suponer que una estudiaría Letras y otra Farmacia o las dos una de estas cosas.

Pero pasa el tiempo y el afán de la mujer española por el estudio crece, aunque muy despacio. Un curso son cuatro, otro son seis, otro una…, hasta el año 1918, en que por primera vez se reúnen cien muchachas estudiantes. La gente comentaba:

—La Guerra ha sacado de quicio a las mujeres. Lo mismo está pasando en todas partes… Pero pronto se convencerán de que su sitio está en la cocina.

A partir del año 1918, la cifra de estudiantes femeninos se duplica cada año. Así, en el curso de 1921-22, ya hay en la Universidad 220 chicas, repartidas por todas las Facultades, sin excepción.

En el curso de 1925-26 son ya 542 las estudiantes.

En el curso 1927-28 casi llegan a mil.

Y a partir del año 27, la cifra se mantiene casi constantemente hasta ahora.

Ha sido, pues, en un espacio de nueve años, cuando las mujeres han invadido la

Universidad, al mismo tiempo que invadían las tiendas, las oficinas, los despachos…

¿Fue esto consecuencia de la Guerra? ¿Fue consecuencia de la Revolución rusa? ¿Se trata de un fenómeno pasajero? ¿Es, por el contrario, algo definitivo?

Yo no lo sé. Por el mundo hay unos señores con barba que se llaman sociólogos y que parece que son los encargados de decir la última palabra sobre estas cuestiones. Claro que entre tanto cada uno es libre de pensar lo que le acomode.

¿Dónde viven las estudiantes?

En nuestro país, una de las personas que más han trabajado y han luchado por la causa de la cultura femenina es, sin duda alguna, doña María de Maeztu. Y hay que convenir que con un éxito magnífico. Ella fundó la Residencia de Señoritas Estudiantes en el año 1915.

—Muy pocas alumnas tendría entonces la Residencia, ¿verdad? —pregunto a la señorita de Maeztu.

—Tres solamente, y no porque las chicas se resistieran a vivir aquí, sino porque, en realidad, no había más que dos o tres mujeres en la Universidad, y estas eran hijas de familias residentes en Madrid. La Residencia de Señoritas no se basó en un hecho, sino en una suposición. No era, pues, un negocio que se montase para aprovechar las circunstancias favorables. Era un sacrificio que hacía la Junta de Ampliación de Estudios para animar a las mujeres españolas a seguir el camino que habían iniciado las de otros países.

Cuando la señorita de Maeztu estudiaba

Doña María de Maeztu tuvo que pasar una odisea parecida a la de la señora de Menéndez Pidal. Oigámosla:

—Yo era maestra en Bilbao. Pude conseguir una escuela siendo muy joven. En seguida me di cuenta de que para ejercer el Magisterio, tal y como yo lo entendía, era menester una formación más amplia que la de la Escuela Normal. Entonces decidí ingresar en la Universidad.

Comencé a estudiar la carrera de Filosofía y Letras y me matriculé en la Universidad de Salamanca. Recuerdo que la primera vez que fui a examinarme desde Bilbao coincidí en el tren con los estudiantes de Deusto. Los muchachos me miraban como a un bicho raro, y en todo el viaje no dejaron de hacer comentarios, bastante desfavorables para mí. El hecho de que una mujer joven viajase sola era considerado casi tan reprobable como el que estudiase una carrera.

Yo me alojaba en Salamanca en casa de don Miguel de Unamuno, y él era quien me acompañaba hasta la puerta del aula donde tenían lugar los exámenes.

De pronto, se me ocurrió estudiar, además de la carrera de Letras, la de Derecho. La gente, que ya venía sospechando del equilibrio de mis facultades mentales, declaró solemnemente:

—¡Está loca!

Aunque no se lo dije a nadie, la noticia de que yo pensaba vestir la toga se extendió por Bilbao, y el Colegio de Abogados, reunido para examinar tan grave cuestión, acordó cerrarme sus puertas, caso de que yo terminase la carrera, e instar a los otros Colegios de España para que hicieran lo mismo. En vista de esto y de otras cosas, desistí de vestir la toga. El año 1909, acabada ya mi carrera, vine a Madrid a estudiar el Doctorado de Letras y la carrera superior del Magisterio.

Cómo nació la idea de fundar la Residencia

—Me alojaba en una casa de huéspedes de la calle de Carretas, donde pagaba un duro. Pero allí no había manera de estudiar. Voces, riñas, chinches, discusiones y un sinfín de ruidos de la calle me impedían dedicarme al trabajo. Comprendía que no habría muchacha de provincias que se decidiera a estudiar en la Universidad a costa de aquello y se me ocurrió que a las futuras intelectuales había que proporcionarles un hogar limpio, cómodo, cordial…, semejante a los que ya existían en el extranjero.

El año 1915 propuse a la Junta para Ampliación de Estudios la fundación de la Residencia, y al final de aquel curso se abrió esta con tres muchachas, estudiantes de Magisterio. Las tres eran catalanas.

Al finalizar este primer año, aquellas tres habían aumentado hasta diecisiete. Algunas de estas estudiaban Farmacia, el resto eran maestras.

El segundo año hubo cincuenta alumnas repartidas entre la Escuela Superior del Magisterio y las Facultades de Farmacia, Ciencias y Letras.

El quinto año ya hubo cien chicas, entre ellas Victoria Kent, que era la única estudiante de Derecho.

Hoy tenemos trescientas cincuenta alumnas, porque nuestros edificios no tienen más capacidad, pero pasan de quinientas las solicitudes que cada año recibimos.

No me hable usted…

—Indudablemente, la Residencia de Señoritas no ha sido la consecuencia, sino la causa de que haya tantas muchachas en la Universidad.

¡Es tan grato su ambiente!… ¡Tan agradables las caras que se ven!… ¡Tan cómodos los cuartos! ¡Tan confortables los salones y hasta la biblioteca…, que dan ganas de quedarse aquí y de convertirse en «estudiante honoraria» para toda la vida!

Pero a la Residencia se puede venir a pasar un rato agradable en cualquier época del año menos ahora.

El mes de junio es trágico para las simpáticas habitantes de esta casa.

Todas están pálidas, nerviosas, apesadumbradas y se refugian en la biblioteca o en los más absurdos rincones de la casa, agarradas fuertemente a unos enormes libros de texto. No quieren hablar, ni reír, ni siquiera retratarse para no perder un momento.

—Es que me examino mañana, ¿sabe?

—Y yo esta tarde, de dos…

—Y yo voy ahora mismo… ¡Y con Negrín! ¿Se hace usted cargo?

Están silenciosas, y si alguna habla es para lanzar frases, en general poco halagadoras para los señores catedráticos.

—Morirse, no…, ¡pobre hombre!… Pero ya podía coger un «gripazo» esta tarde.

—¿Y qué más da? —dice otra—. Ese examina aunque esté con cuarenta grados de fiebre. Le conozco.

Y vuelven a hundirse en el libro.

Números

En la Universidad están las chicas todavía más agitadas.

—¿Cuántas son ustedes en su curso, aproximadamente?

—¿Y yo qué sé? Pues sí que está una en estos momentos como para hacer cuadros estadísticos…

Y me vuelve la espalda.

En la Secretaría de la Universidad me han facilitado amablemente los datos que deseaba.

¿Quieren ustedes saber cuántas son y cómo se distribuyen las estudiantes en la Universidad Central? Pues oigan, o, mejor dicho, lean la estadística de estos últimos años. Durante el curso 1928-29, estudiaron en Madrid ochocientas ochenta y cuatro señoritas, repartidas así:

Farmacia, 502
Filosofía y Letras, 163
Medicina, 118
Ciencias, 70
Derecho, 41

A partir de este año, decrecen las estudiantes de Farmacia, pero aumentan las de otras carreras.

En el curso de 1929-30, estudian en Madrid algunas chicas menos. La cifra total es la de setecientos ochenta y cuatro, y su distribución la siguiente:

Farmacia, 390
Filosofía y Letras, 218
Ciencias, 71
Medicina, 61
Derecho, 44

El curso de 1930-31 da un total de ochocientas setenta y ocho estudiantes:

Farmacia, 418
Filosofía y Letras, 235
Ciencias, 91
Derecho, 68
Medicina, 66

Durante el curso de 1931-32 hubo ya mil diez estudiantes en Madrid, repartidas así:

Farmacia, 394
Filosofía y Letras, 329
Ciencias, 115
Derecho, 101
Medicina, 81

Faltan datos exactos del curso que termina ahora, pero puede asegurarse que las notas más salientes son un gran aumento en las Facultades de Derecho y Letras, especialmente en la primera, y un descenso en la de Farmacia.

La afición de las muchachas a las leyes nace al calor de la República, como puede verse por las estadísticas anteriores. Es que la nueva legislación reconoce a las abogadas los mismos derechos que a los abogados, y las mujeres, siempre prácticas, acuden en masa a estudiar a la Facultad que antes tenían tan abandonada.

Lo que parecía imposible hace unos años va a ocurrir. La carrera de leyes se va a poner de moda.

Por eso, el otro día, un catedrático de Derecho, antifeminista, exclamó al ver la cantidad de muchachas que esperaban turno para examinarse con él.

—El mundo se desquicia. Dentro de poco llegaremos a la siguiente fórmula:

«Una mujer: una toga.» Claro que para entonces yo me habré pegado un tiro…

Estampa
24-VI-1933

El amor en un pueblo de La Mancha

I. Lo que cuesta tener novia en La Solana

La Solana

Cae el sol sobre La Mancha seca, desamparada. Una ráfaga de aire caliente llena el coche de polvo y de paja que se desprende de una era próxima. Y por si esto fuera poco, el nombre del pueblo que acababa de divisar agudiza nuestra angustia. La Solana se llama este pueblo…

—¿Quiere usted ver La Solana? —me dice el chófer, un manchego comunicativo, dueño del taxi que he alquilado en Manzanares—. Es un pueblo grande…; hay buenas casas con unos patios muy fresquitos.

—Bueno, pediremos de paso un poco de agua…

—De eso del agua no se haga usted muchas ilusiones… Aquí hay poca. Si le es lo mismo beber vino, hay mucho y bueno…

La perspectiva no es muy tentadora. Estar muerta de sed y no poder apagarla sin riesgo de marearse, de verdad, no es un programa aceptable para una señorita. Pero también es verdad que la carretera a estas horas no resulta un lugar de placer. En fin, por si fuera cierto eso de los patios fresquitos, entramos en La Solana.

Es un pueblo enorme, de calles relativamente anchas y bastante limpias. Lo más bonito del pueblo es la plaza. Grande, despejada, encuadrada por casas de inmensos balcones corridos y rodeada toda ella de soportales con arcos majestuosos. En un ángulo de la plaza está la iglesia. Es la hora de salida de misa, pero apenas se ve alguna que otra mujer tocada con el pañuelo o la «mantellina», porque ellas han oído misa más temprano, A esta misa solo va «el señorío».

El señorío de La Solana son unas muchachas que marchan despacio, porque los tacones Luis XV no parece que se llevan muy bien con el engorronado de la plaza.

[«Pelar la pava» sale muy caro a los mozos de La Solana]

Bajo los soportales, «tomando la sombra», se ven varios grupos de manchegos con sus blusas negras que les llegan hasta las rodillas. En una esquina hay parados dos carros de mulas.

Aunque solo fuera por ver esta magnífica plaza valía la pena de haber entrado en La Solana. Tiene toda la emoción de esas cosas que ya no se ven más que en el teatro o en los cuadros. Ni un auto, ni un bar, ni un veraneante…

A la Felipa… cincuenta duros

En el portal penumbroso hay varias mujeres, mozas y viejas que cosen. Nos han dado agua, y una vez familiarizadas con nosotros, prosiguen la interrumpida conversación…

—Pues yo —dice una moza— tendría que ver los billetes para creerlo…

—Yo tampoco creo que la Felipa haya cogido cincuenta duros del novio —agrega otra.

—Ya sabéis lo que es la gente cuando le da por «desagerar»…

—En los pueblos se critica mucho —digo yo muy seria—. Lo más probable será que todo eso del dinero sea mentira.

—Tanto como mentira, no —me contesta una vieja—. Algo le habrá dado, porque ¡qué remedio le queda a él!; pero yo apuesto a que cincuenta duros no han sido. Lo más, lo más, treinta. ¡Es que aquí hay algunas mozas muy «fantasiosas»!, ¿sabe usted?…

Como ustedes supondrán, yo había creído que de lo que se trataba en esta reunión era de defender a una pobre muchacha calumniada por las gentes. Ahora resulta que no.

—¡Cincuenta duros!… ¡Mil realazos! ¡Pues no es nada! —sigue diciendo otra

moza—. ¡Si no lo ha cogido ni mi prima, y eso que su novio es de chaqueta!…

—Por lo que veo, aquí los novios, cuando quieren casarse, dan dinero a las novias para el ajuar, ¿no es eso?

Las mozas y las viejas que cosen en el patio se ríen de mi ignorancia.

Y en un momento me lo cuentan todo.

Si no hay cuartos no hay novia

En La Solana no es el amor tan fácil como en el resto de España. Cuando un mozo de La Solana se siente irresistiblemente atraído por una joven de la misma localidad, y aunque le falten ocho años para casarse, tiene que pensarlo bien antes de decidirse a declararle su amor, porque en La Solana el problema sentimental trae consigo un grave problema económico para los hombres.

Si, previa consulta a su bolsillo o al de su padre, el novio comprueba que cualquiera de estos dos bolsillos están bien dispuestos, entonces va y se declara…

—En el baile, ¿no?

—De ninguna manera. Aquí no hay baile casi nunca. Y cuando lo hay es baile de jota. Nunca «agarrado». Así no es posible hablar de nada… claro… Ellos se «lo» suelen decir a una por carta o echando «recao» con una parienta, o cuando se encuentran en la calle la mira mucho y ella, pues se lo figura… Luego, si la muchacha accede a dar el «sí», la primera noche que «él» va a verla y antes de entregarse a los transportes amorosos que son del caso, el novio, ¡ay!, tiene que sacar de su bolsillo los duros o los billetes y entregárselos a la elegida de su corazón, que los coge y se los guarda. Después comienza el idilio…

—¿Y cuánto suelen entregar?

—Eso es según cómo ande «él» de dinero o su padre. Desde luego, menos de veinte duros no «coge» ninguna moza decente. Eso si se trata de un novio que sea jornalero. Si él tiene una pareja de mulas, pues ya da cuarenta. Los señoritos dan más: hasta tres mil pesetas han llegado a «coger» algunas. De veinte duros a mil pesetas es lo corriente.

—¿Pero también los señoritos siguen esta costumbre?

—¡Lo hacen los pobres, y no lo van a hacer los ricos, que pueden mejor!

—Pero ¿y si el novio no tiene nada?

—Pues espera a tenerlo para buscar novia.

—¿Y qué hacen ellas con este dinero?

—Se lo guardan. Si el novio las deja tienen derecho a quedarse con ello. *Pa* consolarse.

—¿Y si son ellas las que le dejan?…

—Eso pasa pocas veces…

—Pero algunas veces ocurrirá que riñan y terminen sin que se pongan de acuerdo sobre quién tiene la culpa; ¿qué hacen entonces?

Según deduzco de las contestaciones que me dan las mozas, cuando se plantea uno de estos casos difíciles, ellas tienen derecho a quedarse con los cuartos, por si acaso. «Lo *dao*, por lo *platicaos*», dicen.

Insinúo la duda de que algunos habrá que se salten esta onerosa costumbre; pero las novias me convencen de lo contrario. Claro que alguna vez ha corrido por el pueblo el rumor de que una moza se había puesto a «hablar» sin recibir nada; pero eso son ganas de levantar calumnias.

—De mí lo dijeron —comenta una— y no sabe usted el disgusto que me llevé. Tuve que coger los billetes y enseñárselos a todo el que quiso, hasta que se acabaron las críticas.

Todas, todas, exigen del novio, tácitamente claro está, la cantidad de dinero, que es como un tributo a su hermosura y a su decoro. Si alguna no lo hiciera, la maledicencia no se ensañaría en el novio «desaprensivo», se ensañaría con ella por no haber sabido «darse a valer».

Luego…, más dinero

Me va acompañando hasta la fonda del pueblo una mocita espigada, de grandes ojos negros. Al llegar a una esquina se detiene.

—La fonda está allí, ¿sabe usted? Pero si no le importa que demos la vuelta por aquella otra calle…

—¿Por qué?

—Es que por aquí es fácil que nos encontremos a mi novio…

—¡Tanto mejor!…

—No, no; ¿qué diría la gente?… Aquí está muy mal visto que los novios se encuentren, en la calle. Dirían las vecinas que yo venía buscándolo. No, no… Aquí no se puede hablar con el novio más que de noche por la ventana.

Luego, esta muchacha me explica que la obligación de dar dinero no se circunscribe a la primera noche que él va a la ventana. A todo lo largo del noviazgo, tres, cuatro años, cinco, hasta ocho, el novio sigue «retratándose», como dicen los castizos aquí en Madrid.

El día del santo de ella, él lleva a la ventana cinco, diez, veinte duros, lo que puede, y otro tanto el día del cumpleaños. Y por las fiestas. Y los que tienen labranza también dan dinero al recoger la cosecha del año.

—Yo tengo guardadas más de mil pesetas —me dice, satisfecha, la moza—, y eso que no llevamos hablando más que un año escaso…

Las novias se esconden

Pegado a los hierros de una gran ventana hemos visto a un señorito. Está hablando con la novia; pero la persiana corrida impide que la veamos a ella.

—Las que hablan de día —me dice la muchacha— se ponen así para que no las vea la gente.

—Y ese —pregunto, señalando al señorito—, ¿también habrá pagado?

—Claro; ese más que otros, porque es rico. Ella también lo es. Fíjese usted la casa que tiene. Para ponerse a hablar con una señorita hay que traer el bolsillo bien preparado…

La hora del amor

Por la noche, en todas las ventanas del pueblo hay parejas de novios. Parejas de novios en las pobres ventanucas de las casas humildes. Y en las rejas cuadradas de los «medianos» y en las altas rejas de los ricos. Los que no tienen ventana para hablar, bien porque la casa carezca de ellas a la calle, o porque estén ocupadas por hermanas mayores, hablan por la gatera de la puerta. Y si tampoco hay gatera, se hacen un agujero con un serrucho. No importa la postura incómoda en que han de estar los novios mientras dure la conversación.

La fonda es una casa como otra cualquiera de La Solana. Una puerta baja de madera negruzca, con un llamador. Un pasadizo oscuro y un patio, donde se come y donde se está. Allí he conocido a la Antonia, una muchachita muy joven.

—¿Tú no tienes novio?

—Me estoy esperando con un muchacho que se llama Quintín.

—¿Cómo que te estás esperando? ¿Es que va a venir aquí ahora?

—No; que me estoy esperando —repite la muchacha para hacerse comprender— hace ya tres años o cuatro…

—Pero ¿qué es eso de esperarse?

—Pues, verá usted…

Estampa
19-VIII-1933

II. Lo que significa en La Solana el verbo esperar

En La Solana hay muchas parejas que se están «esperando»; muchísimas.

Él se ha declarado hace tiempo. Ella le ha dicho, bien con la mirada o por medio de una tercera persona, o poniéndole cuatro letras, si sabe escribir, que está conforme, pero que es preciso esperar. Y él espera. Este período suele durar de dos a ocho años.

—¿Pero ellos no se cansan de esperar tanto tiempo?

—No, no se cansan. ¿No ve usted que a la que va a ser su novia la tiene segura? Aquí, en cuanto se suena por el pueblo que dos se están «esperando», ya se les considera como novios. Ni a ella la galantea ninguno, ni él le hace caso a otra muchacha. El período de espera se diferencia del noviazgo únicamente en que no se hablan por la ventana, y en que «él» no tiene que dar por la espera ningún dinero.

—¿Y no hay mozas que prescindan de eso de tenerle «esperando»?

—Ninguna. Y cuanto más tardan en ponerse a hablar, mejor le parece a la gente. Solo las que están muy desesperadas dejan que él vaya a la ventana al año de haberse declarado.

Los lectores habrán observado en el curso de este artículo y del interior, que si bien el noviazgo puede que sea para las mujeres de La Solana tan agradable como para las del resto del mundo, a los hombres les debe de resultar altamente molesto. Así se lo digo a mi interlocutora, quien enseguida me argumenta de este modo:

—No lo crea. Eso de la espera les favorece. De esta forma escogen novia cuando buenamente les gusta una muchacha, y en todo el tiempo que están esperando, pues ahorran tranquilamente el dinero que tienen que dar el primer día que hablen.

—Sí… Desde ese punto de vista…

El fondista esperó ocho años

El mismo dueño de la fonda nos sirve la cena en el patio, y, como es hombre jovial y comunicativo, enseguida entablamos conversación. Yo, desde que sé lo que sé, no puedo ver a un hombre de este pueblo sin que me acometa el deseo de preguntarle que cuánto dinero dio a su novia la primera noche que fue a la ventana. Como la pregunta es indiscretilla, doy algunos rodeos antes de lanzarla.

—Aquí los noviazgos son muy largos, ¿verdad?

—Mucho —contesta el fondista—. Yo hablé con mi mujer tres años.

—No es mucho…

—Bueno; eso sin contar los ocho que llevaba «esperándola». Yo la pretendí, y

entonces ella me dijo eso que dicen todas para quedar bien: «Que era muy joven, que no la dejaban en su casa.» Pero yo comprendí que me quería, y empezamos a esperarnos. Cuando nos veíamos, yo la miraba, ella me miraba a mí, y nos reíamos como dos tontos, pero sin hablarnos… Y así, un día con otro, pues se nos pasaron ocho años. Entonces empezamos a hablar…

—¿Y usted dio también dinero?…

—¡Pues no faltaba más! Treinta y dos duritos le puse a esta en la mano la primera noche que fui a la ventana.

El bueno del fondista ríe. Luego, da un achuchón cordial a su mujer, que acaba de sentarse a nuestro lado.

—¿A que te acuerdas?

—Ya lo creo que me acuerdo —contesta ella, un poco ruborizada ante estas evocaciones sentimentales.

—Treinta y dos duros, en aquellos tiempos, eran mucho más que ahora. Entonces había muchos que cumplían entregando doscientos reales.

Aquí estuvo Costa

En el patio de la Casa del Pueblo hay una tertulia de «socialistas viejos», que no son precisamente «viejos socialistas», porque aquí no se han sentido inquietudes hasta hace muy poco tiempo.

—En esa habitación —me dice uno, señalando al lugar donde tienen instalada la secretaría— era donde trabajaba don Joaquín Costa. Usted habrá oído nombrar a ese señor, ¿verdad? Estuvo en este pueblo bastante tiempo; pero ya hace muchísimos años, en el siglo pasado. Los viejos todavía nos acordamos de él. Antes de marcharse nos dio un mitin en la plaza. El primer mitin que se ha dado en La Solana. ¡Qué pico de oro!

La conversación va pasando, de temas políticos y societarios, a temas domésticos. Los hombres me hablan de sus casas, de sus familias, de sus hijos…

—Tres mozos tengo yo —dice uno.

—¿Y tienen novia? —le pregunto.

—No la tienen todavía; pero están al caer. ¡Eso es lo grave!

—Grave, ¿por qué?

—Pues claro. Yo me doy cuenta de que ahora está todo muy malo, y encima, el día menos pensado, voy a tener que soltar un montón de duros para pagar las novias de los hijos.

—¿Pero no se las pagan ellos?

—No puede ser. Demasiado harán con irlas entregando luego lo que ganen. El dinero del primer día lo tiene que entregar el padre. Y si fuera como antes, menos

mal. Pero ahora las mozas son muy exigentes. Ya no se conforma ninguna con los veinte duros. Todas quieren treinta o cuarenta. Y no es posible. Yo no puedo soltar noventa duros nada más que para novias, porque no los tengo… Cuando yo me puse a hablar con la que es hoy mi mujer le di diez duros, y ella tan contenta. ¡Aquellos tiempos eran otros! Veinticinco años hace… Desde entonces aquí esto se ha puesto imposible.

—Sí, vamos; que las novias están por las nubes, ¿no es eso?

—Eso mismo.

—No te quejes… —agrega otro hombre más viejo—; que, después de todo, tres hijos no son muchos. Yo he pagado ya las novias de cuatro, y todavía me quedan dos, que no tardarán… Y eso que soy un pobre jornalero.

Aquí el tener hijos varones es un desastre; porque a todo esto hay que añadir que cuando se celebra la boda, ellos son los que tienen la obligación de poner la casa. En cambio, para las mujeres de La Solana el noviazgo y el matrimonio, económicamente, es lo que suele llamarse corrientemente «una ganga».

—Sí; pero nosotros tampoco vemos ninguna ventaja —nos dicen los padres—. Si son chicos hay que darles el dinero para las novias. Y si son chicas, ellas se guardan lo que les dan… De eso, los padres no vemos un céntimo.

—¿Entonces ustedes quieren que esta costumbre desaparezca?

—Como querer, ya lo creo que queremos; pero eso es imposible.

Resulta curioso que estos hombres de la Casa del Pueblo, que luchan contra la sociedad burguesa y que dan como seguro el triunfo de la causa proletaria en un plazo breve, no vean la posibilidad de acabar con esta costumbre que les es tan gravosa.

Uno de ellos me dice:

—La costumbre de dar dinero a las novias no se acaba aquí ni aunque venga el comunismo. ¡Ya lo verá usted!

Esto tiene que acabar

A pesar de la afirmación rotunda de este hombre, yo creo que quizá desaparezca pronto esto que pudiéramos llamar «impuesto sobre el amor». Y lo creo, porque no han sido solo los hombres viejos los que me han hablado así. Un mozo, amargado, me confesó:

—Lo que pasa aquí no pasa en ninguna parte. Fíjese usted. Yo tenía una novia, a la que di sesenta duros al empezar. Después le fui dando lo que ahorraba. Al cabo de tres años le había dado tres mil pesetas. Entonces empecé a notar que no me gustaba y que no congeniábamos. ¿Qué hacer? ¿Dejarla con todo y empezar a dar dinero a otra? Eso no podía ser porque no soy rico. Pero también, si me casaba con ella, sabía que íbamos a ser desgraciados los dos.

—Sí que era una situación…

—Figúrese. En esta duda pasó otro año, hasta que, por fin, me decidí a dejarla, pasara lo que pasara…

—Y se quedó usted sin el dinero…

—Claro. Ella, que en el fondo es buena muchacha, me lo quiso devolver; pero comprenderá usted que estaba feo que yo lo tomara, después de haber estado entretenida tantos años. Además, la costumbre es que si deja él, ella se quede con los cuartos.

—Total, que pagó usted cara su libertad…

—Eso hubiera sido lo de menos. Lo peor es que ahora no me puedo echar novia. No tengo dinero y a mi padre no se lo puedo pedir, Bastante hizo con darme para una. Aquí hay que pensarlo mucho antes de echarse novia, porque a causa de esta maldita costumbre cuesta muy caro volverse atrás…

Todos se quejan. Parece que las únicas personas satisfechas de esto deben ser las novias, ¿verdad? Pues no es así.

También algunas mozas se quejan. Claro que son pocas. Pero escuchen ustedes lo que me dijo una.

—Créame; a muchas, a muchísimas mozas, nos gustaría no cobrar. Pero qué dirían de una si se atreviera a hacer eso…

—¿Y por qué les gustaría?

—Porque sí. Porque se acabarían los cuentos de que si a la Fulana le han dado tanto y a la Mengana cuanto. Además, los hombres no tendrían tanto reparo en acercarse a una a pedirle relaciones. Luego aquí ninguna moza se puede casar con un forastero, porque la mayor parte de los forasteros no quieren entrar por esa costumbre. Y muchos del pueblo prefieren echarse novia en otros sitios donde no tienen que pagar. Y, además, que eso de dar dinero por quererse…, vamos, me parece a mí que no está bien…

* * *

Otra vez se ha hecho de noche y otra vez se han poblado todas las ventanas de La Solana. A estas horas da la impresión de que todo el mundo se ama en este pueblo donde tan caro cuesta el amor.

Estampa
26-VIII-1933

1933
La Voz
Crónica

Los trastos en la calle: el desahucio y sus consecuencias

El drama de todos los días

Primer acto

Primero pasa una pareja de guardias de a caballo… Luego una pareja de guardias a pie… Más guardias a caballo… En pocos minutos se ha concentrado en una calle próxima al paseo de las Delicias eso que se llama un alarde de fuerza pública… Toda esta fuerza se ha situado frente a una casa y en seguida, no se sabe de dónde, han empezado a salir chiquillos, grandes cantidades de chiquillos que pugnan todos por colocarse en primera fila, como si se tratase de presenciar una capea. Algunas mujeres que van a la compra y algunos obreros sin trabajo se han agregado también al grupo. Todos miran a los guardias con mal reprimida hostilidad.

—Pero bueno, ¿qué pasa?…

—Pues ya lo verá usted, si es que tiene ese gusto…

La que me contesta es una mujer del pueblo, jamona y tal, que lleva al brazo un capacho lleno de hortalizas.

—¡Se habrá visto estos tíos!… ¡Si a una le valiera!…

—Pero ¿qué es?… ¿qué es?…

—¡Pues qué va a ser, señora!… ¡Parece usted tonta!… ¿Pues no lo ve usted? ¿No ve usted los guardias?… ¿No ve usted los camiones del Ayuntamiento?… ¿No ve usted a esos «tíos» del «Jurgo», que mal rayo los parta?… Pues ya sabe usted lo que es… De desahucio… Total «na»… Que a los pobres vecinos del segundo derecha les van a poner los trastos en la vía pública de un momento a otro. ¿Se ha enterado usted ya?

Sí, de eso se trata. Por eso han venido los señores del Juzgado, que son el secretario, un oficial y el alguacil. Las mujeres, los hombres y los chiquillos los miran con odio y hasta hay quien se atreve a silbarles.

—Dejarlos, hombre… Al fin y al cabo ellos son unos «mandaos».

—¡Ni «mandaos» ni «na»! —chilla la jamona que me puso en antecedentes—. «Me se» caería a mí la cara de vergüenza si tuviera que echar a la calle a un pobre… «Mandaos»… «mandaos»… Que busquen otro oficio…

—Son los representantes de la ley.

—Con que la ley, ¿eh?… ¡La ley!… Estamos «apañaos» con la ley. ¿De modo que es ley que esa pobre gente se vea sin tener dónde meterse y con su pobreza en medio de la calle, mientras él… (aquí un durísimo calificativo) del casero se pasea bien «forrao» de billetes en automóvil?…

En la misma actitud que esta mujer se encuentra el resto de la concurrencia. Una

vieja que ha intentado solidarizarse con la justicia ha tenido que salir corriendo ante la amenaza de un serio descalabro. Se suceden los adjetivos de todas marcas, siempre intranscribibles, que van dirigidos, ora a los guardias, ora al casero, ora a los señores del Juzgado, ora a las familias respectivas. Y yo, un poco alarmada por esta incontinencia verbal, he aprovechado un descuido de mi interlocutora la jamona para «pasarme al enemigo». Me he presentado a las autoridades, y el secretario del Juzgado, un buen señor, que se encuentra altamente molesto por tener que desempeñar tan penosa función, me ha dicho amablemente:

—Créame…, es terrible esto de verse por mandato de la ley en el caso de tener que poner en la calle a una pobre familia que por su triste situación no puede pagar al casero.

—Sí…, es desagradable… Y luego… la actitud del público.

—Esa es otra… Aquí, el público nunca presta su ayuda a la justicia, sino todo lo contrario. Claro que en cierto modo es muy humano que ocurra esto… Pero a mí lo que más me entristece es la familia desahuciada.

—Antes no acudían los guardias a los desahucios, ¿verdad?

—Es reciente, en efecto, esa medida de la Dirección General de Seguridad de enviar guardias al lugar del suceso para que faciliten la acción de la justicia y para evitar las posibles alteraciones del orden. Nosotros, hasta la fecha, llevamos realizados muchos desahucios, casi todos con normalidad. Solo nos ha ocurrido un incidente, hace poco, en el paseo de Yeserías, que pudo ser grave. El público se amotinó y hasta trató de agredirnos. Pero, afortunadamente, la fuerza intervino con gran prudencia y habilidad, simulando una carga, y los amotinados se disolvieron sin que ocurriera nada lamentable.

—¿Y esas camionetas del Ayuntamiento qué objeto tienen?…

—Eso obedece a una medida de todo punto digna de elogio del Ayuntamiento. Antes, el Juzgado acordaba el lanzamiento a la calle, y el pobre inquilino desahuciado se quedaba con sus muebles en la vía pública. Ahora, estas camionetas llevan los muebles a los almacenes de la Villa, previo inventario, y allí quedan hasta que el desahuciado mejora de situación y se hace cargo de ellos…

—¿Y si esto no ocurre?…

—Entonces, pasado cierto tiempo, los muebles se subastan.

Los vecinos se han marchado

El representante de la ley no puede seguir hablando conmigo porque es preciso concluir la desagradable diligencia. Y hemos podido hablar este ratito gracias a que el alguacil había subido a prevenir a la familia que dentro de unos momentos se verá en la calle.

—El inquilino ha abandonado la casa o no quiere abrir —dice el alguacil, que ya está de vuelta en la portería.

—¿Esto ocurre con frecuencia?…

—Casi siempre —me contesta el secretario.

—¿Y qué se hace?…

—Se hacen unas cuantas cosas, entre otras, llamar a un cerrajero y levantar un acta que firma la Comisión y el portero de la finca.

El cerrajero ha abierto la puerta. La casa es humilde, pero no del todo pobre. Hay muchas cosas que no nos explicamos cómo están allí, puesto que vendidas hubieran podido remediar por unos días la triste situación de esta pobre familia que ha huido para no presenciar el desmoronamiento de su casa.

—Era un matrimonio —me dice el portero—. Gente decente. Antes vivían bien; pero él se quedó sin trabajo hace un año. Era grabador, y creo que ahora andan mal los de ese oficio. Cuando vinieron a vivir aquí tenían buenos muebles y buena ropa, pero ya hace unos meses que la mujer salía todas las mañanas con un hatillo a vender o a empeñar…

Los mozos de las camionetas han comenzado a deshacer el comedor. Este comedor de comedias de Arniches, tan cuidadito y tan en orden. Sobre el aparador, cubierto con unos pañitos blancos muy limpios y muy recosidos, solo se ve un vaso y un fanal que contiene una virgen y unas flores de trapo. En el testero principal hay colgado un retrato de bodas. La mujer está de pie, vestida de negro y con mantilla, apoyando su mano sobre el hombro del marido, que está sentado. La portera se enjuga una lágrima con el mandil, mientras nos dice:

—Los pobres… no han tenido humor ni de llevarse el retrato de boda…

Sobre la mesa camilla, cubierta con un tapete deslucido, hay un despertador viejo, parado en las nueve y media.

—Antes —continúa la portera— tenían un reloj muy bueno, de esos de pared… Pero se conoce que lo han vendido.

Sí lo han vendido. Allí está el clavo donde estuvo colgado el reloj orgullo de la que era dueña de la casa, y en la pared se ve un rectángulo de pintura más fuerte, menos deslucida que la del resto del comedor.

La portera, que a pesar de encontrarse afectadísima no ha perdido las ganas de hablar, me cuenta algunos detalles del matrimonio, protagonista invisible de este drama de todos los días.

—No tenían hijos… Menos mal, porque los hijos no sirven más que para aumentar las desazones… Antes, cuando estaban bien, solían venir a comer con ellos los domingos unos sobrinitos… Pero ya hacía un año que por aquí no venía nadie. El otro día, cuando mi marido les dijo que iba a venir el Juzgado a echarlos de la casa, la pobre mujer se echó a llorar. «Y luego dicen que la gente se suicida» —me decía ella —. «Hágase usted cargo de lo que va a ser de mí y de este pobre hombre… Sea usted honrao…, trabaje toda su vida como un burro… pórtese bien con todo el mundo…,

para que luego llegue un día en que le dice el amo que no hay trabajo y téngase usted que ver a la vejez pidiendo limosna.

Después me dijo que ella se iba antes que pasar por la vergüenza de ver a la justicia en su casa. Y esta mañana, bien temprano, han salido los dos con un lío de ropa. Ella pensaba ponerse a servir porque, aunque no es muy joven, todavía está fuerte para trabajar. Pero ¿y el hombre? Porque a un hombre no se le coloca así como así… Está todo muy malo…

—¿Y ocurre con mucha frecuencia esto de los desahucios?…

—Ya lo creo que ocurre, y es un dolor, no crea usted… En esta casa hemos visto tres en los últimos dos meses… Y eso que en esta casa no suelen vivir pobres… lo que se dice pobres… Aquí casi todos son gente de buenos jornales y hasta algunos trabajan en oficinas… Mire usted… Si yo fuera casero no tendría casas más que de ricos. De cincuenta duro» para arriba. Esos pagan siempre y si no pagan, pues no importa nada ponerles los trastos en la calle.

Segundo acto: la subasta

Ya está todo fuera. Las sillas, la mesa redonda del comedor, el retrato de boda, un lavabo… Hasta el fanalito con la virgen y una ampliación al carboncillo que representa al grabador cuando era joven…

Todo esto va ahora a los almacenes de la Villa, que como todo el mundo sabe están en la calle de Santa Engracia.

Yo me he ido detrás de la camioneta. A la puerta de los almacenes también hay mucho público. Es que ahora, precisamente se va a celebrar una subasta de muebles. Llevan ya aquí mucho tiempo. Su dueño ya los ha dado por perdidos, y esta gente viene a ver si por un precio razonable se hace con una mesa camilla, con un despertador o con una lámpara de flecos, que son los objetos que más abundan.

La gente se agolpa en el salón donde va a celebrarse la subasta. Es un público heterogéneo, pero en el que abundan las mocitas que van a celebrar próximamente un matrimonio no muy ventajoso y que tienen que valerse de estas «gangas» para poner la casa. También hay algunas señoras que tímidamente se colocan en el rincón más discreto, temiendo encontrarse con alguien conocido. Y mezclado con este público no pocos «aprovechados», que vienen con ánimo de pintar y adobar un poco las cosas que se lleven de aquí para luego vendérselas como nuevas a los incautos.

Tres concejales se sientan en la mesa presidencial, y un guardia, de pie, a su lado, va a hacer de «spiker».

—Un reloj despertador —dice el guardia—. Dos reales…

—¡Setenta céntimos!… —grita uno del público.

—Setenta céntimos… ¿No hay quién dé más?…

—Una peseta —contesta resuelta una muchachita joven.

—Una peseta… ¿No hay quién dé más?…

No hay quien dé más de una peseta, y es natural, porque hay que ver el relojito en cuestión…

Una vez adjudicado, alguien dice a su nueva propietaria:

—Has sido tonta, porque eso no sirve para nada…

Mujer, para algo servirá… Ultimamente…, en caso de bronca…, es un buen proyectil…, y vajilla que se ahorra una…

—Una mesa camilla… —grita de nuevo el guardia.

—¡Ocho!… —grita la muchacha que se quedó con el despertador.

—¡Ocho pesetas… una mesa camilla!… ¿No hay quién dé más?…

—Diez pesetas… —dice tímidamente una señora.

La muchacha que pujó primero se vuelve indignada hacia su amiga.

—Mira la bruja esa… ¡Me ha hecho polvo!… Pues ahora verá… ¡Once pesetas doy yo!…

Pero la señora, que se «ha picado», añade vivamente antes de que el guardia tenga tiempo de gritar de nuevo:

—¡Tres duros!…

Y, claro, se lleva la mesa camilla…

Después se subasta una lámpara de flecos. Hay otro pugilato desesperado entre la señora y la muchacha; pero por fin vence esta última…

—Te digo que estaba decidida a llevarme la lámpara aunque me hubiera costado cinco duros…

La subasta ha durado largo rato, y más de una vez el presidente ha tenido que agitar la campanilla porque el orden ha estado a punto de alterarse. Por fin ha terminado todo, y la gente se ha marchado a su casa, llevando a cuestas los muebles de una pobre familia que fue lanzada a la calle por mandato de la ley, y que nadie sabe a dónde habrá ido a parar.

Tercer acto

A veces la cosa termina bien. El desahuciado encuentra trabajo o encuentra un amigo propicio a dejarse sablear. Entonces buscan otro cuarto, recogen sus muebles en la calle de Santa Engracia y siguen viviendo.

Pero a veces la cosa termina muy mal. A veces, cuando estamos leyendo el periódico nos salta a la vista la noticia escueta que dice así:

«LOS DESESPERADOS. Hacia las ocho de la mañana de hoy, un hombre mal vestido se arrojó al paso del Metro en la estación de Antón Martín.

»Inmediatamente fue trasladado al equipo quirúrgico, donde ingresó, falleciendo

poco después.

»El Juzgado ha conseguido identificar al suicida. Se trata de Antonio Sánchez, obrero grabador, domiciliado en la calle de tal, número tantos.

»Parece que el móvil del suicidio ha sido la mala situación económica en que se encontraba el desgraciado Antonio, despedido hacía más de un año del taller donde trabajaba.

»El portero de la casa donde vivía el suicida ha manifestado que precisamente ayer se realizó la diligencia del desahucio en el piso que habitaba este.»

La Voz
21-I-1934

Treinta mil hombres sin trabajo

El angustioso problema del paro obrero en Madrid

¿Se va a arreglar todo con un «plan cuatrienal», de mil millones de pesetas?

Seis o siete hombres toman el sol tumbados en la acera de una calle de los Cuatro Caminos. Tienen barbas de muchos días, y de los labios de algunos cuelgan las colillas cochambrosas, de las que intentan inútilmente arrancar un poco de sabor a tabaco…

—Buen día, ¿eh?…

—Sí, no es malo. Nos aprovecharemos de esto, que no cuesta…

—Lo malo es que tampoco alimenta…

—Los médicos dicen que no hay nada para la salud como los baños de sol…

—Sí; pero será después de haberse comido siquiera unas patatas…

—¡Patatas! ¡Pues no eres tú nadie! Hoy no comen patatas más que los que andan en automóvil. En fin, paciencia… —agrega dándose media vuelta para tomar el sol en el costado derecho.

—Paciencia la puedes tener tú, que no llevas *parao* más que un mes y que además no tienes hijos. Si llevaras ocho meses, como yo, y tuvieras cinco críos y la mujer, ya veríamos…

Me he metido a conversar con este grupo de hombres. Ya sé que ellos no tienen ganas de hablar con gente extraña y que miran con rencor —¡es natural!— a toda persona que tiene pinta de haber hecho una comida caliente. A pesar de eso, algunos hasta han abandonado su postura yacente y se aprestan a contestarme.

—¿Todos ustedes están sin trabajo?

—Todos, y aquel grupo de más allá. Y casi todo el barrio… Ustedes no saben lo que es esto… Yo llevo ocho meses sin dar golpe… Me levanto a las seis de la mañana y me voy por ahí a recorrer las obras. A las diez ya estoy rendido y sin haber encontrado nada.

—¿Tiene usted hijos?

—Cuatro nada más, y todos pequeños. Ni sé cómo viven. Menos mal que la mujer, algunos días, se emplea en limpieza por las casas. Pero lo que gana hay que emplearlo en pagar el alquiler del cuartucho, porque fíjese usted lo que sería vernos en la calle con las criaturas…

—¿Y para comer…?

—En casa se arreglan con algún pedazo de pan que les dan. Yo me he acostumbrado ya a no comer.

—¿Eh?…

—Sí… Realmente, para vivir hace falta comer muy poco. Si algún día consigo una ración de los comedores del Ayuntamiento ya estoy alimentado para una semana.

Después, con agua, algún cigarro que cae y una lechuga que me da la verdulera tengo bastante… Lo malo son estos días tan largos sin hacer nada… Solo pensando en la desgracia que uno tiene encima…

—¿Y ustedes en qué trabajaban?…

—Nosotros éramos del ramo de la construcción. Pero ya no es posible colocarse en eso. Cada día se queda un montón más de hombres sin trabajo en las obras. Créame usted: hoy es más fácil hacerse cónsul o ingeniero, pongo por ejemplo, que colocarse de albañil…

Treinta mil hombres que no tienen trabajo en Madrid

Obreros parados… Obreros parados por todas partes… En los Cuatro Caminos, en el Puente de Toledo, en el paseo de Extremadura… Algunos se han lanzado a pedir limosna por las calles. Se los ve en las bocas del Metro y en la verja del Ministerio de la Guerra… Se los ve extender la mano tímidamente, avergonzados de encontrarse en esta situación…

Pero donde el paro es más dramático, donde adquiere proporciones gigantescas, es, sin duda alguna, en el Puente de Vallecas. La población del Puente de Vallecas creció desmesuradamente a favor del florecimiento de la industria constructora. Se multiplicaron por ciento hace algunos años sus habitantes y sus viviendas. Ha llegado el crac de la construcción, y el Puente de Vallecas se ha quedado arruinado y deshecho, con millares de familias en la más espantosa de las miserias.

* * *

Hace pocos días, el director general de Trabajo ha facilitado una nota con el número exacto de obreros sin trabajo que hay en Madrid. La Prensa ha publicado esta nota; pero no estará de más repetirla hasta que la gente acomodada se haga cargo exactamente de lo que significa este pavoroso problema.

El censo obrero de Madrid asciende a 89.812 trabajadores, de los cuales se encuentran en paro forzoso exactamente 30.017.

Solamente en el ramo de la construcción hay parados 18.411.

En artes gráficas el paro afecta a 1.178 trabajadores.

El ramo de la madera cuenta con 1.994 parados.

En vestido y tocado hay parados 121.

De los obreros metalúrgicos huelgan forzosamente 2.164.

En el comercio, 1.200.

En industrias químicas, 77.
En industrias textiles, 23.
En los ramos de la alimentación, 1.733.
En hostelería, 630.
En transportes, 2.445.
En Banca y seguros, 35.
En espectáculos, 250.
En oficios varios, 428.
Suman entre todos, 30.017…
Más de treinta mil pares de brazos que caen a lo largo de los cuerpos extenuados por la angustia y el hambre…

Lo que dice el concejal señor Muiño acerca del terrible paro de la construcción

Don Manuel Muiño, antes de ser el popular concejal que todos conocemos, ha sido obrero del ramo de la construcción. Trabajaba en una de las secciones más duras del ramo. Muiño era embaldosador.
—¿Entonces no había crisis?…
—Ya lo creo que la había. Lo que pasaba es que no era tan prolongada como ahora. Entonces la crisis era por temporadas. Trabajábamos bastante en verano; pero en invierno pasábamos largas temporadas sin comer…
—¿A qué obedece esta crisis enorme del ramo de la construcción?…
—Muy sencillo. A raíz de la guerra, todas las industrias florecieron en España; pero especialmente esta. Mucha gente con dinero comenzó a venirse a vivir a Madrid, y entonces se construyeron muchas casas caras y surgieron los contratistas que, a favor del florecimiento del negocio, montaron una gran industria sin ningún capital. Naturalmente, en cuanto hubo muchas casas y los pisos dejaron de alquilarse bien, esta industria, montada solo a favor de las circunstancias propicias, pero sin ninguna base sólida, comenzó a venirse abajo. Este paro tan enorme en la construcción no es de ahora. El oficio comenzó a ponerse mal hace diez años. Precisamente cuando empezó a aumentar el censo del oficio, debido a que por lo duro que es el trabajo, todo el mundo creía que sería más fácil colocarse en él que en otro cualquiera…
—¿Posibles remedios?…
Muiño se calla y sonríe. Después dice:
—Sobre eso se podrían decir tantas cosas…
—¿Y el Ayuntamiento no puede hacer algo por estos hombres?…
—Puede hacerlo y lo hace. En primer lugar, el Ayuntamiento destina anualmente una considerable cantidad que se da como subvención a las sociedades obreras que tienen establecido el socorro de paro. Además sigue sosteniendo los Comedores de

Asistencia Social, en los que se reparten todos los días de mil quinientas a dos mil raciones para los obreros sin trabajo y sus familias. Además, puede decirse que los obreros del ramo de la construcción que hoy tienen trabajo ganan su jornal del Ayuntamiento. Ha habido muchos empleados en la construcción de casas ultrabaratas, casas que ya están habitadas por los mismos obreros. Estas casas son higiénicas y cómodas, y en ellas pagan los trabajadores tres duros al mes de alquiler. Al que está parado se le guardan unas consideraciones que sin duda los caseros no le guardarían. Ahora se están construyendo otras dos barriadas de casas baratas en los alrededores de la calle de Antonio López y del paseo de las Delicias… Los obreros de la construcción podrán vivir gracias al Ayuntamiento y al Estado, si se decide, porque la industria está muerta…

Lo que dice el director general de Trabajo: mil millones para aliviar el paro

Para añadir algo a esta información que pueda dar esperanza a los millares de hombres que quieren trabajar y no tienen en qué, he ido a ver a don Daniel Riu, actual director general de Trabajo.

—¿Qué puedo yo decir?… Ya he dado esa nota. Los números son más elocuentes que las palabras…

—No importa: usted puede decirnos algo. ¿Es que no hay algún remedio siquiera para los albañiles, que son los más afectados?

—A mi juicio, sí. Aquí, en el Ministerio, hemos redactado un proyecto de ley mediante el cual todo puede arreglarse. Se trata de cubrir un empréstito de mil millones de pesetas, destinado a realizar un plan cuatrienal que puede resolver el problema.

—Eso es importantísimo…

—Este proyecto lo tiene el Gobierno en su poder, y lo examinará pronto, con objeto de presentarlo a las Cortes en su día. Con estos mil millones, una Junta nacional se encargará de la construcción de edificios públicos, que tanta falta hacen, no solo en Madrid, sino en toda España. Se trata de construir escuelas, audiencias, cárceles, ayuntamientos, ministerios…; por tanto, aunque la iniciativa haya sido de este Ministerio, les afecta a todos, y muy particularmente al de Hacienda, que es el que en definitiva ha de autorizarlo. En fin…, no me creo autorizado a decirle a usted más…, y hasta me parece que ya he sido indiscreto…

—Y la oficina de paro, ¿no se iba a establecer en este Ministerio?…

—Sí; se piensa en eso y en el seguro; pero yo creo que es más urgente lo que le he dicho antes. La mejor manera de ayudar al parado es darle trabajo. Con el socorro se resuelve poco. Además, es evidente que todas esas obras que antes he indicado son de urgencia, En España hacen falta edificios públicos que estén en mejores condiciones

que los que hay por el momento. Con este proyecto no solo se remediaría la crisis de la construcción, sino la de otros muchos oficios que de ella dependen: ramo de la madera, metalúrgicos, transportes, etc., etc. Además, hay que tener en cuenta que como estos edificios habrían de construirse en las provincias y en los pueblos, se podría aliviar también el paro campesino y la crisis por la que atraviesan muchos pueblos.

Esto me ha dicho don Daniel Riu.

Ahora es menester que el Gobierno se ocupe en seguida de este proyecto, que las Cortes lo aprueben…, para que esos hombres que hoy languidecen de pena y de miseria tumbados al sol en las aceras de los barrios de Madrid vuelvan a tener trabajo y pan.

La Voz
10-II-1934

(Los que deben todo a su propio esfuerzo)
Largo Caballero: «Cuando yo era estuquista…»

Paquito, «el chico del carpintero»

La casa del carpintero Largo no era, precisamente, lo que suele llamarse un hogar confortable. En las paredes y el techo había grandes agujeros, por los que en invierno se colaban el viento y las goteras, y en verano, el polvo y el calor. Por lo demás, el carpintero no andaba sobrado de trabajo, y hasta había temporadas en las que no ganaba ni para «mal comer».

Ahora —eso sí—, en casa del carpintero había una cosa buena… Había un «chaval», llamado Paco, listo… muy listo, aunque reposado y silencioso. Un «chaval» que había nacido el día 15 de octubre de 1869. Un «chaval» que a la sazón contaba escasamente siete años, pero que ya se había apercibido de que las cosas no marchaban bien en su casa y de que era menester *arrimar el hombro*.

El muchacho a quien el uso de la razón traía unas perspectivas tan poco risueñas era este mismo señor a quien tengo ahora sentado junto a mí, y que se llama Francisco Largo Caballero. Por su frente ancha y por sus ojos verdes, maliciosos y vivos todavía, veo pasar la silueta desmedrada de Paquito, «el chico del carpintero», de aquel muchachito que a los ocho años no podía pararse en la calle a jugar a la peonza porque tenía que trabajar.

—A los nueve años comencé a aprender mi oficio de estuquista. Pero antes ya había trabajado en otras cosas…

—¡Antes de los nueve años!

—Sí. Antes había sido cajero…

—¿Cómo? ¿Cajero?…

—Cajero de cartón.

—¿Eeeeh?

[El secretario general de la UGT, entrevistado por la autora en febrero de 1934.]

—Quiero decir que hacía cajas de cartón para envases. Aunque el nombre se presta a confusiones, no creo que haya otro para designar a los que trabajan en este oficio. Claro que yo lo único que podía hacer a aquella edad era echar la cola para pegar las cajas. Sin embargo, lo llegué a hacer bastante bien.

—¿Y por qué lo dejó?

—Ganaba muy poco. Antes de esto de las cajas había sido cordelero. Estuve varios meses torciendo cuerda… ¡Ah!, ahora que me acuerdo, también estuve en una encuadernación. Allí me cargaban con unos paquetes de libros que abultaban más que yo. Y… ¡cómo pesaban los condenados! Le tomé horror a la cultura. No comprendía cómo podía haber señores encaprichados con tener en casa aquellos librotes que tanto me hacían sudar a mí.

—Y… a los nueve años comenzó usted a aprender su oficio definitivo. ¿No es eso?

—Eso es. Entré primero de aprendiz; pero pronto pasé a peón. Las categorías del oficio eran las siguientes: peón, ayudante, oficial y maestro.

Paco, «el estuquista»

Paquito, «el chico del carpintero», se convirtió pronto en Paco «el estuquista». Era un mozo delgado, de buena estatura y… guapo. Las doncellas de las casas pudientes donde él acudía a estucar las paredes se hacían las encontradizas por los pasillos. Y eso que Paco no era precisamente «una buena proporción»…

—Los ayudantes solían ganar un jornal de dos pesetas o de dos cincuenta. Los oficiales ya ganábamos tres, tres cincuenta, hasta cuatro. Para llegar a ganar un duro era menester llevar ya muchos años en el oficio. Había dos o tres «ases» del

estuquismo de los que se decía que ganaban hasta siete u ocho pesetas. A eso no llegué yo nunca.

—¿Y trabajaban muchas horas?

—Muchísimas. Todos los obreros entraban entonces a trabajar a las seis de la mañana, hasta las ocho, en que se tomaban un descanso de media hora para almorzar. Después volvían al trabajo hasta las doce. Una hora para comer, y vuelta a trabajar hasta que se hacía de noche. Nosotros, los estuquistas, en lugar de entrar al trabajo a las seis, como los otros obreros, entrábamos a las seis y media; pero, en cambio, no teníamos la media hora de descanso para el almuerzo. Era preciso ir almorzado desde casa. Tampoco nos tomábamos una hora para comer, sino solamente media…

—Y eso, ¿por qué?

—Era un trabajo que convenía hacerlo lo más seguido posible… Es verdad que no era el más duro, porque casi siempre trabajábamos en el interior de casas confortables. Cuando yo empecé a trabajar, el estucado era una decoración lujosa. Después se fue extendiendo. A pesar de todo, el oficio era pesado, por las muchísimas horas de trabajo. Como le he dicho antes, trabajábamos hasta el anochecer; pero como cuando estábamos ocupados era en verano, resultaba la jornada larguísima.

—¿Y en invierno?

—Casi todo el invierno nos lo pasábamos parados.

—Ya entonces había crisis…

—Ya lo creo. Trabajábamos casi siempre en casa de gente adinerada, y esta gente procuraba hacer las obras mientras duraba su veraneo…

Paco «el estuquista» entró durante aquel tiempo en las casas de los aristócratas, en las de los políticos famosos entonces, en las de los grandes burgueses…

—Las criadas iban colocando papeles y paños blancos, no solo en las habitaciones donde teníamos que trabajar, sino en los pasillos y en todas partes por donde pasábamos. Temían, sin duda, que con nuestras alpargatas y nuestras blusas manchásemos el mobiliario.

—Y cuando se quedaba usted sin trabajo, ¿qué hacía?

—Entonces íbamos a por el jornal al Ayuntamiento. Daban seis reales por trabajar en las calles o en las obras, y esto, después de hacer «cola» durante horas; a veces, durante días enteros.

Líder societario y «punto de baile»

Por entonces comenzó a hablarse en Madrid del socialismo, y hasta a tomársele un poco en serio. Un obrero impresor, llamado Pablo Iglesias, venía desde hacía varios años realizando una gran campaña para despertar a la clase trabajadora. Algunos obreros le seguían; otros, aún se mantenían a la expectativa.

Un día que Paco, «el estuquista», no había encontrado trabajo ni siquiera en el Ayuntamiento, y andaba por las calles desesperado, se fue con otros compañeros de infortunio a oír a Pablo Iglesias. Se le olvidó que tenía hambre y que estaba cansado. Toda la noche se la pasó dando vueltas en su camastro, y al día siguiente, por la mañana, se fue a buscar a Pablo Iglesias, y haciendo girar entre las manos su gorra manchada de yeso, le dijo que quería «apuntarse» en el Partido Socialista. Paco «el estuquista» acababa de cumplir entonces los veintiún años.

Todas las noches, cuando salía del trabajo, se iba a las oficinas del Partido a seguir trabajando. Él no era orador, como Iglesias; pero, en cambio, tenía unas dotes de organizador por nadie igualadas. Aunque todo lo hacía en silencio y procuraba no destacarse, los compañeros se dieron cuenta de lo que valía, y le hicieron presidente del Sindicato de Estuquistas. Él resolvía en cinco minutos los problemas que parecían insolubles. Trabajaba con una constancia y una tenacidad imponentes, un día tras otro.

Pero los domingos… Los domingos, Paco se quitaba la blusa. Se ponía una americana y un cuello y se marchaba. ¿Adónde dirán ustedes? Pues se marchaba a los bailes de Provisiones. Nadie como él para marcarse un chotis a izquierdas. Paco, además de líder societario, era lo que se llamaba entonces un «punto de baile». El materialismo histórico no había conseguido ahogar en él la afición por el chotis castizo. Claro que entonces aún no habían declarado los rusos «que el baile es una diversión burguesa». Todavía el baile era una diversión proletaria, tanto más cuanto que Paco no bailaba más que con las criadas. ¡Y cómo se lo disputaban las chicas!

Concejal y presidiario

Pero un día, Paco, «el estuquista», desapareció del baile de Provisiones para siempre. ¿A causa del marxismo? No. A causa de una muchachita llamada Concha Calvo, que le había *tocao* en el *lado izquierdo*, según decía él con su léxico de obrero madrileño y castizo.

Paco se casó. Pronto dejó de ser Paco, para convertirse en don Francisco. Fue elegido concejal del Ayuntamiento de Madrid. Claro que no por eso dejó de ser estuquista, porque los concejales no tenían retribución, y era preciso llevar dinero a casa ahora para la mujer y los chiquillos que iban naciendo.

Llegó el año 1917, y después de la huelga general revolucionaria, Largo Caballero fue condenado a presidio.

Su mujer se quedó en casa con tres chiquillos, y el día y la noche por toda fortuna.

—No me vino mal aquella condena —dice ahora Largo Caballero—. Como de pequeño no pude ir a la escuela, tuve que educarme yo solo. Con mi oficio y los trabajos de la organización tenía poco tiempo. Puede decirse que en la cárcel es

donde he aprendido lo poco que sé.

—Pues por ahí dicen que sabe usted mucho.

Largo Caballero sonríe. Se le animan los ojos maliciosos, y después dice, con su hablar reposado y socarrón:

—¿Usted cree…?

Y por un momento, quizá por la fuerza de la evocación, Paco, el obrerillo madrileño que estucaba paredes y giraba a izquierdas en Provisiones, ha desbancado a don Francisco Largo Caballero, líder socialista de España y exministro de la República.

Crónica
18-II-1934

(Los que deben todo a su propio esfuerzo)

Margarita Xirgu, la ilustre actriz, evoca los primeros tiempos de su lucha por la vida

«Cuando yo era costurera de iglesia y ganaba un real diario…»

Aquella mañana las vecindonas de la calle de Jaime Giral formaban grupos animadísimos y comentaban:

—¡Es «talmente» una cómica de las buenas!…

—¡Y sin enseñarla nadie!…

—¿Os fijasteis que no se equivocó ni una sola vez?…

—¿De quién habláis?… —preguntó otra vecina que acababa de asomarse a la ventana.

—¿De quién va a ser?… De la «chiquita» de «Peret», el tornero.

—Y ¿qué es lo que ha hecho la Margarita?…

—¿Cómo que qué ha hecho?… ¿Es que tú no lo sabes?…

—Yo no…

—Pues que trabajó anoche en las comedias que dan los del Ateneu Obrer, y lo hizo como los mismos ángeles.

—Es lista la «chiqueta» de «Peret» y fina. Hay que ver lo pequeña que es y ya tiene unas maneras más delicadas… Nadie diría que es hija de un pobre.

—Es que «Peret», aunque es obrero, sabe más que muchos señoritos. Mi marido dice que es de los más ilustrados del Ateneu Obrer.

Y como la calle de Jaime Giral es una de las más estrechas de Barcelona, Josefa, la mujer de «Peret», el tornero, estaba oyendo desde su casa todo lo que se decía en los corros de su hija Margarita. Por fin, Josefa, vencida por aquellos comentarios halagüeños, se asomó a la ventana. Las vecindonas, al darse cuenta, se volvieron hacia ella…

—¡Enhorabuena, Pepeta!… Tienes motivos para estar más ancha que larga… Todas estamos asombradas de lo bien que quedó anoche vuestra chica en las comedias.

—Podíais meterla a comedianta. A lo mejor os hacía ricos a «Peret» y a ti…

Josefa protestó. Bien que la chica trabajase de vez en cuando en las comedias del Ateneu Obrer. Pero de eso a meterla a comedianta del Paralelo había mucha diferencia… Su chica tenía que aprender un buen oficio para ayudar a sostener la casa, que… ¡buena falta hacía!…

Pedro el tornero, o «Peret», como le llamaban familiarmente los vecinos, también volvió muy contento a casa al mediodía. Todos los compañeros del taller le felicitaron por el éxito obtenido por su chica al formar parte en la función que habían

dado los aficionados del Ateneu Obrer. La chica había hecho el papel de niña en *La muerte civil*, obra que ponían por entonces todos los aficionados de España.

Cuando toda la familia se disponía a meter mano al plato de «monchetas» que Josefa había puesto sobre la mesa, «Peret» dijo muy contento a su hija Margarita:

—¡Muy bien estuviste anoche, «chiqueta»!… En premio te voy a llevar a que veas un teatro de verdad. Y cuando venga a Barcelona doña María Guerrero, que es la mejor actriz del mundo, también iremos a verla, aunque tenga que pasarme una semana sin fumar.

Aquella noche, antes de dormirse, la Josefa le dijo a «Peret»:

—No calientes la cabeza a la chica con esto de las comedias. Ella es buena y formal; pero con esas cosas estamos expuestos a que se nos vuelva una señoritinga…

«Peret» dio media vuelta en la cama, mientras murmuraba:

—Vamos, mujer…, no des importancia a cosas que no la tienen.

Un oficio para Margarita

Pasó algún tiempo, durante el cual los aficionados del barrio volvieron a llamar de vez en cuando a la chiquilla del tornero para que hiciese algún papel. Esto constituía la única diversión de la pequeña Margarita. Por lo demás…, la verdad era que en su casa no se pasaba del todo bien. La familia, compuesta por el matrimonio «Peret» Josefa, Margarita y otro hermano, habitaba un cuarto pequeño e insalubre. Todos los cuartos de la calle de Jaime Giral eran pequeños e insalubres. Los obreros en aquel barrio, que era uno de los más miserables de Barcelona, vivían hacinados sin ver nunca el sol ni casi la luz, a causa de la estrechez de la calle. En cuanto al dinero, no les sobraba, pero tenían lo suficiente para comer. El padre ganaba cinco pesetas diarias en su oficio de tornero mecánico. Como esto no era bastante, la madre también tenía oficio. Era alpargatera y trabajaba a destajo en una fábrica, donde solía sacarse sus buenas dos pesetas un día con otro. Con estas siete pesetas tenían para comer, vestir, calzar y, en suma, vivir las cuatro personas que componían la familia. Pero los tiempos se iban poniendo muy malos, y era menester trabajar más. Por eso, aprovechando que la pequeña Margarita estaba ya bastante crecida, los padres pensaron que había llegado el momento de darle un oficio.

—Puede ir aprendiendo a hacer alpargatas contigo —dijo «Peret».

—Eso de ninguna manera —contestó Josefa—. Yo no quiero que nuestra hija sea una esclava, y por eso he pensado, si a ti no te parece mal, en que aprenda un oficio mejor.

—Tú dirás cuál…

—Verás. Yo voy a ver si consigo que la chica entre en un taller de pasamanería, donde hacen cosas para las iglesias. Creo que allí se ganan muy buenos jornales…

Y en el taller de pasamanería de iglesia entró a trabajar Margarita Xirgu cuando tenía trece años.

—¿Recuerda usted algo del taller? —pregunto yo ahora a nuestra eminente actriz, mientras se deja vestir por la doncella en su *camerino* del Teatro Español.

—Recuerdo que fui muy contenta, por dar gusto a mi madre, y recuerdo también que una vez dentro del taller me puse más contenta todavía, porque era un oficio muy bonito. Siempre trabajábamos en seda y oro.

—Y ¿cuánto ganaba usted?…

—Me ajustaron en veinticinco céntimos diarios; pero imagínese mi alegría al ver que como pago de la primera semana me pusieron en la mano dos pesetitas, es decir, un real más de lo que habíamos estipulado. Corrí como loca, sin parar hasta haber llegado a mi casa. Entregué a mi madre las dos pesetas y aquella noche lo pasamos muy bien. Mi padre nos contaba cuentos…, mi madre cantó y bailó cosas de su pueblo…, en fin, que festejamos bastante las dos pesetas que yo había ganado. Después, como es lógico, seguí yendo al taller todos los días. El primer trabajo que hice yo sola, sin ayuda de nadie, fue un cíngulo. Después hice cubiertas para la patena, y casi puede decirse que me especialicé en esos dos trabajos.

No obstante el trabajo del taller, Margarita seguía actuando de vez en cuando en el teatro del barrio. En vista de sus éxitos, algún tiempo después otros aficionados más importantes, pero también obreros, solicitaron su concurso.

—Con estos, a pesar de lo pequeña que era, ya hice papeles de dama joven.

Estos aficionados dieron un día en la barriada de Gracia, que entonces quedaba lejos de Barcelona, una función de mucho postín. Pusieron en escena nada menos que *Teresa Raquin*, de Zola, y Margarita encarnó el papel de la protagonista. Como la función era de cierta importancia, a pesar de estar hecha por aficionados, acudieron aquella noche a Gracia los críticos teatrales, y al día siguiente todos los periódicos de Barcelona elogiaban extraordinariamente a la obrera pasamanera, que se había revelado como una gran actriz.

—Los críticos, que han deshecho a tanta gente —dice Margarita—, a mí me «hicieron»… Sí… porque a la segunda representación de *Teresa Raquin* que dimos acudieron los empresarios, y al terminar de actuar, cuando me disponía a marchar a casa con mis padres, se nos acercó el empresario del Teatro Romea, y me propuso un contrato, dándome cinco pesetas diarias.

—¿Y usted aceptó?…

—Y ¿cómo no aceptar? A mí me entusiasmaba el teatro, y además aquellas cinco pesetas eran una fortuna. Me parecía un sueño que a mí me ofrecieran por trabajar, en una cosa que me gustaba de veras, un jornal igual al que ganaba mi padre con tantos sudores. Además, al poco tiempo me subieron a siete pesetas. Y después de haber representado algunas comedias, y estando ya de dama joven, ascendí a tres duros, A pesar de que las cosas me iban bien, comenzó entonces una etapa muy triste para mí. Mi padre, que tanta ilusión había puesto en mi carrera y en mi arte, enfermó

gravemente… Recuerdo que estando una noche en el teatro, y cuando iba a empezar la representación, unas vecinas me llevaron la noticia de que mi padre había muerto. Yo, como es natural, quise marcharme a casa en seguida; pero el empresario me dijo que si me iba sin haber terminado la función me despediría sin remedio. Aquello fue horrible. Mi primera idea fue salir, pasase lo que pasase; pero después me acordé del estado de mi casa. Me acordé de que mi madre no tendría para comer si a mí me despedían, y casi estaba decidida a quedarme, a pesar de lo que me pasaba, cuando el primer actor de la compañía, Acisclo Soler, tuvo un gesto que le agradeceré toda mi vida. Compadecido de mí y de lo que me ocurría, Acisclo Soler me dijo:

—Vete a casa en seguida, que si te despiden a ti tendrán que despedirme a mí también.

Y ante el conflicto que se avecinaba, el empresario transigió con que yo me fuese a velar a mi padre…

—Y ¿no volvió usted a acordarse más de su taller de pasamanería?

—Afortunadamente no me hizo falta —dice Margarita—. Pero si por cualquier azar hoy me viera precisada a escoger un oficio distinto del teatro, escogería aquel…

Crónica
11-III-1934

Del feudalismo al colectivismo, sin transmisión

I. El señorío de Valdepusa convertido en Comunidad de Campesinos

Una visita a Malpica de Tajo

A la derecha de la carretera, entre olivos, se encuentra el pueblo. Al lado del pueblo se levanta el castillo imponente y majestuoso. A los pies del castillo corre el río Tajo, camino de Portugal…

Este castillo, que se levanta imponente y majestuoso junto al río Tajo, y estas tierras inmensas tenían un señor. Un señor que era el amo de todo. De los olivos, de las encinas, de los sembrados, de los cincuenta pares de mulas que labraban la tierra… Todo lo que veía el señor desde las ventanas del castillo, y mucho más, era suyo, completamente suyo.

El señor venía algunas veces a su feudo acompañado de otros señores como él. Y hasta los reyes de España se han visto retratados en las aguas del Tajo, que por aquí discurren silenciosas y tranquilas.

El señor feudal, dueño de tierras, de ganados, de casas y de gentes, se llamaba nada menos que don Joaquín Fernández de Córdoba y Osma Alvarez de las Asturias Boroques y Zabala, y sus títulos de nobleza representativos de otros tantos señoríos, eran los siguientes:

Duque de Arión, duque de Cánovas del Castillo, marqués de Manceras de la Puente, marqués de Cubas, marqués de Malpica, marqués de Valero, grande de España, senador por derecho propio y caballero cubierto.

Cada uno de estos títulos suponía para el señor feudal muchos miles de hectáreas de terreno y muchos miles de campesinos que le rendían vasallaje.

—¡Qué cosas pasaban en la Edad Media!… —pensarán, sin duda, los lectores.

Se equivocan. Este señor feudal a que me refiero no ha vivido en la Edad Media. Este señor feudal ha dominado toda una comarca, desde su castillo majestuoso, hasta hace poco más de un mes, y hasta esa fecha seguía siendo el dueño absoluto de cinco

pueblos y de varios millares de hectáreas del territorio.

La tierra ya es de los campesinos

—Ahora han cambiado mucho las cosas —me dice este campesino, de rostro curtido y ademanes lentos—. Ahora la tierra es nuestra, o mejor dicho, del Estado; pero su producto será para la comunidad de labradores, y ya la estamos trabajando por nuestra cuenta.

—¿Desde cuándo?…

—Desde hace muy poco tiempo. Esta finca estaba comprendida entre aquellas de las que el Estado podía incautarse sin indemnización. Se incautaron, pues, de ella hace casi un año; pero…

—El duque interpuso recurso —añade otro.

—Sí, el duque interpuso recurso; pero lo perdió, y por fin ha llegado el día en que podemos labrar la tierra en colectividad…

—¿Cómo se llama esta finca?…

—Se llama Valdepusa. Tiene una cabida de muchos miles de hectáreas y abarca cinco términos municipales.

—¿Cinco términos municipales?

—Exactamente. Este pueblo de Malpica está completamente dentro de la finca. Además, abarca los términos de San Bartolomé de las Abiertas, San Martín de Pusa, Cebolla y Mesegar. En cada uno de estos pueblos se ha formado la correspondiente Comunidad de Campesinos para trabajar la tierra, que ya está en nuestras manos, gracias a la Reforma Agraria…

Diez mil pesetas para el pueblo

La plaza de Malpica de Tajo, señorío del duque de Arión hasta hace dos meses escasos, está animadísima hoy por la mañana. El pueblo entero forma cola para entrar en el Ayuntamiento.

—¿Qué pasa?…

Son los campesinos de la Comunidad, que van a cobrar sus jornales…

—¿Jornales?… Pero ¿no habíamos quedado en que estaban labrando la finca en colectividad?… ¿Quién da esos jornales?

—Bueno… No son jornales precisamente. Son anticipos de dinero que envía el Instituto de Reforma Agraria, y que se reparten a los trabajadores en forma de jornal, porque… de algo tienen que comer mientras llega el momento de recoger los frutos.

—¿Y quién reparte ese dinero?…

—El alcalde.

El alcalde de Malpica es un campesino bonachón. Está sentado detrás de una mesa y cuenta el dinero, que después entrega a los trabajadores. En honor mío ha suspendido por unos momentos su tarea.

—Ayer recibimos —me dice— un anticipo de diez mil pesetas, y eso es lo que estamos repartiendo.

—¿En qué forma hacen el reparto?…

—Pues le damos a cada trabajador a razón de cuatro pesetas diarias. A las mujeres que nos ayudan en la recolección de aceituna se les pagan dos pesetas por jornada. Estos anticipos y otros aún más importantes serán devueltos al Instituto tan pronto como se empiece a sacar dinero de los productos de la finca.

Cuatro meses de hambre

Buena falta hacía en Malpica un poco de dinero. Aquí nadie tiene nada, porque se vivía de los jornales que tenía a bien dar el duque de Arión, dueño y señor de los contornos y del pueblo mismo. Pero desde que la finca dejó de ser suya, o mejor dicho, desde que se empezó a tratar de que no lo fuera, en virtud de la ley Agraria, el pueblo no tenía qué comer.

—Vivíamos de la esperanza —me dice una mujer—. Los diputados nos dijeron que Valdepusa iba a ser para nosotros, y pensando en ese día hemos vivido repartiéndonos entre todos el pedazo de pan que algunas veces teníamos… Los hombres, mientras tanto, para no estar parados, se buscaron por ahí unos burros, y malamente, como podían, fueron labrando algunos «cachos» del terreno. Pero nos faltaban aperos y caballería, porque todo estaba en la casa de labor del duque. Por fin, un día nos vinieron a decir que la finca era nuestra y que podíamos empezar a trabajarla. Aquel fue el día más alegre para este pueblo. La gente no comía; pero si hubiera usted visto con qué ilusión nos fuimos todos al campo. Después ha llegado este dinero. Con los jornales que nos han pagado, ya podemos esperar por lo menos hasta que se venda la aceituna que estamos recogiendo. Mucha hambre hemos pasado durante cuatro meses; pero ahora estamos muy contentos, muy contentos…

El señorío visto por los niños del pueblo

En Malpica funciona una Comunidad de Campesinos que tiene como fin la explotación de las tierras. Pero funciona también una comunidad de niños que tiene

como fin seguir al forastero sin dejarle en paz un solo momento. Por eso yo, desde que llegué, me veo rodeada de niños por todas partes. Y como, a pesar de que lo he intentado por todos los medios, veo que no es posible librarme del asedio, pues… me he puesto a charlar con ellos… Me he puesto a charlar con ellos a la orilla del río y a la sombra del castillo.

—¿Usted no ha entrado ahí? —me dice uno.

—Yo no.

—Yo tampoco. Pero le tengo oído de decir a mi padre que está lleno de riquezas. Ya sabrá usted que ese castillo es del amo.

—¿Del amo?

—Sí, del amo de todo esto. Bueno, del que era antes el amo, porque la tierra ya es del pueblo. En el castillo todavía vive el administrador del duque. Eso sí que es suyo, porque dicen que nosotros no tenemos derecho más que a la tierra. Dice mi padre que ya no hay quien nos la quite…

—Pues a mi madre le dijeron el otro día, en San Martín, que para el lunes de la semana que viene ya estaría otra vez el duque en el castillo y que nos echarían de la finca, y hasta de las casas, que también son suyas…

—Pamplinas —ataja otro más entendido—. Todo es nuestro y bien nuestro.

Otro de los chicos dice de pronto:

—Usted, a lo mejor, habrá visto alguna vez al duque en Madrid…

—No.

—Pues es un señor que se llama don Joaquín. Antes de venir la República, él era de los que más mandaban después del rey. Es muy riquísimo, muy riquísimo… ¿Ve usted que le han quitado todo esto? Pues dicen que le queda otro tanto…

—Sí, sí; muy riquísimo. Pero nosotros, que somos pobres, teníamos que darle todos los años una gallina…

—¿Qué dices, muchacho?

—Sí, una gallina. Pregúnteselo usted al alcalde, si cree que es mentira lo que le digo.

Crónica
11-III-1934

II. El tributo de la gallina

Desde la orilla del Tajo, donde estamos sentados viendo lavar a las mozas de Malpica, se divisa un caserío todo blanco.

—¿Qué es aquello?

—Es la casa de labor de Valdepusa. Allí están las mulas, los aperos de labranza…

Y estos niños, que no me dejan ni a sol ni a sombra, me han acompañado hasta el caserío blanco.

A la puerta de los corrales hay una mujer que cose. Es la guardesa y está casada con uno de los mozos de mulas. Esta mujer presenta la misma cara de Pascuas que todos los vecinos del pueblo. Indudablemente, las diez mil pesetas repartidas esta mañana por el alcalde han comunicado un gran optimismo a toda esta buena gente.

Primero me ha llevado a ver su cocina, que reluce de limpieza. Después me ha enseñado los aperos de labranza. Más tarde hemos pasado al patio, donde están las cuadras.

—Este es «mi hombre» —dice la buena mujer, presentándome a uno de los muleros.

Y «su hombre», que también está contento, me explica:

—Aquí tenía el señor ex duque las yeguas para criar los caballos de lujo…

—¿Y qué se ha hecho de esas yeguas?

—Se las llevaron, porque esa clase de animales, según el Instituto de Reforma Agraria, no nos corresponde quedarnos con ellos.

—En cambio, con las mulas, sí…

—Tampoco. Las mulas se las hemos comprado con dinero que nos ha anticipado el Instituto.

[Labradores de la Comunidad de Campesinos de Valdepusa ponen en marcha la primera experiencia de colectivización de la tierra tras la reforma agraria.]

Como hoy es domingo y no se trabaja en el campo, las sesenta mulas de que disponen los campesinos de Malpica para su labor colectiva están en las cuadras. El

mulero las contempla con verdadera admiración, y de vez en cuando les da golpecitos en el lomo.

—Estas son nuestras y bien nuestras… Por mucho que cambiaran las cosas ya no podrían quitárnoslas. Están compradas con dinero contante y sonante.

A la salida de la casa de labor me he encontrado con el alcalde, con el presidente del Centro Obrero y con algunos otros notables de Malpica, que han salido a tomar el sol. Claro que ellos toman el sol todos los días; pero hoy domingo lo hacen paseando por la carretera, como unos señorones.

—En general…, la gente de aquí está contenta de la República, ¿no es eso?…

—Pues no ha de estarlo… La República ha sido nuestra salvación, porque nos ha dado la tierra. Si en todos los pueblos hubieran hecho lo mismo…, ya se habría notado en las elecciones.

Donde por fin se explica lo de la gallina

Ahora resulta que este pueblo en el que estoy, estas casas que veo, estas calles por las que ando… no existen… Malpica no existe más que de hecho. Jurídicamente ni hay casas ni hay calles ni hay nada. Jurídicamente no hay aquí más que una finca llamada Valdepusa, que mide ocho mil hectáreas. Las triquiñuelas legales no tenían nada que ver con Malpica. Estamos, por tanto, ante un pueblo pirandeliano.

—Las casas de este pueblo —me dice un mozo— no están inscritas en el Registro…

—¿Por qué?…

—Pues porque no eran nuestras.

—Pero… de alguien serían.

—Le diré a usted… El terreno sobre el que se han levantado las casas era del duque de Arión, como lo eran los olivares y los ganados, y todo lo que hay en muchas leguas a la redonda. Este terreno no quería vendérnoslo nunca, y de esta suerte las casas eran nuestras, porque las habíamos hecho con nuestros materiales y con nuestro trabajo, pero el solar seguía siendo de él. Por eso, para poder vivir en nuestras casas teníamos que darle todos los años una gallina.

—Es curioso. ¿Y todos cumplían?

—Ya lo creo… Y al que se descuidaba y no entregaba a tiempo la gallina al señor administrador del duque, le echaban a la calle.

—¿Quién le echaba?

—Pues como aquí no rezaba eso del Juzgado ni de las leyes, ni de nada de esas cosas, pues le echaba el administrador del duque, sin más ni más…

El mozo se queda un rato pensativo, y después añade:

—Era una injusticia muy grande. Nosotros, tan pobres, pudiendo comer

solamente sopas y patatas, cuando las había, y teniendo que criar una gallina para dársela al amo, solo porque nos dejara vivir en las casas, que al fin y al cabo eran nuestras…

—Y el que por cualquier circunstancia no podía criar la gallina…

—Pues tenía que dar un duro.

—¿Y qué hacía el señor con tantas gallinas?

—Pues yo supongo que comérselas… Ya comprenderá usted que para un hombre tan rico la gallina era lo de menos… Pero se sostenía esta costumbre, según nos han dicho a nosotros, para que no se nos olvidara que éramos suyos…

—Sí. La gallina o el duro equivalían a un canon de vasallaje.

Vino la República

Pronto la agitación, que se extendía ya por toda España, se dejó sentir también en el señorío del duque de Arión.

—Los republicanos que venían «echando» discursos —continúa mi interlocutor — nos aseguraban que en cuanto se proclamase la República se acabarían estas injusticias, tendríamos pan y trabajo, las casas serían nuestras y la tierra también, y…, ¡claro!, a pesar de que nos habían amenazado diciéndonos que si no votábamos a los monárquicos el amo no nos daría más jornales, pues… nosotros votamos a los republicanos. Figúrese cuál sería nuestro asombro al ver que venía la República y que a pesar de eso nosotros seguíamos siendo del duque. Algo cambiaron las cosas, sin embargo. Al terminar aquel primer año de República el administrador puso un papel a la puerta del Ayuntamiento, en el que decía que el señor duque, en vista de que habíamos pasado un año muy malo, nos perdonaba la gallina. Desde entonces ya no la hemos vuelto a pagar.

A través del olivar vamos andando hacia el pueblo. Como hoy es domingo, no hay nadie por aquí. Los olivos, cargados de fruto, se inclinan hacia la tierra.

—Ya tenemos recogida media cosecha de aceitunas…

—¿Hay mucho olivar en Valdepusa?

—Sí. Esta es la principal riqueza. En cincuenta mil se calcula el número de olivos. También hay encinas, siembra…

Crónica
18-III-1934

III. Cómo funciona la primera Comunidad de Campesinos que se ha constituido en España

Una moza equitativa

El pueblo despierta alegre en esta maravillosa mañana de primavera. El sol ha dorado ya las riberas del Tajo, y los gallos lanzan al aire su canto desgarrado, al que contestan suavemente los pajaritos.

Las mozas de esta casa blanca y limpísima que sirve de fonda están fregando suelos y sacudiendo trastos desde las cinco de la mañana. Una de ellas, la más garrida, la más lozana, me explica el porqué de este incesante trabajo matutino mientras me sirve un tazón de café con leche.

—Es que tenemos que dejar toda la casa aviada antes de irnos a trabajar.

—¡A trabajar más todavía!

—Pues claro. Vamos al campo a ganar el jornal cogiendo aceituna. Ahora que hay jornal para todos, gracias a que nos han dado la tierra, tenemos que aprovecharlo. Cuando termine la recolección, las mujeres nos quedaremos en casa, y entonces trabajarán solo los hombres, No crea usted que vamos al olivar solo porque nos toquen unas pesetas en el reparto que hace el alcalde los domingos. Vamos también para acabar pronto la recolección de aceituna, que la llevamos muy retrasada a causa de los «pleiteos» que hemos tenido con el señor duque.

Desde la habitación donde estamos se oyen las conversaciones de los hombres que almuerzan en la cocina. Hablan también de la tierra, porque en todo el pueblo ni de día ni de noche se habla de otra cosa. La entrega del Señorío de Valdepusa ha hecho tan felices a estos campesinos, les ha llenado la vida de tal forma, que ya no se acuerdan ni les preocupa nada que no sea esta tierra, que todavía se resisten algunas veces a creer que haya pasado a sus manos.

—Es cierto que nos parece mentira, señorita —continúa diciéndome la moza—. No acabamos de creer que toda esta riqueza haya pasado a las manos de una gente tan pobre como éramos nosotros.

Y después agrega, con un acento maravillosamente ingenuo:

—Dicen que este año, aunque estamos llenos de trampas, además de sacar libres los jornales, quizá hagan al final un reparto en el que tocará cada vecino a más de mil pesetas.

—Entonces, el año que viene…

—¡Quién sabe lo que podremos sacar el año que viene! Pero ya ve usted: hay otros pueblos muy pobres por aquí cerca. ¡Tendremos que ayudarlos! Porque digo yo

que igual que no era justo que todo esto fuera de un señor solo, tampoco será justo que en este pueblo nos hagamos ricos mientras en otros se muere la gente de hambre.

La moza sonríe satisfecha después de haberme mostrado la limpieza de su alma. En sus ojos se refleja el sol de la mañana clara, y sus manos toscas, estropeadas por el trabajo, agarran con fuerza la cesta, en donde deberá ir echando las aceitunas.

Cabezalero por elección popular

De todas las casas van saliendo hombres, mujeres y muchachos, que se dirigen al Centro Obrero para recibir las órdenes de trabajo.

—¿Quién da estas órdenes? ¿El alcalde?

—No, señora. El que manda en todos nosotros, en lo que se refiere a la labor colectiva, es el cabezalero o jefe de trabajo, a quien hemos nombrado nosotros por acuerdo de todos. Es un hombre muy entendido y muy cabal, a quien todos respetamos muchísimo. Él lo dispone todo.

Y, en efecto, cuando la Comunidad de Campesinos está reunida en el Centro Obrero de la plaza, el cabezalero, con hablar pausado y voz firme, va dando órdenes, y al terminar, todos, hombres, mujeres y muchachos, marchan camino del trabajo.

¡Es maravilloso el espectáculo del olivar! Los hombres, las mujeres y los muchachos trabajan sin perder un minuto; pero con un aire tan alegre, con una satisfacción tan grande, que nos hace pensar en que quizá deberíamos estar agradecidos a nuestros primeros padres Adán y Eva por aquel «desliz» que nos acarreó la maldición del trabajo.

Un mozo que goza de una magnífica voz de barítono comienza a cantar, al mismo tiempo que mira tiernamente, desde lo alto del olivo donde está subido, a una moza guapa:

Ya te vas a la aceituna,
cara de «quita pesares».
Caritas como la tuya
no andan por los olivares.

Todos ríen. Y las mozas le contestan, cantando a coro coplas de quintos:

Ya se van los quintos, madre;
ya se va mi corazón:
ya se va quien me tiraba
las chinitas al balcón.

Hasta ahora, las canciones estaban llenas de cordialidad mutua. Pero de pronto, un mozo de esos «patosos», que nunca faltan, siembra la cizaña con una copla que ofende a las muchachas:

Las madres son las que lloran,
que las novias no lo sienten;
se quedan cuatro chavales,
y con ellos se divierten.

Y ellas contestan con peor intención todavía:

Los mocitos de este pueblo
tienen que gastar dos fajas,
porque con una no pueden
arrastrar las calabazas.

Copla va y copla viene, los mozos y las mozas se han disparado ya una de impertinencias que asustan. Hasta que el capataz interviene, conciliador:

—Bueno, bueno. ¿Vamos a respetarnos un poquito?

Los campesinos de Malpica no quieren ser pequeños propietarios

Durante el tiempo que llevamos de República todos hemos oído decir muchas veces que para consolidar firmemente el nuevo régimen era preciso, en primer lugar, dar la tierra a los campesinos. Pero no dársela para que la labrasen en colectividad, sino entregar a cada familia un trozo, grande o pequeño, según la feracidad del terreno, para que ellos lo labrasen individualmente. Haciendo de cada bracero un pequeño propietario, la República no correría peligro.

Contra estas opiniones yo oí perorar un día a don Julián Besteiro ante un grupo de jóvenes socialistas.

—Repartir la tierra en esa forma es repartir la miseria —decía el señor Besteiro —. Es hacer a cada campesino siervo de un trozo de terreno.

Don Julián Besteiro, como socialista, defendía el colectivismo. Lo que había que hacer, según él, era entregar las grandes fincas de señorío a las Comunidades de Campesinos para que las labrasen en colectividad. Un joven socialista de los que escuchaban se levantó y dijo:

—Ese sería el ideal. Pero el campesino español está muy atrasado y no comprende el colectivismo. Las Comunidades de Campesinos acabarían a tiros. Ellos

prefieren un trozo de tierra para cada uno, aunque este trozo sea pequeño.

Pero los campesinos españoles, afortunadamente, no están tan atrasados como suponía aquel joven socialista. En Malpica, por ejemplo, han dado un alto ejemplo.

—El Instituto de Reforma Agraria —me dice el capataz— nos daba a escoger entre los asentamientos individuales o esto que estamos haciendo de labrar en colectividad. Nosotros nos hemos decidido por la colectividad. Es preferible que todo sea de todos a que cada uno tenga un poco.

—Pero quizá alguien prefiera tener un trozo de tierra completamente suyo.

—Solo dos vecinos de este pueblo se han pronunciado por los asentamientos individuales. Dos antiguos colonos del duque de Arión, que no han querido entrar en la Comunidad de Campesinos. Nosotros sabemos que en estos tiempos es mejor lo que estamos haciendo. Siendo todo de todos, podemos meter tractores, podemos fundar granjas, podemos hacer muchísimas cosas. Siendo un poco de cada uno, es convertirse en esclavos. La tierra hay que explotarla en grande. La pequeña propiedad está llamada a desaparecer. Hemos aprendido mucho los campesinos desde que vino la República.

Un diputado arando

Al mediodía, los trabajadores de Valdepusa han recibido una visita que les ha llenado de alegría. Dos diputados a Cortes y algunos miembros del Instituto de Reforma Agraria han llegado al pueblo y se han acercado al olivar a ver cómo va el trabajo colectivo.

—¡Cómo han cambiado los tiempos! —me dice un viejo—. Antiguamente no venían nunca los diputados más que a pedir el voto.

El diputado a Cortes por Madrid don Lucio Martínez Gil, que es una de las personas que más han trabajado para colocar a los campesinos de Malpica en la situación en que hoy se encuentran, me habla optimista.

—Esto va muy bien, ¡muy bien! Es maravilloso ver cómo se defiende esta gente y lo bien que lo lleva todo. Parece que han vivido en comunidad toda la vida. El año que viene se verán los beneficios. Este año poco puede ser, porque deben mucho dinero. Han tenido que comprar treinta y tres pares de mulas, y además tienen que pagar al duque de Arión parte de la cosecha, que está tasada bastante alta.

—Salud, don Lucio —dice un hombre que pasa junto a nosotros arando con un par de mulas.

—¡Hola, hombre! —contesta el diputado, agregando después—: ¿Qué tal está la tierra? ¿Dura?

—Muy dura, don Lucio. ¡Es un año tan seco…!

—Vamos a ver. Vamos a ver, cómo está la tierra.

Y ante el asombro de los campesinos, el señor diputado a Cortes empuña la mancera y comienza a arar la tierra sacando unos surcos tan igualitos que a todos nos dejan maravillados.

—Pero usted, ¿cómo sabe de esto? —pregunta el capataz.

—Pues no he hecho otra cosa durante toda mi juventud —dice, riendo, el señor Martínez Gil—. Yo soy hijo de campesinos, y hasta que me fui a Madrid a aprender el oficio de zapatero estuve en el pueblo trabajando la tierra igual que ustedes. Bueno: peor que ustedes, porque entonces no había Comunidad de Campesinos.

Crónica
25-III-1934

Ocho días de camarera en un hotel de Madrid

I. «Cómo me hice chica de servir»

El gerente del hotel me recibió, al fin, una mañana, y yo, tímidamente, le alargué la carta de recomendación que llevaba para él, y que decía así:

«Mi distinguido amigo. Le entregará a usted esta carta una muchacha, por la que tanto mi mujer como yo tenemos el mayor interés. Se llama Carmen de la Peña y ha estado durante tres años de niñera con mis chicos. Ella le explicará lo que desea, y si después de la conversación usted necesita algún detalle más relativo al asunto de que ustedes van a tratar, puede telefonear a mi mujer, quien con mucho gusto le informará sobre la muchacha en cuestión.

Sumamente agradecido, le saluda su amigo.

Fulano de Tal.»

Después que hubo leído la carta, el gerente se quitó las gafas y me dijo:

—Basta que venga usted de parte de mi buen amigo don Fulano, para que yo procure atenderla con sumo gusto. Usted me dirá lo que desea…

Acababa de levantarse el telón y comenzaba en aquel momento el primer acto de la comedia que yo me había propuesto representar en honor de los lectores de *Crónica*.

Al sentir la mirada del gerente del hotel clavada en la mía, me estremecí, y los colores se me subieron a la cara.

—De modo que usted estaba de niñera en casa de mi amigo don Fulano… —añadió antes de darme tiempo a contestarle.

—Sí, señor; desde hace tres años.

Y como si la primera mentira de la serie inacabable de mentiras que en días sucesivos tendría que pronunciar hubiera servido para darme ánimo, sostuve ya con la mayor frescura la mirada de mi interlocutor.

—Ya decía yo que su cara no me era desconocida. Sin duda, la he visto algunas veces con los niños de mi amigo.

Animadísima con este pequeño éxito inicial, continué ya hablando con seguridad, aunque tímidamente, como corresponde hablar a la muchacha que va a pretender un

empleo.

—Pues verá usted… Yo hubiera seguido toda la vida en casa de su amigo don Fulano, porque se portaban muy bien conmigo y yo me había encariñado mucho con los niños. Pero el caso es que los niños ya son mayorcitos, y los señores han pensado tomar una inglesa, para que les vaya enseñando idiomas. Yo, si quería quedarme en la casa, tendría que ser como cocinera, y a mí la cocina no me gusta mucho. Por otra parte, mis dos hermanos mayores se han quedado sin trabajo, y en casa hace falta que yo lleve algún dinero más. Por eso la señorita pensó en recomendarme a usted, para ver si me podía quedar aquí de camarera. Ella tiene mucho interés por mí, como ya le dice el señor en la carta.

—Pero ¿usted sabe lo que hace falta saber para ocupar uno de estos puestos?

—De momento, no sé si estaré bien preparada, porque como siempre he estado con niños… Pero tengo la seguridad de que en ocho días me pondré al corriente. A mí no me asusta el trabajo, por mucho que haya.

El gerente me dijo todas esas frases que se dicen en estos casos. Que él tenía mucho interés por complacer al señor que me había recomendado. Que yo, en principio, le parecía bien… Pero que había llegado en mala ocasión, puesto que precisamente ahora el personal estaba reducidísimo, en vista de la crisis por que atraviesa la industria hotelera…

—En fin —concluyó—, consultaré con la gobernanta, y si es posible colocarla a usted, la colocaremos. Dígaselo así a don Fulano y a su esposa.

Don Fulano y su esposa, que se habían prestado a servirme de cómplices en la tarea de engañar a este buen señor, siguieron durante varios días telefoneándole para que no se olvidara de mi asunto. Por fin, una mañana la señora me llamó para darme la noticia agradable:

—Ya tienes plaza. Nos ha dicho el gerente que te presentes mañana, a las nueve, en el hotel.

La tertulia del sótano

A las nueve menos cinco me mecía yo en la puerta giratoria de uno de los principales hoteles de Madrid. El conserje miró mis maltratados zapatos, mi abriguito hecho en casa, mi ridículo bolso, y después me dijo, con un acento bastante desabrido:

—El señor gerente no está.

—Entonces, esperaré…

—No, aquí no puede usted esperar. Ahí, al final de la fachada, está la puerta del servicio. Entre por allí y pregunte.

La puerta del servicio se abría pequeñita y como avergonzada en un ángulo de la

céntrica plaza. La franqueé nerviosa y bajé las escaleras que conducían a una especie de sótano, al que llegaba el ruido de las máquinas de lavar.

Un hombre con gafas de zapatero estaba metido en una especie de garita, y sentado ante una mesa escribía. Este hombre se encaró conmigo y me preguntó:

—Y usted, jovencita, ¿qué desea?

—Soy la chica nueva y vengo a presentarme.

—Sí, sí. Ya me habían dicho que iba a venir una nueva. Pero tendrá usted que esperar un poco, porque todavía no ha llegado la señorita gobernanta.

Después, el hombre de las gafas de zapatero volvió a mojar la pluma al tiempo que me preguntaba:

—¿Su gracia de usted?

—Carmen Peña, para servirle…

—No se lo pregunto por curiosidad. Es que en este libro tengo que apuntar el nombre de cada una de las camareras y la hora a que entran. Si alguna vez llega usted y yo no estoy aquí, usted misma firma.

Otros dos hombres llegaron después a la garita. Uno, por las trazas, debía de ser el encargado de la calefacción. Sin reparar en mi presencia, se dirigieron al listero:

—¿Ha visto usted *El Liberal* de hoy, señor Felipe? ¡Viene bueno! Trae una caricatura de Lerroux que es la caraba… Mire, mire… ¡Qué tíos estos caricaturistas! Algunos días tienen gracia.

Sin soltar el periódico, el hombre de la calefacción iba mostrando a las chicas que entraban el chiste del periódico. Cuando le pareció que ya tenía público suficiente, dijo:

—Y ahora os voy a leer una noticia que tiene más gracia *entodavía*… ¡Allá va!

Y el hombre, con voz campanuda, comenzó a leer entre la expectación del coro, del que yo formaba parte:

—«… Con referencia al atraco que tuvo lugar ayer en Barcelona, se ha descubierto que las cuatro señoritas que desvalijaron en un auto a don Fulano de Tal no eran efectivamente señoritas. Se trataba de unos individuos muy conocidos en el Barrio Chino…»

En la garita se armó un revuelo tan grande, que el hombre del periódico no pudo continuar. De todas las bocas salían palabras de condenación para este género epiceno, al que, según el periódico, pertenecían los atracadores de Barcelona.

—Es que en ese Barrio Chino… ¡hay cada cosa! —dijo el que había leído la noticia—. Allí está lo peor de lo peor.

Este revuelo se concluyó con la entrada de la gobernanta, una señora joven y agradable, que se dirigió a mí:

—¿Usted qué espera?

—Soy la chica nueva, y la esperaba a usted.

—Pues venga conmigo.

Todavía bajamos más escaleras, y en lo más profundo del sótano tomamos el

montacargas, que nos condujo al piso cuarto. Una vez allí, la gobernanta me preguntó mi nombre y mi domicilio. Me preguntó también dónde había servido antes y me explicó las condiciones.

—Aquí ganará usted, desde luego, más que en las casas particulares. Ahora, que hay bastante trabajo.

—Eso no me importa.

—Entonces, marcharemos bien. Usted va a prestar servicio en este piso.

Luego, llevándome a un rincón del pasillo, me mostró una especie de alacena. En los estantes había mucha ropa limpia, y debajo, un cesto con ropa sucia.

—Ahí dejará usted el abrigo y todas sus cosas. ¿Trae usted bata negra?

—Sí, señorita.

—¿Qué es lo que trae en ese paquete?

—Unas zapatillas.

—Muy bien. Necesita usted también medias negras. Esas que trae no le sirven para estar aquí. Ahora yo le daré las cofias y los delantales.

En efecto, me trajo poco después dos delantales blancos. Uno grande, que debía ponerme con una cofia de pico, para trabajar por las mañanas, y otro más coquetón, y una cofia ovalada, para por las tardes.

Poco después llegó Catalina, la camarera que iba a ser mi compañera de trabajo en el piso cuarto. Catalina es una manchega, natural de Alcázar de San Juan, bastante metidita en carnes. La señorita gobernanta me presentó a ella, y juntas nos fuimos a arreglar un cuarto. Mientras se trató solamente de hacer las camas, todo fue bien, porque Catalina, preocupada con averiguar los pormenores de mi vida anterior y de adquirir datos sobre la psicología de los señoritos a quienes yo acababa de dejar, no se fijó en la deficiencia de mi trabajo. Pero después las cosas se pusieron bastante peor.

Al fregar el lavabo, yo tiré agua al suelo, y Catalina, con un brusco movimiento, que me dejó aterrada, me arrebató violentamente el estropajo.

—Esto no se hace así. Si te ve la gobernanta fregar de esa manera, te pone en medio de la calle ahora mismo.

—Es que el primer día parece que está una como atontada. Además, como yo era niñera… no sé mucho de estas cosas…

—Pero siendo niñera tendrías que lavar la ropa de los niños.

—Eso sí…

—Pues, hija, no sabes ni coger el jabón. El jabón se coge con la mano derecha…

Estos consejos de Catalina, si bien herían un poco mi vanidad de criada, tranquilizaban bastante mi ánimo, puesto que me demostraban hasta qué punto Catalina se creía que estaba en presencia de una criada de verdad. Después, un poco arrepentida de sus anteriores palabras, mi compañera se puso a explicarme minuciosamente todas las cosas que hay que hacer para dejar bien limpio un cuarto de baño.

—Aquí hay que hacerlo todo muy bien, y además muy deprisa. Conque… a ver si te acostumbras.

Varios sustos

De pronto sonó un timbre, y Catalina me dijo:

Mientras yo termino de fregar esto, vete tú a ver quién llama. ¿Entiendes el cuadro de los timbres?

—Creo que sí.

Busqué afanosamente por los pasillos el cuarto número 16, que era el que había llamado.

—El dieciséis… Catalina, ¿dónde está el dieciséis?

—Lo tienes delante de las narices, hija. Oye, entra con precauciones, porque los de ese cuarto son unos recién casados que llegaron anoche.

Entré en el cuarto de los recién casados, y me llené de espanto viendo que el esposo era propietario de un rostro que a mí me parecía muy conocido. Al ver la naturalidad con que me pedía el desayuno, me tranquilicé un poco; pero al volver a entrar para preparar el baño a la señora, que se paseaba por el cuarto, como una sonámbula, envuelta en su bata de seda, experimenté una vivísima contrariedad, viendo cómo él me miraba de un modo algo extraño. Tanto me desconcertó esta mirada, que al salir hice una cosa muy fea. Aprovechando que no pasaba nadie por los alrededores, pegué el oído a la puerta, aun a sabiendas de que al hacer esto me jugaba el empleo, y oí que la señora le decía a su flamante esposo:

—¡Eres incorregible! Apenas si llevamos veinticuatro horas de casados y ya se te van los ojos detrás de las criadas del hotel… ¡Qué frescos sois los hombres!

—Pero nena, por Dios… Para mí no hay en el mundo más mujer que tú, ni la habrá nunca. Además, ten la seguridad de que si te engaño alguna vez, no lo haré con una criada.

—Entonces, ¿por qué la mirabas tanto?

—Pues la miraba porque se parece de un modo extraordinario a una muchacha que estudió conmigo en la Universidad, y que creo que ahora escribe en los periódicos. Con razón dicen que medio mundo se parece al otro medio…

Salí corriendo, y no volví a entrar en aquel cuarto, a pesar de que Catalina me lo ordenó varias veces de un modo bastante categórico. Cuando, por fin, a los pocos días, vi salir a aquellos recién casados con sus equipajes por delante, respiré tranquila.

En un rato que tuvimos de descanso, gracias a que casi todos los huéspedes no se habían levantado todavía, Catalina me explicó mis obligaciones y derechos.

—Todas trabajamos ocho horas, repartidas de distinta forma, según los días. Por ejemplo: tú hoy has entrado a las nueve y tienes que estar aquí hasta las doce. Después, por la tarde, entras a las dos y sales a las siete. Mañana tendrás que entrar a las siete de la mañana.

—¿Eh?

—Sí, sí: a las siete de la mañana. Hay que madrugar bastante; pero, en cambio, tienes la ventaja de que por la tarde sales a las cinco. Toda la semana tendrás que seguir viniendo a las siete, menos el día que te toque de guardia, que vendrás a las once. Pero, en cambio, después tienes que quedarte ese día hasta las doce de la noche.

—Y a las siete de la mañana, ¿qué se hace aquí?

—Nunca falta que hacer. Tú, en cuanto veas que de un cuarto salen los señores con el equipaje, te metes en él y lo arreglas bien, cambiando, naturalmente, la ropa de las camas. Esto hay que hacerlo en el menor tiempo posible, porque puede ocurrir que el cuarto tenga que ocuparse en seguida. Después, si no llaman y si nadie se levanta, te pones a barrer la escalera y a limpiar bien el polvo del *hall*, y después, según se vayan levantando, pues vas haciendo los cuartos.

Luego, la Catalina me dio otras instrucciones de orden moral:

—A los señores hay que tratarlos con mucho respeto y decirles a todo que sí. Pero tú ya sabes tus obligaciones, y si te mandan hacer algo que no sea de tu incumbencia, dices que lo sientes mucho, pero que no es posible. Te digo esto porque hay clientes que se creen que el veinte por ciento les da derecho a todo…

Volvió a sonar el timbre.

—Es el quince —me dijo mi compañera—. Ve a ver qué quiere…

El ocupante del 15 era un señor bastante joven, pero presentaba un aspecto imponente, sentado en la cama, con los pelos en desorden y los ojos terriblemente hinchados, en parte, de dormir, y en parte, a causa de un divieso que le había salido en el párpado izquierdo.

—¿Llamaba el señor?

—Sí; el desayuno.

—¿Qué desayuna el señor?

—Ya podía usted saberlo, porque son ocho días los que llevo aquí.

—El señor llevará aquí ocho días. Pero da la casualidad de que yo no llevo aquí más que dos horas.

—¡Ah! ¿Es usted nueva? Pues yo su cara la conozco. Pero no sé de qué…

Yo sí sabía «de qué», porque al entrar en el cuarto vi un número de *Crónica* sobre la mesita de noche, cosa que me desconcertó bastante. Pero el huésped era un señor de poca imaginación, y afortunadamente no supo relacionar lo uno con lo otro. Cuando poco rato después le vi salir a la calle, jugándome de nuevo el empleo hice desaparecer de allí el periódico. Catalina, que me vio salir con él en la mano, me dijo:

—Ese periódico, ¿quién te lo ha dado?

—El señor del quince, para que le hiciera un paquete…

—Déjamelo ver.

Menos mal que Catalina me devolvió en seguida la revista, después de haber arrancado la página de *Lolín y Bobito*.

A las doce yo sentía ya que las piernas me flaqueaban de tanto ir y venir por los pasillos del hotel. Catalina me dio el golpe de gracia al decirme:

—En cuanto friegues el cuarto de baño del seis y el del once, te puedes marchar.

Yo no sabía que fregar el suelo fuese una cosa tan difícil. Procuraba poner mis cinco sentidos en la faena; pero, a pesar de todo, el entrecejo de mi compañera se arrugaba cada vez más. Por fin, bruscamente me arrebató el estropajo y me lanzó esta sentencia:

—¡Tú no has fregado suelos en tu vida!

—¡Ojalá no los hubiera fregado! —contesté con el mayor cinismo.

Por fin llegó el momento de marcharme a comer. Al pasar de nuevo por los sótanos encontré a los hombres de la calefacción, a los del agua, a las lavanderas y a toda la colección de gentes que son como si dijéramos los tramoyistas de un gran hotel. Por fortuna, en el sótano a nadie le resultó conocida mi cara. Un viejo, que estaba en un rincón componiendo unos zapatos, me dijo al verme salir:

—¡Adiós, reina!…

La comedia empezaba bien.

Crónica
8-IV-1934

II. Y tú, compañera, ¿cuándo te asocias?

¿Un crimen?

En este hotel no hay escalera de servicio. Para subir y bajar siempre tenemos que utilizar el montacargas, cosa que si bien es más cómoda y más moderna, no deja de ofrecer sus inconvenientes. Por ejemplo, ahora mismo, yo me encuentro ante el gran aparato desde hace cinco minutos, sin saber qué hacer, porque Antonio, el

chico encargado de manejarlo, no asoma por ninguna parte, y yo sola no me atrevo a poner en marcha este armatoste. Por fin, y ante el temor de llegar tarde a presencia de la gobernanta, me he decidido a llamar tímidamente:

—Antonio… Antonio…

Y de un cuchitril contiguo ha surgido Antonio, con la cara enjabonada y una toalla por los hombros…

—¿Qué pasa?…

—Que necesito subir…

—Pues suba usted. O ¿es que no sabe manejar eso?…

—Claro que no.

Antonio, de muy mal talante, se ha secado el jabón de la cara y entra en el montacargas delante de mí, murmurando:

—Ni afeitarse puede uno con tranquilidad…

Yo he presentado mis más finas excusas a este muchacho con mono de mecánico. Tan fina me he puesto, que Antonio se ha arrepentido de su brusquedad anterior, y también ha buscado disculpas.

—Es que no me había fijado que era usted la nueva… De todos modos, si usted va a seguir aquí mucho tiempo, será necesario que aprenda a manejar el zepelín…

¿Cómo?…

[Josefina Carabias en pleno reportaje «verista» limpiando un lavabo del hotel Palace de Madrid]

—El zepelín le llamamos a este cacharro, al montacargas…

—¡Ah!…

—También le llamamos el *taxi*, el coche o el autogiro Cierva…, según la moda…

Hemos llegado al piso cuarto, que es el mío, y de nuevo he pedido perdón a Antonio por la interrupción de su afeitado. Después de mirarme de arriba abajo, me ha dicho:

—No hay de qué…, ¡simpática!… Y cuando quiera aprender el manejo del «ex

conde Zepelín», ya sabe que estoy a su disposición.

A estas horas, son las siete de la mañana, el hotel está silencioso.

Los viajeros, no siendo que tengan que marcharse en algún tren de los que salen temprano, no suelen empezar a salir de sus cuartos hasta las diez o las once. Durante este rato hay muy poco trabajo, y las compañeras mías que han venido a las siete lo aprovechan para hacer alguna labor de ganchillo o de media. Pero como yo no he tenido la precaución de traerme labores, me he puesto a fregar, procurando hacer el menor ruido posible, uno de los cuartos de baño que hay independiente de las alcobas. Eso menos tendré que hacer después en presencia de la exigente Catalina, cuya mirada, mientras trabajo, me pone los pelos de punta. Este cuarto de baño, aunque es independiente y no pertenece a ningún huésped, está contiguo a una habitación ocupada. Yo he sentido gritos en esa habitación y he suspendido mi trabajo para ponerme a escuchar.

—¡Eres una ingrata!, ¿sabes?… ¡Una ingrata y una pérfida! Me avergüenzo de haberte querido. ¡Mala mujer! ¿Pero no dices nada? ¿No me contestas? ¡Luego tengo razón! ¡Claro, si debí sospecharlo! Si tú no tienes cara de nada bueno. Pues ¿y él?… Bueno, a ti te desprecio, porque de otra cosa no eres digna. No eres digna. No eres digna… ¡ni de que te mate siquiera! Pero a él… ¡A él, en cuanto pueda echarle la vista encima, te juro que de una paliza lo deslomo! ¡El muy canalla! ¡Y decía que yo era su mejor amigo, que me quería como a un hermano! Por más que la culpa es tuya, solo tuya, que nos has engatusado a los dos como una largarta… ¡Lagarta, lagarta, lagarta!

Yo estaba aterrada y no me atrevía casi ni a respirar… ¿Qué clase de gente estaba metida allí? ¿Qué era aquello? ¿Qué iba a pasar si la cosa seguía de esta manera? Pero lo que más me asombraba de todo era que lo que a mi juicio debía ser un diálogo resultase solamente un monólogo. Me parecía increíble que la mujer que tabique por medio de mí soportaba aquella serie de insultos hubiese renunciado al uso de la palabra de aquella manera. Y con lo elocuentes que suelen ponerse las señoras en casos análogos… De mis conjeturas me sacó de nuevo la misma voz, que gritaba ahora con más fuerza:

—Yo no lo sabía… yo no sabía nada… La gente quizá piense que yo estaba enterado y que lo consentía; pero la verdad es que yo no sabía nada. Si lo hubiese sabido, una de aquellas tardes en que os encontré juntos en el cuarto de la cama turca, os hubiera matado a los dos. ¡A los dos! Pero tú, pérfida, me asegurabas que vuestras entrevistas estaban dedicadas por entero a las Matemáticas. Llegaste a decirme que él te estaba enseñando con mucha paciencia a desarrollar el binomio de Newton. ¡El binomio de Newton! ¡Qué escándalo!

El señor se iba animando poco a poco, y cada vez gritaba más fuerte. Yo estaba asustadísima. Aquellas voces y el detalle de que la señora, a pesar de los insultos, no dijera «esta boca es mía», me hicieron pensar mucho. Mi imaginación se desbordó. Por un momento creí encontrarme en medio de una tragedia de esas espantosas y

folletinescas que se desarrollan en los cuartos de los hoteles. Pensé que aquel hombre iba a matar a aquella mujer. Pensé… si no la habría matado ya, porque ninguna mujer que se encuentre viva puede escuchar sin contestar, o al menos sin reírse, una sarta de tonterías como la que estaba soltando aquel ciudadano.

Por mi fantasía pasaban cuadros espeluznantes. El descubrimiento del crimen, la llegada del Juzgado al hotel, el levantamiento del cadáver… Naturalmente, a todos los sirvientes nos llamarían a declarar. Se descubriría que yo no era una camarera de verdad, que yo estaba aquí con un nombre supuesto… Sospecharían de mí, me creerían cómplice. Tal vez me meterían en la cárcel. Tentada estuve de salir corriendo y no parar hasta verme en mi casa; pero me contuve, y solo corrí hasta el final del pasillo. Todo el hotel continuaba silencioso. En el corredor del piso de arriba, otra camarera hacía *jersey* al sol, bien ajena al susto que se iba a llevar momentos más tarde.

Por fin, en medio de aquel silencio que me acongojaba, se oyó un timbre. Fui al cuadro y vi que era el del cuarto próximo al de la tragedia. Entré de puntillas, disimulando mal mi nerviosismo.

—¿Llamaba el señor?

—Sí, llamaba —me dijo el huésped, que era un joven andaluz propietario de unas maletas fastuosas—. Oigame usted: Si hay en el hotel un cuarto que esté desocupado, me va usted a trasladar a él los chismes inmediatamente.

—¿No le gusta este al señor?

—Como gustarme, sí que me gusta. Pero lo que no puedo soportar es la vecindad…

—¿Eh?

—Sí, hombre, sí. Me han puesto ustedes ahí al lado un señor que es una desdicha. Y el caso es que el pobre de día es muy simpático; pero me da unas nochecitas… A la media hora de acostarse, comienza a soñar en voz alta y no lo deja hasta las diez de la mañana. Se debe de levantar rendido.

—¡El señor está seguro de que su vecino sueña fuerte!

—¡Toma, y tan seguro! Él mismo me lo advirtió el día que nos conocimos.

Todo mi folletín se había venido abajo, y yo, sin poderme contener, me reía de mí misma por el susto pasado momentos antes.

—A usted parece que la divierte mucho este asunto; pero si tuviera a ese ciudadano tabique por medio como le tengo yo, no le darían ganas de reír…

—Puede que no. ¿Y el señor entiende lo que su vecino dice entre sueños?

—No, porque habla muy deprisa, y además, como sus asuntos a mí no me importan, pues no presto atención. Pero sus voces me tienen desvelado toda la noche…

A las once salió de su cuarto el señor que soñaba fuerte y que tan mal rato me había hecho pasar. Era un caballero ni alto ni bajo, más bien grueso que delgado, con cara de buena persona. Conversaba con un amigo, sentados ambos en el *hall* del

hotel, y de su boca, en la que brillaban algunos dientes de oro, salía, engarzado en una voz completamente distinta a la que yo había oído a través del tabique, un rosario de frases prudentes.

Yo, haciendo como que limpiaba el polvo de la escalera, escuché toda la conversación. Primero hablaron de negocios, y nuestro hombre le decía a su amigo:

—No conviene precipitarse. A veces es mejor dejar pasar lo que a primera vista parece una buena ocasión. Hay que dar tiempo al tiempo.

Después hablaron de los placeres que esta «urbe tentacular» denominada Madrid ofrece a los señores adinerados como ellos.

Se está muy bien en Madrid…; pero unos días. A la larga, creo yo que debe de cansar esta vida tan agitada.

Luego rozaron el lema de la política presente, de la pasada y de la futura, y el señor que momentos antes me había hecho estremecer de espanto, tuvo frases como estas, para juzgar la situación:

—«Lo de antes», desde luego que no puede volver; pero hay que desengañarse que ahora tampoco marchamos bien. No hay principio de autoridad. Yo reconozco que Azaña es un hombre inteligente y que tiene condiciones de gobernante; pero se entregó demasiado a los socialistas…

—Desengáñese usted: hay que encontrar un hombre como Primo de Rivera, que meta en cintura a los políticos, que son todos unos granujas —afirmaba el amigo, quien al parecer tenía sobre la administración del Estado unas ideas más firmes y más contundentes.

—No, hombre, eso no. Y eso que yo soy de los que piensan que Primo de Rivera era un hombre de buena fe. Pero tenía poca cultura…

No pude oír más, porque me llamó la gobernanta para encargarme no sé qué cosa. Pero ya había oído bastante. El señor a quien en las primeras horas de la mañana yo había tomado por un dramático personaje de folletín, era uno de tantos señores.

Era, en suma, un burgués medio…

El casinillo

Por la tarde, Catalina me llevó junto a un enorme montón de ropa sucia y me dijo:

—Hoy tienes que bajar tú al cambio, para que te vayas acostumbrando.

—¿Qué es eso del cambio?

—Verás: Toda la ropa que se quita a diario de los cuartos hay que bajarla por las tardes al taller de plancha. Una señorita que hay allí te la toma y te da la misma cantidad de ropa limpia, que tú te subes y guardas aquí.

—¡Ah, muy bien!

—Conque ya estás cogiendo ese montón y bajándolo…

En el montón de ropa sucia no había más que treinta o cuarenta toallas, unas veinte sábanas, cuatro o cinco colchas, multitud de almohadones y cuadrantes, visillos, cortinas y hasta alfombras de los cuartos de baño. Todo ello envuelto en una tela gigantesca. El bulto tendría aproximadamente mi estatura y un volumen solo comparable con el de don Pedro Rico. Catalina me ayudó a echarme aquello a las espaldas; pero a la mitad del pasillo, el bullo rodó por el suelo, arrastrándome a mí, que en vano intenté sujetarlo. Afortunadamente, Antonio llegaba en aquel momento al piso con «el zepelín».

—¡Qué poca fuerza tiene usted! Quite, quite… ¡Vaya una moza!

Y Antonio, caballeresco y magnánimo, agarró el lío, como si se tratara de una caja de bombones, y lo metió en el montacargas.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Y… ¿usted cómo se llama, jovencita? Y perdone si está mal *preguntao*.

—Yo me llamo… Carmen.

—Es un nombre bonito. Pero yo acostumbro a sacar el nombre de la gente por la cara, y usted no tiene cara de llamarse Carmen.

—¡Claro!

—¿Cómo claro…?

—Sí… que eso mismo me han dicho muchas personas que me conocen…

Estas palabras de Antonio, así como la solicitud para ayudarme a llevar el bulto y la atención con que me miraba de arriba abajo, me escamaron. Recordé entonces que todos estos muchachos que se pasan el día dentro de un ascensor son, en unión de los chóferes de taxi, los lectores más asiduos de diarios y revistas, y tuve miedo de que el muchacho del montacargas fuera a descubrirme. Para ver lo que pasaba, le pregunté, dando un rodeo:

—Y usted, metido todo el día en este cacharro, debe de aburrirse bastante, siempre subiendo y bajando…

—Regular.

—Si este encargo lo tuviéramos una de nosotras, podríamos mientras tanto hacer punto de media; pero usted…

—Yo me entretengo leyendo… los periódicos.

—¡Ah, vamos! ¿Y qué periódicos lee usted?

—Pues leo la *CNT, El Socialista…*

—¿Nada más?

—Los otros… *p'al* gato.

Menos mal. Este desdén de Antonio hacia la llamada Prensa burguesa me dejó completamente tranquila.

En el cuarto de plancha había bastante gente. Dos mujeres planchando; otra, secando ropa. Una señorita con acento francés, que parecía la jefa de todo aquello, y tres o cuatro camareras que habían bajado a realizar la misma operación que yo. De

pronto, entró otra, haciendo sonar seis perras gordas que llevaba en la mano.

—¿Eso es de la suscripción? —le preguntaron.

—Sí. ¿Me dais algo vosotras?

—Si subes arriba, te daré un real.

La que llevaba el dinero se dirigió a mí:

—Usted también podía dar algo… Estamos recogiendo para una chica que estuvo aquí de camarera con nosotras y que ahora tiene a su marido *parao*.

Se hizo un rato de silencio en recuerdo de la compañera del marido parado, y poco después todas comenzaron a charlar y a reírse. En seguida me di cuenta de que el cuarto de plancha era algo así como el casinillo del hotel, el centro donde las chicas venían a comentar la actualidad y a contarse las impertinencias y las extravagancias de los huéspedes. Cada una refería su anécdota.

Cobro seis pesetas, y me asocio

—Hoy se cobra —me dijo Catalina.

—¿Yo también?

—Tú no sé; porque como cobramos por decenas y tú no llevas aquí más que dos días… De todos modos, yo me enteraré. Lo que cobramos los miércoles no es el sueldo, sino lo que nos corresponde del tanto por ciento.

—¿Y es mucho?

—Ahora es poco, porque hay pocos huéspedes. Cuando entra más la primavera, ya saldremos mejor, porque es cuando empiezan a llegar extranjeros.

Catalina bajó a otro piso. Al poco rato oí que me llamaba:

—¡Carmen, Carmen!

Bajé corriendo. Dos camareros y otras dos o tres compañeras mías estaban procediendo al reparto del tanto por ciento.

La que repartía el dinero me dijo:

—Ahí tiene usted… lo que le corresponde de sus dos días: seis pesetas. Y salud para ganar mucho.

—Y usted que lo vea —respondí.

Volví a subir a mi piso y en seguida me dijo Catalina:

—Oye, aquí hay un compañero que quiere hablar contigo.

Efectivamente, en el pasillo me esperaba un camarero de los que estaban abajo durante el reparto.

—Usted dirá…

—Perdone, jovencita; pero deseaba hacerle una pregunta; usted lleva aquí dos días, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y antes, ¿ha servido usted en algún otro hotel?

—No.

—Entonces, ¿no está usted asociada?

—No.

—Pues va usted a tener que asociarse. Le advierto que esto no significa nada que vaya contra sus ideas. Usted puede tener las que quiera; pero los que trabajamos, los proletarios, no tenemos más remedio que unirnos, porque…

El camarero, en un brillante párrafo, me desarrolló la teoría de la lucha de clases y me hizo comprender la necesidad ineludible de que todos nos uniéramos para lograr la emancipación proletaria. Cuando me juzgó convencida, me dijo:

—¿Sabe usted escribir?

—Pchis… regular.

—¿Cómo regular? Firmar, al menos, sabrá usted. Es para darle un papelito que usted tiene que llenar para ingresar en la Sociedad. Ahora, que si no sabe usted, dígalo con confianza y yo se lo lleno.

Tuve que dejar al camarero, porque me llamaban de un cuarto. Reclamaba mis servicios un matrimonio maduro que había llegado por la mañana. La señora quería que le cosiera una media. Yo me había dado cuenta de que este menester no entraba en mis obligaciones; pero como todavía no era lo que se llama una proletaria consciente, accedí, no fuera que se quejasen a la Gerencia y tuviéramos un lío. Desde el cuarto de baño oí la conversación que sostenían aquellos esposos:

—¡Te has fijado en la camarera! —decía la señora.

—No —contestó el marido, sin duda por halagarla.

—¡Qué barbaridad! —prosiguió la señora—. La melena corta, los labios pintados… No sé qué les falta ya para parecer señoritas.

—Pues… serlo —contestó el marido.

—¿Serlo? Si están mejor que nosotros. Eso de que trabajan es una mentira. No hacen nada. ¿Y tú sabes lo que ganan? Un disparate. En este hotel, lo menos saca cada una ocho duros diarios. ¿Te parece a ti que hay derecho?

Yo, que estaba con unas agujetas horrorosas de tanto fregar y con seis pesetas en el bolsillo, producto de dos días de trabajo, me indigné tanto al oír a aquella señora, que tirando las medias que me había dado para coser, me fui a llenar la hoja de ingreso en la Sociedad, y a contestar al camarero con otro discurso todavía más vibrante que el suyo. Dos o tres veces me equivoqué al escribir «mi» nombre y mi dirección en aquel papelito. Catalina se reía de mi disgusto por estas equivocaciones.

—Es la falta de costumbre de escribir —me dijo.

Y después, con una risa irónica, añadió:

—Nosotras… escribimos con la escoba, ¿verdad?

—Verdad —le respondí.

Crónica
15-IV-1934

III, Una noche de guardia

—Carmen… Oiga, Carmen… Carmen, atiende…

De pronto noto que una mano de la gobernanta oprime mi brazo…

—Pero, chica, ¿estás tonta?… ¿No oyes que te llamo desde hace un rato?…

—¡Ay, señorita, perdóneme usted!… Es que no me acordaba…

—Que no te acordabas…, ¿de qué?…

—Quiero decir… que estaba distraída…

—Vamos, mujer…, no te pongas colorada. Ya me figuro que estarías pensando en el novio. Eso no tiene nada de particular… Lo que sí tiene algo de particular es lo mal que barres. No sabes ni coger la escoba, hija mía. Antes me he estado fijando desde abajo. Mientras barrías y sacudías el corredor les estabas echando todo el polvo encima a unos señores que desayunaban en el *hall* tranquilamente. Has de tener cuidado, porque si acierta a pasar el jefe en aquel momento, o si los señores llegan a quejarse, podías haber tenido un disgusto. Menos mal que yo me hago cargo de que no estás acostumbrada a esta clase de trabajo…

—Por favor, señorita… Comprenda usted…

—Si lo comprendo todo, hija mía; por eso, ya ves que en lugar de reñir te lo digo cariñosamente para que procures enmendarte. Además tú no pareces tonta, y yo tengo la seguridad de que aprenderás en seguida…

Nadie sabe lo que yo agradecí a la gobernanta esta reprimenda cariñosa; pero desde aquel momento huía de ella, temiendo que me hubiera cogido en alguna otra falta. Cuando la veía venir por el pasillo corría a refugiarme en donde primero encontraba. A pesar de todo, la gobernanta volvió a abordarme aquel mismo día por la tarde.

[La autora con el uniforme de camarera que vistió una semana.]

—Oye, Carmen. Tú ya sabes que a cada una de vosotras os toca quedaros de guardia un día a la semana.

—Sí, señorita.

—Bueno, pues mañana te toca a ti… En el día de guardia las horas se reparten de otro modo. Por la mañana no tienes que venir hasta las once. Desde esa hora trabajarás hasta las dos. Después, por la tarde, vienes a las siete, y ya te estás aquí basta las doce de la noche… Tu compañera te explicará lo que tienes que hacer.

En efecto, mi compañera me lo explicó todo…

—A veces, las guardias resultan más fáciles que el trabajo del día. Pero a veces son fastidiosísimas. Tú, mañana, tendrás a tu cargo cuatro pisos enteros. La otra que se quede contigo tendrá otros cuatro. Si tenéis la suerte de que no haya salidas, estaréis tranquilas; pero si a los clientes les da por marcharse a esa hora, vais listas…

—¿Por qué?…

—Porque en seguida tendréis que empezar a hacer cuartos…

Las noches del hotel

Al día siguiente, a las siete de la tarde, llegaba yo al hotel dispuesta a hacer mi guardia hasta las doce de la noche. Antonio me dijo al tomar el montacargas…

—Esta noche a trabajar, ¿eh?

—No hay otro remedio…

—En cambio, mañana tiene usted todo el día libre para pasearse. Digo…, y que no presumirá usted poco por ahí. De seguro que va usted al cine… O si hace buen día, a la Casa de Campo. Siento no estar yo libre también para acompañarla. Por más que usted… ya tendrá quién la acompañe…

Al llegar yo al piso ya se marchaba mi compañera, después de haber terminado su jornada.

—Ahí en un papelito te he dejado lo que tienes que hacer —me dijo Catalina.

El papelito, copiado al pie de la letra y con la ortografía original, decía así:

«Ahí están las llaves de los cuatro pisos. No “te se” olvide “acer” las “coverturas” de todos los cuartos. Ponte al “abla” con la Consuelo, que es la que te toca de compañera esta noche, y no “agas” lo que esta mañana, que te “dejastes” las zapatillas y la cofia en medio del pasillo. No “te se” olvide tampoco entrar en el cuarto de ese señor “diputao” que vive en el nueve, y que todas las noches se pone fomentos en la garganta…»

—Pues me parece que esta noche no se los pone —pensé yo—, porque una servidora no entra en el cuarto de un señor diputado ni a tiros…

No. No era cosa de malograr el reportaje, ya tan avanzado, porque a un parlamentario se le antojase reparar su garganta. Además, y dada la vanidad de nuestros políticos, este hombre podía pensar que yo me había metido en el hotel solo por el gusto de hacerle una interviú original…

Lo que más me aterró de todo fue el manojo de llaves que Catalina me había dejado. ¡Llaves de cuatro pisos!… Aquello era horrible. ¿Cómo iba yo a saber cuáles eran las del primero, ni las del segundo, ni las de ninguno? A duras penas lograba reconocer las del cuarto, que eran las que venía manejando desde hacía seis días.

En cuanto a lo de las coberturas tampoco era tarea fácil, y mucho menos divertida. Hacer las coberturas consiste, como su nombre indica, aunque vagamente, en ir abriendo al atardecer las camas de todos los señores viajeros y desdoblando a medias sus pijamas, batines y camisones, colocándoselos además al alcance de la mano. El trabajo que a los distinguidos clientes del hotel se les evita con esta operación es pequeñísimo, casi nulo, puesto que abrir la cama y desdoblar la ropa de noche no parece que sean actividades agotadoras. En cambio, para nosotras las camareras, esto es una lata, una verdadera lata. Es la pesadilla de los atardeceres. Para realizar este trabajo es preciso estar al acecho de cuándo salen los señores, porque no está bien entrar a hacer las coberturas mientras ellos permanecen en el cuarto.

Yo ahora he bajado a abrir la cama a un señor que vive en el primer piso. Bueno; pues no puedo seguir la tarea porque los otros huéspedes del piso primero están en sus cuartos. En cambio, tengo que subir corriendo al tercero, de donde acaba de salir otro. Lo que pasa con estas cosas es que a lo mejor se queda alguna cobertura por hacer, y esto es terrible para nosotras, porque luego los viajeros protestan, y a menudo se oyen diálogos como el siguiente:

—¡Qué escándalo!… En este hotel no se puede estar. ¿Qué dirá usted que tuve que hacer yo anoche?… Pues nada menos que abrirme yo mismo la cama porque no vino la camarera… ¡Y uno paga diez duros diarios para esto!…

Claro que estos señores que se fatigan tanto por tener que separar las sábanas son tos mismos que en la intimidad del hogar se ven obligados por sus dulces esposas a

realizar unas labores evidentemente impropias de su sexo…

Como un alma en pena andaba yo por los pasillos esperando a ver de qué cuarto salían los clientes, para hacerles las coberturas, cuando de pronto llegó un mozo con equipajes.

—Abre el catorce —me dijo.

Abrí el catorce, y en él entraron dos maletas y un señor, a quien no pude ver bien la cara, pero que me dijo en seguida:

—Ahora la llamaré; pero entre tanto déjeme un momento solo, que tengo que telefonear ahora mismo.

Se colgó, en efecto, del teléfono con verdadera ansiedad, y nosotros nos marchamos. Momentos después, al volver a cruzar yo por el pasillo, pude oír algo de lo que hablaba con la persona que estaba al otro lado del hilo telefónico… Mi nuevo «señorito» decía así:

—¿Qué dices?… ¿Que nos hemos metido en un lío?… ¿Que nos descubrirán?… Bueno… Y ¿qué podemos hacer ahora?… Y toda la culpa es mía, solo mía. Yo te he hecho víctima de mis imprudencias… Oye, ¿y si nos escapáramos?… A mí todavía me queda dinero.

Bueno. Eso sí que era un lío, un verdadero lío, y no lo que yo había creído descubrir la otra mañana. Claro, por eso el señor tenía tanta prisa para telefonear. A mí me olía a chanchullo de dinero. Sí…, lo menos que habían hecho aquel señor a quien yo acababa de albergar en el catorce y su cómplice, lo menos, lo menos habían almorzado con Stavisky. Yo determiné no marcharme del pasillo hasta oírlo todo. Está muy feo escuchar detrás de las puertas, ya lo sé; pero cuando se trata de descubrir una estafa o un crimen, que todo podía ocurrir, las cosas cambian mucho. Seguí escuchando…

—En fin…, no te apures, mujer, que ya se arreglará todo.

¡Ah! Vamos, el cómplice era una mujer… Mucho más bonito.

—No te apures tú, chiquilla. Es cierto que soy un imprudente, pero ¡te quiero tanto!… Además, soy idiota, puesto que debí sospechar que algo raro te pasaba, que no eras libre… No. Casada, no. Eso no lo supuse ni un momento. Que ¿por qué? Pues no sé, chica.

Poco rato después la voz se hizo más suave y decía así:

—Oye, ¿y a tu novio nunca le has hablado de mí? Entonces, ¿no sabe ni que existo? Y ¿adónde le decías que ibas? ¿Que estabas haciendo una novena?… ¡Qué graciosa eres!… Sí, mujer, ya supongo que la novena la harás de todos modos, pero a otra hora… Oye, y ¿de verdad no estás ni pizca de enamorada de tu novio?… ¡Gracias, nena! ¡Eres un ángel!… Y ahora, que ya tenemos confianza y que ya estás convencida de quién soy, ¿por qué no me cuentas algo de ti? ¿Que es más bonito el misterio? Sí, ¡claro!… Pero al principio… Ya no. En fin, como tú quieras… Me gustaría verte esta noche. ¿De veras que a ti también? Entonces, ¿por qué no? ¿Qué dices? ¿Que no te dejan tus padres? ¿Que te han educado a la antigua?… Entonces,

¿cómo fue que te dejaron ir sola a ver la Exposición de Barcelona?… ¿Que ya me lo explicarás?… ¿Te acuerdas de aquel viaje?… ¡Quién nos iba a decir que al cabo de cinco años nos iba a traer esta complicación!

La verdad es que desde que me convencí de que aquello no era lo que yo había pensado, debí retirarme de la puerta. Pero ¡una es tan curiosa!… Claro que tengo que decir, para descargar mi conciencia, que me retiré mucho antes de que terminase la conversación. A la media hora salió el enamorado y confiado huésped del cuarto número catorce. Iba radiante. Yo en seguida me metí en su habitación, no tanto para cumplir el deber de abrirle la cama, como para averiguar algo de su persona. Quizá hubiese puesto sobre la mesita de noche algún retrato de la señorita infiel al novio. Pero en el cuarto del enamorado galán no encontré más que las siguientes cosas:

Dos maletas.

Un paquete de cigarrillos ingleses.

Un pijama de los llamados rusos.

Un número del *Heraldo*.

Un periódico alemán.

Y unas cuartillas escritas seguramente por él y que estaban sobre la mesa.

Me acerqué a estas cuartillas, pensando que quizá era una carta para la amada del teléfono; pero… desistí de leerlas al ver que estaban encabezadas con el siguiente título: «Evolución del derecho de propiedad desde la Reconquista hasta nuestros días.»

A trabajar

La Consuelo, mi compañera de guardia, me llamó desde el piso octavo para darme cuenta de que siete señores habían decidido marcharse y de que era necesario, por tanto, hacer siete habitaciones. Pasamos una hora espantosa; frecuentemente había que suspender el trabajo porque sonaban los timbres. Diez o doce veces tuve que bajar desde el piso octavo para volver a subir de nuevo corriendo.

—Esto es lo que tienen las guardias… —me decía la Consuelo para animarme—, y no sé por qué me da el corazón que también se van a marchar otros cinco o seis señores del segundo.

Acababa de sonar un timbre en el piso sexto.

—Ese es el señor ministro —me dijo Consuelo—; vete tú, a ver qué quiere…

—¿Cómo?…

—Sí, el señor ministro de Comunicaciones, que vive aquí.

—Yo no voy.

—Anda, y ¿por qué?…

—Pues porque me da vergüenza de entrar en el cuarto de un señor de tanta

categoría. Además no he visto nunca a ningún ministro de cerca, y ¡vamos!, que no voy…

—Pues ya te puedes ir acostumbrando, porque en estos sitios se trata una con muy buena gente.

Insistió la Consuelo en que sí e insistí yo en que no. Sobre que el señor Cid, en pijama, no debe de constituir precisamente un espectáculo recreativo, tampoco tenía yo ganas de echar a perder la labor de tantos días. Es verdad que da la coincidencia de que es este ministro el único a quien yo no me he acercado a pedir declaraciones; pero… los dos nos hemos visto cien veces en los pasillos del Congreso. Al fin, la Consuelo me dejó a mí sola haciendo las camas y se marchó a ver qué era lo que quería el señor Cid.

Cerca de las once se acabó el trabajo, y las dos nos sentamos en un rincón del pasillo a hacernos confidencias. Mi compañera me contó que era viuda y que se había puesto a servir para ganar el sustento suyo y el de una niña que le había quedado de su matrimonio.

—¿No había usted servido antes?

—Yo no. De casada me iba muy bien. Hasta muchacha he tenido; no la digo a usted más. Pero quiso la desgracia que perdiera a mi marido, y entonces comenzó el sufrimiento.

—Yo llevo pocos días; pero me parece que aquí se trabaja mucho…

—Muchísimo. Y cuando se trabaja poco es porque eso es señal de que en el hotel hay pocos extranjeros, y, como consecuencia, poco «tanto por ciento». La gente se cree que esto de servir en un hotel es una canonjía, pero ya ve usted que no. Para sacarse el jornal regularcito hay que ir a casa con agujetas.

—Ya…, ya he visto.

—Usted, que parece finita y que se explica bien no debía de conformarse con esto. ¿Por qué no aprende usted a escribir a máquina? Quizá pudiera colocarse en alguna oficina…

—Están tan malas las colocaciones. Y, además, solo se gana para la ropa que hay que llevar.

—Tiene usted razón. A usted lo que la conviene es casarse cuanto antes, y ojalá tenga más suerte que yo tuve. Tendrá usted novio…

—Sí… —contesté, por contestar algo.

—¿Y qué oficio tiene su novio?

Menos mal que como esta pregunta ya me la habían hecho diez o doce veces, yo tenía la contestación preparada.

—Es… de esos que trabajan en las imprentas.

—Buen oficio… A ver si le anima usted a casarse pronto y la quita de tener que servir…, que digan lo que digan, es una cosa bien triste.

Ya creíamos que no tendríamos que trabajar más en toda la noche, cuando de pronto sonó insistentemente un timbre del último piso. Subí corriendo, y al abrir la

puerta del cuarto que había llamado me encontré con una señora voluminosa que estaba sentada en una butaca dando muestras inequívocas de encontrarse en un estado de nervios peligroso para mí.

Llevo media hora llamando. ¿Es que están ustedes sordas?

—No, señora. Es que los timbres de este piso no se oyen bien desde abajo.

—Está bien dijo la señora-tanque, con voz de característica interpretando a Muñoz Seca. —Usted me va a hacer el favor de desnudarme.

—Perdone la señora…, pero…

—He dudado antes de llamar, y por ese motivo estoy sin acostarme a estas horas. Porque a mí no me gusta abusar de la servidumbre no estando en mi casa. Al fin me he decidido a requerir su ayuda, en vista de que el fresco de mi marido, que es quien tiene la obligación de hacer estas cosas, se ha marchado esta noche con sus amigotes, dejándome a mí aquí sola y con el corsé puesto. Lo demás me lo puedo quitar yo misma, pues aunque quizá demasiado gruesa, ya ve usted lo ágil que estoy; pero este maldito corsé me resulta imposible. Y que en este Madrid no hay más remedio que ponérselo todos los días.

—Pues vamos a ver, señora, vamos a ver.

Primero cayó al suelo el vestido, con cuya tela se podía confeccionar cómodamente una tienda de campaña. Después cayó la combinación, dejando al descubierto las grasas de la señora y el corsé. Este era de color rosa, y se ajustaba al cuerpo mediante un cordón de la longitud de los que emplean los muchachos para echar cometas. Cuando yo desaté el nudo que el marido había hecho por la mañana, quién sabe con cuántos trabajos, la pobre señora cayó en camisa sobre la butaca, al tiempo que de sus labios salía el suspiro de satisfacción más conmovedor que he oído en mi vida.

—La señora no debería apretarse tanto…

—Tiene usted razón. Yo creo que lo que Dios da no debe disimularse de este modo. Pero ¿qué culpa tenemos las mujeres un poco gruesas de que ahora estén tan de moda los tipos finos?

Al retirarme, la buena señora, agradecida por haberla librado del tormento de aquel corsé-carrocería, abrió su bolso y me alargó dos pesetas.

Crónica
22-IV-1934

IV. ¡Qué malos son los hombres!

El final de la guardia

Sentadas una frente a otra en el rincón del pasillo, notábamos que el sueño se iba apoderando de nosotras. Cuando llegaba un huésped y le sentíamos meterse en la cama blanda, nos daba mucha envidia.

—Ya nos queda poco, ¿verdad?

—No sé. Ahora mismo preguntaré la hora a la señorita del teléfono. Lo que hace falta es que en este rato nos dejen tranquilas; que no venga ni se marche nadie.

No había terminado Consuelo de decir esto cuando oímos la voz del mozo de los equipajes.

—Una camarera… aquí, al segundo, en seguida.

Bajé yo. Detrás del mozo de los equipajes iban tres personas: un señor, una señora y un niño como de doce años. Antes de oírlos hablar se adivinaba que eran franceses. El señor era el francés medio, con su perilla, su calvita, su traje de turista comprado en un almacén de ropas hechas. Se le notaba cohibido junto a su mujer, una francesa mucho más alta que él, otoñal, pero todavía guapa, llenita de carnes y con un aire altivo y seguro que imponía respeto. El niño era chiquitillo, flaquillo y más corto de vista que su papá.

En cuanto hubimos entrado en la habitación que les correspondía, la señora, olvidándose de que estaba yo delante, se puso a decir cosas desagradables a su esposo en un tono altamente impertinente y subiendo la voz cada vez más.

—¡Si no debí hacerte caso! Si cuando se hace lo que tú quieres siempre sale mal. ¡Mira que empeñarte en que viniéramos a este país de todos los demonios! ¡La tierra del sol, la tierra del sol! ¡Está buena la tierra del sol! ¡Qué estafa! ¡Ni en Siberia hace el frío que he sentido yo esta noche al llegar a la Estación del Norte!

—Mujer, cálmate. Días malos los hay en todas partes. Pero ya verás mañana qué cielo y qué sol…

—Mañana, ¿eh? Y entre tanto, esta noche a morirnos. Y si solo te murieras tú, no habíamos perdido el viaje; pero lo malo será que me moriré yo y que se morirá nuestro pequeño, que no tiene culpa de nada.

—Yo no encuentro que haga tanto frío —se atrevió, por fin, a decir tímidamente et francés medio.

No supo el pobre hombre lo que hizo, porque su mujercita reaccionó igual que si la hubiesen puesto un par de banderillas. De un brinco se colocó junto al balcón y, sin previo aviso, abrió de par en par los cristales. El huracán de marzo, que en aquellos momentos azotaba con verdadera furia la plaza del Callao, se metió en el cuarto, no

dejando títere con cabeza. Yo me refugié en el cuarto de baño, y por el ojo de la cerradura contemplé la escena, que era, en verdad, regocijante. La señora, de pie junto al balcón, con los cabellos en desorden, increpaba a su marido más furiosamente que antes. En cuanto a este, se había vuelto a poner su abrigo y su gorra de viaje y, acurrucado en una butaca, aguantaba el chaparrón conyugal y la bromita pesada que le estaba gastando la primavera madrileña. El niño lloraba amargamente envuelto en la manta de viaje.

—Ya está bien, mujer, ¡ya está bien! Cierra eso en seguida.

—Me gustaría saber quién fue el idiota que te animó a venir a este país de camelo. Porque a ti ni eso se te ocurre. Un país de camelo, sí, señor. No hay sol ni cielo azul.

—Mujer, repara en que hemos llegado de noche. Mañana quizá veamos todas esas cosas.

—¿Sí, verdad? ¿Pero tú crees que con este viento y estos nubarrones puede salir el sol? ¡Un país de camelo! Además, no hay nada de lo que dicen. Los hoteles son como los de todas partes. Las mujeres, por la calle, van vestidas como nosotras, solo que algo más cursis.

—Calla, mujer, que te pueden oír.

—En lugar de bailarines de flamenco, a la puerta de los cines he visto a Greta Garbo y a Gary Cooper. Ven, asómate; la gente marcha por esta plaza y por esa calle deprisa y arrecidos, como en cualquier parte de Europa. ¡Y para esto he renunciado yo a mi magnífica excursión por la Costa Azul!…

No sé en lo que acabaría aquella reyerta conyugal. Lo que sé es que al poco rato el señor me llamó de nuevo para preguntarme que a qué hora salía de Madrid el primer tren. Madame había triunfado.

¡Qué malos son los hombres!

A las once y media estaba yo que no podía moverme de cansancio, a causa de tanto subir y bajar escaleras.

—Mala suerte has tenido —me dijo Consuelo—. No recuerdo, en los cuatro años que llevo aquí, una guardia tan pesada como esta. No nos van a dejar en paz en toda la noche.

En efecto, no nos dejaron en paz. Un cuarto de hora antes de marcharnos sonó otro timbre.

Al acercarme a la puerta de la habitación que había llamado, oí algo así como sollozos y suspiros.

—Pase, pase en seguida —me contestó una voz de mujer, velada por el llanto.

Pasé, y acostada en la gran cama de matrimonio que había en el centro de la

habitación, encontré a una joven muy guapa, cubierta con un camisón de encaje, y que lloraba amargamente.

—¿Qué tiene la señora? ¿Se ha puesto mala?

—No, no es nada —me dijo la infeliz con un hipo que daba pena—. Es que, sin saber por qué, me he puesto un poquito nerviosa. Pero esto pasará. ¿Querría usted hacerme una taza de tila?

Volví con el cocimiento, y ya encontré a la joven un poco más calmada. Cuando me disponía a retirarme, ella me dijo:

—No se vaya usted. Espere un poco, si no la molesta. Me encuentro tan mal…

—¿Quiere la señora que avisemos a un médico?

—Lo que a mí me pasa no lo puede curar ningún médico. Soy muy desgraciada, desgraciadísima.

—Vamos, señora, tranquilícese. No será tanto.

—¡Ay! ¡Si usted supiera…! No se case usted… No se case usted nunca. Los hombres son unos egoístas; no tienen consideración de las pobres mujeres. El matrimonio es un timo. Se lo digo yo, que lo sé por experiencia.

¿Hace mucho que se casó la señora?

—Tres días y medio.

—¿Y ya está tan desesperada?

—Tan desesperada que si no fuera por el «qué dirán» y por mis amigas, que se alegrarían mucho al verme desgraciada, me volvía ahora mismo con mis papás.

Otra vez volvía a echarse a llorar, dejando a un lado la taza de tila.

—Perdone usted —dijo al poco rato—; pero es tan triste no tener con quién desahogarse. Y usted, sin saber por qué, me inspira confianza.

—Muy agradecida, señora.

—Yo me casé hace tres días enamoradísima. Mi novio era bueno, guapo y amable como nadie. No hacía más que prometerme cosas para cuando viniéramos a Madrid. Pero tan pronto como el cura nos echó las bendiciones, cambió por completo. Se ha vuelto brusco, impaciente. Todo lo que yo hago le parece mal. Esto aparte de otros detalles que me han desilusionado por completo. ¡Lo que yo pude sufrir cuando le vi quitarse los calcetines! En tres días me he convencido de que los hombres solo están bien cuando tienen la corbata puesta.

—En fin, señora. Tranquilícese. Eso no tiene importancia.

—Ya lo sé. Si con todo eso contaba yo. Lo malo es que esta noche me ha puesto el pretexto de que tenía que ver a unos amigos, y se ha marchado de juerga, dejándome sola. A los tres días de casados me deja sola. ¿Ha visto usted mayor desfachatez? Andará por ahí con mujeres. Seguro que ha ido a buscar a una amiguita que tuvo cuando estaba aquí estudiando. Y me deja a mí sola, sola. ¡Ay! ¡Si mi mamaíta viera esto…! Ella, que me ha criado con tanto mimo.

No pude seguir más rato consolando a aquella señora porque había sonado la hora de marcharnos nosotras a descansar.

La llorosa y expansiva recién casada, tras de recomendarme una vez más que no cometiese la tontería de contraer matrimonio, me alargó dos tarjetas postales.

—Que hagan el favor de echar esto al correo.

Como las tarjetas iban abiertas, me permití leerlas. Una decía:

«Mamaíta: Estamos bien y en un hotel muy lujoso, en el que se hospedan gentes muy distinguidas y hasta un ministro, que es agrario, como papá. Julio me ha llevado al cine y al teatro; pero esta noche se ha marchado él solo por ahí. Ya sabes cómo son los hombres. Soy feliz; pero ahora veo que nadie la quiere a una como su mamaíta. Ya te contaré cosas cuando vaya. Muchos besos de tu

Titina.»

La otra era más optimista, e iba dirigida a una amiguita.

«Totó de mi alma: ¡Qué feliz soy! Te recomiendo que te cases en cuanto puedas, porque no se ha inventado nada mejor que el matrimonio. No te escribo más porque me espera Julio para llevarme al teatro, y todavía tengo que ponerme un traje de noche que me he comprado y que es un sueño. Desde aquí iremos a París y a Roma. Muchísimos besos de tu felicísima

Titina.»

Por fin, a las doce, Consuelo y yo entregamos las llaves al conserje y nos marchamos. Hacía una noche imposible. Los pocos viandantes que cruzaban la plaza del Callao iban encogidos de frío.

—Y yo, que tengo que ir ahora hasta la calle de Embajadores… —dijo mi compañera.

—¿Y en qué vas?

—Anda esta. ¿En qué voy a ir? Pues a pie. ¿O es que crees que el oficio deja para tomar taxis?

Me dio mucha pena ver a aquella mujer, que debía llevar como yo los tobillos doloridos de tanto subir y bajar escaleras, comenzar a andar la calle abajo azotada cruelmente por el viento de la noche de marzo. Cuando, después de despedirme de ella, me metí en un taxi y me desplomé en el asiento tan blandito y tan agradable, experimenté esa sensación a la que llama la gente remordimiento de conciencia. Tentada estuve de llamar a Consuelo y contarle toda la verdad para que me permitiese llevarla a su casa en automóvil. Pero luego pensé que si después de estar trabajando con ella toda la noche y después de las cosas que nos habíamos dicho, yo me descubro, en ningún caso me hubiera creído mi compañera. Lo más probable es que me hubiese tomado por una loca o por alguna otra cosa peor todavía.

Nos van a retratar

A la mañana siguiente estábamos Catalina y yo haciendo una cama y dialogando sobre las desigualdades sociales.

—Unos tanto y otros tan poco —decía Catalina al tiempo que contemplaba un magnífico abrigo de señora que había colgado en la percha.

—Sí que es bonito.

—Se parece al tuyo o al mío.

—Y nosotras aquí haciéndola la cama. Luego dicen que todos somos iguales.

—Ante la ley, según dicen los que echan discursos.

—¡Ante las narices! —dijo Catalina, rotunda.

Y seguimos trabajando.

Cuando salí yo a sacudir las alfombras, vi en el pasillo a Cortés, el fotógrafo de *Crónica*, que dialogaba con el gerente del hotel.

Al pensar que todo iba a descubrirse, me entró un temblor extraño. Me daba vergüenza que aquellas muchachas se enteraran de que yo había estado allí representando una comedia. Pero, por fortuna, no se descubrió nada. La emoción de las camareras ante la idea de salir en los «papeles» fue tal que no las dejó tiempo para sospechar de mí. El fotógrafo tiró una placa, dos, tres… A la cuarta, una compañera llamada María se dirigió a mí airadísima:

—Tú ya te has retratado bastante. Ahora nos toca a nosotras.

La señorita gobernanta también me llamó la atención.

—Pues no eres tú poco presumida…

Otra compañera me dijo:

—*Pa* mí que tú le has *gustao* al retratista. No hace más que enfocarte a ti en toda la mañana…

Entre el revuelo producido por la visita del fotógrafo, oí a dos que cuchicheaban en el pasillo:

—Esa nueva es una fresca. Yo la he visto guiñar el ojo al fotógrafo.

—Y yo la he sorprendido haciéndole señas.

—Las hay de cuidado.

Al poco rato todas me miraban con recelo. Afortunadamente, antes de que la señorita se enterase de nada de esto dieron las dos. Me quité la cofia y el delantal y me marché a la calle, diciendo: «Hasta luego.»

Pero no volví más. ¡Y eso que me hubiera gustado saber lo que hablaron de mí las compañeras aquella tarde!

Crónica

29-IV-1934

Noches de verano en Madrid

Lo que se ve y lo que se oye en las terrazas de los grandes cinematógrafos

La verdad es que el día lo pasamos mal, porque ¡hay que ver el calor que hace! Pero por la noche nos reímos de los que se han marchado fuera y se están gastando los cuartos, y al mismo tiempo aburriéndose. Sí, señores; lo menos tres cuartas partes de los madrileños que salen de veraneo se aburren los pobrecillos de un modo… Nosotros, en cambio, aquí tan a gusto. Sudando la gota gorda, pero tan a gusto. Y es que tenemos una de sitios donde ir…

Hay muchos lugares de esparcimiento para los madrileños noctámbulos; pero los más frecuentados en estos días de calor son las terrazas de los cines. En Madrid hay cines al aire libre al alcance de todos los bolsillos. Los que no disponen más que de un par de perras gordas para satisfacer el deseo de admirar a Marlene Dietrich tienen a su disposición unos inmensos corralones, con sillas de madera, desde donde pueden ver unas películas por las que hace cuatro años pagaron un duro los señoritos de la Gran Vía. El público de clase media y el público francamente burgués, en lugar de corralones, tienen unas espléndidas terrazas que, si bien cuestan algo más de dos perras gordas, ofrecen películas menos retrasadas y el bello espectáculo que presenta Madrid por la noche a vista de pájaro. Estas terrazas son bastante más distraídas que los cines de invierno, sencillamente porque en invierno no se puede ir al cine más que con el inocente propósito de ver la película o con el menos inocente de aprovecharse de la oscuridad que la película requiere.

En cambio, el observador, o simplemente el «fisgón», no tiene nada que hacer en los cines de invierno, porque el público llega tarde y se marcha pronto, deseoso de reintegrarse al hogar calentito. En cambio, ahora, en las terrazas de los cines, al «fisgón» se le ofrecen perspectivas insospechadas.

Yo voy a «fisgar» un ratito en esta terraza de público de clase media, y voy a contarles a ustedes lo que he visto y oído, porque si me lo callara no tendría gracia, ¿verdad?

Todo acabó bien, como en la pantalla

Se han acercado a la taquilla un señor maduro y una joven tostada y acaramelada. Tostada por el sol que toma todas las mañanas en la piscina, y acaramelada con el señor maduro, que tiene aspecto de ser hombre de cuartos.

—¿Me da dos butacas?

—¿Fila?

—De las últimas: la última, si es posible.

Una vez instalada en dos butaquitas de la última fila, la pareja respira a todo pulmón el fresco airecito que corre, y después, la muchacha comienza la conversación.

—¡Estás contento!

—Sí; muy contento.

—¿Me quieres mucho?

—Muchísimo, chata.

—¿Y cuándo nos vamos a casar?

—¡Mujer! Ya hablaremos de eso.

—El primer día me dijiste que si yo te quería nos casaríamos en seguida. Pero ya te vas desanimando. Y me parece que ya tienes edad de casarte. Si fuera yo que soy tan joven. Pero tú… No esperarás a salir de quintas. ¿Por qué no me contestas?

—Perdona; es que estaba entretenido con la película.

—¿Y para ver la película has pedido butacas de la última fila? Lo que te pasa a ti, ya lo he notado; es que no te gusta que te vean conmigo. Vas siempre por la calle violento y azorado, y cuando vamos en tu coche, no estás tranquilo hasta que no hemos pasado de Torrelodones.

Cuando aparece en la pantalla el letrero que dice «descanso», la muchachita tostada y acaramelada quiere levantarse a tomar un refresco en el bar que hay en la misma terraza. El señor maduro se opone tímidamente.

—En ese barullo nos encontraremos algún pelmazo, de seguro.

[El cine al aire libre era uno de los atractivos del verano madrileño de 1934]

—¿Ves? ¿Ves como tienes miedo de que te vean conmigo?

De pronto el señor maduro palidece. Por el pasillo avanza hacia él, sonriente, un muchacho joven. El señor maduro se hace el distraído, pero no puede evitar que el muchacho llegue y le abrace.

—¡Hola, tío! Cuánto me alegro de verte, porque precisamente mañana pensaba ir a tu casa. He llegado anoche. La tía me encargó que no dejara de decirte que los niños están muy bien y ella encantada, pero con muchos deseos de que vayas. Isabelita me dijo, al despedirme: «Oye, primo, no dejes de decir a papá que me traiga la muñeca, y a Carlitos, el aeroplano.» La tía también me dijo: «Dile a mi marido que no trasnoche, que ya sabe que luego, en el invierno, se pone imposible del reúma.»

El caballero maduro está a punto de fallecer. No quiere mirar a su joven compañera, porque teme que esto precipite la solución catastrofica. En cambio, a su joven sobrino le mira con ganas de asesinarle; pero el muchacho sigue hablando con una inconsciencia desesperante.

—Bueno; pues ya sabes que todos están muy bien. Yo volveré dentro de unos días. Si quieres darme algo para ellos… Oye, y a propósito: ¿tienes ahí cinco duros sueltos? Tengo esta noche un compromiso.

El señor maduro saca de muy mala gana un billete de la cartera. No será el último. Adivina que este sobrinito sinvergüenza le va a estar chantajeando todo el invierno a propósito del encuentro del cine.

Al quedarse solos el señor maduro y la jovencita hemos oído toda clase de adjetivos malsonantes. Ella ha querido irse. Ha amenazado con un escándalo. El pobre señor no ha tenido más remedio que ofrecer muchas cosas: un abrigo de pieles para la próxima temporada, un viaje a Málaga, un bolso de cocodrilo, unos zapatos de serpiente y un piso en la Avenida de la Plaza de Toros.

En vista de esto, la muchacha tostada y acaramelada ha dicho, secándose las lágrimas:

—Me has destrozado la vida y debería matarte; pero te perdono porque nunca querré a nadie como a ti.

Señores otoñales y parejas tiernas

En invierno, el público de los cines, sobre todo por la tarde, está compuesto de gente joven. En cambio, en verano en las terrazas abundan los señores otoñales. Y es que estos señores otoñales cuando viven es en verano. En invierno se ven obligados a ir tirando de unas señoras gordas que les traen sacrificados, y a soportar a cinco o seis niños pequeños. Ahora las señoras gordas están haciendo jerseys en Cercedilla, y los niños pequeños están vestidos de blanco, con unos gorritos de marino, y dedicados al deporte de echar tachuelas en las carreteras. Y, ¡claro!, los señores otoñales van al cine con las jovencitas tostadas y acarameladas.

Esto no quiere decir que en las terrazas no se vea también gente joven. Aquí mismo, a mi lado, hay una parejita de novios. Durante el descanso se han acercado al mostrador a tomar un refresco, y ahora están junto al pretil mirando las estrellas. Él se

siente subyugado por las luces de la ciudad, y habla no sé qué de alturas, y de lejanías, y de perspectivas fantásticas y maravillosas. Y termina diciendo:

—Mira cómo hacen guiños las luces de la ciudad para no ser menos que las estrellas.

—Es verdad —contesta la muchacha—. Yo no entiendo bien todas esas cosas que tú dices; pero también a mí me gusta mucho ver las luces de Madrid desde lejos. Oye, y digo yo que cuánto fluido gastarán, porque en mi casa solo tenemos cinco luces y no hay mes que no paguemos doce pesetas.

El guarda silencio, desilusionado; pero ella insiste.

—Oye. ¿Y quién paga todas esas luces? ¿El Ayuntamiento?…

La terraza, buen lugar de «pesca»

En las terrazas de los cines más elegantes, la gente concede a las luces menos atención. Esto no quiere decir que no hablen de ellas un ratito; pero las señoritas de las terrazas caras, como, al menos, presumen de conocer París, no le dan tanta importancia al conjunto de letreros luminosos que se ve desde arriba. Las parejas de las terrazas elegantes suelen hablar de la luna y de las estrellas. Por si el dato fuera interesante, apuntaré que de ocho parejas a las que oí hablar de la luna la otra noche, siete se plantearon el problema de si la luna estaría habitada o no. Tres de estas parejas opinaron que, desde luego, en la luna debía de haber gente. Otras tres se pronunciaron en contra de esta hipótesis, afirmando que en la luna no podía haber personas, porque si las hubiera, con los adelantos que hay, ya ahora sabríamos algo de ellas. La séptima pareja se quedó dudando.

Las señoritas que cuando acuden al cine en invierno se están muy calladas y muy pendientes de la pantalla, ahora, en las terrazas, no hacen más que hablar. Y es que ahora no se viene al cine exclusivamente por la película; se viene por pasar el rato y por tomar el fresco. Si de paso se puede quitar el pellejo a una amiguita de las que se han marchado de veraneo, pues mejor.

—¿Has visto qué fresquito, mujer?

—Delicioso. Yo tengo verdadero frío. Por eso no nos hemos marchado. ¡Buena gana!

—Eso digo yo. Ayer vino el novio de mi hermana de San Sebastián, y dice que hace allí más calor que aquí.

—Sobre todo, es un calor más pegajoso.

—Naturalmente.

—¿Has visto al marido de Carmen López? Ahí detrás está, con una rubia.

Los hombres son tremendos.

Bueno; después de todo, el pobre hace bien… en distraerse, porque creo que

Carmen también está dando que hablar lo suyo en El Sardinero.

También abundan mucho entre el público de las terrazas tos que van solos en busca de una aventurilla. Las señoritas que necesitan que les pongan un piso saben que en las terrazas de los cines es fácil encontrarse con un señorón de esos que tienen a la familia de veraneo. Las muchachas honestas que desean casarse saben también que como en Madrid en verano hay muchos más hombres que mujeres, es más fácil encontrar una buena colocación. Además, en los cines de invierno todo el mundo está muy seriecito, y está mal visto hablar con los vecinos de butaca. Ahora es distinto. Ahora, con el pretexto del calor, pues…

—¡Qué nochecita! ¡Ni aquí se respira!

—¡Es verdad! Y eso que parecía que iba a llover.

Luego, en el descanso, las muchachas pasean por la terraza; los muchachos, también, y entonces ya no hay inconveniente ninguno para entablar conversación a base del alumbrado de Madrid, que está muy bonito desde arriba. Después se habla de la luna, de las estrellas…

Crónica
19-VIII-1934

Otra sesión histórica

El Congreso después de la revolución

El lunes, día 5, se celebró en el Congreso una sesión de las llamadas históricas. En poco más de tres años de régimen parlamentario hemos presenciado una cantidad de sesiones históricas que mete miedo. Casi me atrevería a asegurar que las sesiones no históricas escasamente habrán llegado a las dos docenas.

En la calle, en los tranvías, en el Metro y en todos los cafés se hablaba el lunes de lo que iba a pasar en el Congreso. Hasta los famosos leones de la puerta, que ya deben estar algo cansadillos los pobres de tener la zarpa constantemente colocada sobre la bola, estaban un poco alterados. Cuando yo pasé por donde ellos están, oí que el de la izquierda le decía al de la derecha:

—¡Qué barbaridad! ¡Pues no hay guardias aquí, ni nada!…

—Es que esta tarde «toca» sesión histórica, y de las mías —contesta el de la derecha…

El león de la izquierda miró de reojo a su compañero y dijo, un poquito molesto.

—¡Claro que de las tuyas!… No se ven más que caras derechistas. Te aseguro que si yo fuera un león consciente ya me hubiera marchado de aquí. Soy el único izquierdista que queda en la Cámara esta tarde. Temiendo estoy que mis correligionarios me tachen de *esquirol*.

—Bueno, haz el favor de no buscarme las cosquillas, porque hoy te puedo.

—Tienes razón. Y además me coges cansado. Son ya muchos los años que llevamos discutiendo. ¿Te acuerdas de cuando yo era de Sagasta y tú de Cánovas?

—¿Y cuando nos enredamos porque tú defendías a Canalejas?

—¡Y menudo tirón de las melenas nos dimos una noche porque a mí se me ocurrió decir «Maura, no»! ¡Tanto ha visto uno!… Yo te digo que el día menos pensado me retiro de la política…

—Y yo…

No pude oír más, porque se acercaba el momento de la sesión histórica y no era cosa de pasársela en la puerta. Entré. Los pasillos hervían. Por todas partes se comentaba la decisión tomada por los socialistas aquella misma mañana, y que consistía en no acudir a la histórica sesión. Tres días se habían pasado deliberando. El diputado comunista señor Bolívar tampoco aparecía por ninguna parte. Un periodista de derechas me dijo:

—El hombre se ha pasado tres días por los pasillos, reunido consigo mismo y deliberando. Por fin, ha decidido por «unanimidad» secundar a los socialistas en su actitud.

Y uno de izquierdas le devolvió el golpe:

—En cambio, la minoría fascista ha venido en pleno.

Al decir esto señalaba a don José Antonio Primo de Rivera, que estaba dejando su abrigo en el guardarropa.

A las cuatro y media comenzaron a sonar los timbres. Los diputados entraron al hemiciclo, y nosotros emprendimos la ascensión a las tribunas. Muchas sesiones históricas hemos conocido, como antes dije, pero ninguna ha sido igual a las otras. En todas hemos visto algo nuevo. En la del lunes yo vi algo novísimo. Vi cómo unos señores desconocidos abrazaban a los periodistas antes de dejarles pasar a la tribuna. Yo me detuve un tanto alarmada, como es natural, y entonces vi cómo del grupo salía una señora que, conduciéndome a una habitación contigua, comenzaba a abrazarme a mí también. Me di cuenta de que aquello era que nos cacheaban. La señora entendió que la pluma estilográfica no era ningún arma peligrosa, y me dejó pasar, después de darme las gracias gentilmente.

Desde la tribuna vi otra cosa también sin precedentes en las sesiones históricas. Aquellos escaños, en los que un día se sentara Balbontín clamando por el gobierno obrero y campesino, estaban ocupados por don Cirilo del Río y por los diputados vasconavarros, y entonces alguien pronunció una frase también nueva: *¡Cómo cambian los tiempos!* Otro periodista la tradujo al latín: *Oh témpora! Oh mores!*

Cerca de cien escaños aparecían vacíos. No estaban ni los socialistas, ni los de Martínez Barrio, ni siquiera los de Maura. La extrema izquierda decididamente la formaban los vasconavarros. Tres o cuatro ministros subieron a la tribuna de secretarios a leer proyectos de ley. Naturalmente, nadie les hizo caso, especialmente las incontables señoras que llenaban las tribunas y que con sus gestos parecían decir: «¿A quién se le ocurre ponerse a leer esas cosas tan aburridas cuando estamos aquí todos esperando que empiecen a decirse groserías de un momento a otro?» Y tenían razón las señoras. Eso de leer leyes no tiene importancia. Para esa cuestión ya están los Consejos de ministros. La misión del Poder legislativo, según las señoras que pueblan las tribunas, consiste en que los legisladores se llamen de todo, y nosotros, desde arriba, pues… tan divertidos.

Al fin comienza lo histórico de la sesión, que voy a reseñar en un momento, porque en estos días tan agitados en que vivimos, todos debemos aportar nuestro granito de arena a la Historia de España.

El presidente del Consejo, señor Lerroux, pronuncia un discurso explicando la revolución, y los monárquicos se enfadan un poco porque el señor Lerroux ha dicho que está contento de haberles arrebatado las tuerzas de la CEDA. Lo más histórico del discurso del jefe de Gobierno fueron estas palabras: «He vencido a las extremas izquierdas y estoy dispuesto a vencer a las extremas derechas, si llega el caso.»

Después habló el señor Gil Robles para defender el voto de confianza al Gobierno. También pronunció frases históricas, como estas: «El pasado movimiento ha sido el más grave que ha visto España y uno de los más graves que ha visto Europa.»

Para terminar, y para que no se fueran decepcionadas las señoras de las tribunas,

hubo su poquito de escándalo, porque el señor Samper le dijo al señor Cano López:

—Su señoría y yo nos conocemos hace mucho tiempo…

La verdad es que la frase, tan inofensiva, no justifica el barullo que se armó. Pero… ¡misterios del Poder legislativo!

A pesar de todo, los que iban dispuestos a divertirse salieron decepcionados de la sesión histórica. En la puerta yo oí que una señora le decía a su esposo:

—Tanto esperar este día, y… ni una mala bofetada que justificara la expectación.

Crónica
11-XI-1934

1935
La Voz
Mundo Gráfico
Crónica

Don Pío asistió ayer por primera vez a una sesión ordinaria de la academia

El hombre de la calle

Los académicos de la Lengua se reúnen los jueves de todas las semanas, con objeto de limpiar, fijar y dar esplendor al idioma castellano, que es su obligación. Ayer, que fue jueves, naturalmente, se reunieron, y a esta reunión acudió el nuevo académico recibido el domingo pasado en la docta Corporación.

—Yo fui —me dice don Pío Baroja— porque me parece que la obligación es esa y además por enterarme de lo que pasa en esas reuniones.

—¿Y qué pasó, don Pío?

—Pues nada de particular. Llegamos allí y ocurrió una cosa que yo no sospechaba. El obispo comenzó a rezar. Después que hubo rezado durante un ratito nos sentamos y los académicos más duchos en la materia que yo, que era nuevo, comenzaron a discutir allí unas cuantas palabras. Cuando comprendieron que estaban suficientemente discutidas volvió a rezar el obispo, y nos marchamos… Eso fue todo…

—¿Y piensa usted seguir yendo a estas reuniones?

—A algunas iré…

La verdad es que no hay nada tan agradable para un reportero como que el director del periódico lo mande a hacer una interviú a don Pío Baroja. Lo primero, porque no hay que molestarse mucho en buscarlo. Ya es sabido que, excepto de tres a seis de la tarde, que son las horas que don Pío se dedica a dar vueltas por las librerías de viejo, el resto del tiempo se lo pasa el autor de *Camino de perfección* en su casa de la calle de Mendizábal; y se sabe también que siempre está dispuesto a derrochar con el reportero o con quien sea esa charla llana y simpática suya, matizada de esa cosa tan agradable y que tanto nos gusta a todos, digámoslo o no lo digamos. Me refiero a lo que en términos académicos se llama murmuración, y en términos más vulgares, pero más expresivos, «el cotilleo». Cuando yo he llegado esta mañana a su casa, don Pío estaba colocando libros en un baúl mundo.

—¿Es que se marcha usted de viaje?…

—Sí, dentro de unos días emprenderé el viaje de todos los años a Vera del Bidasoa. Allí nos estamos hasta que el invierno nos echa otra vez para acá.

—Pues yo vengo a que me diga usted algo de lo que tanto se ha hablado ya. De su ingreso entre los oficialmente inmortales.

—Me parece que ya está dicho todo.

—¿Está usted contento de su ingreso en la Academia?

—Uno ya no se emociona como de chico; pero la verdad es que entre aquel

ambiente frío y protocolario hubo algo que me impresionó, y fue la actitud del público. El salón estaba totalmente lleno, y no sabe usted cómo aplaudían. Se conoce que les gustó aquel discurso tan poco académico. Hasta ahora, allí solo se han dicho cosas eruditas, y yo comprendo que chocaría el que yo comenzase a hablar de la calle, y hasta de las tabernas. Usted ya sabe que estos discursos hay que mandarlos antes para que la Academia los examine y vea si son oportunos o no. En este último caso se devuelven para que el nuevo académico lo arregle o haga otro. Yo bien creí que me devolverían el mío; pero no fue así. Se conoce que aquello va evolucionando.

—Hay mucha gente extrañada de que usted haya ido a la Academia…

—Lo creo. Si el primer extrañado soy yo… No sé, la verdad es que no sé por qué me han metido allí… Yo no sé nada de las cosas que allí se discuten. No sé nada, por ejemplo, de gramática, y ya no creo que aprenda… A mí me escribieron el año pasado diciéndome que me querían hacer de la Academia. Yo contesté que si para eso había que hacer algo, que si tenía yo que moverme o buscar votos, que prescindieran de mí, porque yo eso no lo hacía… Así estábamos cuando me vi soprendido por la elección. Crea usted que aún no sé quiénes son los que me han votado. Me pongo a pensar en los que yo creo posibles votantes míos, los sumo, y a pesar de todo no me salen mayoría, porque la verdad es que gente de «la cáscara amarga» hay allí poca por lo que yo he podido ver.

—Tal vez le votara el obispo…

—Es que ni aun así me salen votos bastantes. En fin, es igual… El domingo tengo que volver, porque es costumbre o ley de la Academia que el último académico recibido tiene que acompañar al nuevo que entre inmediatamente después de él. El domingo lee su discurso Navarro Tomás y yo iré a acompañarle.

—Ese si que sabe gramática, don Pío.

—Hombre…, ¡ese debe saber un horror!…

—Oiga, don Pío: dicen por ahí que usted, viejo anarquista y hombre de la calle, no debió ponerse el frac…

Don Pío se ríe de buena gana, y me contesta:

—Pero, si es que no dejan entrar de otra manera. Que más hubiera querido yo que poder ir con esta boina que tengo puesta. Pero para entrar allí es condición indispensable vestirse de mamarracho… Si no, no se puede…

—¿Y ahora, qué prepara usted don Pío?

—No tengo labor empezada de momento, porque acabo de terminar esos dos libros que se han publicado sobre Aviraneta. Seguramente reanudaré la serie que titulo *La juventud perdida*, y de la que ya publiqué el volumen titulado *Las noches del Buen Retiro*. Seguiré la serie con otros personajes, y en otra época… Pero no me ilusiona mucho la idea. Yo creo que uno ya ha dado de sí todo lo que tenía que dar… Las cosas buenas que produce el escritor y todo hombre en general son las que se cocieron en su cabeza desde los quince a los vientitrés años. No sé si estaré equivocado, pero me parece que no; esos años son más decisivos en la vida de la

persona que todo lo que viene después, por importante que sea. Esos años son el momento dramático de la vida; lo demás son entreactos. Yo los recuerdo como si los estuviera viviendo ahora mismo. Le aseguro a usted que tengo mucho más vivo el recuerdo de un suspenso en Patología cuando tenía dieciocho años, que el de mi recepción como académico de la Española, ocurrida el domingo…

—¿Y por qué abandonó usted tan definitivamente su carrera de médico?…

—Aquello no me gustaba mucho. Algunas cosas sí que llegaron a interesarme; por ejemplo, la fisiología. Pero no se podía hacer nada. Teníamos un catedrático muy bruto, un texto muy malo. Claro que hubiera podido buscar otros libros mejores; pero no había modo, porque era preciso aprenderse el texto… Por esas cosas creo yo que se malogran muchos estudiantes. Es posible que si me hubieran obligado a escribir novelas inocuas también le hubiera tomado horror a la literatura.

Hasta la escalera sale don Pío a despedirme hablando de veinticinco cosas. Aún volvemos a darle otro toquecito a la Academia.

—La verdad es que uno no sabe todavía lo que va a pintar allí… Uno no tiene nada de erudito.

Claro que no tiene nada de erudito don Pío Baroja; pero ya quisieran muchos eruditos haber podido contar las aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox…

La Voz
17-V-1935

Los hombres de la Generalidad en el banquillo

Mucho han cambiado las cosas en cuatro años

Si este salón de Plenos del Tribunal Supremo hablara podría contar muchas cosas. Durante cuatro años, en este salón han ocurrido sucesos sensacionales. Aquí vinimos a principios del año 1931 llenos de emoción republicana, y en el banquillo donde hoy se sientan los hombres de la Generalidad se sentaron entonces, también custodiados por dos inmóviles guardias civiles, los que pocos días después gobernaban la República. ¡Parece que fue ayer! Y, sin embargo, el mundo ha dado muchas vueltas. Algunos de aquellos hombres están hoy ocupando las más altas magistraturas del Estado. Otros están fugitivos o presos. Uno de ellos, el señor Casares Quiroga, después de correr también los más distintos avatares, está aquí hoy tranquilamente esperando a que el Tribunal lo llame para deponer como testigo. Nadie está donde estaba entonces. Todos aquellos hombres han recorrido caminos accidentadísimos y largos en tan poco tiempo. Es decir, hay uno, un solo hombre de los que aquellos días fueron protagonistas, que está donde estaba.

El señor Ossorio y Gallardo viste hoy, como durante aquellos días memorables, su toga de defensor. Está donde estaba. Es el único representante de la continuidad en esta sala de las sorpresas, porque hasta los Tribunales, que por ser lo más serio de este salón parecen lo más mutable, también han cambiado mucho. El año 1931 el Tribunal estaba compuesto por imponentes generales. Era el Consejo de Guerra y Marina el encargado de juzgar a los hombres civiles que se habían sublevado por la República.

Año y medio después se operó la transformación radical. Los generales estaban entonces sentados en el banquillo (me refiero al proceso del general Sanjurjo y sus compañeros), y el Tribunal estaba formado, en cambio, por hombres de toga. En la sala sexta del Supremo la que entendía en aquella vista, también sensacional. Hoy, los juzgadores no son tampoco hombres de toga. A los exconsejeros de la Generalidad va a juzgarlos el Tribunal de Garantías. Es el más alto Tribunal de la República, un Tribunal que viste de americana. Mucho han cambiado las cosas en cuatro años.

Audiencia pública

[«Mucho han cambiado las cosas en cuatro años…» Los familiares de Companys esperando entrar en el salón de plenos del Tribunal Supremo.]

La verdad es que este proceso, a pesar de ser importantísimo, no ha despertado la expectación que otros análogos. Debe de ser porque ya estamos tan acostumbrados a las emociones fuertes que no nos producen sensación. A pesar de todo, hay bastante cola de público. El número uno de la cola lo ocupa todos los días el señor Pi y Sunyer, un ejemplo más de estos cambios bruscos a que nos hemos referido. El señor Pi y Sunyer ha sido durante estos cuatro años consejero de la Generalidad, ministro de Trabajo de la República y alcalde de Barcelona.

Ahora es simplemente un «colista» que siente la vanidad de ser el primero. Vayan ustedes a saber… A lo mejor esto le produce más satisfacción que ser exministro.

Los procesados han llegado en un coche muy grande, con policías y guardias civiles; pero nadie los ha visto más que de lejos. Todos los ocupantes del salón, que ya está lleno, tenemos los ojos fijos en la puerta por donde han de salir los procesados.

Cuando aparecen, seguidos de los guardias, hay grandes murmullos, y se multiplican los comentarios.

—Parece que está más viejo Companys…

—Yo encuentro que está mejor que nunca…

—Y aquel alto, ¿quién es?

—Ese es Lluhí.

—¡Anda! ¿Pues no decían que estaba enfermo? Tiene un gran aspecto. La cárcel le ha sentado mejor que el Palace, que era donde se hospedaba antes cuando venía a Madrid.

Los comentarios duran mucho rato, todo el rato que tarda el secretario del Tribunal de Garantías en leer una cosa que se llama el apuntamiento y que es un «latazo» muy grande que hay que aguantar siempre que se asiste a un juicio oral.

El silencio se hace, por fin, cuando se levanta a hablar el primero de los

procesados. Es el señor Lluhí, consejero que fue de Justicia de la Generalidad de Cataluña. Alto, erguido, serio, contestando con seguridad a las preguntas del presidente.

—¿Cómo se llama usted?

—Juan Lluhí Vallescá.

—¿Su edad?

—Treinta y siete años.

Al oír esta respuesta, algunas señoritas espectadoras se empinan todo lo que pueden porque no ven bien al procesado desde sus asientos.

—No está mal eso de treinta y siete años —comentan—, y, además, tiene buen tipo.

Continúa el presidente:

—¿Su estado?

—Casado —contesta inmediatamente el señor Lluhí, y huelga decir que las señoritas que estaban en la sala con el oído alerta y el ojo avizor han hecho un mohín muy significativo. Pierden, por fin, todo su interés por este procesado, que es el más elegante de todos cuando contesta a otra pregunta:

—¿Tiene usted hijos?

—Tres hijos.

Ahora las señoritas espectadoras ya casi se enfadan. Tres hijos a los treinta y siete años. ¡No hay derecho!

Como los procesados son siete y los testigos treinta o cuarenta, quiere decirse que al día siguiente de comenzar la vista el presidente está fatigado de hacer tantas preguntas y nosotros fatigadísimos de oírlas. Menos mal que, gracias a eso, nos hemos enterado de las interioridades de medio Madrid y de medio Barcelona. Sabemos que el señor Sánchez Guerra tiene treinta y nueve años y que ha sido procesado varias veces por delitos de imprenta. Sabemos también que un alto jefe de la Guardia civil ha nacido en Trujillo. No es tampoco un secreto para nosotros la edad del señor Salazar Alonso ni la de dos capitanes, un comandante, un general de la Guardia civil y varios empleados de la radio de Barcelona. Sabemos también los hijos que tienen todos ellos. Claro que nada de esto nos importaba mucho; pero… el saber no ocupa lugar, como nos decían de niños.

El primer día de la vista ha transcurrido un poco aburrido. Las declaraciones, aunque han tenido momentos de emoción, han sido lentas, demasiado lentas.

Al día siguiente, es decir, el segundo día, se produce el primer movimiento de intensa emoción en la sala. El presidente ha llamado como testigo al señor Pérez Farrás. De este hombre se habla constantemente en el sumario.

Era el comandante de los Mozos de Escuadra, y ha estado condenado a muerte. Ahora cumple cadena perpetua en el Penal de Cartagena. La emoción de la sala se convierte en angustia dramática cuando se produce el careo entre Pérez Farrás y el comandante que mandaba las primeras fuerzas que fueron contra la Generalidad. Los

dos están frente a frente. También lo estuvieron hace algunos meses en Barcelona; pero con las armas en la mano.

La tensión aumenta. Estos dos hombres pudieron matarse aquella noche.

—Yo no disparé contra tus hombres —dice Pérez Farrás.

—Tú disparaste, o mandaste disparar. Me mataste a seis artilleros.

¿Y los procesados? ¿Qué cara pondrán ahora los procesados? ¡Es una lástima que no podamos verlas! Todos están de espaldas.

Mundo Gráfico
5-VI-1935

La famosa médica y pedagoga doctora Montessori se encuentra estos días en Madrid

La doctora Marta de Montessori no es, como quizá se figuren ustedes, una vieja acartonada y agria, como suelen ser estas sabíhondas internacionales. Nada de eso. La gran educadora italiana es una dama arrogante y majestuosa, que viste con elegancia, que sonríe siempre y que tiene el aire entonado de una condesa de novela. Además, y como la belleza no creo que esté reñida con la sabiduría, no se extrañarán ustedes si les digo que la doctora María de Montessori es muy guapa. Los cabellos blancos prestan una serenidad magnífica a su rostro inteligente y a sus ojos, que deben de haber sido, y todavía son, hermosísimos. Yo me imagino la revolución que se armaría entre los estudiantes de la Universidad de Roma cuando a fines del siglo pasado se presentó allí la entonces joven María de Montessori, dispuesta a estudiar su carrera de Medicina como uno de tantos…

—¿Muy pocas mujeres estudiarían entonces en Italia? —pregunto a la doctora.

—Ninguna. Yo fui la primera —me contesta—. Mi decisión de estudiar produjo un asombro tremendo, porque a ninguna mujer se le había ocurrido semejante cosa.

—A pesar de eso, ¿estaba permitido a las mujeres entrar en la Universidad?

—Le diré a usted… Permitido no estaba…; pero como tampoco estaba prohibido, no hubo modo de impedir mi ingreso. A los hombres no se les había ocurrido que las mujeres pudiéramos intentar un día la entrada en la Universidad, y por eso no se cuidaron de promulgar las leyes que pudieran evitarlo…

Después de terminar la carrera de Medicina, María de Montessori quiso ser catedrática, y lo fue, aprovechándose de que por otro descuido de los hombres tampoco esto estaba prohibido. Ganó en buena lid la cátedra de Antropología pedagógica, y la ejerció durante muchos años. Trabajadora infatigable, alternaba los trabajos médicos con los pedagógicos, y publicó tres obras que le dieron fama mundial. Una se llama *Antropología pedagógica*; otra, *El método de la pedagogía científica aplicado a la educación de la infancia*, y la tercera, *La autoeducación en la escuela elemental*.

Este último libro ha dado origen a un nuevo tipo de institución docente, que se conoce con el nombre de Escuela Montessori, o simplemente Montessori, el cual rápidamente se ha extendido por todos los países, suscitando la atención de los científicos y la protección de los gobiernos.

Las demandas de maestros para ejercer la nueva pedagogía obligaron a la doctora Montessori a interrumpir sus estudios e investigaciones para convocar cursos internacionales de maestros, que tuvieron lugar con gran afluencia de alumnos de todas las naciones en Italia, Holanda, Estados Unidos y España.

Ahora está entre nosotros la ilustre italiana, conocida en el mundo entero. Ha venido invitada por el Ministerio de Instrucción Pública para dar en Madrid unas conferencias sobre su método famoso.

—Se habla mucho del método Montessori —dice la doctora—, y yo tengo que decir que no es precisamente un método. Este nombre se lo pusieron a lo que podríamos llamar sistema de educación los americanos en su afán de simplificar las cosas. Lo que yo he divulgado es más bien un conjunto de normas, o más bien, de observaciones obtenidas después de haberme dedicado durante años al estudio del cuerpo y del alma de los niños.

—Sus conocimientos médicos habrán ayudado bastante a sus investigaciones pedagógicas…

—Ya lo creo. El conocimiento del cuerpo del niño es imprescindible para modelar su alma…

Después de un momento de silencio, la doctora Montessori dice, como hablando consigo misma:

—Los niños… Yo querría un mundo nuevo para los niños. Es absurdo que se los obligue a vivir en el mundo de los adultos… Los hombres quieren ser libres; pero condenan a los niños a la esclavitud, y esto es monstruoso.

—Sin embargo, ahora los nuevos estados se preocupan mucho de los niños…

—Afortunadamente…; pero todavía falta mucho. Falta en primer lugar que los maestros tengan la consideración debida… Yo publiqué hace años en Inglaterra un artículo, del que se habló mucho y en el que yo establecía un paralelo entre los médicos de niños y los maestros. Mucha importancia tienen los pediatras… Ellos son considerados, respetados, ganan mucho dinero… Esto está bien… Está bien que el hombre que tiene en sus manos el cuerpo de los niños y que se ocupa de los problemas materiales que el niño suscita goce de una posición brillante en la sociedad. ¿Pero por qué el maestro, que tiene que modelar y cuidar el alma del niño, no goza de la misma consideración? ¿Por qué no se le exige tanto como al médico, o mucho más, y por qué no se le ofrecen, en cambio, al menos, las mismas compensaciones?…

Aunque la doctora Montessori no tiene mucho interés en hablar de política, de toda su conversación se desprende que no siente gran entusiasmo por los regímenes liberales y democráticos, como el nuestro…

No quisiera pecar de indiscreta, y pido perdón de antemano a la ilustre doctora, que al parecer se encuentra identificada con el fascismo.

—Sin embargo —digo—, las mujeres debemos todas nuestras conquistas a las revoluciones, a los regímenes liberales y avanzados…

—Es verdad… Aquí han conseguido ustedes mucho, tienen hasta voto… En Italia no lo tenemos…

—¿Ve usted?

—Sí… Pero eso, a mi juicio, no tiene importancia. Yo, en tiempos, luché mucho

por conseguir esos derechos. Fui de las primeras que los pidieron… Después me he convencido de que eso no es lo fundamental y de que la libertad es un concepto relativo…

En fin, que la doctora Montessori forma en la gran legión de intelectuales italianos que se han «adaptado a las circunstancias»…

—En Italia no hay huelgas… —me dice de pronto.

La admiración que siento hacia esta mujer extraordinaria y el respeto que me inspiran sus canas me impiden discutir.

La Voz
5-VI-1935

Pastora Pavón, «La Niña de los Peines» y la mejor «cantaora» de España, está desilusionada del cante y quiere retirarse

El alboroto que se arma en Madrid cuando canta Pastora

Hasta la calle de Alcalá llegan rumores de que en la Plaza de García Hernández (antes plaza del Rey) se agolpa una muchedumbre imponente, que los guardias pueden a duras penas contener. Y aunque a mí los acontecimientos donde intervienen los guardias me producen siempre un instintivo movimiento hacia atrás, que raras veces contengo, domino por el momento esta prudencia tan saludable y me voy a ver qué es lo que pasa. La calle del Barquillo es un río humano, y por la plaza, los caballos de los guardias de Seguridad caracolean de un modo impresionante; los de Asalto, con los fusiles en la mano, parece que van a hacernos polvo de un momento a otro.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —pregunto a un guardacoches que contempla el espectáculo—. ¿Es que está ardiendo el Circo quizá?…

—Casi nada… *La Niña…* No es más que *la Niña*, que siempre arma estos alborotos.

—Pero ¿qué niña es esa?…

—¿Qué niña va a ser?… Decir niña, es lo mismo que decir don Niceto… No hace falta más para que todo el mundo sepa de quién se trata… *La Niña de los Peines,* la Pastora, que esta noche canta en el Circo… ¿O es que no ha visto usted los carteles? …

[Pastora Pavón, «La niña de los Peines»]

Ahora me lo explico todo. Ahora me explico por qué la multitud se agolpa y por qué los guardias toman sus precauciones, en evitación de lo que puedan hacer los centenares de personas que forzosamente se han de quedar sin billete. Para los buenos aficionados al cante, *la Niña de los Peines* es algo así como Lenin para los comunistas, porque no hay más que ella en el mundo. Y por si esto fuera poco, da la casualidad de que *la Niña* no se prodiga. Raras, rarísimas veces aparece en los carteles madrileños; y cuando aparece, solo canta un par de veces, cuando más. Por eso los que de verdad gustamos del cante magnífico de la Pastora, tenemos que conformarnos, casi siempre, con poner un disco al gramófono o con oírlos muy de tarde en tarde por la radio.

* * *

Pastora Pavón, *la Niña de los Peines*, está arreglándose en un cuarto del Circo. Mientras se alisa las negras crenchas, toma vahos de un cacharro lleno de no sé qué cocimiento, porque de repente se ha sentido afónica, y esto la tiene preocupadísima.

—¿Usté ve qué desgrasia?… Haberme queao casi sin voz…, precisamente esta noche…, ¡qué dijusto, Señó, que dijusto!

Como todos hemos oído hablar de *la Niña de los Peines* a nuestros padres y hasta a nuestros abuelos, y hemos oído también repetir que niña, lo que se dice niña, lo era Pastora allá por los tiempos de la primera guerra carlista, yo suponía que me iba a encontrar con una carcamal, con una mujer arrugadita y viejecita. Pero les aseguro a ustedes que no ha sido así. *La Niña de los Peines* no es, ciertamente, una niña; pero no es vieja, ni muchísimo menos. Es una mujer gorda y frescota. Ella me ha dicho que tiene cuarenta y cuatro años, y es verdad. Al menos, no aparenta más, y si fuese guapa, probablemente aparentaría menos.

—Lo que pasa —me dice— es que yo empesé con esto der cante a la edad de nueve años…, y desde entonces no lo he dejao…

—Y ¿cómo fue empezar tan pequeña?…

—Pues porque pa esto no hasen farta estudios. Es una grasia, ¿sabuté? Y si se tiene esa grasia, pues se nase con ella…, y en cuantito que se sabe hablá, o antes, pues ya se canta. M’acuerdo muy bien der primé día que canté elante gente. Me llevaron a un café que le desían der Brillante, y allí armé un arboroto tan grande, que me hisieron cantaora de repente. En Sevilla, que era donde yo había nasido y donde vivía, me conosía tor mundo na ma que por la hermana de Arturo. Arturo, mi hermanito, era un cantaor de mucha fama. Desde entonse hasta ahora, en treinta y sinco años largos, fíjese si habrán salió cosa de esta garganta.

—Usted, Pastora, debe de haber ganado mucho dinero con el cante…

—Mucho, hija; muchísimo. Pero a esta fecha estoy más probe que una rata. He tenío siempre muchísima familia y mucha gente a mi al redor a quien mantené, y aluego que yo no puo ve una lástima sin ponerla remedio. Pastora Pavón, *la Niña de los Peines*, no sirve pa guardá una peseta.

—¿Y cómo fue eso de ponerla el apodo que lleva?…

—Po verá usted. No fue cosa mía, sino de la gente de allí de Sevilla. Yo no pensaba llamarme na ma que Pastora, que es mi nombre. Pero en esto que se puso mu de moda un tango que yo cantaba, y que decía así:

Péinate tú con mis peines;
mis peines son de canela…

Y en esto que la gente me empesó a llamar la niña der tango de los peines, y después *la Niña de los Peines*; y de tanto y tanto desirlo la gente, ya me empesaron a anunciar en los carteles como *la Niña de los Peines*, y con *la Niña de los Peines* me quedé…

La verdad es que es poco complicada la *toilette* de esta reina del cante. Un poco de carmín en los labios, unos polvos ordinarios…, un poquito de colorete… Después se atusa una y otra vez el pelo negrísimo, y se lo recoge atrás con una cinta, para que quede formando una especie de escoboncillo sobre la nuca. Entre tanto, el cuarto de *la Niña de los Peines* se va llenando de flamencos: *Guerrita, el Americano, el Canalejas, la Niña de Marchena…* Llegan también otros, que no son flamencos propiamente dichos, sino que son agregados o flamencos *amateurs*…

—¿Qué hay, Pastora?… ¿Cómo va esa ronquera?…

—¡Ay!… *Americano*, hijo…, mu malamente… Me da er corasón que esta noche voy a tener un dijusto…

Un flamenco que llega alarga a Pastora una pastilla.

—Tómate esto, que no te pesará; tiene un nombre mu raro, pero no lo hay en la botica. Te tomas un par de pastillas, y… ni los jilgueros…

Otro flamenco protesta, indignado:

—¡Qué pastillas ni qué na, hombre!… To eso son porquerías pa estropeá er estómago. Vahos y na más que vahos, de esos de hojas de ocalirto. Te lo digo yo, Pastora, que de eso sé más que naide.

En general, los flamencos saben más que «naide», no solo de procedimientos para aclarar la voz de *la Niña de los Peines*, sino de todo. Por eso da gusto estar entre ellos un ratito, oyendo las más peregrinas teorías, expuestas con gran naturalidad y bastantes licencias prosódicas.

Entre todos estos flamencos hay uno a quien *la Niña de los Peines* llama Pepe, y que, a poco que me fijo, me doy cuenta de que es su marido. El llamado Pepe da vueltas por la habitación, y a veces por los pasillos, dando pruebas de evidente malhumor. Luego me entero de que no es malhumor precisamente lo que tiene Pepe,

sino gran preocupación, porque teme que la ronquera de Pastora defraude a los miles de espectadores que se apiñan en las graderías del Circo.

—Anda, Pastora anda; date prisa, que tienes que ensayar un poco…

—Espera, Pepe; hombre, no te sofoques. ¿No ves que me están hasiendo una interviú?…

En vista de esta razón tan convincente, Pepe se marcha a pasear su impaciencia por los pasillos. Pastora me cuenta que lleva mucho tiempo casada, y que tiene una niña de once años. La niña no canta, pero baila que es una maravilla…

—Pero yo no quiero de ninguna manera que se dedique a artista. Que baile to lo que quiera en casa; ahora, pa sus padres, y el día que se case, pa su marido…

—Pues usted no puede quejarse de su vida de artista…

—Yo no…; pero es mejor la vida de casa… Yo la voy a desí a usted, en secreto, que estoy deseando retirarme der to y vivir tranquila en Sevilla, en mi casita, con mi marío y mi hija… No me puedo quejar del público, pero veo que el cante va por mal camino. A la gente ahora no le gusta más que er cante malo. Ya no hay quien sepa apresiar unas siguiriyas o unas soleares o unas tarantas. Ahora el público pide milongas o colombinas…, y eso ni se párese siquiera ar cante…

El Niño Ricardo, que es quien va a acompañar a Pastora a la guitarra, nos ha cortado definitivamente la conversación.

Poco después están en la pista del Circo *la Niña de los Peines* y *el Niño Ricardo*. La gente se vuelve loca aplaudiendo. Pastora, con su voz desgarrada y su acento, que nadie lo aventaja en patetismo, comienza a cantar por soleares…

—Vamos a ve, Pastora; vamos a ve… —anima el guitarrista.

Ay… ayyyyy… ayyy…
A mi puerta has de llamá…,
y no te he de abrí la puerta…,
¡y me has de sentí llorá!…

Y después de esta letra magnífica (nadie puede decir más en menos palabras), viene otra deliciosamente graciosa, cuando Pastora se arranca por fandanguillos:

Como una cosa difísil
me quieren llevar a los baños,
como una cosa difísil,
como si el agua del mar
curara los desengaños
que una mujer cruel me da…

Y después de decir otra porción de cosas que nunca dirá nadie como ella, Pastora

Pavón, la reina del cante, desaparece, seguida de *el Niño Ricardo*, envuelta en un traje verde de raso reluciente.

Crónica
21-VII-1935

1936
Crónica
Mundo Gráfico

«Reportero, te dejo mi cadáver…»

La intimidad del gran don Ramón

Hará de esto tres años escasos. El director de *La Voz* me mandó hacer una encuesta no me acuerdo a propósito de qué, y entre la lista de preguntados figuraba don Ramón del Valle-Inclán. Fui a buscarle al café, y no lo encontré. Tampoco estaba en el Ateneo, y entonces me marché a su casa. Me abrió la puerta Jaimito, el penúltimo hijo de don Ramón, que tenía por entonces unos nueve o diez años. «Papá está un poco malo; por eso no ha salido hoy…» Intenté marcharme; pero Jaime me cerró la puerta. «No, pasa… Ya sabes que a él, aunque esté malo, le gusta charlar. Luego, de seguro que vendrá más gente.»

Pasé. Don Ramón estaba tendido en una cama turca, envuelto en una bata blanca y cubierto por un edredón. Resultaba impresionante verle así en uno de aquellos salones de la casa de la plaza del Progreso; aquella casa antigua y señorona, que parecía hecha para que viviera en ella don Ramón. Sin darme tiempo a que le preguntara por su salud, Valle me dijo:

—Siéntate, que en tu vida has llegado a un sitio más oportunamente. Precisamente estaba escribiendo una cosa que te va a gustar. Son unos versos que tú te encargarás de publicar cuando yo me muera.

—Pero don Ramón, ¿qué dice usted?…

—Lo que oyes. Llevo unos días malos. Estoy aburrido, triste, y me divierto pensando en la muerte. Tú no te haces cargo de la serie de tonterías que se van a escribir cuando yo me muera… Por supuesto que organizaréis eso que se llama una encuesta. Y habrá que ver las contestaciones… ¡Qué cosas dirán aprovechándose de que yo ya no podré contestar! Pero, en fin, te voy a leer el verso.

[La autora con don Ramón del Valle-Inclán durante una entrevista]

Don Ramón despegó la cabeza de las almohadas, hizo una pausa en el continuo sobo de su barba, que ya era completamente blanca, y comenzó a leer. Nunca se me olvidará que los versos empezaban así:

Reportero, te dejo mi cadáver…

Llevo tres días con sus tres noches haciendo por recordar lo que seguía después; pero no puedo. La impresión que me produjo aquel arranque de los versos trastornó por completo mi memoria, que de ordinario es feliz como pocas. Ahora, eso sí, nunca olvidaré la figura de don Ramón leyendo en aquella cama, ni las palabras del comienzo: *Reportero, te dejo mi cadáver…* Tan desconcertada me quedé, que no me atreví a alargar la mano y coger la cuartilla. Otros amigos entraron en la sala, y ya formado el corro que a él le gustaba, volvió a dar lectura a los versos. Todos los celebraron mucho, y don Ramón insistió ante ellos:

—Se los voy a dar a «ézta», para que «loz» publique cuando yo me muera…

Pero no me los dio, ni yo me atreví a pedírselos. Mi cariño hacia don Ramón estaba por encima de todos los éxitos periodísticos. Ahora lo siento, y no ciertamente por eso. Lo siento porque aquella cuartilla manuscrita, que decía cosas extraordinarias, hubiera sido un magnífico recuerdo de don Ramón del Valle-Inclán.

Hablamos de otras cosas. Pero aquel día se le veía preocupado, y noté que la idea de la muerte no le abandonaba un momento. Por cambiar de conversación, yo le pregunté cómo iban las gestiones que hacían entonces sus amigos cerca del Gobierno para que le nombrasen director de la Escuela de Bellas Artes de Roma, cargo en el que pensaba don Ramón desde mucho antes de venir la República. Se animó un poco.

—Si me lo dan, os invitaré a todos a ir a Roma. La Escuela está en un palacio magnífico, situado en San Pietro y Montorio. Yo estaré muy bien allí, nadie mejor. Y a veces pienso en lo que sería mi entierro bajando lentamente por aquellas escaleras…

Don Ramón gozaba pensando en su entierro. No me cabe duda de que en aquel momento estaba viendo a todos los cardenales del Sacro Colegio, cantándole responsos en el espléndido zaguán de la Academia de Bellas Artes de Roma.

—Me gustaría morir en Roma —insistió.

* * *

Sí, estaba preocupado aquella tarde con la idea de la muerte y también —¡él era

así!— quería impresionarnos a nosotros con sugestiones literarias. Por lo demás, aquello de que le gustaría morir en Roma no era verdad. Porque se encontraba últimamente muy malo era por lo que paraba poco en Roma. La verdad es que él hubiera querido morir en el café o en el Ateneo, rodeado de contertulios y hablando mal de algún personaje.

Los chicos de don Ramón

Mucha gente ha dicho qué don Ramón no era buena persona. Yo no lo sé. Conmigo fue siempre afable, cariñoso y simpatiquísimo. Jamás le vi un gesto agrio ni una actitud desigual. De mucha gente decía horrores; pero además de que en la mayoría de los casos tenía razón, la verdad es que se ensañaba siempre con gentes importantes, con figurones. Por lo demás, él trataba a todo el mundo, recibía a todo el mundo y jamás se dio importancia ante nadie que fuera menos que él. Y en su casa, con sus chicos, era un padre cariñoso y jovial, A sus tres pequeños los llevaba al Ateneo, los llevaba a pasear y al café, y en casa estaban constantemente metidos en su cuarto. Recuerdo que un día estaban los tres en el Ateneo. Era ya la hora de la cena, y los chiquillos querían marcharse. Don Ramón, en medio de un corro, decía cosas… De pronto, la más pequeña, María Antonia, que tendría seis años, se levantó muy enfadada:

—Bueno, papá, ¿nos vamos, o qué?… Porque es que te pones a hablar, y te ciegas…

Muchos contertulios se quedaron lívidos, pensando que la niña aquella iba a morir; pero no pasó nada. Don Ramón se levantó, se envolvió en su capa… y se fueron.

* * *

Carlos, el chico mayor, que ahora estudia primer curso de Medicina en Santiago, no era muy buen estudiante, y su padre lo mandó a Málaga, a un colegio. Carlos era el menos literato de los hijos de don Ramón, el único que no había hecho aún una frase ni había escrito una cuartilla. Era un niño burguesito, arregladito, que, al parecer, no tenía nada que hacer en aquella casa. Un día, de pronto, me dijo don Ramón:

—¿No sabes que Carlos ha venido de Málaga hecho un hombrecito?

—¿Y qué cuenta?

—Pues nada, que por fin ha descubierto su camino. Me ha contado que aquel

ambiente andaluz era lo que él andaba buscando sin saberlo, y, por último, me ha pedido permiso para meterse a torero…

—No es posible.

—Ya te lo dirá él cuando le veas. Está loco con eso de los toros.

—¿Y usted qué le ha dicho?

—Que yo le dejo ser torero, o lo que quiera; pero que quienes no le dejarán serán los toros…

* * *

Es una gran pena que se haya muerto don Ramón. Pero consuela no solo pensar en la obra que deja, sino en que debe haber muerto muy tranquilo. Fue el hombre que pasó por la vida diciendo todo lo que se le ocurrió. Jamás se quedó con nada dentro. ¿Ustedes se hacen cargo de lo que es eso? Poder decir uno todo lo que se le antoje, en público, sea contra quien sea, caiga quien caiga y pase lo que pase… A un chico gallego que hace años trató de imitarle en este sentido y que se lanzó a decir cosas en la Granja El Henar, sin haber tenido antes la precaución de escribir las *Sonatas* o las *Comedias bárbaras*, creo que le molieron a palos.

A Carlitos Valle-Inclán

Tú, que ya eres un hombrecito, serás, sin duda, quien mire y repase los papeles escritos que ha dejado tu padre. Cuando tropieces con una cuartilla que comienza diciendo: *Reportero, te dejo mi cadáver…*, guárdamela. Es mía.

Crónica
5-I-1936

Mujeres de toda España

Lo que piensan. Lo que dicen. Pero ¿qué votarán?

Las mujeres vascas

No me refiero a las mujeres militantes en uno u otro bando. Me refiero a aquellas, viejas o jóvenes, ricas o pobres, listas o cerradas, que por no ver la política como artículo de primera necesidad, forman, juntamente con otra cantidad semejante de hombres, lo que desde el día 12 de abril de 1931 por la noche ha dado en llamarse «la masa neutra», a la que, sin duda, van dirigidos los millones de carteles que han puesto hechos una pena los pueblos y las ciudades de España.

Las vísperas de la primera elección en la que tomaron parte las mujeres, yo hablé con una campesina de Vizcaya.

—Y ustedes, ¿qué van a votar? —le pregunté.

—Ya veremos.

—Votarán lo que sus maridos, claro.

—O nuestros maridos lo mismo que nosotras.

—A las mujeres de por aquí, esto de las elecciones no nos coge de nuevas. Siempre hemos tomado parte en ellas. Antes, no votábamos porque no se nos permitía; pero ya andábamos en todos los trámites, como ahora. ¿No trabajamos igual que los hombres? Pues ¿por qué no se nos ha de respetar? Aquí, los maridos no nos dicen tantas tonterías como en otros sitios, ni protegernos o «así hasen».

Por la noche fui a un mitin, y vi una cosa curiosa. El salón estaba totalmente lleno de mujeres. Los hombres oían a los oradores desde la calle gracias a unos altavoces colocados en los balcones. «Esto es el paraíso de las mujeres», pensé. Al día siguiente, que era lunes, me lo expliqué todo. Desde muy temprano comencé a ver mujeres trabajando en los campos, en las fábricas; otras cargaban y descargaban camiones de pescado. Vi tres o cuatro arando con parejas de vacas, y a otras, manejando pesadísimos azadones. Cuando vi todo esto y comprobé que además aquellas mujeres tenían que atender sus casas y criar a sus hijos, no me chocó nada que hubiesen conquistado todos sus derechos políticos. El precio, eso sí, me pareció un poco caro.

Son las revolucionarias

—Aquí —me ha dicho un señor labrador acomodado de un pueblo de Castilla—

las más revolucionarias son las mujeres. Los pocos hombres que pertenecen a la Casa del Pueblo son, en general, moderados, prudentes; pero ellas… no se pierden un mitin, y aprovechan cualquier ocasión para organizar manifestaciones. Son temibles. Por aquí va quedando ya poco socialismo, y si la Casa del Pueblo se sostiene es, sin duda, por las mujeres.

Naturalmente, busqué a aquellas revolucionarias de las que tanto me habían hablado. Una de ellas me lo explicó todo. Era morena y flaca. Llevaba dos chiquillos de la mano y otro colgando del pecho.

—¿Es cierto que ustedes son en este pueblo más revolucionarias que los hombres?

—En este pueblo y en todos los de por aquí. Mire usted: antes de venir la República, vivíamos todos como las bestias. No sabíamos nada más que trabajar y sufrir y… echar hijos al mundo. Pero de pronto empezaron a venir por aquí unos señores que «echaban» discursos. Al principio, los hombres no querían ir a oírlos, porque los amos les decían que eran gente mala, que venían a decirnos que quemáramos las fincas y matáramos a los señoritos. Pero nosotras fuimos, y todo aquello que nos habían contado era mentira. Los que «echaban» los mítines eran hombres como los demás, algunos de ellos bastante más señores que los de aquí. No nos dijeron que matáramos a nadie, ni que quemáramos nada. Nos dijeron que teníamos derecho a vivir de otra manera, y que nuestros hijos merecían pan y escuela, lo mismo que los de los ricos, y muchas cosas más que yo no sé decir a usted porque no tengo la instrucción que tienen ellos. No sé decirlo; pero lo entiendo bien.

—De todos modos, no comprendo por qué las mujeres asimilaron todas esas teorías mejor que los hombres.

—Pues verá usted. Es que las mujeres, en general, sabemos más que los hombres. Ellos no han hecho en toda su vida nada más que trabajar, y por las noches, ir a la taberna. En cambio, casi todas nosotras, de jóvenes, estuvimos sirviendo, y del trato con los señoritos aprendimos más. Tenemos también más cultura, porque como los jornales de las mujeres siempre fueron más pequeños que los de los hombres, nuestros padres tuvieron menos prisa por sacarnos a nosotras de la escuela. Aquí casi todas las mujeres sabemos leer y casi escribir. De los hombres hay muy pocos que sepan, y esos pocos es porque aprendieron las letras siendo soldados.

—Y cuando llegue el momento de emitir el voto, ¿a quién votarán ustedes?

—Ese ya es otro cantar —me dijo la pobre mujer—. Si votamos a los nuestros, nos quitan los pocos jornales que hay. Ya veremos. Ahora, que si viniera un Gobierno que prohibiera que nos obligaran a dar el voto a los amos…

Las muchachas de Azorín

Las señoritas de una capital de provincia castellana se paseaban por la calle principal con unos militares. Era una de esas ciudades que tienen soportarles en la plaza y que parecen dormidas a la sombra de la catedral. Sus abuelas y sus madres habían pasado también por esta calle, hablando siempre de novios y trajes. Así pasearon también ellas hasta el año 1931. Unicamente los tenientes y los trapos habían ocupado hasta entonces sus pensamientos. Pero desde el año 1931… ¡Ah! Desde entonces todo cambió por completo. Lola, Carmen, Angelita, Rosario, María…, abandonaron para siempre el encaje de bolillos y se hicieron militantes. Por las tardes, en el paseo, no se habla de otra cosa.

Cogida del brazo de Angelina, como es costumbre en las ciudades que tienen catedral y soportales, estuve yo un atardecer paseando entre tenientes de infantería. De pronto oí que Angelita le decía a su novio, que, por excepción, era paisano:

—Oye, mi vida. El domingo no podremos vernos.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Que no podremos vernos. Me han avisado para salir de propaganda. Tenemos que hablar en tres pueblos distintos, y en cada pueblo hemos de recorrer cinco locales. Total, quince discursos. No sé cómo me las voy a arreglar.

El novio de Angelita no protestó lo más mínimo. Él se hacía cargo de que esto de la propaganda es una cosa muy seria. Si acaso, opuso un reparo prudente.

—Pues andad con cuidado, porque en algunos pueblos tiran piedras.

Yo recordé entonces el escándalo que se produjo en mi pueblo hará quince años, cuando llegó allí una propagandista socialista para hablar en un mitin. Las señoras hicieron una novena de desagravios a la Virgen, y las señoritas se santiguaban, no comprendiendo cómo había mujeres capaces de predicar extrañas teorías delante de todo un pueblo.

Hace días, una señorita de pueblo a quien quise equivocar, porque creí sinceramente que hablaba de memoria, me soltó un discurso que me dejó helada:

—Yo voto lo que me dicta mi conciencia —terminó diciéndome.

Más tarde la pregunté que cómo podía improvisar en un día a veces veinte discursos, y me explicó:

—En la mayoría de los sitios decimos lo mismo. Y, sobre todo, cuando me corto o se me va el hilo y no sé por dónde salir, digo: «Todo el Poder para el jefe», y durante la ovación tengo tiempo de reponerme. Lo aprendí de una socialista.

¿Pero decía ella eso?

—No; ella decía: «Proletarios de todos los países, uníos.» Pero para el caso es igual.

Mundo Gráfico

12-II-1936

El día de las elecciones ha sido en Madrid el más tranquilo del año

¿Pero de verdad hay elecciones? ¿Sí? Pues nadie lo diría. Yo creí que se trataba de una broma que había querido gastarnos ese señor de la melena platino que se llama don Manuel Portela Valladares.

El sábado, por la noche, habíamos llegado a la máxima tensión.

Yo salí temprano de mi casa, después de haberme despedido de mi familia con lágrimas en los ojos. Una hermana mía me sujetaba, tirándome del impermeable.

—¡Por Dios, no salgas! Morir por la Patria es grandioso; pero morir por un artículo para el *Gráfico*…

Otro familiar, menos impresionable, comprendió que las súplicas eran inútiles, y viendo que la cosa no tenía remedio, me advirtió:

—Procura que no te den en la cabeza, que es lo peor, y llévate una tarjetita con el número del teléfono en sitio visible para que nos avisen en seguida de la Casa de Socorro.

Arreglados mis asuntos, bajé la escalera, dispuesta a caer víctima del sistema parlamentario, gritando: «¡Viva España y Viva la República!»

Pero la hija del portero me dio la primera sorpresa:

—Si no pasa nada. Todo está más tranquilito…

En efecto, la calle estaba como nunca. El aire agresivo que tenía la gente el sábado se había cambiado en un aire dulce y manso que daba gusto. Nada de gritos ni de miradas de desafío. Unos jóvenes con papeles blancos en la mano se me acercaron y me dijeron en voz muy baja:

—Es conveniente votar al Frente Popular, compañera. Gil Robles es un buen muchacho; pero, sin duda, equivocado.

Un poco más allá, un correcto caballero me saludó cortésmente:

—Señorita, ¿tendría usted la amabilidad de votar a las derechas? Ande, no sea tonta. Dios y el jefe se lo pagarán.

[12 de febrero de 1936]

Hasta los fascistas, que el sábado parecía que se iban a comer a la gente cruda, se producían versallescamente a la puerta de los colegios. Uno de ellos me dijo:

—¿Sería usted tan gentil que aceptase una papeletíta de Falange? Para que todo fuera completo, apenas se veían guardias por la calle. Se divisaban algunos a las puertas de los colegios y en los centros oficiales; pero tenían un aire tan beatífico, que daban ganas de convidarles. En la Guindalera presenciamos un espectáculo nunca visto: un cabo de la Guardia civil sonreía…

Cansados de tanto almíbar y sintiendo un poco la nostalgia de «la leña», nos fuimos a los Cuatro Caminos. Calma absoluta también. Ni en toda la glorieta, ni en la calle de Bravo Murillo, ni en la avenida de Pablo Iglesias se veía un solo cartel de derechas. Ante los del Frente Popular la gente se agolpaba; pero no se oía un solo grito contra nadie. Entramos en un colegio electoral instalado en una Casa de Baños. En una de las secciones, los interventores de derechas estaban sentados en la misma mesa que los del Frente Popular y departían como amigos de toda la vida. Daba gusto verlos…

Como en los Cuatro Caminos tampoco había nada, nos marchamos a los barrios bajos. El fotógrafo Videa iba desconsolado, y me decía:

—¿Pero cómo me presento yo en el periódico sin una foto de un mal tumulto? Si no hay ni «colas» siquiera…

En la calle de Embajadores, la gente estaba tan tranquila como en la Guindalera. Ni un grito, ni una voz más alta que otra. De tan aburridos que estaban los guardias, bostezaban. Uno nos dijo:

—Aquí no pasa nada, ya está visto. Ahora, que en los pueblos se van a dar más que a una estera.

En vista de ello, y para satisfacer las legítimas ansias de información que sentía el fotógrafo, nos fuimos al pueblo que teníamos más a mano: a Vallecas. Unos guardias civiles tomaban tranquilamente el sol en la plaza del pueblo.

—¿Pero es que aquí no hay elecciones? —le preguntamos al teniente.

—Sí; pero la gente ha ido a votar tempranito, y ya están todos en sus casas. Aquí

no ocurre nada.

—Pues nos habían dicho que en este pueblo había muchos socialistas…

—Sí, es verdad. Pero han sido ellos los primeros en guardar orden.

Volvimos a Madrid como habíamos salido. Los niños jugaban al fútbol en las calles. Daba gusto…

Perdóneme, lector. Yo pensaba ofrecerle una información impresionante; pero… la verdad ante todo. Y la verdad es que el día de las elecciones ha sido el día más tranquilo del año.

Mundo Gráfico
19-II-1936

Azaña

Cuando era novio de su mujer…
Cuando se disfrazó de cardenal…

Probablemente, Azaña conoció a su mujer cuando ella aún andaba con calcetines

Su Excelencia el Presidente es hombre poco amigo de interviús. Naturalmente que ahora el protocolo no le permite concederlas, y yo estoy segura que esto es lo que más le gusta a él del protocolo. Pero antes, cuando solo era ministro, jefe de Gobierno o simplemente diputado de la oposición, tampoco era muy aficionado a las declaraciones políticas, y, desde luego, siempre fue enemigo declarado de sacar su vida privada a las columnas de los periódicos. Con don Manuel Azaña nos hemos estrellado todos los reporteros.

Sin embargo, estos días se impone hablar de la vida privada del Presidente; se impone contar unas anécdotas, y como a su casa no hay modo de ir a buscarlas, yo las he encontrado en casa de unos amigos suyos.

A esta casa de los hermanos Baroja venía mucho Azaña, cuando no era ni ministro, ni diputado, ni siquiera político; cuando era sencillamente un intelectual.

—Aquí —me dice Ricardo Baroja— venía también Lolita, la que hoy es esposa de Azaña, desde mucho antes de ser novios. No puedo decirle a usted cuándo se conocieron, porque las dos familias tenían una gran amistad desde hacía muchos años. Probablemente, Azaña conoció a su mujer cuando ella aún andaba con calcetines. Nosotros habíamos formado un grupo teatral que se llamaba El Mirlo Blanco, y que daba sus funciones en este mismo comedor. Los actores éramos: nosotros, Rivas Cheriff, Valle-Inclán, Paco Vighi, Fernando Bilbao y otros muchos. Azaña, aunque venía a todas las representaciones, no llegó a trabajar nunca. Precisamente cuando se deshizo El Mirlo Blanco, íbamos a representar una obra suya, en la que tenía él un papel.

Azaña, disfrazado de cardenal. La muchacha del disfraz romántico, que iba a ser su mujer

El último invierno de vida y actividad del Mirlo Blanco, a Carmen Monet, la simpatiquísima esposa de Ricardo Baroja, se le ocurrió dar un baile en su casa, por Carnaval. No fue mala idea. Un baile de máscaras exclusivamente nutrido de

intelectuales es cosa que tiene bastante gracia. ¿Ustedes se imaginan a don Ramón del Valle-Inclán, a don Pío Baroja, al señor Salaverría y a la señorita de Maeztu vestidos de máscaras y diciendo con voz hueca: «no me conoces, no me conoces»?… Pues todos los nombrados, y algunos más serios todavía, acudieron disfrazados al baile de doña Carmen Monet, que fue lo que se dice un éxito.

—Don Ramón del Valle-Inclán —dice Baroja— se presentó vestido de aldeano leonés y envuelto en una manta. Estaba impresionante. Mi hermano Pío también creo que bajó vestido de algo, no me acuerdo de qué. Pero para que todo no fuesen visiones, Lolita Rivas Cheriff, la que hoy es esposa de Azaña, y otras chiquitas de su edad, vinieron con trajes de 1830. Muy bonitas estaban… Cuando el baile estaba en todo su apogeo, se abrió de pronto la puerta y entró… ¡un cardenal!

—¿Un cardenal?

—Un cardenal magnífico, imponente, seguido de un lego bajito. El cardenal movía su capa con un aire imponente y extendía la mano, en la que brillaba un anillo colosal. Aquel cardenal era Azaña.

—Fue —dice la señora de Baroja— el que mejor disfrazado se presentó y el que más éxito tuvo. El traje se lo había prestado Díaz de Mendoza. Imponía respeto verle. Las señoras le besamos el anillo, y tan solemne era la cosa, que hubo un momento en que casi nos llegamos a creer que era un cardenal de verdad.

—Y luego, ¿qué hizo su eminencia?

—Pues se sentó aquí, en una butaca, y estuvo viendo cómo bailábamos. A pesar de la solemnidad de los hábitos, estuvo charlando mucho con Lolita, que, como ya he dicho, estaba aquella noche muy guapa, con su disfraz.

—¿Eran ya novios?…

—No sabemos; es posible que no. Pero por entonces debieron comenzar a gustarse, porque nosotros ya notamos algo. Precisamente —es la señora de Baroja la que habla—, a los pocos días fue el santo de Lolita, y en la tienda de flores donde yo fui a buscar un ramo para ella me dijeron que también el señor Azaña había encargado otro con el mismo destino. Claro que esto no tenía nada de particular siendo como eran amigos antiguos; pero, de todos modos, los amigos ya comenzamos a figurarnos que pronto habría boda. Y la hubo, en efecto, poco tiempo después.

«Ese hombre será Presidente de la República española»

—¿Hablaba mucho Azaña de política?…

—Poco, entre otras cosas porque nosotros no éramos una tertulia política, ni mucho menos, y porque entonces la política no absorbía la vida de las gentes, como ahora. De todos modos, él siempre fue más aficionado a esas cosas que et resto de sus amigos. Recuerdo que una vez se presentó candidato a diputado por el distrito de la

provincia de Toledo. Nosotros que nunca nos habíamos ocupado de política llegamos a interesarnos en aquellas elecciones por tratarse de él. Algunos de la tertulia se marcharon con Azaña de propaganda. Otros más sedentarios, esperamos en La Granja de Henar el resultado de aquella aventura. Pasó lo que tenía que pasar, dado el tono de la política en aquellos tiempos. Un señor con mucho dinero se le puso enfrente y, naturalmente, los cuartos tuvieron mucha más eficacia que los discursos de los intelectuales.

Sin embargo, hubo un hombre que hace veinticinco años predijo el porvenir político de Azaña. Fue don Antonio Daza. Don Antonio Daza es un señor muy gordo, popularísimo en el Ateneo. Daza era siempre, en tos tiempos monárquicos, diputado de la mayoría. En el Congreso se dormía como un bendito y solo despertaba a impulsos de algún codazo de compañero de escaño, el tiempo preciso para decir: «Daza, sí» o «Daza, no», y a veces, simplemente, para contribuir a los «rumores de aprobación».

Terminada la sesión del Congreso, Daza se iba al Ateneo, para seguir durmiendo. Un día en la docta casa, un grupo de jovencitos hablaban de Azaña, y parece que no muy bien. Entonces Daza despertó súbitamente y dijo con gran solemnidad:

—Ustedes dirán lo que quieran: pero ese hombre llegará a ser Presidente de la República española. Se lo digo a ustedes yo, que vivo en la misma casa de huéspedes que él.

Dicho esto, Daza se volvió a dormir.

Mundo Gráfico
2-V-1936

Dos momentos culminantes en la vida de Azaña y un intermedio en El Escorial

Hablemos del hombre del día…

Cuando se levantó a hablar aquel señor canoso de las gafas hubo entre el público un movimiento de curiosidad.

—¿Quién es? ¿Quién es ese? —preguntaron muchos.

Y algunos, sin dar a la cosa la menor importancia.

—Es un intelectual del Ateneo.

Al mismo tiempo que entre el público se levantaban algunos ligeros murmullos, el altavoz chilló:

—En nombre de los grupos de Acción Republicana va a dirigiros la palabra don Manuel Azaña.

Y el público se dispuso a escuchar a don Manuel Azaña como quien escucha a uno de tantos oradores de mitin de los que pudiéramos llamar «de relleno». Lo que de verdad esperaba la gente con ansiedad eran los discursos de Alcalá Zamora, de don Marcelino Domingo y, sobre todo, el de don Alejandro Lerroux, que, como correspondía a su rango, iban a hablar en último lugar en aquel gran mitin que los republicanos organizaron en la Plaza de Toros de Madrid en los últimos tiempos de la Monarquía; bajo el mando del general Berenguer.

Y comenzó a hablar el señor de las gafas, A los que lo conocíamos nos pareció otro completamente distinto del que habíamos visto en el Ateneo, en los cafés y paseando de noche por las calles de Madrid. Nunca hubiéramos sospechado que de pronto sacase aquel empaque y aquel continente altivo que iba tan bien con el momento histórico que estábamos viviendo.

—Parece ya un ministro —pensamos.

[Manuel Azaña en el mitin republicano de la plaza de toros de Madrid en septiembre de 1930]

En cuanto al público, en general, había cesado por completo de «hacer» rumores, y escuchaba atónito. La oratoria del jefe de los grupos de Acción Republicana no se parecía nada a las oratorias al uso hasta entonces. Azaña decía verdades como puños, sin adjetivos y sin dar a su voz inflexiones melodramáticas.

Hablaba sencillamente, en un castellano puro y liso, lleno de dignidad y de decoro. La gente, acostumbrada a ver congestionarse a los oradores, acogió, sin embargo, muy bien el discurso de aquel hombre sereno, y al final le aplaudió largamente, Pero los discursos encendidos de los jefes republicanos que hablaron después le hicieron olvidar pronto el de aquel castellano de pro, que por primera vez, ya un poco viejo, se enfrentaba con las grandes masas españolas.

Al terminar el mitin, Lerroux, Alcalá Zamora, Marcelino Domingo: en fin, los héroes del día, salieron de la plaza entre aclamaciones, y bajaron en automóviles por la calle de Alcalá, saludando al pueblo, que les aplaudía, considerándoles ya como sus gobernantes. A Azaña, al salir, apenas le rodeó nadie. Recuerdo que ya en la esquina de la calle de Goya, lo encontramos que bajaba conversando tranquilamente con su suegro y tomando el sol. Seguimos todos en grupo reducidísimo hacia abajo, y el río humano que llenaba la calle ni siquiera reconoció al hombre a quien momentos antes había aplaudido.

Sin embargo, y aunque la fisonomía de Azaña aún pasase inadvertida para el público, no ocurría igual con sus palabras, que muchos comentaron a la salida. Don Ramón del Valle-Inclán, que había estado en el mitin, dijo a los amigos que le rodeaban:

—Azaña es la mejor cabeza con que contará la República. Ya verán ustedes lo que tarda en comerse a todos esos jefecillos.

Y alguien, un profeta, sin duda, dijo por lo bajo:

—Este don Ramón, siempre tan extravagante. Es cierto que Azaña tiene talento; pero ¿cómo se va a comparar con un Lerroux o con un Marcelino Domingo? Azaña

nunca será un hombre de masas.

La magnífica carrera política de don Manuel Azaña había comenzado.

Lo que Azaña no ha conseguido aún

A los pocos meses de haberse implantado la República, y cuando todavía no era Azaña nada más que ministro de la Guerra, me lo encontré en El Escorial un domingo. Habia ido allí a pasar el día con su señora. Coincidimos en el comedor del hotel, y don Manuel recordó cosas de su juventud pasada en la Universidad de los frailes agustinos de El Escorial. Allí estaban veraneando entonces casi todos los ministros del Gobierno Provisional de la República, y con este motivo hablamos de si se pasaba o no se pasaba bien el verano a la sombra del Monasterio.

—A mí —dijo Azaña— me gustaría pasar aquí el verano, si me dejaran para mí solo la celda del prior. Siempre he pensado que esa celda es el mejor lugar de veraneo del mundo.

A los dos años justos de aquel mitin de la Plaza de Toros, Azaña entraba en Barcelona entre aclamaciones delirantes. Los catalanes, enardecidos, rodeaban el coche en que iba el presidente del Consejo, acompañado del primer Presidente de la Generalidad, y vitoreaban enardecidos al hombre que iba a llevarles su Estatuto. Yo no he oído nunca una ovación tan impresionante como la que los catalanes tributaron a don Manuel Azaña cuando este se asomó al balcón de la Generalidad en la mañana del día 24 de septiembre de 1932. Y Azaña les dirigió la palabra tranquila y serenamente. Estaba emocionado: pero conservaba la cabeza firme, y por eso no hizo nada de lo que suele hacerse para halagar a la multitud, sino todo lo contrario. A aquellos catalanes enardecidos que le aclamaban les habló de Castilla con un amor y con una emoción tan grandes, que ellos comprendieron inmediatamente todo el valor de lo que aquel castellano viejo había hecho por una región que no era la suya. Y sin que les halagase en su discurso lo más mínimo, le aplaudieron cada vez con más firmeza. Al terminar el discurso, y cuando todo el mundo esperaba el ¡Viva Cataluña!, de rigor, Azaña solamente dijo:

—Catalanes: ¡Viva España!

Fue un momento de angustia para los que estaban detrás de él en el balcón de la Generalidad. Poca gente se había atrevido a gritar así, a cuerpo limpio, un ¡Viva España!, ante una muchedumbre de catalanes enardecidos. Pero aquella inquietud duró solamente una fracción de segundo, porque tos catalanes contestaron aquel viva con toda su alma. Aquel gesto valiente y lleno de dignidad fue uno de tos más grandes éxitos del político don Manuel Azaña.

La carrera política de aquel hombre que hace cinco años era simplemente un intelectual desconocido del publico ha culminado. La República, que primero le hizo

su ministro; después, su jete de Gobierno, y que más tarde, sin duda para no privarte de ninguna emoción, le metió en la cárcel, le va a hacer ahora depositario de su más alta magistratura. Ya no te falta nada. El hombre más ambicioso del mundo no podría desear más en menos tiempo. Pero como don Manuel Azaña no es el hombre más ambicioso del mundo, es posible que siga pensando que el ideal sería vivir solo, rodeado de buenos libros, en la celda del prior de los frailes agustinos de El Escorial.

Crónica
10-V-1936

La vida, los amores y la muerte de Carmen Moragas

Cómo se casó y cómo se divorció de Rodolfo Gaona

Por las tertulias taurinas (entonces había muchas) comenzó a circular primero la noticia, que poco a poco se fue extendiendo por todo Madrid como una mancha de aceite. Los señores gruesos que reposaban en las ventanas del Casino dejaron por un rato de hablar de la guerra y del Kaiser para ocuparse del tema del día:

—¿No sabe usted, Ramírez? Gaona se nos casa.

—¿Qué me dice, marqués? Por supuesto, será con alguna cómica.

En realidad, no podía ser con otra persona. Las artistas y tos toreros formaban allá por el año 1917 algo así como una Corporación mixta. Entre ellos existían, además, muy buenas relaciones, y no había *camerino* de artista famosa donde no entrasen y saliesen constantemente los toreros de postín, ni corrida donde no se luciesen ellas con su buena mantilla de blonda o de madroños. Pero, en general, las artistas que tanto trato tenían con tos toreros eran las de *varietés*. Los matadores solían enamorarse de ellas mientras las veían bailar la rumba o cantar *El gitanillo*, y el idilio y la boda eran después motivos de reclamo para los dos, porque hay que ver lo que se hablaba de ellos.

Ustedes, lectores, los que son ya, digamos, maduros, recordarán lo que debió de ser la declaración amorosa de *Bombita* a la *Goya*. Hasta se sacaron unas coplas con música del *Ven y ven*, que perduraron después durante muchos años:

Ricardo Torres «Bombita»
ha pretendido a «la Goya»,
y «la Goya» no le quiere, ¡mi vida!,
porque no tiene memoria.

Lo que no se ponía en claro en la canción era quién no tenía memoria, si *la Goya* o *Bombita*. Lo más probable sería que lo de la amnesia fuese una exigencia de la cuarteta.

Si Gaona se hubiese ido a casar con una cupletista o con una bailarina, la cosa, dando mucho que hablar, desde luego, no hubiera sorprendido; pero no se trataba de una artista de este género. La novia de Rodolfo Gaona, torero mejicano que por entonces era de los de más postín, era una actricita joven, rubia y fina, que hacía los papeles de dama joven nada menos que en la Compañía de doña María Guerrero, de don Fernando Díaz de Mendoza. Los críticos teatrales elogiaban su voz suave, «como un arrullo», decían textualmente, su belleza delicada y sus inmensas posibilidades dramáticas.

La gente se lanzó a hacer conjeturas. ¿Cómo diablos iba a resultar la unión de aquel torero basto, bruto y feo como un indio, con Carmen Ruiz Moragas, la damita bella y fina de la Compañía de María Guerrero?

Un día, la Prensa dio estado oficial a la noticia, que ya circulaba hacía tiempo. Los periódicos gráficos publicaron un retrato de la deliciosa Carmencita, con el siguiente pie: «Carmen Ruiz Moragas, la damita joven de la Compañía Guerrero-Mendoza, que se retira de la escena para contraer matrimonio con el diestro mejicano Rodolfo Gaona.» Y al lado otra foto de él con otro pie parecido: «Rodolfo Gaona, el famoso torero mejicano, que va a contraer matrimonio con la bellísima Carmen Ruiz Moragas.»

Esto ocurría a primeros de noviembre del año 1917, justamente durante los días en que el Consejo de obreros, campesinos y soldados rusos había derribado al Gobierno de Kerensky. Pero «los diez días que estremecieron al mundo» dieron en Madrid mucho menos que hablar que la boda de la Moragas y Gaona.

La boda, en Granada

[Carmen Moragas y Rodolfo Gaona en el día de su boda en Granada. El matrimonio solo duró unos meses.]

He encontrado ayer a un madrileño que figuró como invitado en aquella boda por ser amigo de los dos, y me ha contado cómo fue.

—Por imposición de Carmencita —me ha dicho—, fueron a casarse a Granada, y algunos amigos de Madrid acudimos a presenciar la ceremonia. Fue lo que se llama una boda de postín. Todo Granada, el pueblo de ella, se echó a la calle para ver pasar a los novios. Carmen iba guapísima. Se peinaba entonces con todo el pelo a caracolitos dorados, que daban a su cara una expresión de deliciosa ingenuidad. Además, era realmente joven, dieciocho o diecinueve años; una niña casi. En realidad, daba un poco de pena ver a aquella chiquilla tan fina y tan bonita, que

parecía hecha para casarse con uno de los legendarios príncipes rusos, del brazo de Rodolfo Gaona. Después de la boda se celebró un banquete en el hotel Washington Irving, junto a la Alhambra, y los nuevos esposos salieron después de viaje.

—¿Ellos se habían conocido aquí en Madrid?

—No sé. Tengo idea de que se conocieron durante una *tournée* de la Compañía Guerrero Mendoza por América. Allí, me parece que en Méjico, él vio trabajar a Carmencita y se enamoró perdidamente de ella. La ley de los contrastes. El hombre rudo, negro, hecho a bregar con los toros, se sintió irresistiblemente atraído por la muñeca frágil, rubia y delicada de la voz de oro. Pero pronto se dio cuenta Gaona de que a aquella muchachita no se la deslumbraba con su fama de gran torero ni con sus billetes de Banco ni con sus estrepitosos alfileres de corbata. Para conseguir a aquella mujer no había más camino que el de la Iglesia y el Juzgado, que entonces eran uno mismo, y Gaona se decidió a seguirle y se casó. A cambió de su relativamente blanca mano, Gaona pidió a Carmen que se retirara del teatro. Fue un sacrificio muy grande, inmenso, porque ella amaba el teatro con toda su alma. Pero como a los dieciocho años se reflexiona poco, Carmen aceptó.

El divorcio

Estuvieron casados menos de dos meses. Durante aquel tiempo, la muchacha conoció todas las amarguras y todas las desilusiones. Una vez que él hubo conseguido hacer de aquella mujercita frágil y bonita su mujer, se mostró tal y como era. Brusco, duro, insensible, juerguista, incapaz de comprender el tesoro de ternura que guardaba el corazón de aquella muchachita de dieciocho años. Ella lloró, sin duda, las lágrimas más amargas de su vida, y asustadísima, fue a refugiarse en casa de sus padres.

Al enterarse la gente de que Gaona y Carmen Moragas iban a divorciarse, por Madrid se contaron las más variadas historias; pero en el fondo a nadie le chocó. Los periódicos dedicaron planas a aquel suceso, que se prestaba a las más variadas interpretaciones. En uno de los periódicos de entonces yo he leído una interviú con Rodolfo Gaona. El periodista le preguntaba el porqué del divorcio (nosotros siempre tan discretos), y Gaona contestaba, poco más o menos:

—No hemos llegado a comprendernos; pero yo le digo a usted que nunca la he ofendido. La he querido y la quiero demasiado para eso. No hemos congeniado. Yo no me acuso más que de los pecados que pueda acusarse cualquier otro hombre. Algunas amistades antiguas…, alguna noche qué he pasado fuera de casa. Pero ¿no es esto natural? ¿No lo hacen el noventa y nueve por ciento de los hombres casados?

—Es cierto, Rodolfo. Pero hacerlo tan pronto…

—Yo no creo que ciertas correrías ofendan nada a la mujer propia, que siempre

está por encima de las flaquezas del marido. En fin; ella quiere que nos separemos, y yo me resigno. Pero le aseguro a usted que mi cariño por ella es el mismo que antes. La quiero y la querré siempre igual que cuando se lo juré ante el altar de la Virgen de las Angustias, en Granada.

Estas declaraciones hicieron muy buen efecto entre el público sentimental, que se forjó en seguida un novelón por entregas. Pero lo cierto era que Carmen tenía sobrados motivos para divorciarse de aquel modo tan fulminante.

Sobre las cláusulas económicas de aquel divorcio, tan sensacional como el del *Gallo* y *Pastora*, también se habló mucho; pero pocos lo saben a punto fijo. Lo cierto fue que, además de la pensión concertada, él depositó en un Banco veinte mil duros, que había de cobrar el que superviviese al otro. ¡Quién iba a decirle al hombre que se jugaba la vida a diario que al cabo del tiempo sería él quien recuperase aquella cantidad!

Una vez terminado todo, Carmen volvió al teatro con más fe y con más ilusión que nunca. El horrible desengaño tuvo una sola virtud: la de servir de magnífico reclamo, a la luz del cual la gente se dio cuenta de los inmensos valores de la actriz, que pronto se colocó en primera fila.

Este fue el primer episodio novelesco de la vida de Carmen Ruiz Moragas, la gran actriz que acaba de morir, cuando todavía era hermosa y joven, cuando su talento estaba en plena madurez. La verdad es que mereciéndoselo como pocas, la pobre Carmen nunca fue una mujer de suerte.

Mundo Gráfico
17-VI-1936

JOSEFIANA CARABIAS SÁNCHEZ-OCAÑA, nació en 1908 en Arenas de San Pedro (Ávila). Estudió Derecho en Madrid, a donde llegó en 1928, pero se formó realmente en la Residencia de Estudiantes —la de la calle Fortuny, para señoritas, que dirigía doña María de Maeztu— y en el Ateneo. En abril de 1931 empezó a colaborar, con entrevistas y reportajes, en la revista *Estampa* y en el diario *Ahora* y en 1933 se incorporó como redactora al vespertino *La Voz*. Durante la guerra civil marchó a Francia, donde permaneció seis años, parte de ellos bajo la ocupación alemana, mientras su marido, José Rico Godoy, estaba encarcelado en Madrid.

A su vuelta publicó varios libros con el pseudónimo de Carmen Moreno, y a partir de 1948 se reintegró a su profesión, primero como colaboradora y a partir de 1951 como redactora, en *Informaciones*. En 1954 fue enviada como corresponsal a Washington y en 1959 a París, donde permaneció hasta 1967. Desde entonces hasta su muerte en 1980 publicó la columna diaria «Escribe Josefina Carabias» en el *Ya* de Madrid y una veintena de cabeceras de provincias. En los años setenta dirigió una revista femenina, «la única forma —decía— para una periodista de probarse en funciones directivas en la prensa española».

Autora de una decena de libros, entre ellos *Los alemanes en Francia vistos por una española* (1944) y *Azaña, los que le llamábamos don Manuel* (1980), fue Premio Luca de Tena en 1952.

Tuvo dos hijas, Carmen, escritora y periodista, y Mercedes, diplomática.

Notas

[1] La tirada de *Estampa* en 1931 podría alcanzar (según M. C. Seoane y M. D. Saiz, *Historia del periodismo en España*, Alianza Editorial, Madrid, 1996) los 200.000 ejemplares; la de los diarios *Ahora* y *La Voz*, alrededor de los 150.000. Esto en un Madrid que apenas rozaba el millón de habitantes. <<

[2] Se suele acreditar a la prolífica escritora y pedagoga Carmen de Burgos «Colombine» (1867-1932) como la primera mujer que ejerció el periodismo de manera profesional en España, aunque lo cierto es que nunca abandonó el Magisterio, al que había accedido por oposición en 1900. Mientras seguía de maestra en Guadalajara, se incorporó a la redacción del *Diario Universal* en 1903 con una columna diaria titulada «Lectura para la mujer» y en 1906 pasó a hacer lo propio en el *Heraldo de Madrid* bajo el título «Femeninos». Sin embargo, en 1909 fue a Marruecos y envió reportajes sobre la guerra, y más tarde publicó muchas crónicas de viajes por Europa, especialmente Portugal.

A la llegada de la República la situación no era muy distinta: había muchas mujeres ilustres —escritoras, artistas, educadoras, personalidades políticas, abogadas, filósofas— que publicaban en los periódicos y en las revistas, «incluso en la *Revista de Occidente*», como recordó Josefina Carabias en una larga entrevista radiofónica en cinco entregas sobre su vida que se emitió en enero de 1952 por Radio España. Y también había periodistas especializadas en temas femeninos, como Eva María Nelken «Magda Donato», que se encargaba de la página de la mujer en *Estampa*, María Luz Morales, que hacía lo propio en *El Sol*; otras que escribían en la reducida prensa feminista militante como Benita Asás, o críticas musicales como Matilde Muñoz, por citar solo una pequeña muestra. «Pero redactoras en un periódico de información general haciendo el trabajo normal de cualquier redactor, que yo supiera», dijo en aquella entrevista Carabias, con su característica prudencia, «no había ninguna cuando yo entré en *La Voz*». <<

[3] Aunque tanto la propia Colombine como Sofía Casanova y probablemente otras mujeres, habían enviado crónicas desde el extranjero, a veces incluso desde o cerca de los frentes de guerra, donde —fue el caso de Sofía Casanova durante la Primera Guerra Mundial— se encontraban por casualidad, y otras, como Irene Falcón, habían ejercido de corresponsal-consorte (se había casado con el corresponsal de *El Sol* en Londres y envió algunas crónicas a *La Voz* sobre la actividad de las feministas británicas), parece claro que la marcha de Josefina Carabias a Washington como corresponsal residente no tiene precedentes en la historia del periodismo y del feminismo españoles. <<

[4] Josefina Carabias se licenció en Derecho por la Universidad Central de Madrid. <<

[5] Álvaro de Albornoz, a la sazón ministro de Justicia. <<

[6] Santiago Casares Quiroga <<

[7] Está claro que toda esta escenografía es un mero recurso periodístico. Lo que sigue se lo relataron el mencionado José Rico —que por esas fechas era novio, aunque aún no formal, de la autora— y los demás ateneístas implicados cuando Josefina Carabias los visitó en la cárcel en enero de 1931 en calidad de amiga solidaria, meses antes de pensar en dedicarse al periodismo, y muchas veces más después del 14 de abril. Y por supuesto el conjunto del relato está edulcorado, sin mencionar el oscuro papel jugado por el enviado del Comité Revolucionario, Casares Quiroga, que llegó a Jaca en la noche del 11 de diciembre y, en lugar de avisar a los capitanes que se había decidido definitivamente aplazar el alzamiento al l5, se fue a la cama, dejando que los rebeldes se pusieran en marcha en la madrugada del 12. <<

[8] Efectivamente, según C. Flecha (*Las primeras universitarias en España*, Narcea, Madrid, 1996) el vacío legal permitió a media docena de mujeres «colarse» en la universidad española, principalmente en la de Barcelona durante la década de 1870, hasta obtener el título y ejercer la profesión (Medicina, las primeras). Pero en 1882 una Real Orden vedó el acceso de las mujeres a la universidad e incluso a la segunda enseñanza. Gradualmente suavizada, esta norma se suprimió en 1888 gracias al tesón de Matilde Padrós Rubió, primera alumna oficial de la Universidad de Madrid, aunque hasta 1910 se siguió exigiendo la «autorización especial» del claustro a la que se alude más abajo en relación a María Goyri, quien siguió los pasos de Matilde Padrós cinco cursos después. <<

[9] Está claro que toda esta escenografía es un mero recurso periodístico. Lo que sigue se lo relataron el mencionado José Rico —que por esas fechas era novio, aunque aún no formal, de la autora— y los demás ateneístas implicados cuando Josefina Carabias los visitó en la cárcel en enero de 1931 en calidad de amiga solidaria, meses antes de pensar en dedicarse al periodismo, y muchas veces más después del 14 de abril. Y por supuesto el conjunto del relato está edulcorado, sin mencionar el oscuro papel jugado por el enviado del Comité Revolucionario, Casares Quiroga, que llegó a Jaca en la noche del 11 de diciembre y, en lugar de avisar a los capitanes que se había decidido definitivamente aplazar el alzamiento al l5, se fue a la cama, dejando que los rebeldes se pusieran en marcha en la madrugada del 12. <<